

Johannes Bobrowski

EL molino de Levin
Pianos lituanos



Lectulandia

El presente volumen recoge las dos novelas escritas por Johannes Bobrowski, una de las figuras más destacadas de la literatura alemana del siglo xx. *El molino de Levin*, que apareció en 1964, cimentó su fama de prosista. Tomando un caso real como punto de partida, en sus páginas se lleva a cabo una revisión de la historia reciente de Alemania en una narración en la que «se trata de la culpa moral, de los enredos trágicos, del amor y de las fatalidades históricas» (Ulrich Schacht, *Die Welt*).

En cuanto a *Pianos lituanos*, la escribió entre el 6 de junio y el 28 de julio de 1965. Dos días después de haber terminado el manuscrito, Bobrowski ingresaba en el hospital, del que ya no saldría vivo. Se publicó al año siguiente. En ella aborda el tema de la relación de los alemanes con sus vecinos del Este. En el siglo xviii, Christian Donelaitis había construido pianos lituanos en la denominada afinación *bien temperada*. Unos instrumentos que constituyen para Bobrowski la metáfora utópica de una armónica convivencia de diferentes pueblos en un mismo espacio geográfico.

Lectulandia

Johannes Bobrowski

El molino de Levin. Pianos lituanos

ePub r1.0

Titivillus 30.01.2018

Título original: *Gesammelte Werke in sechs Bänden. Dritter Band. Die Romane. Levins Mühle* (1964),
Litauische Claviere (1966)
Johannes Bobrowski, 1964
Traducción: Pedro Madrigal
Diseño de cubierta: Sergio Ramírez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El molino de Levin

34 frases sobre mi abuelo

Si yo ahora cuento que mi abuelo dejó que el río se tragara el molino, acaso sea falso, pero puede que tampoco lo sea. Incluso aunque ello proyecte una luz no muy buena sobre la familia. Que algo sea decoroso o no, depende de cómo uno se encuentre — pero ¿cómo me encuentro yo?—. Y, respecto a narrar o no, lo que hay que hacer es, simplemente, empezar. Si uno sabe con toda exactitud qué es lo que quiere y cuánto quiere contar, la cosa, pienso yo, no va bien. En todo caso, no conduce a nada. Hay que empezar, y uno, naturalmente, sabe con qué empieza, eso lo sabe uno ya, y, propiamente, nada más; únicamente la primera frase, todavía vacilante.

Así que vamos con la primera frase.

El río Drewenz es un afluente que está en Polonia.

Ésta es la primera frase. Y enseguida oigo decir: «O sea, ¿tu abuelo era polaco?». Y entonces digo yo: «No, no era polaco». Como se ve, es posible que se den ya una serie de malentendidos, lo cual no está nada bien para el comienzo. Por tanto, busquemos una nueva frase.

En los últimos tramos del Vístula, junto a uno de sus pequeños afluentes, había en los años setenta del siglo pasado una aldea poblada, mayoritariamente, por alemanes.

Ahora bien, ésta es la primera frase. A continuación habría que añadir que era una aldea floreciente, con grandes graneros y sólidos establos, y que algunas granjas de allí —la granja propiamente dicha, que comprendía el espacio ocupado por la vivienda y el granero, el establo de las vacas, el establo de los caballos, el sótano y el desván— eran tan grandes que en otras regiones hubiera cabido dentro media aldea. Y tendría que decir que los campesinos más acomodados eran alemanes, siendo los polacos del poblado más pobres, si bien no tanto, ciertamente, como en las aldeas de madera polacas que yacían alrededor de nuestra gran aldea. Pero no lo digo. En vez de esto, sigo. Los alemanes de allí se llamaban Kaminski, Tomaschewski y Kossakowski, y los polacos Lebrecht y Germann. Y así era, en verdad.

Conviene hacer creíble que la historia debe ser relatada porque conviene que se relate, sin desempeñar en ello papel alguno consideraciones familiares. Pero que sea conveniente o no, ya lo dije antes, depende de cómo yo me encuentre; así pues, primero he de averiguarlo, y, luego, contar, sin más, toda la historia, pues, de lo contrario, nadie podrá hacerse un juicio sobre ella.

A la gente le gusta tener juicios definitivos, y a más de uno le dará igual de dónde los ha recibido, pero a mí, ahora, no me es igual, razón por la cual contaré la historia. La gente a la que le es exactamente igual de dónde vienen sus juicios dirá que uno no

debe dejar que un conocimiento objetivo le enturbie la claridad de la mirada; y algo de razón hay en ello, pues, sin este principio, el arte, por ejemplo, no sería tan sereno como se lo imagina Schiller, pero, de todos modos, nosotros preferimos esforzarnos por conseguir un conocimiento objetivo del asunto y ser exactos, es decir, enturbiarnos la claridad de la visión.

*Siempre gris, siempre gris,
pues falta de luz está la gente*

habría cantado el predicador Feller, el héroe de la fe, pero esto nos llevaría ahora demasiado lejos. Por esta vez, pesquemos aquí en aguas turbias, atrapemos algo sin querer adelantarnos, cosa que se presta a ello a las mil maravillas: ahí tenemos a un par de figuras, una de las cuales, al menos, presenta un aspecto tan bueno como nosotros, pero seguro que hay un par más.

Estoy asentado —y ésta es la respuesta a la pregunta: ¿dónde me encuentro?— a algunos miles de kilómetros en línea recta al oeste de aquella aldea de la cuenca del Vístula. La gente de entonces ya no existe, sólo nosotros, sus nietos y tataranietos. Y podría muy bien resultar que fuera completamente inútil ponerse ahora a narrar toda aquella historia, exactamente tan inútil como lo habría sido si yo, entonces, la hubiera traído a colación ante mi abuelo, un poco más tarde, cuando él residía en la aldea de Briesen y ya estaba harto de todo, como hombre mayor que era; vivía, allí, en una casa de tres habitaciones y cocina, solo con su mujer, reñido con los hijos, todos los cuales ya tenían suficiente con ellos mismos y que, a su vez, estaban empeñados en enemistarse con los nietos. Con buenos resultados, por lo que yo sé. Y, en este punto, donde la introducción toca a su fin y ha sido concluida insinuando una inquietud que yo espero que carezca de fundamento, empieza la acción. En cierto modo, la segunda frase.

A la derecha, *La voz de la fe*, a la izquierda *El cantor evangélico*, dos libros negros, encuadernados en un calicó negro^[1], bien conservados, portados a un metro escaso del camino de arena. Sus títulos son reconocibles, aunque estos hermosos libros se vean zarandeados de un lado a otro por aquel hombre larguirucho y espigado, que los trae en unos brazos cómicamente largos. Un tipo de tez oscura, de cabeza pequeña, sobre la que se asienta un sombrero negro. Pero ¿qué sería la cabeza sin el gran mostacho negro que colgaba en dos cordones blancos y rígidos, aquella cabeza minúscula y estrecha, con sus ojos de calmuco^[2]; aquel rostro pálido como la leche agria? El predicador Feller viene por el sendero desde la carretera empedrada, por donde llegan, de ordinario, las ovejas, a la tarde, cuando las golondrinas se disparan, por última vez, en el aire, y ahora, con la mañana bien entrada, está cerca el mediodía, y las golondrinas hacen, una vez más, su recorrido, antes de que apriete el calor.

La casa parece estar cerrada, pero está abierta. Si uno da la vuelta por el jardín y

entra por la puerta de al lado del portón de la granja, que está cerrado, se ve: la puerta de la casa está abierta, sobre el umbral se encuentra el ganso de Glinski, con la vista puesta en su adversario, en su enemigo Feller, que también lo ha avistado a él y que, de puro arrojo, pasa *La voz de la fe* a la mano izquierda, donde tiene *El cantor evangélico*, para mantener libre la derecha. Es un luchador nato y vencerá a ese *Glinski*, a ese Satán personificado; ni siquiera precisa, para ello, de un palo, sólo un poco de polaco. Y esto no lo soporta Glinski, el ganso alemán, como tampoco el auténtico Glinski, el párroco de Malken, ese que grita tan alto.

«¡Ahí está Satanás!», masculla para sus adentros con voz ronca. Un paso más, Feller, y Glinski hará sonar su voz de trompeta, hasta excitar al carnero que está tras el granero de la parte posterior, el cual ha bajado la testa, cargando todo su peso sobre las delgadas patas anteriores y se ha lanzado como una tromba contra la empalizada y luego contra el tabique de madera del granero, mientras que los pavos se precipitan todo a lo largo del patio con las alas pegadas a la tierra, haciendo con ellas un estrépito tal, que parece que estuvieran guarnecidas con armaduras, el glogló de sus desordenadas escalas musicales como órganos hidráulicos que funcionan a toda presión.

«Voy hacia ti, Satanás», dice Feller en tono sombrío; lo dice en polaco, mientras da un paso más, con plena conciencia, este héroe de la fe, y, sin embargo, ahora se queda parado, pues Glinski tiene una reacción en falso. Sigue el toque de clarín de su voz; hasta ahora todo era como suele ser: allí están los pavos, la totalidad de las fuerzas armadas, en mitad del patio, alineados ante el carro descargado, y tras el granero continúan los topetazos con los mismos intervalos, ya que Mahlke, el viejo morueco, da siempre sus quince pasos hacia atrás antes de volver a golpear su testa contra el tabique. Pero Glinski tendría ahora que estirar el cuello, con la cabeza casi tocando el suelo, tendría que empezar a recomerse, saliendo disparado, de repente, hacia el enemigo, alzando la cabeza mientras corre, extendiendo sus alas y mostrando su magnífico y ancho pecho, un gran héroe como él, de un blanco resplandeciente, a cuya vista los perros esconden la cola entre las patas y los caballos cogen tortícolis y retroceden un paso, con un estremecimiento por todo el cuerpo.

Mas he aquí que Glinski está plantado en el umbral, impasible, según parece, un ojo semicerrado. «¡Ven acá, tú, varal, tú, negro!».

Grábatelo bien, Feller, así son las criaturas. De esa manera, u otra que uno ya sabe, se puede esperar de ellas esto o aquello, pero no siempre. El mundo, naturalmente, puede ser ordenado, hasta por escrito, y entonces una cosa encaja en la otra: los gansos son así y los caballos asá, pero, de súbito, la cosa de nuevo no cuadra, porque un ganso de nombre *Glinski* no tiene o no presenta maneras de ganso. Se limita a estar ahí parado, este *Glinski*, y nada más.

Feller, el Feller que expulsa los demonios, pero sólo de las personas, que deja que sus largas manos manoseen en los yerros incurables de las almas que se le encomiendan; que, fiesta tras fiesta, califica al hombre de Dios de Malken de

tentador, hijo de Belcebú, Jeroboam o Roboam^[3], y esto a grandes voces, mientras que a las mujeres, viejas y jóvenes, y sobre todo a las viudas, las coge un escalofrío toda la espalda abajo, deja ahora caer los brazos, aprieta sus libros contra el pecho y, repentinamente, se enfría del todo, dirigiendo sus miradas al cielo y llamando, con una voz turbada, tanto a éste como a la casa que tiene enfrente.

Así pues, ha alzado sus ojos hacia lo alto y llamado a Christina, y Glinski se tiene que haber percatado, naturalmente, de que éste ha sido un momento pintiparado para ponerle la zancadilla al negro, un momento de gracia que hace resplandecer la existencia y da lustre a la vida del héroe hasta la muerte. Glinski le ha dejado pasar. Y él se para, parpadea un poco, presenta un aspecto amistoso, y hasta cierra totalmente un ojo, baja el cuello, mira hacia dentro del vestíbulo, incluso hace el amago de desviarse a un lado. «Y bien, ¡lárgate!», le dice Christina a Glinski, llenando con su figura el vano de la puerta; se calza los chanclos que estaban junto a ella y sale al encuentro de Feller y le dice: «Buenos días, hermano Feller», y Feller contesta, con un ademán suave: «Dios esté contigo».

«¡Entra!», dice Christina, y Glinski, el viejo héroe, sigue con la vista la figura negruzca de aquel tipo, que desaparece en la casa precediendo a Christina. Da media vuelta y se marcha cruzando el patio, y hasta los pavos se van alejando de allí, mientras que las golondrinas siguen aserrando sus últimas aristas para hacer sus muestras aéreas, y Christina sale de la casa con dos cestos, camino del cobertizo: un cesto para la leña y un cesto para la turba.

He aquí, pues, la segunda frase. Un poco larga, pero ni siquiera está terminada. Feller se encuentra ahora en el interior de la casa, en la pieza, donde no puede entrar enseguida en calor y en la que mi abuelo está sentado, y él ha venido a causa de un bautizo. Y éste es realmente el tema más hermoso que uno pueda abordar entre bautistas, enseguida se llena la sala de arcángeles y patriarcas, un coro de bocas todo alrededor, y *El cantor evangélico* y *La voz de la fe* se mezclan con el sonido de los trombones, contra los cuales la trompeta de *Glinski* es una pura nada, una flauta plañidera.

Así pues, mi abuelo está sentado en la pieza y gruñe algo. Cuando Feller entra, alza las manos y dice, a voces: «¡Johann!». Acentuando la segunda sílaba: «¡Johann!».

Y ¿qué sigue después?

«Escúchame a mí antes de hablar», dice Feller conminatorio, «¿has dicho ya “yo y mi casa queremos servir al Señor”? ¿Lo dijiste el año pasado por Pascua? ¿Lo has dicho?».

«¿Qué es lo que quieres tú? Me pareces tan cómico», responde mi abuelo.

Y entonces suspiramos todos por vez primera.

«Alwin, pero no, su hocico es como el trasero de un afilador».

Esto lo dice la abuela Wendehold. Está sentada junto al hogar, ahora, en verano, y Feller no se ha apercebido de su presencia; está sentada allí y tiene el aspecto de un

cuadro, como uno de aquellos de las casas de los señores. Las verticales ligeramente desviadas, que garantizan en tales representaciones una impresión de fina seriedad, las genera, en ella, la falta de dientes y el hecho de que los brazos caigan pegados el uno al otro; y la cinta negra del cuello, entre el tercero y cuarto pliegue transversal, sustituye la cinta de terciopelo, sólo falta ahí el medallón.

Está, pues, sentada, en el banco de la estufa, y ahora se ha acercado una mesa y está sacando unas cartas, un sucio juego de cartas que lleva siempre con ella en el bolsillo del delantal, y, dado que ella está por el orden, y un orden rápido, con las cartas procede también siempre a la mayor velocidad que puede. Siempre a mano el rey de corazones, y, manejadas así las cartas, cuadran ya con la vida humana.

«¡Olga, estáte tranquila!», dice mi abuelo.

Estos dos tuvieron algo que ver una vez el uno con el otro, al menos eso se dice, cuando —uno se lo puede imaginar muy bien— el abuelo era un jovencito y Olga Wendehold una muchacha, cosa que es más difícil de creer, hace ya muchísimo tiempo de ello y también es verdad que ella cuenta, asimismo, diez añitos más que el abuelo, pero, de todos modos, si entonces pasó algo, después, naturalmente, se acabó, ya que la abuela Wendehold está con los adventistas desde hace ya mucho tiempo y mi abuelo con los baptistas desde no hace menos. Y, si la abuela Wendehold sigue sentada, pese a todo, aquí, en esta sala, entre la estufa y la mesa, tirando las cartas como una invitación a la charla, esto es a causa de los cerdos. Pues el viejo piensa que éstos van a coger la erisipela, y para esta enfermedad es buena una cierta planta de gruesas hojas, y la más segura en estos casos es la abuela Wendehold, que sabe mucho de esta hierba. Feller toma asiento.

En la iglesia de Malken hay un altar como acaso no todo el mundo conozca. Tallado en madera y pintado y bastante alto, una vieja pieza. En medio del retablo no hay sino olas, tan hermosamente azules como debe ser el agua y, a veces, lo es, si bien no en el río Drewenz ni tampoco en el Vístula, pero sí lo sería, seguramente, en el lejano Jordán. Olas ordenadas en una serie de líneas serpeantes, una siempre encima de la otra. Y, a la derecha, se alza, grande y flaco, San Juan Bautista. No hay en él ni figura ni hermosura; extiende su brazo, más flaco de lo que uno pueda imaginarse, y lo más flaco de todo son las peludas piernas, que están sumergidas en el agua y que, poco antes de la rodilla, pasan a la famosa pelambre de camello de arriba.

Nadie probablemente sepa cómo se talla en madera una pelambre de camello. Ésta no es otra cosa que algo hirsuto, con pequeñas puntas y gibosidades, ronchas y mechones, todo ello pintado en gris, y debe tener un aspecto totalmente desordenado, pero, entiéndase bien, todo lo desordenado que puede representar un artesano de la madera, que es, además, un santo desorden. Todo está, por tanto, bien logrado, bien pensado. Sin embargo, el aspecto de este Juan es aún lo suficientemente terrible. De la miel silvestre que lo ha alimentado se le ha contagiado, sobre todo, lo salvaje, especialmente en el contorno de los ojos y en la prominente nariz, y también en la barbilla. Mira hacia adelante, pero también hacia un lado, hacia el bautizando, de

rodillas sobre la ribera. Probablemente esto no ha sido posible lograrlo de otra forma que con una mirada de soslayo. Y, por lo demás, es extremadamente flaco y seco, ya se sabe, se ha mantenido, aparte de con miel silvestre, también, y todavía más, a base de langostas del campo. Hermoso que el altar haga que nos acordemos de él; a éste le fue peor que a cualquier pequeño campesino de una aldea polaca, que, al menos, tiene dos cerdos, y, si no posee una vaca, sí, al menos, tres cabras. Claro que, de esto, hace ya un rato. Y los alemanes —es decir, los Ragolski y Wistubba y Koschorrek, por mencionar un par de nombres— saben que tener algo tiene que ver con la industria de uno, mientras que los polacos piensan que viene de la virtud de la Madre divina. Claro que esto revierte más, según se dice, en el ámbito espiritual que en el portamonedas, y por ello los polacos tienen, según se dice, menos.

Por tanto, San Juan Bautista. Se alza en el altar de Malken, en la iglesia evangélica, y la persona arrodillada junto a él es Jesús; el acontecimiento se desarrolla en el Jordán, en aquel entonces, y el Jesús de la ribera es una figura humilde y bastante pequeña, y dista mucho de estar tan consumido como el potente comedor de langostas que se encuentra dentro del agua. El artista ha dispuesto en el suelo sobre el que Jesús está arrodillado multitud de pequeños guijarros redondos; es la primera vez que allí se arrodilla alguien.

Pero también esto ha, entretanto, mejorado. Los padres que hoy día acuden a la iglesia con un bautizando no ven, en absoluto, esa hermosa imagen del bautismo, porque ya tienen bastante con vencer la resistencia del saco berreante que traen en los brazos acunándolo y hablándole, ayudándose con sonajeros y el dedo índice, a fin de que se duerma. El párroco tampoco lo ve, ocupado como está en hablar y, de cualquier modo, todo lo de aquí le pertenece, si bien no deja de indicar, alguna vez, con su largo brazo, hacia la escena: ¡así era esto en aquel entonces! Los únicos que lo ven son los padrinos, y están contentos con la marcha del mundo y, por añadidura —tampoco—, se les ha escapado a los baptistas; Jesús es seguramente el único testigo fuera de toda duda, no se puede hablar de un bautismo de niños, no se debe hablar en un caso así de bautismo, cuando arrastran a un niño pequeño hasta la pila bautismal, pues éste ignora lo que está pasando con él, el pobre niño. ¿Bautismo algo así?

«¡Una hisopada!», lo llama, por ello, también el predicador Feller. Repitiendo, de nuevo, enfáticamente: «¡Una hisopada!».

Y mi abuelo, que tendría que estar de acuerdo con él, mi abuelo, como decano de la comunidad baptista de Neumühl, dice: «¡Ahora, basta!».

Extraño proceder. Y entonces él, Feller, tiene que montar enseguida a caballo y disponerse a luchar: su pie izquierdo restriega ya, por así decirlo, el estribo, lo que no tiene aún cogidas son las riendas; para ello se ve obligado a desprenderse de *La voz de la fe* y *El cantor evangélico*, que tenía en sus manos, y esto es lo que está haciendo en este momento, mientras que la abuela Wendehold se apresta a un bonito ataque desde el flanco donde está la estufa.

«Así que, Alwin, esto me da que pensar».

«¿Qué?», pregunta Feller perplejo, y ya lo tiene cogido, sin que él lo sepa, la insidiosa mujer.

«Así que, Alwin», dice la abuela Wendehold, «por ello, me parece a mí, hasta los niños pequeños gritan así cuando son bautizados».

«Naturalmente, naturalmente», dice enseguida, sin ton ni son, Feller; «naturalmente», y una vez más: «Naturalmente». La ayuda de ese lado llegó inesperada, y he aquí que Feller yace ya atravesado en el campo de batalla, ahora no puede montar a caballo, pues la abuela Wendehold ríe, y también ríe mi abuelo, y Feller sabe ahora que ellos se refieren al último bautizo de la comunidad baptista, cuando la hermana Marthchen, aquella neófita tardía de cuarenta años, gritaba de un modo tan terrible al caerle el agua fría sobre el cuerpo.

«¡Fidelísimo Fellerchen, no trinques tanto, eso se ha oído en la capilla!». Y todos estaban en torno al tonel, en primera fila los más viejos, y los de atrás han siseado para que Marthchen se tranquilizara, y los otros para que los de atrás se callaran, y mi abuelo, que, como el más antiguo de la comunidad, estaba delante de todos, dijo: «Pero ¡Marthchen!, ¡ya está bien!, ¡esto hay que pasarlo sólo una vez!».

¿Qué va a decir ahora Feller? Acaso que el motivo estaba en el tonel, por tanto, en el hecho de que la comunidad no dispusiera aún de una instalación como la de la capilla de Briesen: un depósito empotrado en el suelo y con escaleras, que bajan hasta allí por ambos lados, todo con la máxima comodidad y conectado a la red de agua corriente.

«¡Oídllo bien: agua corriente!».

«En América», dice adoctrinando Feller, «todas las comunidades tienen algo así, pero allí juntan algo; allí cada uno da el décimo sin rechistar, mientras que vosotros lo único que hacéis es hablar y no dais nada».

«América», dice Christina, que acaba de entrar con las patatas cocidas sin pelar, y mi abuelo completa en silencio: «¡Tonta del culo, América!».

Algo usual en la región. Lo que es decir, él no dice nada. Tampoco Olga Wendehold puede ahora decir nada, pues, en primer lugar, la cosa no va bien, en este momento, con las cartas, siempre se cruza la jota de tréboles, y, en segundo, cualquier persona devota y que tiene cuidado de su persona tiene parientes en América, y no está bien hablar de parientes que tienen algo, y quien vive tan lejos algo tiene siempre, como se puede leer en cada una de sus cartas. Y algunos han vuelto, y algo realmente han tenido, cosa que una persona devota considera una bendición visible de Dios, e incluso lo llama así.

Christina ha entrado y ha puesto sobre la mesa las patatas. Luego trae lo que aún se precisa, platos y demás, todo lo hace con ligereza, y, al final, llega el caldo con tocino.

«No me gusta volver a comer tanto salado», dice la abuela Wendehold.

«No tienes por qué», dice mi abuelo.

«Pero no puede ser, Johann, que enseguida te comportes como un cerdo peludo», dice Christina.

En este punto acaso Feller piense que tiene que poner paz en la casa, pero no resulta necesario. Cristina presenta el caldo, mi abuelo se acerca a ella arrastrando la silla y suelta un cuesco; claro, que sin placer alguno, incluso con una cierta vergüenza, se podría echar la culpa a una silla chirriante. Es fácil pensarlo, y luego resulta que no es así, por lo que mi abuelo dice, vivaracho y con énfasis: «¡Vamos a ver qué tal!».

Olga Wendehold se pone a recoger las cartas, de todas formas no sale nada, siempre el palo de tréboles y luego, lo que faltaba, el de picas, nada, en absoluto, del de corazones, y se endereza en el banco de la estufa que ocupa, porque los adventistas, cuando se trata de sentarse a la mesa, se levantan, Mateo XXVI, y porque eso, sentarse, sólo se puede hacer si uno antes se ha levantado, o marchado, o algo así, y Feller ha permanecido, de todos modos, de pie, recién llegado de su cabalgada de la fe, donde, propiamente, había caído en cruz, o sea, que sigue de pie y junta sus manos, en posición de firmes, y mi abuelo y Christina, que acababan de sentarse, ahora tienen también que levantarse, todos se alzan.

Y Feller suelta una larga sentencia, y Olga Wendehold pone una bonita cara, con sus ojos cerrados, la nariz algo baja y su boca pequeña como un ajo; sólo cuando Feller está diciendo justamente: «Gustad y ved qué generoso es el Señor», resopla un poquito, sus ojos se abren de improviso, viendo ante sí aquello que a ella no le gusta, pero eso ya lo ha dicho, de modo que, ahora, dice, por lo bajo, como hacen también los otros, «Amén», únicamente el predicador Feller lo dice en voz alta, y de nuevo todo el mundo puede volver a sentarse.

«¡De nuevo patatas!», dice mi abuelo.

«¡Yo te las pelo!», dice Christina.

«¡El don divino está un poco caliente!», dice Feller mientras coge una patata, retirando enseguida los dedos.

«¿Ves? Deberías haber aprendido en la fragua», dice la abuela Wendehold respectivamente. Pero ahora hablemos claro de una vez.

Feller ha dejado que las patatas sean patatas, tras una observación de repulsa, bien entendido, dirigida a la abuela Wendehold, que es completamente diferente, es decir, adventista, se ha apoyado contra el respaldo, ahora tiene ante sus ojos la diana, y dice: «En Malken tu hermano Gustav deja que Glinski administre hisopadas a un niño pequeño».

Ahora ha sido, pues, dicho, y bien claro queda dicho, y podemos seguir hablando, si bien, preferiblemente, no de forma clara, pues nosotros sabemos lo que significa hablar con alguien sin tapujos. Mejor pacíficamente.

«Acaso tú pienses que eso a mí no me incumbe», dice Alwin Feller, «y sí me incumbe, y precisamente tú eres el miembro más antiguo de la comunidad».

«¡Bah, tú, pasa arrugada!», dice mi abuelo.

«¡Vosotros lo tomáis todo tan a la ligera!», dice Feller. «El año pasado, cuando estabas con tu hermano en Malken, participaste en una sagrada Eucaristía para todos

en lo de Glinski, no me digas que hay hermanos que hacen algo así, ya lo sé, pero nosotros no. Entre nosotros no es costumbre, ni lo será, no será costumbre, mientras yo viva, lo que se dice una Comunión abierta a todos».

«¡Usos y costumbres! Ahora será mejor que comáis algo».

«No, Christina», dice Feller, «antes aquí el Johann ha de decir ante nosotros dos—como se ve, ni siquiera cuenta a Olga Wendehold entre los presentes— si va a ir o no a Malken».

«¡Bien, hermano Feller, yo te voy a decir algo!».

Y ahora mi abuelo se pone a perorar. Sobre la paz y lo que significa: buscar lo mejor de la ciudad aquí, en la aldea, y que los pacíficos son bienaventurados. Todo buenas sentencias, como corresponde hacerlo al más antiguo de la comunidad, pero Feller no ha venido a traer la paz, sino la espada, y todo ello no conduce a nada, ¡mejor que se pongan a comer, las patatas se enfrían, en el caldo se forma una costra de grasa! Christina está enfadada, todo por este Feller. Y dice mi abuelo: «Si Gustav está de acuerdo en hacer bautizar a su hijo en Malken, eso es cosa suya, ¿debo ser yo el protector de mi hermano? Está escrito».

Pero eso es completamente falso. La parca excusa de Caín sirve, como mucho, de confesión, no de defensa. Ahora es el turno del abuelo: «¡Estate, tranquila, “señora tía”!»». Y, para dejar todo de nuevo en su sitio: «¿Se ha oído alguna vez que una mujer dijera algo razonable?». Ni siquiera olvida el suspiro, nunca en él completamente convincente, hasta consigue una de sus miradas oscuras; los párpados inferiores se corren un poco hacia arriba, los ojos, que, normalmente, tienen algo de esa tranquila expresión del bebedor usual, cambian ostensiblemente; lo blanco en ellos se hace más blanco, lo oscuro más oscuro, se han dejado de ver las finas venillas rojizas y, en cambio, el iris, que normalmente muestra un brillo marrón, se hace casi negro, y entonces Feller no puede decir nada más, únicamente: «¡Piénsatelo, Johann!».

¿Qué haces con el viejo? ¿Cómo quieres luchar con él, si él no comparece? ¡Y esto en tu comunidad, Feller! ¿Y qué, si va realmente a Malken y participa en ese procedimiento impío, incluso en condición de padrino? ¡El más antiguo de la comunidad! Y, además, el que tiene más dinero. Al que escuchan todos los que en la aldea tienen algo. «Si yo, el predicador, le entro con fuerza», piensa él, «me ahogo en mi propia sangre, y luego él vendrá a la Eucaristía y yo no podré rechazarlo; no puede ser, acabo con la comunidad, esto lo sabe el viejo tan bien como yo».

¡Feller, levántate, esto ya no te sabe bien! ¡Lárgate!, busca consejo una vez más en Barkowski y Rocholl, ¿pero qué va a salir de todo ello?

Feller, hoy no es día de lucha. No podría hacerse como es debido con *Glinski*, el ganso de Satán. Si yo supiera, al menos, por qué el viejo quiere ir a Malken, qué le importa a él la parentela, pues tampoco la necesita. No me dejo disuadir de que hay algo detrás. ¡Él y la paz! Y tú, Feller, tienes razón, algo ha ocurrido, en primavera, eso lo sabe toda la aldea, y nadie habla de ello, a no ser, acaso, los polacos, y no muy alto. Tú tampoco hablarás de ello, Feller.

Y ahora mi abuelo se levanta, haciéndose realmente molesto el silencio que domina en torno a la mesa; quién sabe dónde irá a parar Feller con sus ocurrencias, si se le permite seguir aquí sentado. «Me voy a dar una vuelta por el molino», dice mi abuelo, «y tú puedes volver a tu casa, hermano Feller; si no, se enfadará la madre».

Esto lo dice él todo risueño, y la «señora tía» sonríe, si bien un poco avinagrada, se levanta y toma consigo a Olga Wendehold, hay que mirar por los cerdos.

Feller, por tanto, se retira, y el abuelo va al molino. A quinientos metros de distancia. No necesita caminar junto a Feller, el camino del molino está desviado de la aldea, pasando por la casita de Pilch, en línea recta hacia un brazo del Drewenz. «Pues ¡hasta la vista!, Alwin». «¡Queda con Dios, Johann!».

La casita de Pilch. Cuatro piezas, techo de paja. Antes vivió allí la gente de Pilchowski. Pilchowski, que después se mudó a Osterode y que también se llamaba Pilch, es asimismo polaco, pero no llama la atención. Ha vendido lo que le quedaba, salvo la casita, pues nadie tiene disponible un dinero para una barraca así. Por ello, no pertenece, pienso yo, a nadie, ésta es la razón por la que vive allí el gitano Habedank, junto con su hermana, o hija, o tía abuela, uno no sabe nunca con los gitanos: esa tal Marie.

Mi abuelo está allí parado como un vagabundo. Estira el cuello. Todo en silencio. «¡De nuevo errando de acá para allá, estos gitanos!».

Mi abuelo da dos, tres pasos hasta la ventana y dice algo, pero lo dice, más que nada, con las manos, y allí se queda parado de nuevo, y luego da media vuelta. Y otra vez al sendero, rumbo hacia el molino. Rodea la esquina del establo, y aparece de nuevo. A los ojos de los dos hombres que aguardan sentados ante el molino.

«¡Maldito perro!», dice Korrinith a Nieswandt, «¡ahí viene de nuevo este mierda!».

«¡Entremos!», dice Nieswandt a Korrinith.

No sabrá que han estado sentados aquí todo el tiempo, tanto no ha visto, le basta contar los sacos para saber que, cuando él no está presente, no hacen nada, pero eso, de todos modos, ya lo sabe.

«¡El diablo!», dice Korrinith a Nieswandt.

Así es como hablan de mi abuelo. Los polacos.

El camino no va directamente al molino, hace un arco y luego viene del sudoeste, o sea, contra la corriente, al lado del lugar donde habían construido el muro de contención; ahí están tirados aún los postes, los maderos y las fajinas de matorrales. «Todo tirado por ahí», dice mi abuelo, y ahora ya está en el molino. «¡Ya os he dicho que debéis limpiar todo esto!», y cruza la puerta. Habla tan alto que deja la puerta abierta. Pero Korrinith tiene también una voz potente, y dice: «Y ¿cómo, así, sin carro, con las propias manos, con el culo al aire?». Y ahí le tenemos con las piernas abiertas, palpando con los dedos en su chaqueta en busca del rapé, y ya está alzando las aletas de la nariz, acercando el puño izquierdo, sacando el pulgar de modo que se forme un hueco en su raíz; luego echa el tabaco dentro, pero, antes de que el rapé

alcance el orificio derecho de la nariz, mi abuelo grita: «¿Qué es eso de estar con el culo al aire, es que no ha venido hoy nadie?».

«¡Ah, qué, cargan y desaparecen, no vienen sino a llevarse la mierda!» y después agrega amistosamente: «El Levin estuvo aquí». Y Korrinth ha alojado ahora el rapé en su nariz, esnifa un par de veces y luego dice, pues hasta el estornudo le queda todavía un poco de tiempo: «También él le manda un saludo».

Mi abuelo se contiene. Se limita a sacar su mirada torva: «O sea, que el Levin estuvo aquí, y todos estos desechos tirados en cualquier sitio, mejor no lo puede él tener. Pero ahora es casi igual. Es el momento de ir a Malken. Y uno no se puede fiar de los polacos». Korrinth estornuda, y mi abuelo dice: «A este tipo no le dejéis entrar en el molino».

«Tampoco él quería entrar», dice Nieswandt.

Y ahora uno quisiera saber, como mi abuelo, si el tipo, el judío, dijo algo. Y qué es lo que buscaba aquí. Pero uno ya sabe, y mi abuelo también, cómo serán las respuestas que se pueden recibir aquí: «No ha dicho nada, nada más que “buenos días”. Estaba en casa de Marie».

Sí, ya sabemos, la casita de Pilch. Esa Marie con la que el tipo anda rodando. Toda esta cháchara no tiene sentido. Por tanto: fuera con la mirada torva, a contar los sacos, dejar hablado todo lo de mañana.

«¡Si uno no se ocupa por sí mismo un poco de todo!». «Ahí está colgando la cadena, mira a ver, no, no en el cigüeñal, abajo, junto a la rueda, naturalmente, vete a ver dónde si no; maldita sea, las cadenas tienen que estar bien aseguradas, mira si el agua entra bien, dale una vuelta de vez en cuando; vosotros mismos debéis ver si las cadenas cuelgan, pero, claro, a vosotros os es igual».

A veces, como ahora, de vuelta a casa, mi abuelo piensa que él no se debiera haber metido en toda esa bosta —«bosta», dice él ya—. Pero ¿cómo es posible? Y otra vez las justas reflexiones: «¡Sólo me faltaba que el judío campara a sus anchas! En el negocio del molino funciona así: quien tenga que ir a buscar él mismo el grano, de quién sabe dónde, pronto estará acabado, pero éste no tenía por qué, pues se lo traían ellos, incluso los de Neumühl, yo debiera haber estado al acecho, como Poleske».

Y ahora aparece en la historia un cierto Poleske, a quien aún no conocemos. Es uno de los antepasados, una especie de animal doméstico de antepasado, pronto lo explicaremos. «¡Bueno, pues éste», dice mi abuelo, «justamente éste!».

Ahora es de noche. Y el abuelo yace en su lecho. Christina duerme, pero él está despierto, y ahora hay una aparición de fantasmas, si algo así es posible, o sea:

La 1.^a aparición de fantasmas

La república de Polonia era una monarquía en la que la nobleza toda tenía algo que decir. En lo posible, todos lo mismo, como preveía la constitución de Radom, y eso,

como es natural, no funciona. Que cada uno dijese algo distinto sería ya más fácil, en Polonia y en tiempos anteriores. Y, dado que cada polaco es de la nobleza y cada uno está vinculado por parentesco con alguna de sus casas reales y cada familia es, propiamente, más antigua que esas casas reales, todos son de igual alcurnia, como se dice. Los polacos lo son, y los alemanes, que antes fueron polacos, pero que ahora, desde lo más atrás posible, son alemanes o se sienten alemanes, lo son, si es posible, todavía más.

Así es, en todo caso, contada la historia de la república de Polonia, con que uno tenga la voluntad de oírla y disponga del informador correcto. Por ejemplo, alguien como mi abuelo. Que hable sin plan ni sentido, primero con un vaso, después con dos, después con un tercero o un cuarto: algo así desde tiempos inmemoriales.

Pues la aparición de espíritus viene de viejas historias, y ahí tenemos que vérnoslas con la nobleza, que es orgullosa porque conoce su valor tan bien como se lo ha imaginado, y así, justamente, todos los polacos son de la nobleza, eso lo sabe toda esta nación de caballeros, junto con sus descendientes, los vasallos tributarios, los parientes, los casados, las casas de viudas, las fundaciones para señoritas de Cracovia, los fideicomisarios, los hijos bastardos, los hijos expósitos y los alemanes. Todos y cada uno de ellos están caracterizados por su alta conciencia de la historia, cada uno, pues, es un experto en el tema de sus antepasados y ancestros, y se tienen apariciones de fantasmas; esto no es, en absoluto, como en Berlín, ni causa la sensación que causaría en Berlín o en Mecklenburg-Strelitz, cuando al Hohenzoller se le aparece su blanca esposa envuelta en seda o en fustán, según la estación, o, al Junker, su Sadrach^[4] antepasado o archiantepasado, con pieles y cadenas, conforme a la imprecación de una muchacha de aldea o a la de un pastor. Esto aquí se tiene, uno no se hace, por ello, mayor: todos, propiamente, lo tienen y, naturalmente, también mi abuelo.

El abuelo yace en su lecho, y cavila y murmura algo así, y entonces acaece la aparición del fantasma: tiene una corta barba negra, y se llama Poleske, y es un antepasado, y está parado en medio del dormitorio, y dice algo. Y el abuelo dice también algo, y luego de nuevo el turno de Poleske, siempre el discurso gira sobre lo mismo, y se repite una y otra vez, suena como una palabra mágica y reza como sigue: Mi Derecho. Las dos palabras con mayúscula. Del todo claro que así el mundo no puede durar. Mi abuelo tiene, pues, Su Derecho, le pertenece a él, pero, naturalmente, tiene que valer para todos, porque, si no, no sería Derecho, y esto significa: es inútil para mi abuelo, así que Mi Derecho. Y, luego, el tal Poleske vuelve a desaparecer, colándose por los postigos de las ventanas o por la puerta.

Poleske se ha imaginado algo y obrado de acuerdo con ello. Se ha responsabilizado de algo. Y mi abuelo chupará de la historia de su ancestro alguna clase de miel, que guarda una relación con lo que es Su Derecho.

Pero por ahora, antes de nada, la historia con el tal Poleske. Contada de la forma más sucinta, es como sigue:

Poleske está echado en el tajo, atado y con el rostro hacia abajo. El verdugo levanta la espada hasta una altura de tres cuartos de su estatura, la hace descender con rapidez y separa la cabeza del tronco de Poleske. Los jueces siguen aún presentes por unos momentos, todo fue un poco demasiado rápido y tuvo lugar en una plaza pública, pero faltaba la gente, los espectadores. Algo así es, sin espectadores, deprimente. Únicamente ante mujeres y niños.

Luego, en un abrir y cerrar de ojos, se vuelve a recoger todo, esparciendo aserrín y arena. Las mujeres retornan a casa, con los niños de la mano. El sacerdote se une a ellas. Puede contar que Mattern se ha ajusticiado a sí mismo en las mazmorras.

Es un día claro, ni siquiera casi sopla una brisa del mar, las torres de la ciudad se alzan rojizas en un cielo color azul acuoso. Qué hermosamente ese regalo de sol del buen Dios hacía relucir la cabeza de Poleske, dicen las mujeres a sus niños.

El grajo, que marcha transversalmente sobre el camino, enfáticamente, a pasos pesados, coloca allí, súbitamente, un par de cadencias tartamudeantes, se desconcierta, extiende las alas y da un brinco hacia un lado; se queda, por un momento, parado, para luego seguir adelante, tan tranquilamente como antes, dejando atrás el fresno, y camino del campo. Mattern, con alguna de su gente tras de sí, está en medio del camino, con la mano sobre la silla de la cabalgadura de Poleske, y dice beatíficamente: «El viejo grajo no quería sino bailar, bien, no tiene otro significado», pero Poleske, bajando de su caballo, gruñe: «Por mí, que baile, para mí tú eres un hermoso ladrón», y: «Allá va».

«El grajo no es ningún azor», piensa él, «hasta que éste no chille no ha acabado el día, y antes tiene éste que expirar».

Han venido a parar un poco lejos, al territorio de Danzig. Pero el lugar es demasiado bueno, algo así no se abandona, por ello se demoran acechando ya un par de horas en ese tramo de bosque. «Mis azores», piensa Poleske, «que tan hermosamente pueden chillar, con brevedad y agudeza, sólo nosotros los escuchamos». Y luego: hacia un lado.

«Yo estoy al otro lado», dice Mattern; se da la vuelta y marcha golpeando el suelo del camino. Los hombres le siguen, uno tras otro. Así es cada vez, esperar siempre las mismas disposiciones, fijar los puestos de estacionamiento para el grupo de Mattern: detrás de las piñas, que hay por doquier. Los caballos más atrás, en el bosquecillo de abetos. Si vienen los de Danzig, entonces se sale a la carretera y se les detiene —los cuarenta carros habituales—, y entonces los azores se ponen a chillar, y los siervos de Poleske salen del bosque y caen sobre el campo, y el mismo Poleske cabalga lentamente a su lado. Se hace un trato o se apalea a alguien, siempre lo mismo. Con diecisiete arcabuces. «Pero nosotros no hemos vivido así, junto al Oder», cuenta el viejo, y se asigna la mitad del botín. «Este invierno aún nos seguiremos calentando en Polonia», cavila Mattern, «pues es ya otoño».

Poleske con su caballo, solo en medio del camino. Oscurece. «Ahora ya no vienen los señores. Como si lo dieran. Aquí no habíamos estado nunca antes. Mattern

lo había desaconsejado: demasiado pegado al Vístula, sólo se tiene un lado abierto. Y aquí hay dos, ¿de eso sabe él algo! A él le atrae siempre la dirección hacia el oeste. Pues procede de allí».

Poleske, el azor, alza un poco las riendas y cabalga carretera arriba en dirección al bosque. Ahora está oscuro. Ha pasado el tercer día, y ellos no vienen.

El viejo Gregor viene cojeando hacia él. «¡Nada, señor!».

«¡Haz venir a Martin!», dice Poleske. «Alguno tendrá que ir a Dirschau a encontrarse con Scholz. Los otros a casa. Tomad con vosotros a los de Mattern».

La noche es como el hogar, que Poleske ya no pisa. Adonde volverá Poleske, cuando les haya arrancado a los de Danzig el gusto por recorrer la república con sus tartanas. Esto va devorando como una plaga, más y más, a las regiones, y el pueblo trapicheador de Thorne y Cracovia se les acerca moviendo la cola; el rey está avizor y mantiene la mano abierta, él necesita algo para su trato con princesas y, aquí, un poco de luz y, allá, en el camino de los contrabandistas, un poco de oscuridad. Así es como Polonia tambalea su corona: un vientre orondo y un rostro de vino tinto, con colgaduras de *pacta conuenta* y todo tipo de *vota* en torno al cuello grasiento. Y algo de eso se le ha encomendado a él, Poleske.

Probablemente el honor de la república, se podría pensar, y el Derecho, el Derecho de Polonia, el Honor y el Derecho, a los que puede ayudarse con viajes diarios, insurrecciones, decisiones de investiduras y vetos y, finalmente, con la gran devoción desarrollada en Gnesen o Tschenstochau. ¿O, acaso, mejor, aquí, donde Poleske espulga a la chusma que se ha extendido a lo largo de esta ensenada y apuntado su trasero hacia la república? Para ello hizo venir del Oder al grupo de Mattern, dejando, un buen día, todo allá; que las mujeres vivan como quieran, mientras que ellos yacen ahora aquí, en la arena y detrás de los montones de piñas, ¡cuatrocientos hombres! Y, ahora, los señores de Danzig le conocen, y ya no vienen.

«Debo partir a Dirschau», dice Martin.

«Irás a ver a Scholz. Él te contará todo. Y, después, irás a Schönsee, a ver al sacerdote. Quiero saber a quién ha mandado a Marienwerder Pampowski, el juez real».

A la tarde del día siguiente, Martin está de vuelta. Los de Danzig ya no vienen. A su cabeza, a la de Poleske, se le ha puesto un precio de seiscientas guldas, y otro tanto a la negra calavera de Mattern, y en toda esta historia sigue pendiente aún un salvoconducto.

«O sea, que puedo vender a Poleske por seiscientas guldas», ríe, con risa de conejo, Mattern. «Vivo», dice Poleske, y se aleja cabalgando.

Pampowski ha mandado citar a todo lo que tenga piernas y orejas, pero no sale nada a relucir, sólo un pequeño estraperlo con sillas pastorales, del cual se lucran los de Danzig y también su Majestad, y Weisselrode sigue manteniendo su báculo en sus huesos gotosos.

Poleske es hecho preso a una distancia de media jornada a caballo de

Marienwerder. Está solo. El risueño encargado del orden le recibe en Danzig. Lo esperaba.

El juicio es corto. «Habrà sido Scholz, o el sacerdote de Schönsee», piensa Poleske. Dos días después le dice el guardián, a través de la puerta, que Mattern está en el calabozo de al lado. «¿Desde cuándo?», pregunta Poleske, y no recibe ninguna respuesta. «O habrá sido Mattern», piensa.

Al día siguiente es sacado fuera y conducido a la plaza. Ninguna cadena. A lo lejos, los guardas de la ciudad.

Poleske camina lentamente. Pero la ciudad, todo ese seco montón de piedra, parece pasar a todo galope ante sus miradas. Todo tiene el aspecto de una noche de luna, ninguna sombra. Únicamente, ahora, un grito en el aire. Poleske mira hacia arriba, a la luz delicuescente, se pone la mano sobre los ojos y mira hacia arriba. Un azor trata de cazar a una alondra. Sale disparado desde arriba. Errado. La alondra está sobre su cabeza. No ha cesado ni un solo instante con su canto vibrante.

La comitiva se ha parado. Ahora se pone de nuevo en movimiento. El Consejo de la ciudad ha tomado posiciones en ella. Al otro lado está el patíbulo. Aquí va a subir él, Poleske, ese al que le había sido encomendado algo, quien, durante un par de meses, ha sido agraciado por alguna fortuna, y al que la fortuna ahora abandonó.

Está parado en la amplia plaza. Es mediodía. El 28 de septiembre de 1516. Un claro día otoñal. Poleske da un paso. De nuevo el chillido del azor. Pero ahora nadie mira ya hacia arriba. Y ahora el silencio es total.

Se lo puede oír: el silencio es total.

Ahora habría que hablar: de la luna, del agua, de dónde está el molino, de que donde estaba el dique de la presa hay un molino, pero el otro ya no.

Christina resuella un poco en sueños.

«¡Bien, bien!», dice mi abuelo, y acaso piense: «Aquello eran tiempos», «y ahora el judío me quiere ir sobando el trasero, a eso podíamos llegar, pero yo voy a ir a Malken, todos tendrán que cerrar el pico, voy a despedir del molino a los polacos, que se marchen a Rusia, cuesta, naturalmente, dinero, y entonces que hable, ese Levin, lo que le dé la gana».

«¡Arrástrate hasta Briesen, al tribunal, tú, larguirucho Labán! Te van a mear encima, nosotros, aquí, somos alemanes, por si todavía no lo sabes». En cualquier caso, él, mi abuelo, sabe ya quién meará y quién es el que meará todo lo que encuentre alrededor. «¡Mi Derecho!», dice.

Llegar a Malken lleva, en carro, sus buenas tres horas. Y, dado que Malken se encuentra a un buen trecho al norte del Drewenz, y que los pequeños ríos subsidiarios y presas de molinos siguen perteneciendo todos ellos, aunque el terreno sea llano, a la cuenca del Drewenz, la carretera no corre nunca junto al agua, ni siquiera a lo largo de alguno de los pequeños riachuelos; quien tenga que beber, bebe de la bomba en Gronowo, en la fonda, o en Trzianek, o bien se abastece suficientemente antes; esto alcanza para los veinticuatro kilómetros del viaje, incluso en junio.

La carretera se llama *chaussée*, de modo que le dejamos ese nombre.

Primero es un adoquinado de piedras irregulares, que nace en mitad de la aldea y se extiende su buen medio kilómetro, con el lado Izquierdo de la vía sin empedrar, como un camino de verano; luego se acaba el empedrado, siguiendo un simple camino de arena; en la aldea Gronowo es una especie de burdo cascajo triturado; después viene, como corresponde a la región, una pelada calzada de barro; poco antes de Trzianek comienza de nuevo el adoquinado de piedras irregulares y así se va cambiando; cuando uno ha acabado acostumbrándose a una de esas clases de *chaussée*, viene la siguiente, y ésta es siempre, independientemente de que se repita el modelo del empedrado o del no empedrado, peor que la anterior, con lo que se explica suficientemente incluso el creciente mal humor de mi abuelo.

El abuelo se encuentra de camino hacia Malken. En un carro tirado por caballerías. Tiene un humor de perros, allí va, sentado, con la «señora tía» a su derecha, y explica la región, las relaciones de propiedad y los precios por *morgen*^[5] de campo cultivado o de pradera, o quién compraría y quién no compraría. Aunque Christina está mucho mejor enterada de todo ello cuanto más se acercan a Malken, pues ella es de allí, o, dicho más exactamente, de Brudzaw, de Klein Brudzaw. A saber: el suegro de Brunowski había comprado, en aquel entonces —de eso hace sesenta y dos años—, había comprado a Konarski en Dombrowken por setenta táleros, pero ¿quién va a querer oír ya realmente eso? Christina va sentada, pues, junto al abuelo, tiene su sombrero puesto, la primera vez en este año. Hablemos de Christina.

Christina, de soltera Fagin, a la que la gente de la comunidad llama «hermana», o bien «Christina», y mi abuelo «señora tía», es, redondeando, veinte años más joven que el abuelo, su segunda mujer, sin hijos, dotada, en su momento, con siete mil táleros, que todavía están ahí intactos, en la *Kreiskasse Kowalewo-Schönsee*; a los cuales, pues, los hijos del primer matrimonio, los yernos y las nueras, no tienen

derecho alguno, pero que, sin embargo, reivindicaban, amparándose, para ello, en el hecho de que Christina no se opone, pero sí los dos viejos, el Fagin de Klein Brudzaw y mi abuelo, él también. Pese a todo, los yernos le dicen «tía», la nuera la llama Christina y mi abuelo, «señora tía»; eso suena, de cara a la familia, conciliador, y no lo es. Hablemos de Christina.

Es una hermosa mujer. Un poco redonda, un poco más pequeña de lo habitual entre los Fagins, pero, con todo, le saca media cabeza a mi abuelo, cosa que, en la comunidad, la perjudica; menos, está claro, por la talla, que el Señor Dios da como quiere, cuanto por el hecho de que Christina no trata de equilibrar esa medida corporal, que, evidentemente, se le ha impuesto como una tentación, una prueba espiritual, con la pertinente humildad en el comportamiento corporal y la forma de hablar, puesto que ella descuida el corregir aquello con lo que el buen Dios le ha dotado, cosa que, sin embargo, querría uno pensar; si se hace, se hace antes con orgullo que con humildad; Christina, en cualquier caso, no lo hace, y justamente ese descuido es tachado por toda persona devota, al menos en Neumühl, de soberbia. Y, a la persona concerniente se le guarda, por ello, rencor. Hablemos de Christina.

Es ruidosa y risueña, y canta *Herz, mein Herz, sage an, wann wirst du frei...?*^[6] Una canción preferida como ésta, que uno puede oír en la cocina o en el establo o en el sótano, si bien no el domingo en la capilla, con esa bonita distribución de las voces, con las pausas correspondientes para la soprano y cortos solos de bajo, mientras que la contralto y el tenor no saben muy bien dónde deben entrar y andan confusamente tanteando, cosa que, en todo caso, hace buen efecto; si bien no es cantada, como decimos, el domingo en la capilla —donde se canta leyendo de *La voz de la fe* o de *El cantor evangélico*, pero, la mayoría de las veces, de memoria—, pues podría ser considerada poco conveniente por las personas devotas: ¿qué quiere decir eso de «libre»? ¿No le va a ella bien? ¿No es la mejor bendición estar junto a alguien como Johann? ¡Los hijos fuera de casa y con tanto dinero aún en la bolsa! ¡Especialmente ahora, cuando ese Levin se ha bebido su molino!

Ah, no, no todos piensan así, ni siquiera todos los de la comunidad. ¡Era tan cómodo con Levin! Él compraba y pagaba; ahora no sabe uno adónde tendrá de nuevo que viajar con el grano, si, en vez de hacerlo moler, lo que quiere es venderlo. En este nuevo *Kaiserreich* uno necesita dinero, es decir: hay que pagar todo a tocateja, con *groschen* y táleros, y, si es posible, muchos. Lo que pasaba era que el viejo no debía enterarse de que la gente vendía a Levin, él no quería, cosa comprensible. Ahora se acabó, eso es un golpe fuerte, pero no se dirá: «¡Bien, Johann, le has dado, éste no vuelve más!». Ni: «¡Gracias a Dios!». ¿Qué debemos, pues, contar de Christina?

Christina es, como queda dicho, de Brudzaw, Klein Brudzaw, situada un poco después de Malken, en dirección a Strasburg. Aquello es muy bonito. La sierra que viene del arco que hace el Drewenz en el norte, cae sobre las praderas con dos o tres estribaciones, y hacia el oeste, donde el terreno es completamente llano, el suelo es

enseguida bueno, para trigo y remolacha; allí hay un lago redondo y, detrás, los extensos bosques de hayas; es muy hermoso, aquello, y Christina viene de allí, y todo concuerda con ella.

Ahora el carro está a tres kilómetros de Malken. Ya son las seis. Han partido a las tres. Feller no se ha dejado ver.

Tampoco el abuelo ha entrado con el carro por la aldea, sino que ha guiado a los caballos, por junto al granero y cruzando un estrecho sendero, para retomar la *chaussée*, no con humos, al principio, pero luego, en la *chaussée*, a la vista de Gronowo, el látigo es puesto de través, colocándose un cigarro en los labios, sintiéndose como se sentiría el consejero del distrito o el conde polaco en Giborz, o como si acabara de cagar en el Mar Negro.

Por tanto, pasan por en medio de Gronowo, y también de Trzianek. En Trzianek mi abuelo tuvo que parar dos veces, ya que Christina tenía que hablar con la tía de Rocholl y con otra vieja; se las confunde fácilmente, el aspecto de una es como el aspecto de otra, y, ahora, estamos, pues, a tres kilómetros de Malken.

Pasado Trzianek, se acabaron los árboles de la *chaussée*, ahora se ve, por entre las cabezas de los caballos, toda la planicie que se despliega en toda su extensión ante los ojos.

La carretera lleva directamente a la aldea, colocada, al principio, entre la oreja izquierda del caballo de la izquierda y la oreja derecha del caballo de la derecha. A la izquierda de la oreja derecha del caballo pardo, es decir, del izquierdo, emerge la torre de la iglesia, y ahora se echa de ver, exactamente por entre las orejas del roano, es decir, del caballo de la derecha, la fonda de la aldea y, al lado, hacia la oreja izquierda, la techumbre de tejas de la escuela; en el medio se alza la vivienda de Gustav, y luego hay algo que, si uno es mi abuelo, no ve: castaños y tilos, reunidos en grupos, setos y huertos, lilas y saúcos. Pero no se puede alojar y distribuir todo entre las orejas de los caballos, finalmente uno se va acercando cada vez más a la aldea, se ven dos cigüeñas dando vueltas por encima del techo de la iglesia, y, luego, ni los caballos mantienen tranquilas sus orejas, es decir, oyen algo, e incluso en esto se podía notar que ya no falta mucho para llegar a Malken.

Pero, ya que habíamos descrito anteriormente a Christina, Christina, de soltera Fagin, de siete mil táleros de peso, y tía y «señora tía», el resto del viaje describiremos, al menos sucintamente, a mi abuelo, y ¿por qué propiamente de forma breve? Todavía faltan sus buenos dos kilómetros hasta Malken.

Mi abuelo era, en sus años jóvenes, una persona esmirriada, de un aspecto nada bueno, según se oye decir; con una talla, en el servicio militar, de 61, pero, con los años, debe haberse hecho cada vez más grande. Yo no sé si, de hecho, creció —habrá sido la dignidad que reviste y, sobre todo, el bienestar—, pero lo cierto es que, ahora, tiene una apariencia del todo vistosa, especialmente los domingos, cuando la dorada cadena del reloj le cuelga sobre el vientre, y de lo más espléndido cuando está borracho, y hacia el lado izquierdo se le hincha el hígado. Todo un hombre, y alemán,

y es mi abuelo.

Está sentado en su carro, arriba, y arroja fuera la colilla (ya van, hoy, tres cigarros), y toma de nuevo el látigo. Cavila.

¿En qué va a pensar ya él? Primero, tomar aparte a Gustav, esta tarde todavía, y mañana a Glinski, un poco antes decir «buenos días», después de comer, entre el café y los tres aguardientes; todo lo otro, buenas palabras, incluso es posible que dinero, ya se verá, ya.

Ahora conocemos ya un poco la región: el ángulo entre Thorn, Briesen y Strasburg, donde el Drewenz, que viene del nordeste del Löbauer Kreis, al sur de Thorn, un trecho a la espalda de Leibitsch, desemboca en el Vístula, después de que, aproximadamente a partir de Cielenta, que está frente a Strasburg, ha trazado la frontera con la Polonia rusa o la Polonia del *Congreso*, es decir, la Culmerland, una región antigua y devota, donde, si se posee dinero u honor, se es alemán y orgulloso de su noble progenie, pero que es, de nuevo, polaca, pero esto fue antes, ahora —para ser totalmente exactos, en el año 1874— uno, como mi abuelo, es devoto —esto es, baptista— y, sin embargo, viaja con —carro y caballos— para encontrarse con los enemigos de la fe —es decir, los evangélicos— y se afirma en su Derecho —como alemán—, y todo esto porque se tiene algo: un molino en Neumühl, junto a uno de los riachuelos de la derecha que tributan en el Drewenz, el cual discurre siempre en Polonia, pero entre Alemania y Rusia; un molino de agua con un estanque, o, si se quiere, con una presa.

La basura sigue allá tirada en la ribera: postes, varas, tablas, tablones, fajinas de matorrales, todo enmerdado y podrido, y en este punto de la mierda podrida estamos nosotros con nuestra historia, en pos de la cual hemos siempre andado reuniendo todas las habladurías sobre mi abuelo.

Levin está echado sobre la hierba del terraplén, allí está echado, de espaldas, tan largo y flaco como es, con los brazos bajo la cabeza. Dice: «Tú no tienes por qué empezar siempre con eso». Y la tal Marie, que este Levin llama *Marja*, dice: «¡Sí, sí!».

«Tate^[7] ha escrito que debo ir a Briesen y retirar todo, y luego a Rozan, allí está toda nuestra gente», y Marie está echada junto a él sobre la hierba y dice: «¡Sí, sí!». Y ésta es, más o menos, la tercera frase de nuestra historia.

Si ambos se incorporaran, verían allá abajo, en el terraplén, los tablones de la pasarela medio hundidos en el agua, el desparramado montón arenoso al que conducen los escalones reforzados con estacas y maderos, donde se levantaba el molino de Levin, pero no necesitan hacerlo, pues lo siguen sabiendo: ahí estuvo el molino, durante un año, y es llevado por la corriente de la presa procedente del otro molino, se viene abajo y es arrastrado al Drewenz, en primavera, cuando el agua estaba fría, pasando por un par de aldeas, madera flotante y nada más.

Lo único que no fue arrastrado son las piedras molares. Allí brillan asomando de la rápida corriente, que les va adosando arena y construye un muro ante ellas, desde

cuya altura los pequeños granos vuelan sobre las piedras como de un salto.

«¡Sí, sí!», dice esta tal Marie, y ahora va oscureciendo, en este mes de junio; la luna cuelga por encima de la Polonia rusa, ¡qué vendrá aún por el río! Esta tal Marie la mira, y también a Levin, y dice: «¡Lo mejor es que te quedes!».

Así: «¡Tú, luna, permaneces en la Polonia rusa, y tú, Levin, te quedas aquí y no vas a Rozan, a encontrarte con tu gente!».

Dentro de catorce días es la primera vista del juicio.

«Todo se vuelve oscuro», dice el tal Habedank.

Está sentado en la escalera de madera, delante de la fonda de Palm, a la manera de los gitanos, es decir, sin apoyarse, con una mano sobre la balaustrada y la otra sobre el negro estuche del violín, que tiene el aspecto de una barca del Vístula, estable y larga y, como queda dicho, negra, y con una tapa arriba parecida al tejado de una casa.

¿Y qué quiere este Habedank en Malken?

Llegó la semana pasada, venía de Cielenta, una cuestión de negocios de caballos sin dinero, certificado de expertos o juramento de gitano, lo cual significa: la mano que jura alzada y con el otro brazo inclinado hacia abajo, o bien colocado detrás de la espalda. Y se ha pasado por casa de Gustav —el hermano impío de mi abuelo, recordemos—, y Gustav le ha orientado acerca de la música para el domingo, cuando sea lo del bautizo, para las celebraciones posteriores, hacia la tarde.

«Será su música», dice este tal Habedank, y se retira.

Y ahora ha vuelto, el domingo temprano, con su violín, como suele aparecer en los acontecimientos, ya que el violín es la música, la música profana, que es divertida o triste, una de dos, y nada a medias tintas, sin transición alguna; divertida o triste. Como también dice este Habedank: «Basura o Muy hermosa». Cuando ha visto al niño, dice: «¡Hermoso muchacho, y tan de fiar!».

Allá enfrente, sólo a un par de metros, vive Gustav, entre la iglesia y la fonda; hoy es bautizado el niño, el número siete. Rezagado o benjamín (¿cómo tenemos que decirlo?) —bautizado con los evangélicos, con Glinski, que tanto grita—, este niño que a mi abuelo le viene al pelo, con su bautizo evangélico, tanto como mal al predicador Feller por lo que él llama «impío hisopazo».

Los otros hijos, los otros hijos de Gustav, los seis, están jugando en el jardín y se dejan oír. Habedank, que es la música, saca incluso en claro que son seis. Cantan:

Abel Babel
Gänseschnabel,
Gänsefüßchen
schmecken süßchen^[8].

Se trata de un canto de entierro. La golondrina muerta que para ello se precisa es fácil siempre de encontrar, y luego es enterrada, de un modo complicado y triste, un

entierro con canto.

«Así los niños no andan siempre pegados a las faldas de una».

Esto dice la mujer de Gustav en la cocina, se lo dice a Christina y brinca de una cazuela a otra de las ocho que están puestas al fuego, y Christina oye también el hermoso canto y, naturalmente, conoce esa hermosa canción, y piensa enseguida en el saludo de la tarde anterior.

Luego mi abuelo y Christina entraron en la sala, allí estaban los dos hijos mayores de los seis de Gustav —Christian y Emilie—, y dijeron «buenos días», pero los otros cuatro jugaban al escondite bajo el gran sofá rojo, sólo se veían los ojos, ninguna otra cosa. Hasta que Christina extrajo de la bolsa el saquito de papel con los bombones de anís. Entonces asomaron la cabeza y comparecieron por un momento todos, los seis, en fila, Christian en cabeza, a continuación Emilie, según la estatura, siempre un año y medio de diferencia, y luego, rápidamente, hacia el saquito de los bombones, un montón para cada niño, dentro del platito que hacen sus manos extendidas, y luego de nuevo retirada, a su puesto bajo el sofá los cuatro más pequeños, los mayores desaparecieron por la puerta. Los pequeños comieron allí, con toda seguridad, sus bombones. Como los perritos, había dicho mi abuelo, parado allí un poco sorprendido, hasta que Gustav se acordó del animal de tres años que quería mostrarle. Así es como los hombres salieron de la casa, en dirección a la cuadra.

Ayer, cuando comenzaba a oscurecer, cuando se fue a buscar fuera a los niños o a sacarlos de debajo del sofá para meterlos en sus camas, lo primero ya había pasado.

Gustav había estado preparando a la señora del párroco, por encima de la cerca, y luego mi abuelo llamó a la puerta del despacho parroquial, y, una media hora más tarde, Glinski mismo lo acompañaba hasta la puerta de la granja y le dijo: «¡Hasta la vista!» y «Así pues, ¡hasta mañana!», y que todo había transcurrido correctamente; hasta entonces, se echa de ver por el movimiento con que mi abuelo ahora, por la mañana temprano, a las siete, se abotona la camisa blanca sobre su pechera y arranca, sin más, un pelillo que asoma del ojal. Pero no nos entretengamos con pequeñeces. «Señora tía», dice él, «además del desayuno, los calcetines están en su sitio, todo está en su sitio, el bautizando envuelto en sus papeles y adornado». Trude, la nuera, se ha encargado de los peroles, Christina y la mujer de Gustav están embutidas en sendos vestidos negros, como si estuvieran cosidas dentro de ellos. Todo está ahí. Y Habedank sigue sentado en la escalera de Palm.

Ahora se suelta la campana y suena como un cubo de hojalata, y, al otro lado, detrás del granero de Wyderski, aparece Willuhn y ve enseguida a Habedank.

«¿No despacha Palm?», grita Willuhn, y se desplaza en diagonal por la calle. «Como cuando yo aún andaba con lo de la escuela, ¡ojo!».

Willuhn está de nuevo completamente borracho.

Habedank agarra su violín y lo coloca un escalón más alto, a su espalda.

Adviértase que Willuhn fue, en otros tiempos, maestro, aquí, en Malken. Y podría serlo aún. Pero un maestro tan borracho como él no puede ser, propiamente, maestro,

en todo caso no por mucho tiempo. ¿Por qué iba a serlo, pues? Willuhn había hecho un rico matrimonio, y así la cosa siguió marchando durante diez años; luego le quitaron la escuela, pues su dinero se había evaporado, Willuhn se puso pesado y ahora vive al amparo de un dinero de retiro que le suministra el que explota sus tierras, en bancarrota, y que tampoco tiene nada; ambos están siempre borrachos, no se sabe de dónde sacan el dinero para ello.

Willuhn hace también música, pero las celebraciones no vienen tan seguidas, y además no puede tocar mucho tiempo, enseguida está borracho, ¿qué va a salir de allí? Por mucho que nos sorprenda y nos preguntemos con qué medios y cómo ha podido pasar, lo cierto es que Willuhn ya ha tenido hoy, por la mañana temprano, aquello que necesita, y ahora está ahí plantado ante Habedank, y se inclina peligrosamente y dice, en un tono demasiado fuerte: «¡El de Christina está ahí, ha llegado ayer por la tarde!».

«¡Pues sí!», dice Habedank, «ahí va él».

Mi abuelo. Camino de la iglesia. Y también Christina, y Gustav, y la mujer de Gustav y el viejo Fagin, y, de repente, la mujer de Gustav da media vuelta y vuelve corriendo hacia su casa y, ya en el umbral, se asusta por esa prisa tan poco festiva, se para y, ahora, entra pausadamente en la casa. Y, un poco después, asoma de nuevo por la puerta con más lentitud aún, y se queda mirando: ellos estarán parados y esperan, y va, pues, lentamente, hacia el grupo, que, sin decir palabra, se pone de nuevo en movimiento.

«Parece una vela de sebo», dice Willuhn.

«¿Qué dices?», dice Habedank, «no hay velas negras. ¿Dónde tienes tu instrumento?».

Habedank dice «instrumento»; Willuhn lo llama un «saco extensible», es decir, se trata de un acordeón, un viejo acordeón conservado a base de infinitos remiendos y con ayuda de hilo de zapatero, que no es ninguna maravilla y alguna vez se desmaya, y entonces deja escapar unas tonalidades tan suaves, pero también tan desagradables y sorprendentes, que difícilmente habrá una que concuerde con la melodía que se trata de interpretar.

«Tengo la cosa en casa de Gustav», dice Willuhn, y se deja caer también sobre la escalera.

Y mi abuelo ya lo ha visto: «Ese que está sentado allá, Habedank, ¿qué es lo que busca ese gitano?».

«Viene a tocar esta tarde», dice Gustav, «lo tengo apalabrado con él, ¿por qué preguntas?».

«¡Nada, nada, por mí, que toque!», dice mi abuelo, pero aquello no le gusta en absoluto. «Habedank — esa tal Marie — Levin», he aquí la cadena de su pensamiento; no, no le gusta a mi abuelo, pero entretanto ya han llegado a la puerta de la iglesia, y ahí vienen los otros, los Willutzkis, los Witzkes, la mujer del maestro, los Jendreizyks, los Palms y Dios sabe cuántos más; «buenos días», dicen, y charlan

un poco, y «todo bien y hermoso», ahora no mostrar ningún enfado, y adentro, a la iglesia, antes de que el campaneo pare.

«Ahora están dentro», dice Habedank.

«¿Qué busca el viejo en Malken?». Él, Habedank, tiene sus ideas. «¿Sabrá algo Willuhn? Pero ¡qué va a saber éste!».

Pero Willuhn sí sabe.

«Ayer estuvo en casa de Glinski», dice Willuhn, «ayer mismo por la tarde, ¿y qué hace un baptista en casa de Glinski? Dará que hablar entre vosotros, los de Neumühl».

«Ya ha dado», dice Habedank, «ya ha dado, Feller no para de correr de un lado a otro, como si le hubieran picado las avispas».

¿Qué es, pues, lo que sabe Willuhn?

«El viejo estuvo en la rectoría, ya ayer por la tarde, y hoy vuelve a la iglesia a encontrarse con él, no deja a Gustav ni a sol ni a sombra, eso no lo hace sin algún propósito».

¿Se puede preguntar a Willuhn? (sin que lo pregone enseguida a los cuatro vientos). ¿Lo hace o no lo hace Habedank? Pero, si él sabe algo, pienso yo, ya lo soltará.

Una pregunta cautelosa: «¿Qué piensas tú, Willuhn? ¿Acaso estarán maquinando algo en materia de caballos?».

«¡Qué dices, con caballos, tú siempre con los caballos!», dice Willuhn. «¡No deja de ser su hermano! Quiere ser padrino».

O sea, ¿Willuhn no sabe nada? Habedank toma su violín bajo el brazo, se estira por encima de la balaustrada y se marcha.

«¡Espera!», dice Willuhn, «¿adónde vas tan corriendo?».

Pero Habedank tiene prisa. «Esta tarde, en casa de Gustav. A las cinco estoy allí».

De modo que, tras un par de pasos, Willuhn se queda parado, «Este Habedank corre de verdad», y le grita: «¡Ahueca el ala, tú, gitano! ¿Vas a rascar el culo de un caballo con el violín?».

Quédate tranquilo, Willuhn, todo eso a ti no te atañe. Deja que Habedank corra, tú no te enfadas, y en el caso de que te enfadaras eso no duraría sino hasta la próxima botella. Tú no sabes nada de todo ese embrollo que la gente llama vida, o devoción, o derecho, tú acabaste con todo eso entonces, hace siete años, cuando fuiste despedido de la escuela; no empieces de nuevo con cosas así, tú estás en un estado de inocencia, acaso seas el único aquí en Malken, acaso el único de aquí a Briesen, tú no preguntas de dónde viene el licor, de algún sitio viene siempre, mira tú los lirios del campo y las aves del cielo, vete, Willuhn, no estés ahí parado, esta tarde nos vemos de nuevo en casa de Gustav. Así, bien, ahora la calle está vacía.

Sólo las cigüeñas vuelan de acá para allá. A éstas les ha ido como a Willuhn. A ellas el sacristán Gonserowski, el viejo enano, les tiró ayer el nido del techo del campanario con una barra, a estas pobres dos cigüeñas. Tampoco esto presagia nada

bueno.

Las cigüeñas, de esto podría contar mucho Habedank, vienen todas de Osieczna, que significa «nido de cigüeñas»; Osieczna está en Posenschen, de allí vienen, y se las pone en el tejado, como es sabido, una rueda de carro, para que vengan y se acomoden y permanezcan en el lugar y vuelvan el año próximo, eso se hace. Que no se les permita estar sobre el techo de la iglesia es algo totalmente insólito, modas nuevas.

Abajo, dentro de la iglesia, bajo el techo, que ahora está vacío, pero circundado por los vuelos de las dos cigüeñas, se afanan con el canto que precede a la predicación. Glinski sube pisando fuerte las escaleras del púlpito, inclina amistosamente la cabeza hacia donde está mi abuelo, luego echa, en primer lugar, una mirada de conjunto a su rebaño. Y nosotros lo dejamos hablar, por nosotros, que grite; con tal que no olvide notificar que el séptimo de Gustav recibe hoy el santo bautismo, que grite lo que quiera. Y cuando la iglesia se vacía, ellos vuelven de nuevo a su casa, en cabeza, ahora, Gustav y la mujer de Gustav, mi abuelo y Christina, y detrás el viejo Fagin, el de Klein Brudzaw, todo un poco más rápido que anteriormente. Y luego otra vez a la iglesia, pero esta vez con el bautizando, lo otro ya lo sabemos. Juan el Bautista dominando la escena desde arriba, en su Jordán de madera, piernas de madera y pelos de camello de madera, pero con unos colores completamente naturales. Allá arriba bautiza Juan, aquí abajo Glinski.

«Propiamente, esto no es tan hermoso como entre los baptistas», piensa Christina, «no tan solemne». Allí está el abuelo y tiene en sus brazos la almohada donde reposa el pequeño gusano y, al rato, se la pasa a Fagin, el otro padrino. Pero sin brusquedad. El niño recibe un nombre e ignora todo lo que está pasando, piensa mi abuelo. «Pero, ¡qué le vamos a hacer!», dice, en un tono tan fuerte que Glinski alza la cabeza y se interrumpe en mitad de la frase.

Él ya sabrá cómo sigue la cosa. Mi abuelo no se subleva, dice: «¡Hable tranquilo, señor párroco!», y Glinski se limita a arquear las cejas, a arquearlas bastante, por cierto, y con una sacudida evidente, antes de completar su frase; pero mi abuelo piensa: «No te pongas así, que, con mi predicador, yo hago lo mismo».

Eso ya lo sabemos.

El niño recibe, pues, sus nombres: Christoph, por el suegro Fagin, y Johann, por mi abuelo, y la ceremonia continúa con toda solemnidad, al menos Christina se echa a llorar, cosa que la mujer de Gustav no puede presenciar impávida, también llora, y lo sigue haciendo hasta llegar a casa, esto hace bien.

La fonda de Palm permanece hoy cerrada. No únicamente en la entrada principal, como cada domingo, sino incluso en la parte trasera. Los Palms han sido invitados al bautizo, ya puede venir Willuhn, por tres veces, a golpear en la puerta de la cocina, por mor de un cuartillo de algún espirituoso. Y allí se queda plantado, el bueno de Willuhn, y sacude la cabeza. «¡Cómico! ¡Algo así no se había visto nunca antes!», dice conmovido, y hace un pequeño giro, con tan buena suerte que da un traspies y

queda tendido todo a lo largo.

Quien lo ve no tarda en decir, con divertida indignación: «¡No puede ser, otra vez ese Willuhn, y en domingo, cargado como un abeto!».

Y no estaba sino decepcionado. Con personas como Willuhn es fácil ser injusto. Éste se va alzando poco a poco, apoyándose en las manos, hasta que está erguido, poniéndose en marcha sin pensarlo dos veces, dando la vuelta a la casa de Palm hasta el camino de entrada y a lo largo de la cerca, a mano derecha, rumbo hacia la casa de Gustav.

Ya está ante la puerta. Entra dentro. Entra en el vestíbulo y, de repente, se para asustado, pues Kathrinchen, la más pequeña de Gustav, aparece por la puerta de la sala y, al verle, grita aterrorizada, y con razón, por cierto, pues Willuhn se ha puesto elegante, viene con calcetines y sombrero, luciendo la pajarita negra, ¡qué más quiere la niña!

«Pero ¡si es el señor Willuhn!», dice la mujer de Gustav, «el señor Willuhn; ¿quiere usted tomar un café, señor Willuhn?».

«¡Sí, sí, naturalmente, un café!», dice Willuhn fastidiado, «nada más».

Y aquí está reunida toda la comitiva del bautizo.

Willuhn, como en los viejos tiempos, va al encuentro de la esposa del rector de la parroquia; ningún cuidado, ahora, de que Willuhn se caiga, este maestro y doctor en teología Willuhn.

«Un hombre instruido», dice Glinski con benevolencia. «¡Se ve enseguida!».

Dejemos hablar a Glinski. Nuestra historia va tomando forma. Nos acercamos a la cuarta frase. Dando rodeos.

Y ahora estamos en la hermosa sala.

La larga mesa ha sido corrida hasta donde está el nuevo sofá, de cuero marrón. Allí está entronizado el viejo Fagin, el suegro de mi abuelo, y junto a él Christina, como hija suya, y al otro lado se sienta Palm, con los brazos sobre la mesa; a su lado Parobbek, en la silla de terciopelo la señora Palm, esa morena de cuello largo y rizos que caen por su reputada hermosa espalda, un flaco armazón, como dice mi abuelo, que Palm se ha traído de algún sitio de Polonia —por lo demás, de familia alemana, de nombre Hecht o algo parecido—, más allá la nuera de Gustav y, frente a ella, Tethmeyer, y arriba, en la cabecera de la mesa, en sendas sillas, el señor párroco y señora, y, en una tercera silla, mi abuelo.

¿Se tiene que describir esto?

Una hermosa sala, que podemos encontrar en todas partes, y se está celebrando el bautizo de un niño, nada exuberante, como se ve, porque un hijo rezagado causa un poco de fastidio. Una vez que el niño fue examinado y las mujeres hablaron y encontraron en él sus parecidos, sobre todo con mi abuelo, y Gustav se hubo pavoneado un poco, Tethmeyer se puso a crucificar al padre, diciendo; «¡A éste te lo podías haber ahorrado!».

No, mejor no tener que describirlo.

Siguen sentados todos en torno a la larga mesa. Les falta aún mucho para acabar con las golosinas, las blancas tortas y el oscuro pastel de molde.

Y los niños no están esta vez bajo el sofá, dan vueltas en torno a la mesa y llevan una cuenta precisa de qué es lo que en ella desaparece y qué sigue habiendo, y, naturalmente, cantan, la gente lo oye, pero no con precisión, o no se pone atención; ahora se podía oír muy bien, pues Louischen canta con toda claridad: *Für uns wird schon nichts bleihen, für uns wird schon nichts bleiben*^[9].

La mujer de Gustav se mueve, rumbo a la cocina, con la cafetera en la mano, mi abuelo y Christina aún beben una tacita, siete de esta sociedad están de un humor distendido, y también la señora del párroco.

Willuhn, entre el abuelo y la nuera, recibe, pues, su taza de café y bebe un sorbito, pero el resto lo dejará enfriar, pues allá enfrente está sentado aquel Tethmeyer, el gran burlón, y enseguida entra en conversación con él. Como se entra en conversación con Tethmeyer: en medio de una frase, en la frase que ayer o anteayer no se ha terminado y se tiene que seguir: sobre las cigüeñas o toda clase de enfermedades, cosa que constituye para Tethmeyer su centro de interés especial. Si alguien dice: «¡Ésta ya no se recupera!», Tethmeyer sabe inmediatamente que la persona en cuestión es la abuela de Urbanski; él lo sabe, él está allí sentado como un gran búho a punto de extender las alas, así, con la mirada hacia dentro, atento a algo que todavía no ha aparecido, pero que surgirá al momento, Eduard Tethmeyer, constructor de ataúdes, el gran búho: las cejas hirsutas sobre los ojos medio cerrados, que, por cierto, se ven redondos cuando los abre de golpe; el cráneo gris rapado al cero, las peludas orejas en punta, este gran búho Eduard. Se cuela como el viento hasta dentro de las casas, trayendo un discurso amable a las camas de los enfermos: «¡Vuelves a tener un aspecto inmejorable, esto ya está, puedes ponerle el sello!». Y, mientras dice esto, Tethmeyer ya ha tomado las medidas y concluye su alocución con un sencillo ochenta y uno.

Tenemos, pues, a Tethmeyer sentado ahí, ese pájaro de la muerte y gran bromista. Y enfrente a Willuhn, y a su izquierda a la nuera de Gustav, y luego los Palms.

«¡Esto es lo nunca visto! ¡Aquí están sentados los Palms, los dos juntos, uno como nosotros ya puede salir corriendo!».

«Pero ¡Willuhn!, ¡esto no se dice en presencia de un párroco, el domingo es sagrado!». Y esta vez junto a la puerta de la cocina, preferiblemente por encima de la mesa: «Y, bien, Eduard, ¿cómo van los negocios?». Aunque esto ahora no sea lo correcto. Sino otra cosa distinta: «¿Estuvo hermoso en la iglesia? ¿Ha llorado?», refiriéndose con ello al bautizado, no a Glinski.

Pero Tethmeyer puede ahora, tranquilamente, preguntar: «¿A quién te refieres?», pues Glinski no está escuchando, habla con mi abuelo. «Sabe usted», dice él, «siempre que no sea en mi aldea, yo no tengo nada en contra, y el señor superintendente comparte del todo mi opinión. Los baptistas son gente de orden, como se ve ya en usted».

Pero esto es una desilusión para mi abuelo, así no avanzamos, no prosperará el asunto. Mi abuelo dice: «Todo eso es muy hermoso y esperanzador, señor párroco, y, naturalmente, uno es persona y tiene su religión, sólo que cada uno hace su propio guiso...».

Y en eso acaso mi abuelo tenga razón. Si se piensa bien: aquí, en Malken, son los evangélicos, no se conocen entre sí; en Neumühl están los baptistas, que se conocen; en el barrio de las afueras del pueblo, los adventistas, también están éstos, todo tiene dos caras; en Tzianek están los sabatarios; en Kowalewo y Rogowo los metodistas; pasado Rosenberg, comienzan las aldeas de los menonitas, pero esto queda ya un poco lejos.

«¡Sí!», dice mi abuelo, y, si es necesario, está dispuesto, me parece a mí, a vender a Glinski a los baptistas, por pura devoción, como sabemos. A él sí, pero no a la señora párroco, ésta está en contra.

Ella interviene en la conversación, y es, que quede claro, de buena familia, y tiene una voz alta, y toma aún un trago, volviendo a colocar la taza con fuerza sobre la mesa; se lleva las manos a los moños, porque la nueva trenza no quiere asentarse y hace saltar siempre los prendedores, «¡No, señor molinero, eso no haría sino crear discordia, que usted seguro que no quiere!».

«Nuestra querida Casa Imperial», dice Palm, «que en el año del Señor 70 estuvo dos semanas en la guerra, lazareto de enfermos de cólera, cargando cubos».

«Sí», dice mi abuelo, «nuestra querida Casa Imperial a la cabeza».

«Sí», dice Glinski, «nuestra querida Casa Imperial. Nuestro héroe imperial, mediante la ley de repatriación y las leyes regionales del 9 de marzo, ha...».

«¡Efectivamente!», dice la señora párroco, y alza aquélla su sensacionalmente recta nariz y teclea en su relojito dorado, que lleva colgado de una larga cadena pendiente del cuello, «él conduce la obra de nuestro gran Doctor Martin Luther a un final brillante».

«Vea usted», dice mi abuelo.

«Pero, ¡señores míos», dice Glinski, «eso va dirigido contra el enemigo, la Sede romana, y eso quiere decir...!».

«Contra los polacos», dice mi abuelo.

«Si usted piensa así», dice Glinski, «tiene usted razón. Rodeados por un pueblo que nos es íntimamente extraño».

«Pues bien», piensa mi abuelo, «tan lejos hemos llegado ahora». Y abajo, en la mesa, Willuhn se pone encendido y dice a Tethmeyer: «Y ahora se apresta él a cabalgar, se apoya contra el respaldo y junta las manos», y Tethmeyer arruga la comisura de la boca y sisea: «¡Aleluya!», y dice volviendo a abrir la boca: «¡En marcha!».

Ahora, pues, uno de los discursos alemanes de Glinski.

Habríamos visto derramar sobre nuestras cabezas gloria y victorias si, en ese momento, no se hubiera abierto la puerta y aparecido Habedank, precisamente ahora,

la gorra negra en la mano, el negro estuche del violín bajo el brazo. Bien, Habedank viene como anillo al dedo, todavía se te dará café.

Habedank dice: «¡Buenas tardes a todos!», la mujer de Gustav dice: «¡Buenas tardes, señor Habedank!».

Tethmeyer se gira y grita: «¿Has dado de comer al estuche?».

Willuhn dice: «¿Qué, ya dieron las cinco?».

Y mi abuelo piensa: «Sí, en todo caso él está caliente, el servidor de Dios, lo pondremos en el rincón, enfrente, junto a la mesa redonda, cigarros, dos, tres licores. ¿Qué dice el señor párroco?».

«Ven», dice Glinski, «naturalmente, ayer ya lo hablamos brevemente. A ver, Natalie, aquí tenemos aún alguna pequeñez. Pero ¿no querrías acaso, sentarte con nosotros?».

De modo que Natalie toma asiento. Christina va a la cocina, por lo de los vasos. «Es lo mejor», piensa mi abuelo, «no sea que vuelva a decir algo de la Biblia completamente errado».

«¡Una Santa Católica Iglesia Cristiana!». Con ello, la señora del párroco enhebra de nuevo la conversación desde el comienzo, y luego dice: «¡Son unos cerdos», y se refiere a los católicos, «deplorables y polacos!».

Glinski agarra un cigarro, y mi abuelo le sigue apresurado; toma, por tanto, también un cigarro, corta con los dientes la punta, sosteniendo el anillo de papel coloreado —que el párroco, naturalmente, encaja también en su cigarro— en el meñique izquierdo, mientras que Natalie sigue perorando.

Un tema inagotable. Ya que uno no se queda en él. Un pico inagotable. Por su condición de mujer del párroco, sólo puede ser puesto en movimiento en casa y en el patio, pero no dentro de la iglesia. Glinski, en cambio, sólo tiene que hablar en la iglesia o en las distintas celebraciones, no en casa ni en el patio. Pero mi abuelo, como baptista, y el más venerable por su antigüedad en la comunidad, está más cerca del auténtico cristianismo, de ese orden respetuoso de la *mulier taceat* y, por tanto, más cerca de la interpretación auténtica del Génesis, 3, por lo que ahora dice: «¿Sabe usted, señor párroco, por qué Adán fue expulsado, propiamente, del paraíso?».

«¡Lo que hay que oír», dice Natalie Glinski, «eso lo sabe todo el mundo, no se lo pregunte usted a mi marido!».

«Pues, entonces, ¿qué piensa usted de ello, señora párroco?», dice cortésmente mi abuelo. Y la señora párroco sabe muy bien que es por lo de los frutos, no a causa de cualquier manzana, como siempre se dice, sino por esos frutos del árbol del conocimiento. Pero mi abuelo lo sabe mejor: «Entonces vuelva usted a consultar su Biblia». Él no se deja engañar: «Adán fue expulsado del paraíso —aquí hace una pequeña pausa y continúa alzando la voz— porque escuchó la voz de su mujer».

¿Qué hace Glinski ahora? ¿Qué dice? Eso tiene que pensárselo bien. Pues allí, junto a la larga mesa, están sentados: los Palms, el viejo Fagin, Tethmeyer y, naturalmente, Willuhn y ese tal Habedank, y mi abuelo ha hablado lo suficientemente

alto. Así que, hombre, Glinski, ¿qué dices tú?

Y bien, Glinski se decidió por una carcajada, una carcajada algo bronca. Es también un poco burlón. Pero probablemente eso suene un poco descarado. La señora párroco, en todo caso, se queda, al principio, como paralizada. Y, aunque también mi abuelo ríe, los otros no; Tethmeyer dice con seriedad: «No se aprende nunca».

Pero ¿quién, de los que están aquí, debe aprender? Mi abuelo ha pensado: «Glinski». Al menos para la próxima hora y media; pues ahora la cosa se pone seria, ahora mi abuelo quiere sacar a relucir todo, de una forma sencilla y clara, todo, tal como él lo ha pensado. Naturalmente, esa mujer tiene que parar con su charla.

Esta mujer, pues, cuando se ha recobrado de su estupefacción, se queda mirando: Glinski, el marido, ríe, y mi abuelo, el bruto, sigue sentado, ha mordido su cigarro, no dice nada, como si estuviera esperando algo.

Christina llegó todavía a tiempo, había podido aún oír a su viejo; se dirige, pues, a la señora párroco y dice: «Christophchen se ha despertado», y la saca con ella de la sala.

Y, por fin, llegó la hora de la música. Y ahora, antes de la representación, Willuhn puede pedir, sin ser maleducado, su licor. Agua: porque tiene que encontrar los tonos; aceite espiritual: porque la cosa tiene que ver ahora con el sentimiento, todo el sentimiento; o, simplemente, aguardiente: porque debe haber fogosidad. Cuando se llega a esta suerte de sabiduría, Willuhn no acaba nunca, y entonces dice Habedank: «¡Démosle un poco de gas!».

El violín en el mentón, pulsadas las cuerdas, afina.

«*Alte Kameraden*»^[10], grita Glinski.

«¡Bien, pues *Alte Kameraden*!».

«*Heidegrab*», grita mi abuelo, cuando la otra se acabó.

«¡Bien, pues *Heidegrab*!».

En medio, el aguardiente.

Tethmeyer se seca las lágrimas, dice: «¡No, Habedank!», pues Habedank ha acompañado el estribillo, ése de las rosas floridas, con un profundo sollozo. La señora Palm grita, sin pasión, como si fuera una carda de lino: «¡*Sabottka*!».

«¡Bien, *Sabottka*!», una melodía aldeana de cuatro por cuatro, algo para el zapateo, pero también un poco triste al final.

Tethmeyer no puede contenerse, canta también, en polaco. Asimismo la de Palm, esta mujer polaca, y hasta la mujer de Gustav, que está en la puerta, y lo mismo la nuera. «¡Polonesas!», dice mi abuelo, «pero no tan alto», y se inclina hacia donde está Glinski.

Y luego dice, simplemente: «Usted es conocido del señor consejero, señor párroco, le...».

Y entonces dice Glinski: «¡Conocido es poco! ¡Hermano de la misma asociación! Eso ya le diré bastante».

Que haya aún algo que vincule todavía más no concierne a la gente.

Y ahora, breve y abiertamente, la historia con ese tal Levin. En diez liases, que es como mi abuelo se ha montado todo ese asunto.

«Entiendo», dice Glinski, y toma un nuevo cigarro. «En nuestra lucha defensiva contra la extranjerización polaca, en la posición que ocupamos, como piedra angular de nuestro orgulloso Imperio, quiero decir lo siguiente: las leyes no son aquí suficientes».

«¡Sí, es verdad!», dice mi abuelo. «Y yo pensaba...».

«Cuando usted lo tenga pensado», dice Glinski, «lo pondré mañana por escrito».

«Y si usted quisiera, quizá, escribir que la cuestión radica en Briesen y que la vista del pleito...». «¡Eh, esa música!», grita de repente el abuelo: «¿No puedes quedarte allá enfrente, sin tener que aserrarle a uno directamente los oídos?».

Habedank es, como se sabe, un gitano: tiene una casa sin dinero, un violín con un estuche negro, un entendimiento de caballo, lo cual significa que él entiende algo de caballos, y, naturalmente, como gitano, cuando toca no se queda parado en ningún sitio. Va de acá para allá por todo el cuarto, incluso, a veces, por la puerta abierta, al espacio contiguo, pues el niño querrá tener algo de la fiesta, pero también a la mesa redonda, incluso canta de vez en cuando un par de palabras, se inclina ante éste o el otro y dice algo gracioso. Y, como gitano, también tiene el oído fino.

Glinski-el consejero-Briesen, hasta ahí lo ha entendido él bien, así que la cosa abarca mucho. Si ahora pudiera oír lo que ambos tienen aún que hablar acerca de la vista del pleito, sabría él, Habedank, suficiente. Pero de eso no atrapa nada, mi abuelo ahora toma sus precauciones y, cuando se acerca demasiado a la mesa, le vuelve a mandar para atrás enseguida. Y, además, ahora hay merienda. Todos se congregan, pues, de nuevo en torno a la gran mesa. Los Palms ni se habían levantado de ella.

«¡Cállate!», dice Palm, pues su mujer ha empezado de nuevo con aquello de «Antes, en Polonia, cuando las festividades significaban tener buenos pensamientos y había danzas con luces y polonesas, todo danzas, Zauner, Heyduck, Lipek, todo festivo y alegre, y noches de claro en claro».

«¡Contigo va a congeniar este chisme de mujeres!», gruñe mi abuelo desde el otro extremo de la mesa, pero, entonces, le dice la «señora tía»: «¡Te tienes que comportar, tú, viejo diablo!», y mi abuelo dice: «El final lo haremos nosotros mismos, el asunto principal ya lo tenemos cogido».

Pero cuando la cosa ha llegado a este punto, cuando Tethmeyer llama a Willuhn y hace una seña a Habedank, que se apoya contra la puerta del vestíbulo, aprisionado entre el marco de la puerta y el violín, abatido porque le ha venido algún recuerdo sobre algún largo invierno o algún verano, pero, probablemente sobre un invierno; cuando Tethmeyer, así pues, grita, porque Habedank no viene tan rápido: «¡Aquel Matuszewicz en Brzesk, hay que representárselo, acompañó toda la noche él mismo la danza con la flauta, porque no había conseguido otros músicos!», y cuando Willuhn, a la vista de la merienda y de las botellas con las que Gustav está entrando, empieza a gritar: «¡Huésped en la casa, Dios en la casa!»; cuando este Willuhn, que

no es ningún polaco, sino un maestro alemán, si bien echado del servicio, dice este «¡Huésped en la casa, Dios en la casa!, como se decía antes en Polonia», entonces mi abuelo ya no puede más y contesta en un tono bien alto y agudo: «¡Siempre esas polacadas, “antes en Polonia”, “antes en Polonia”!, ¿qué quiere decir eso de “antes en Polonia”? ¡Pues entonces volved hacia atrás y regresad a Polonia!».

«¡Oiga usted, hombre» —ahora es el búho Eduard, bate sus alas y tiene ojos redondos como bolas—, «cuando aquí estaba aún Polonia! ¿Qué es esto, no lo entiende?».

Sí, ¿es Tethmeyer ahora un polaco o un alemán? Qué será él. Hace ataúdes de madera de abeto, ataúdes de adultos y ataúdes de niños, negros o blancos, siete u ocho al año; en esta región no se muere tanto, y a quien precise de un ataúd, haya sido polaco o alemán, le es igual de dónde sea el carpintero que le pone en la caja. Más no se averiguará en este asunto, al menos no de boca de Tethmeyer.

«¿Encuentras tú esta celebración muy agradable?», dice Fagin a Christina, y Christina se levanta de la mesa y va hacia la cocina, probablemente falte algo, puede que sal. Pero Fagin también se levanta y la sigue, no deja a su presa, se planta en la cocina y empieza de nuevo. «¡No muy agradable!».

«¡Y qué le vamos a hacer!», dice Christina, «tú sabes muy bien lo que aquí busca mi viejo».

«Sí, él quiere acercarse a los evangélicos», dice Fagin.

«No es esto», dice Christina, «está aquí por lo de entonces, por lo del molino de Levin».

«¡Ah!, ¿y qué pinta Glinski en todo esto? ¿Qué pinta Glinski en ello? Ahora me desayuno».

«¡Padre, pero si tú sabes perfectamente que Levin ha puesto una demanda contra Johann en Briesen, y el viejo piensa que ahora los alemanes han de formar una piña!».

«¡Tienen que hacerlo, seguro!», dice Fagin.

«¿Pero que hará entonces Levin?».

«¡Pero óyeme!», dice Fagin, «lo que debe hacer es largarse, a Rusia, puede llevar consigo sus siete códigos».

Así es como charlan los dos. ¿Y qué debe realmente llevar consigo Levin? ¿Aquello de lo que ha sido privado en el Drewenz? ¿O las piedras del molino? ¿Qué otra cosa tiene, si no? ¿Marie? Si él regresa con ella adonde está su gente, nadie, allá en Rozan, se pondrá alegre.

«¡Tú no te aflijas!», dice Fagin, «tu viejo ya se las apañará. ¡Tienes que verlo!».

Con esto, vuelve a la sala.

Veamos: mi abuelo, entre Glinski y su señora párroco, y, esta tarde, es él el que pone el broche de oro, la frase número cuatro: «¡Ves cómo va, ya té lo decía yo!».

Ahora todos lo tienen claro. Glinski no sólo ha prometido la intervención del consejero del distrito en persona, sino también la marcha del juicio en Briesen,

porque el señor von Driessler es concuñado del juez del distrito Nebenzahl. O sea, que la vista del pleito queda aplazada. En principio, quedará aplazada. «Yo me encargo de todo. Enseguida, la próxima semana. Mañana mismo».

«¡Ves cómo va, ya te lo decía yo!», había dicho mi abuelo. Y, ahora, ni una palabra más sobre el asunto. «Habedank, ¿sale limpio el sonido del violín?».

«Sí», dice, en vez de Habedank, Willuhn, «sólo le falta un poco de grasa. ¡Dos o tres vasitos más, y luego a bailar!».

«Un auténtico cristiano y alemán este señor molinero», dice el párroco Glinski a su señora párroco, y entonces sabe Natalie que la bendición de Dios soplará próximamente en Neumühl. Así pues, un poco de fe y: «¡Sería tan hermoso que todos nosotros formáramos una piña, los cristianos, los alemanes, y entonces los otros podrían ver dónde están, pero nosotros aquí ya estamos unidos, vamos en cabeza, damos un ejemplo, y ahora se ha puesto a bailar la negra larguirucha, la de Palm, y, naturalmente, con Tethmeyer! A eso no nos apuntamos. ¡A eso no!».

«Y bien, Gustav, ¿cómo va con el licorcito?».

«¡La cosa marcha!», dice Gustav.

Ya hemos dejado tras de nosotros la cuarta frase y hemos avanzado un buen trecho: con nuestra historia del molino, que ha quedado, y sigue, parada, en aquello de que Korrinth y Nieswandt están allí sentados, en el molino, alegres o fastidiados, mientras que el otro molino no ha sobrevivido, sino que se ha derrumbado y ha sido, de noche, arrastrado por las aguas; esa historia de alemanes y polacos y del joven judío Levin, ese larguirucho Labán con su Marja, esa tal Marie; hemos avanzado un buen trecho en esta historia del Cumerland, la cual, por cierto, también podría desarrollarse en Osterode, sólo que más tarde, o por la parte de Pultusk; aquí, sin embargo, antes, o, por mí, hasta en Waldland, a orillas del lago Wysztyter o un poco más al norte, en dirección a Lituania, y entonces Glinski tendría que llamarse Adomeit, y Pilchowski, que ahora se hace llamar Pilch, Wilkenies, o, más tarde, Wilk, lo cual es igualmente lituano, pero no llama tanto la atención; Wydeski tendría que llamarse Naujoks; Gonserowski, Aschmutat; Urbanski, Urbschies, o bien la historia podría tener lugar también en Letonia, pero entonces todavía antes, así es esta historia. La cosa no marcha, en cualquier caso, sin contrariedades, hasta ahora no ha ido sin contrariedades, ni menos, si seguimos contando, irá después. Pero ahora, por primera vez, la situación, podríamos decir, es agradable.

Ese tal Habedank se ha sentado junto a la ventana, los postigos siguen aún abiertos, se puede mirar hacia afuera, Tethmeyer canta, Willuhn palpa de vez en cuando su bolsa del dinero, de color negro, y no encuentra en ella sino botones perdidos, y ahora le viene, de repente, el fastidio, que antes supo reprimir: «Aquí tenemos sentado, como si nada, a Palm, y también a su estirada mujer, a los dos, mientras que los hombres como Pik Sieben se ven obligados a esperar fuera, sedientos y secos, como Drost»; el enfado le va subiendo, y él mismo lo dice, de todo corazón, cómo le va subiendo el enfado, y el viejo Fagin hace una ronda alrededor

con una botella en la mano y, a medida que escancia a cada uno, va haciendo él mismo, a fondo, la salva, hasta que Christina, finalmente, le quita la botella; la señora párroco quiere irse a casa, Glinski se puso todo rojo, pues él no quería, por qué él no querrá y ella sí, y la mujer de Gustav está trayendo pepinos en sal, que tan bien pegan con el aguardiente, una fuentecita tras otra, y, en fin, mi abuelo, para que hablemos de él una vez más, está ya un poco bebido. Él mismo lo nota. ¿Tendrá él que bailar? ¡Qué hermoso! Que baile la de Palm, ese caballo de circo, y, por mí, también la cuñada, y Gustav, el joven Bengel, y no sólo con la señora párroco. ¿De dónde le viene a esa dama esa risa de conejo que tiene siempre? Y preferentemente algo alemán, o sea: aquello de los de Rheinland. ¿Qué baila todavía el alemán? Estraperlistas. Mi abuelo está de pie, al lado de Willuhn. ¿Cómo se ha llegado a esto? ¿Será porque Willuhn tiene agarradas las botellas? Parece así, pero no es verdad. Ahora, mi abuelo quiere hablar, y para ello tiene que ponerse en mitad de la sala. ¿Y qué va él a decir? Por ejemplo esto:

«¡Un hombre extraordinario este Glinski, un hombre tan alemán, tan alemán, y la mujer, graciosa mujer, ese caballo pura sangre de ochenta táleros, esa señora párroco, una mujer tan alemana, tan alemana!».

Algo parecido.

«¡Señores míos!», dice mi abuelo, presa de un indescriptible buen humor, «¡señores míos!», y alza la cabeza como un rocín, extiende los brazos y se tambalea contra la estufa. «¡Señores míos!».

«¡Estás ya muy cargado!», dice Christina, y lo coge por la espalda y le vuelve hacia sí, y le susurra, si bien en un tono muy agudo: «¡Ahora tú te vas a la cama!».

Y mi abuelo da un paso hacia adelante, pero no le sale bien, demasiado tambaleante para el discurso que él pretende hacer. Por consiguiente, «¡meto la cabeza en la palangana», piensa él, «y luego vengo otra vez, y entonces ya les diré yo a éstos algo, a este violín grasiento, a este gitano, a este hipócrita y a Tethmeyer, y también a Willuhn y a la de Palm, éstos son, para mí, más o menos, alemanes, pero les contaré algo que aún no han oído nunca!».

De modo que se dejar llevar por Christina hasta la puerta y, desde la puerta, que Christina cierra tras de sí, cruzando el umbral, al dormitorio.

Ahí revive él un poco, y el aire es aquí un poco más fresco y no puede entender lo que le pasa. Primero habrá que recomponerse.

Sobre la mesa, a la derecha, junto al armario de espejo, está la lámpara de petróleo, que luce con una mecha muy baja; hay una agradable semipenumbra, con la luz suficiente como para encontrar la palangana.

«Ahí está la jarra con agua», dice mi abuelo: «¡Vamos, Johann!», y levanta la jarra e intenta echar agua en la jofaina, pero allí hay algo, un ruido especial; por allí, junto al armario, anda uno, y entonces mi abuelo se da la vuelta hacia el espejo, la jarra se le escurre de los dedos y cae con estrépito sobre el entarimado y queda rota en pedazos y, entonces sí, entra realmente alguien a causa del gran estrépito armado.

Vedlo vosotros mismos, ahí, al lado, ha aparecido alguien, una figura blanca, extremadamente flaca y blanca, en camisión y con los pies descalzos; ved cómo viene, con una corona de perlas en el cabello y con el pecho todo mojado por las lágrimas, y aún sigue llorando, y dice con voz insegura: «¡Ah, Krysztof, ah Krysztof!».

Colores entre gris y blanco, rayos de plata que se mueven en el medio, agua.

«¡Ah, Krysztof!», dice la triste figura y, al hablar, apenas abre la boca, y el interpelado dice en voz alta, por debajo de su barba roja: «¡Mi alma!», pero no llora.

Es Krysztof, mi abuelo lo sabe enseguida; Krysztof, el devoto salvaje, de Bobrowo, que se ahorcó en un prado cerca de Bialken, el salvaje al que su alma no pudo convencer de que siguiera viviendo, como los otros, allí donde la fe estaba muerta, quemada o expulsada por Zygmunt^[11], el tercero de este nombre, en el año 1608, el maldito sueco que aquí fue rey.

«¡Ah, Krysztof!», dice el alma de Krysztof, y Krysztof agarra la espada y se dirige hacia el agua que tiene a sus pies y toma impulso y arroja la espada lejos de sí, tal como está, metida en la ancha vaina, y ésta golpea contra la superficie del agua como un trozo de madera mojado y se hunde enseguida.

Krysztof había dirigido el *rokosz*^[12], la insurrección contra el rey Wasa. En 1606, con todos sus jesuitas, hasta Cracovia llegaron los evangélicos; entonces, como es sabido, el rey recorrió la república de parte a parte y gritaba: «¡Dios nos guía!», y esto durante dos años, pero no logró nada. Luego llegaron ellos, los católicos, con sus ejércitos, y entonces se acabó con la nobleza masowiana: ¡se era católico o se iba fuera del país! Un par de ellos permanecieron en sus fincas y, desde entonces, se han llamado Gregor o Stanislaus, pero Krysztof fue perseguido en el país y empujado hacia el norte, hasta Rosenberg y Marienwerder, y nadie le quiso oír, todo acabado. Finalmente, él no quiso escuchar mucho tiempo más a su alma, que día y noche venía a su lado siempre con la misma cantinela: «¡Ah, Krysztof, ah Krysztof!», y aquella quedó ante el árbol con las manos extendidas, y se hartó de llorar acurrucada sobre la rama de la que Krysztof se había colgado, sin espada —el árbol de un prado cerca de Bialken.

«¡Oh, oh!», grita Krysztof. Cae hacia abajo como si se despeñara desde una colina, por entre la alta maleza, extiende su brazo izquierdo y aparta a la entristecida alma, y hace ademán de dar un gran paso adelante.

«¡Krysztof!», grita mi abuelo, y se postra de rodillas, todo conmovido, y cae de lado, mientras da un terrible suspiro.

Así le encuentran Christina y la nuera de Gustav, que vienen corriendo al dormitorio, porque han oído el estrépito causado por el jarrón de agua al caer. Allí está echado mi abuelo sobre el charco de agua y en medio de los cascotes de la jarra, ante el gran espejo, con la mitad del cuerpo sobre el edredón del que se había agarrado cuando perdió el equilibrio; por lo que recuerdan, conmovido hasta lo más hondo.

Christina va a la mesa y despabila la luz del candil alargando la mecha, y

entonces se hace más claridad en el dormitorio, y ahora podemos verlo: mi abuelo duerme, el rostro bañado en lágrimas, y cuando Gustav, que ha entrado tras de las mujeres, lo alza para llevarlo al lecho, mi abuelo dice, suspirando, desde su sueño: «¡Guarda silencio, alma mía!», y al cabo de un rato: «¡Cierra el pico!».

Tras la aparición de algún fantasma, mi abuelo queda dormido con una gran tranquilidad. De modo que acaba de tener su

2.^a aparición.

Se trataba, esta vez, de la fe, de la firmeza en la fe, acerca, por así decirlo, de la Unión, fundada en Malken en 1874 y liderada por mi abuelo; de la superación de las escisiones de las distintas creencias —evangélicos, adventistas, metodistas, sabatarios, menonitas—, de un arranque de todo ello, claro que únicamente entre alemanes, no católicos ni polacos.

«¡Cuba sin fondo», dice Christina, «mucho de boca para luego estar tirado ahí como un trapo, vestido y con zapatos, y, además, gruñendo cuando se le desviste!».

Tal como está escrito, a mi abuelo todo le debe servir para mejor. Veámosle una vez más, con los ojos de Christina: cómo yace, los brazos abiertos y despatarrado, ya sin huella alguna de la conmoción sufrida, y secas ya las lágrimas, por tanto, plácido, reconciliado y alemán.

Y ahora la segunda o tercera frase secundaria de nuestra historia. La primera frase, y, posiblemente, también la segunda se encuentran en el capítulo primero, o incluso en el segundo, eso será fácil de averiguar. La segunda o tercera frase secundaria reza así: Los verdaderos gitanos son hermosos de verdad.

Y esto es realmente cierto, lo digo como es. Claro que lo que no se puede es describir a los gitanos. Nómadas. «Caminante, si no la conoces, aprende a conocerla», leí una vez en el muro de una iglesia, en el exterior, escrito como recuerdo de una difunta.

Con los gitanos pasa como con esta muerta, están muertos. Se les ha juntado y exterminado en aquellos años que todos nosotros recordamos, en esas regiones sobre las cuales estamos hablando aquí. ¿Dónde conocerlos?

Quien ahora diga: yo conozco a algunos de ellos, sólo se lo figura, no sabe lo que dice, se refiere a esos tres hombres de pelo negro, uno flaco y dos gordos, que hacen música en un café, y todo aquello que uno (así, como persona, sin más) espera del gitano es que ande errante, unas articulaciones blandas, unas caderas flexibles, una mirada que te entra con suavidad, un violín que suene un poco desengrasado y para el que no existe un tono medio, además del conocido címbalo. No me refiero a nada de esto, sino a gitanos que no pueden ser descritos, este tal Habedank o aquella tal Marie y algunos otros más.

Enseguida volvemos a ello.

Preguntamos porque hay algo que nosotros no sabemos aún: ¿dónde ha estado metido nuestro Habedank este domingo, desde las diez de la mañana hasta las cinco campanadas de la tarde?

En el circo. Ésta es la respuesta. Si uno puede permitirse una respuesta tan fácil. Yo pienso que no. Más exactamente: Habedank estuvo en cierto circo italiano de gitanos. Y este circo italiano de gitanos ha sido montado en el bosque. No sólo ayer, domingo, sino también hoy, lunes.

Limes. La puerta del carromato se abre un palmo. El lunes empieza pronto: hacia las siete. Lo que primero aparece es la cabeza de Scarletto, piel amarilla, ojos enrojecidos, un mechón de pelo verde; luego sigue un cuello largo, a continuación la espalda, y ahora la puerta se abre del todo. Scarletto está en el umbral, sobre la escalera, la blanca chistera en la mano derecha, y dice, tras una gran reverencia: «¡Si es el querido señor gendarme!», y Krolikowski, el gendarme de a pie, responde, desde lo alto de su *Wallach*^[13] castrado: «¡Papeles, permiso de explotación!».

«¡El querido señor gendarme!», dice también Antonja.

Ha ocupado el sitio de la escalera que tenía Scarletto, pues, entretanto, éste había bajado de un brinco, está allí como la oscuridad egipcia o la noche napolitana. Antonja, que tiene los papeluchos, cogiéndolos entre el dedo índice y el pulgar, se los pasa a Scarletto, que los toma inclinándose hacia un lado, y dice como disculpándose: «El querido señor gendarme los quiere examinar»; se los hace llegar arriba al guarda, torciendo el hombro izquierdo casi hasta la oreja y, en consonancia con ello, arquea la ceja izquierda hasta el mechón de cabellos, que, como queda dicho, es verde.

Krolikowski, quien recibe por la izquierda las hojas sucias, se lleva sus rojos dedos de salchicha de su derecha a la boca, donde se hace visible una lengua ancha, que lame las puntas de los dedos. Precisa de ella para pasar las hojas, hay que hacerlo. Pero no debe pensarse que Krolikowski sea un tipo gordo, y ni siquiera tiene barba, sólo son así las manos, esas patas de animal, que uno piensa que no pertenecen a su persona; él es un hombre severo, pero justo, de ahí puede venir también el que parezca que tiene, en vez de manos, salchichas. Un hombre de corta estatura, este gendarme de infantería Krolikowski, flaco y agriado. Pero ahora los papeles. ¡A ver ese legajo!

El papel de arriba contiene una declaración de nacionalidad otorgada a un tal Jan Marczinzyk en Lautenburg, certificada y sellada, para un niño de sexo masculino de nombre Joseph. «¡Esto no es nada!», dice Krolikowski.

El siguiente tampoco es nada. Una tarjeta de baile, enmarcada en oro, con un pequeño lápiz blanco, sujeto con un cordón de seda en el margen derecho, el baile de oficiales de algún batallón de alguna clase de fusileros.

El próximo papel es un permiso de actuación, emitido en Schönsee, claro que hace un año; al menos es algo.

Luego una tarjeta de reconocimiento de un señor alcalde, con el ángulo inferior izquierdo desgarrado, y, además, pintada a mano.

Debajo un recorte de periódico, del *Strasburger Nachrichten*, donde se habla de una gallina amaestrada de nombre Francesca.

Y, finalmente, una carta en polaco, con el dato del lugar impreso y un enorme blasón encima, en donde se pide a Scarletto, al que se llama Pan Signor, que amaestre a todas las ratas que del señorío de Chartory se encuentren en fincas y viviendas de la aldea de Krasne.

Todo eso, pues, no es suficiente.

«¡Papeles, licencia profesional!», dice Krolikowski.

«¡El querido señor gendarme!», dice Antonja.

En el parque de Krasne, por encima del estanque de los cisnes, junto a un ginkgo, en una pequeña plaza circular, delante de un seto de follaje verde, rojo y amarillo, hay una rosa que todo el mundo conoce en la región, sin haberla visto, una rosa de color negro. Menciono esto porque pienso que Antonja se parece a esta rosa.

Krolikowski alza la vista y aprieta los ojos, parpadeando asustado. Dice: «¿Qué

hacéis vosotros aquí?».

Scarletto tiene una forma muy particular de caminar. Cuando mueve la pierna hacia delante, echa, con una corta sacudida, la pantorrilla hacia atrás, de manera que el pie salta, como un resorte, hasta la altura de la rodilla, volviendo con idéntica celeridad a su sitio; tocando, pues, el suelo no más tarde que en la forma de andar anormal. La utilidad es, por ello, propiamente la misma que para la demás gente que camina, pero el efecto es diferente y tiene que ver con el arte de Scarletto, las obligaciones del artista respecto al pueblo, tanto el pueblo aldeano como el urbano, que, cuando asiste a espectáculos circenses, siempre es aldeano: ningún número del funámbulo puede sustituir a un número con caballos, tiene que haber caballos, aunque se trate del más aburrido de los ejercicios de adiestramiento, que la abuela de la compañía en cuestión realiza en una pausa de su labor de calceta. El circo italiano de gitanos de Scarletto tiene también su caballo, pero, por lo que se ve, no lo hace solo: Scarletto tiene que andar también de una forma particular, suerte que puede hacerlo.

«¿Por qué brinca usted así?», pregunta Krolikowski.

A eso probablemente nadie le podrá contestar.

Antonja coge las puntas de su chal y baja lentamente los escalones y camina lentamente por la hierba en dirección a su caballito, que está entre tres árboles, de donde se ha amarrado la tela de la carpa, tensa como un techado. El cuarto ángulo, es decir, la mitad del toldillo, está colgando y ha sido asegurado con una piedra, de manera que queda tenso y protege del viento. Allí está el caballito, junto a la gallina amaestrada Francesca, y se llama Emilio y, en vez de relinchar, ganguea un poco. El castrado *Wallach* de Krolikowski se llama Max y, ya desde antes, se había quedado mirando al caballito, sin relinchar ni ganguear.

Pero Antonja se apoya en el Emilio, que está allí como un carrusel infantil, como si fuera de madera, y dice: «¡Nosotros, señor mío, somos artistas!». Y Scarletto dice: «Actuamos el domingo en Neumühl. ¡Ya sabe, si usted quiere quizá tomarse la molestia de llegarse hasta allí!».

Bien, en esto tienen razón estos saltimbanquis. Habrá que pedirles la licencia profesional cuando estén ejerciendo su actividad, in fraganti, y, por consiguiente, no ahora, pero eso el propio Krolikowski lo sabe, justamente cuando hizo aquella pregunta inadecuada a Scarletto, lo que ha querido saber también es qué hacen aquí, aquí, en el bosque, Antonja y Scarletto. De modo que todo queda en nada, las respuestas y también los papeles. Rostro funcional, dedo índice derecho levantado hasta el casco de hojalata, lentamente media vuelta, en cuya maniobra Max deja al descubierto su dentadura.

Krolikowski se aleja al trote. En dirección al Drewenz. Depósito de Plaskirog, hermosa región: por la noche, ganado, de día madera, una hermosa región para contrabandistas.

«¿Primer ensayo?», pregunta Scarletto a Antonja, que tiene enfrente. «Primer

ensayo», responde Antonja. Y Emilio da una cabezada en señal de aprobación. Pero nosotros no sabemos si Emilio no es realmente de esas regiones del sur donde, se dice, una inclinación así de cabeza significa «no», o sea, que ignoramos lo que dice. En todo caso, Emilio ha bajado la cabeza varias veces, y entonces nosotros pensamos, simplemente: se ha acostumbrado a las formas que rigen aquí, pues es un animal complaciente, quizá nosotros pensemos también: acaso no sea de muy lejos, en absoluto, acaso de no más lejos que Kobylka pod Warszawa o incluso sólo de Ostrolenka, o bien de las fincas señoriales de Neuhaus, es decir, un paisano, un caballo del país, y tomémoslo como ahora nos convenga, diciendo: «Emilio ha inclinado la cabeza en señal de aprobación». O sea, primer ensayo, después desayuno. Y un poco, por cierto, ya se ha desayunado Emilio. ¡Pues venga, primer ensayo! Scarletto palmorea. Veamos fugazmente cómo es la pista circense.

Aquí tenemos el carromato, un cajón negro de techo negro, una ventana con postigos a cada lado, en la parte trasera la puerta de la que cuelga una escalera. A una señal de Scarletto, asoman Antonella y Antonio, Antonio saltando de un golpe toda la escalera, Antonella dando dos pasitos en cada escalón, es decir, dando en la escalera seis pasitos en total, los otros ya están en la pista de ensayo.

Así está la cosa con los hijos de los artistas: saben muy bien lo que hay que hacer. Antonella tiene, bajo el brazo, la roja mantita de flecos verdes, y Antonio corre hacia el cobertizo de debajo del carro y coge a Casimiro de la nariz.

Es decir: desde donde estamos nosotros, el carro está a la izquierda; a la derecha, entre los tres árboles, bajo el techo plano, tenemos al grupo formado por Antonja y Emilio, y en el medio está Scarletto, con chistera y *tricot*, y entonces Antonella hace su aparición en escena, tiene el aspecto de una florecilla, y dice: «¡Da comienzo el circo!», y abre sus brazos y hace una profunda genuflexión y dice: «¡Un hermoso saludo de la lejana tierra de Italia, empezamos con el número uno!».

«¡Tienes que subir la voz ya en las últimas palabras, niña», dice Antonja, «no dejarlo sólo para el final!».

Antonella retrocede, diez pasos marcha atrás, una reverencia más pequeña; luego, va hacia un lado, hasta que se encuentra otra vez junto al carro.

Así es como empieza siempre. También hoy, lunes, en el claro del bosque de Malken. Y ahora la función continúa.

«Alguna vez también tú tienes que ensayar, Scarletto», dice Antonja, y Scarletto dice: «Por ahora, dejémoslo. Y tú también debieras hacerlo de vez en cuando». Pero Antonja no quiere, además aún tiene tiempo para pensárselo, pues, de todos modos, el número del caballo viene al final. «Y ahora, por desgracia, tenemos que renunciar a la actuación del malabarista italiano Scarletto, pues él no quiere hacerlo ahora, él sigue en sus trece, así pues, el número dos. ¡Adelante, Tosca, la rata amaestrada, esta maravilla de la naturaleza!».

Antonella extiende la mantita roja sobre el escalón inferior del carromato, brinca hacia el interior del carro y aparece de nuevo con una pequeña jaula, llevándola

delante de ella, colocándola en la hierba. De nuevo la mantita bajo el brazo, y ahora Scarletto se inclina, manteniendo, al hacerlo, la mirada en línea totalmente recta, y abre la puertecilla y da un corto silbido, y Tosca sale afuera, la nariz pegada a la tierra.

«¡Sin música no tiene efecto!», dice Antonio, que, al tener diez años, ya puede emitir su opinión, a diferencia de Antonella, que no puede hacerlo. Así que falta la música, y ahora nosotros nos enteramos de por qué Habedank estuvo ayer, domingo, en el circo de gitanos italiano, en el bosquecillo de Malken, entre las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde. Por decirlo con palabras de Habedank: «Estará su música». En la próxima representación, en Neumühl, el domingo que viene.

Pero, ahora, desgraciadamente, sin música, actuación de la rata Tosca.

Tosca, esa maravilla italiana de la naturaleza polaca, se empina y mantiene en alto su nariz, husmeando en el aire, y está vestida, porta un pantaloncito rojo de ribetes plateados y, rodeándole el cuerpo, un echarpe bastante ancho de tres colores. Lo primero que hace es buscar un poco alrededor, se mueve hacia atrás y, ahora, otro poco hacia un lado y escarba, olisqueando, un par de veces en el suelo. Pero cuando Scarletto emite dos cortos silbidos, da un par de pasitos hacia atrás, se queda quieta y, de repente, echa a correr, salta y da una voltereta, y hete aquí que ahora viene volando la mantita roja de flecos verdes y queda extendida —eso lo puede volver a hacer Antonella muy hermosamente y de un modo perfectamente sincronizado—, y sobre esta mantita roja de flecos verdes aterriza Tosca; claro que ha dado otro medio giro, aterriza, pues, sobre la espalda y un poco transversalmente respecto a la meta. Pero, en conjunto, todo ello resulta muy impresionante.

Aquí la tenemos ahora, limpiándose nariz y barba, y quiere ser premiada, y nosotros mostrarnos muy contentos con la actuación. Nada nos gusta más que las ratas volando, querríamos decir, y esto es, justamente, lo que los espectadores suelen decir también al asistir a las funciones del circo de gitanos italiano.

«Tosca ha pataleado un poco con su piernecita posterior», dice Antonio en esa fase tercera de la función. Él puede, pues, realmente opinar, es ya todo un hombre de circo. Pero entonces ya son dos los errores de Tosca.

Tampoco el número de Tosca se mantiene bien. Todo el programa se tambalea, pues desde el cobertizo de Casimiro, bajo el carro, suena todo el tiempo, sin la más mínima interrupción, el cacareo de Francesca.

Esta gallina maravillosa no puede esperar a que llegue su actuación. Estira el cuello, golpea con las alas, se acurruca sobre el suelo de tablas y hace ese querido ruido de huevos, que es grato de escuchar, si uno no sabe que precisamente eso, ese ruido que surge potentemente de allí, no significa, en absoluto, que ella haya puesto un huevo, sino que es el número de Francesca. El cacareo de Francesca puede ser muy bien suficiente para diecisiete huevos, pero, en Francesca, una cosa ya no tiene ninguna relación con otra, ni externa, ni interna; ella deja su huevo sin que se perciba alguna vez el día y en silencio, si es que ella misma se da alguna cuenta de que

cacarea para ello: cortas series de tonos emitidos, detallados y cambiantes, tonos de queja sostenidos durante mucho tiempo, glissandos que, con toda rapidez, suben, desentonando, hasta las escalas más altas: todo se da allí y, sobre todo, sin pausa y enorme. La mayor parte ocurre cuando se lo mandan hacer, a veces, como ahora, de puro aburrimiento, o, quizá, a consecuencia del miedo a las candilejas; en ocasiones, creo yo, simplemente por el placer de vivir.

En cualquier caso, hoy se tambalea todo el programa.

«¡Pienso que lo mejor es dejarlo!», dice Antonja.

«¡Sí, tienes razón!», dice Scarletto, «¡ahora, a desayunar!».

Y entonces se arranca con su particularísimo andar, así los siete pasos dados adquieren un significado especial. «¡Yo he de ensayar!», quieren decir, «y los demás también, ¡todos nosotros!».

Casimiro, que ha alzado su cabeza gris, al interrumpir Francesca el ejercicio con un tono agudo, la deja caer de nuevo sobre sus patas; sólo los ojos siguen aún abiertos, pues la loca gallina podría empezar de nuevo, con el tiempo uno se hace desconfiado.

Pero Casimiro puede dormir tranquilamente, pues ahora Antonio se llega hasta el cobertizo y deja salir a Francesca, que vaya, si quiere, a desayunar, ¡esta cantora salvaje!, y únicamente nos queda, por tanto, el número de Casimiro.

Casimiro se cuenta entre los grandes casos de animales amaestrados, al menos eso se dice, pues es, indiscutiblemente, un lobo, *canis lupus*, no cabe duda, a todo el mundo le resulta familiar, pues todos conocen lobos; tiene, pues, el aspecto de un perro, con la pelambre un poco más clara, propiamente no puede ser otra cosa que un lobo. Y ahora, una vez que Francesca está fuera y picoteando silenciosamente en torno al Emilio, Casimiro puede apagar las luces de sus ojos, él recibirá el desayuno más tarde.

Habedank se encuentra ya ante Neumühl. Pronto en casa. Ha aprendido una canción.

*Grosses Wunder hat gegeben,
Moses wollt am Wasser leben^[14].*

Ahora Habedank dice «¡hasta la vista!», y el viejo con el que ha subido por el camino vecinal desde los prados del Drewenz se desvía y se hace cargo del sendero con sus cortas piernas. Este sendero lleva directamente, a mano derecha, a la *chaussée*, el viejo quiere ir a una aldea que está después de Neumühl.

Habedank lo sigue con la mirada. Allá va, Weismantel se llama, todo el mundo lo conoce, no es de ningún sitio, habla un batiburrillo de alemán y polaco; allá va él, las piernas envueltas en trapos y encordeladas, tenso, como un lituano. Es Weismantel, ese que sabe tantas canciones.

«¡Ven por lo de Rosinke el domingo!», le grita Habedank.

Allá va Weismantel y agita un poco el brazo izquierdo y va tarareando una canción.

Se han encontrado en Trzianek, un tal Wiechmann les trajo hasta Gromowo, luego marcharon a campo traviesa por los prados, siguiendo el camino vecinal, que es más corto que la *chaussée*, corta por la curva que está después de Neuhof; Habedank ha contado un poco acerca de la última feria de caballos en Strasburg y luego del bautizo de Malken. Weismantel ha escuchado y después se arranca con esta canción:

*Grosses Wasser ist gekommen,
hat ihn gleich davongeschwommen^[15].*

Allá atrás va él, Weismantel. Y allá, enfrente, está la casita de Pilch... ahora va atardeciendo.

«¡Hasta la vista!», dice Habedank para su colete. Y ahora los pasos se hacen cada vez más rápidos, acaso esto lo haya aprendido él de los caballos.

*Alle seine Siebensachen,
hat er aber nichts zu lachen^[16].*

«¡Hasta la vista!», dice también Glinski. De eso haremos un relato sucinto: está sentado en su despacho sacerdotal de Malken. Pero él lo dice de otro modo, a saber:

escribiéndolo sobre papel, donde se lee: «Tengo el honor...». Y es el final de una carta, la frase anterior hace referencia a la «muy distinguida señora esposa», y la carta en cuestión empieza con un «Querido Spezi».

Así escribe este hombre de Dios, o *Rehabeam*, en austriaco. Y ahora está ocupado girando el quinqué, porque quema mal, el cilindro de arriba está negro. Y ahora se levanta de la mesa y se coloca junto a la ventana.

Él procede de Galitzien, de Lemberg, donde fue a la escuela, cosa que muchos aquí no saben, con los austriacos, junto con el señor consejero, el cual creció con los padres de la señora párroco. ¡Las vueltas que da la vida! Ahora ellos están aquí, en Culmerland, no muy lejos el uno del otro, pero raramente se ven, y los dos son alemanes.

La carta está lista: «Al Señor Consejero Real de Distrito en Briesen. ¡Natalie!», llama Glinski y abre la puerta. Pero nadie contesta. De modo que él mismo sale a cerrar los postigos de la ventana.

Eso no lo hace Habedank, eso lo hace, en la casita de Pilch, la tal Marie. Está junto a la puerta de la casa, entre dos plantas de malva, y dice, cuando Habedank se acerca: «¡El diablo anda suelto!».

«¿Y dónde no?», dice Habedank. Luego entran en la casa. Dentro, a la mesa, sigue sentado Levin y apoya la cabeza entre las manos, Levin, que, de ordinario, cuando entra alguien, enseguida se levanta.

Habedank hace deslizar el estuche del violín en el armario, cuelga su gorra del muro, junto al quinqué, y dice: «La mecha no está limpia»; la retuerce hacia arriba y luego un poco más abajo y se sienta frente a Levin: «¡El diablo anda suelto!».

«¿Por dónde?», pregunta Levin.

«En Malken», dice Habedank. Y Marie pone la jarra de leche sobre la mesa y dice: «¡Perros!».

«¡Sí», dice Habedank, «allí Glinski lo va a ayudar!».

«Pero ¿cómo?», pregunta Levin alzando la vista, «¿cómo Glinski?».

«Esto te lo contaré con todo detalle», dice Habedank, «para que lo sepas con todo detalle». Pues ambos son alemanes, lo cual es peor que devotos. Y así se entera Levin de la Unión de Malken de 1874, concertada un domingo, con ocasión de un bautizo, o «hisopada», entre gente que, por lo demás, no están de acuerdo, entre distintos cuervos, por así decirlo, sean grajos o cornejas, pero, en cualquier caso, entre cuervos. «¿Qué vamos a hacer ahora?», pregunta Marie. Pero Habedank dice: «¡Bueno, bueno!» y: «¡No tan deprisa!», y habla del circo de gitanos italiano. «El próximo domingo en lo de Rosinke».

«¡Ah, en lo de Rosinke!», dice Levin y hace un gesto de repulsa y hunde de nuevo el rostro entre las manos. «A él le pregunté yo si no me querría llevar con él, la semana que viene, a Briesen, adonde él va a por mercancía. Y él me dijo: “Señor Levin, ya sé lo de la vista del pleito de usted, ya vendrá usted conmigo a algún otro sitio”».

«¿De veras?», dice Habedank. «Pero ¡el negocio es el negocio! Y ahora tiene el granero libre. Ahora dejémoslo, por hoy es ya bastante, vete a dormir».

Entonces Levin se levanta y va a buscar su gorra y dice «buenas noches» a Marie, y entonces dice Habedank: «Anteayer y ayer te quedaste aquí, puedes hacerlo hoy, y también mañana».

«¡Y pasado mañana!», dice Marie.

«¡Y pasado mañana!», dice Habedank.

No dice nada de la canción de Weismantel.

*Wo kam her das Wasser, grosses,
keiner weiss, auch nicht der Moses^[17].*

Pero Moses sí lo sabe, o sea, que la canción no tiene razón. Aunque, el próximo domingo, la tendrá.

Marie toma el quinqué de la pared, lo coloca ante la cama de Habedank y sale, y Levin también.

Está oscuro en el cuarto de Marie. Zumbido de la última mosca. «¡Vete también a dormir!», dice Marie a la mosca. Al lado se oye cantar a Habedank: «¡Jai, jai, jai, jai!» y, de nuevo: «¡Jai, jai, jai, jai!». Y ya no más. Luego se oye cómo se mete en la cama, y, después, cómo suspira.

Uno está echado y, cuando uno es Levin, tiene muchas cosas para oír en la noche. Las aves de debajo del tejado, la rama del cerezo, que siempre está rozando el muro, el viento hacia el amanecer. Y el sueño tranquilo de esta tal Marie. Porque la medianoche es pasada. A veces, los sueños vuelan lejos, uno no sabe dónde, sin remos ni velas.

Lo que Levin puede soñar es demasiado para el sueño.

Ahí está el hombre echado, con los ojos abiertos, y ante él va desfilando todo: Rozan, la pequeña ciudad de detrás del Narew. Allá, en la ribera más alta, la oficina de correos, al otro lado las curtidurías, por las cuales es conocida la ciudad. El puente de hierro. La blanca sinagoga, detrás de la que empiezan los huertos de frutas, manzanos, también ellos blancos en primavera. El incesante zumbido de las abejas tras la escuela de niños del tío Dowid. Tío Dowid con su cabello básicamente blanco, bajo el pequeño gorro y la barba negra. Asoma a la puerta, dice: «¡Vete, no te dejes atrapar, el cielo es alto!». Yo tenía entonces dieciséis años y trabajaba con mi padre y ya podía acercarme a la Otterfelle.

El Narew lleva un poco más de agua que el Drewenz. ¡Allí debiera haber tenido uno una aceña!

«No te habrías derrumbado, no te habrías emborrachado», había escrito padre. ¡Todo no más que palabras!, «¡no te habrías, no te habrías!».

La primera luz se cuela por las rendijas de los postigos.

Levin cierra los ojos: no intenta dormir.

Ahora oye cómo Habedank, en el cuarto de al lado, se levanta de la cama, ¡la tos mañanera de Habedank!, demasiado pesada para la estación del año; ahora el golpeteo contra el tabique de madera y la llamada amable: «¡Marie, a levantarse!», lo otro ya no lo oyó, ahora Levin se ha quedado dormido.

«¡Sí, está temblando!», dice Marie. Está parada delante de la cama. «No, la cabeza está fría, pero tiene las sienes bañadas en sudor».

«Tienes que despertarlo, Marie. Los sueños de Levin son demasiado para dormir».

Acaba de marcharse el último.

Oscuridad. Frío. El viento golpea contra el muro. Un gemido en las vigas, maderas resquebrajadas, un crujido en la arena. El agua sale disparada por encima de la compuerta, desbaratándola, Levin se levanta del banco de madera y sale corriendo hacia la puerta, ahora la rueda está atravesada y empuja contra el muro, lentamente, él todavía puede ver cómo los puntales son arrastrados por el agua, cómo las piedras de moler dan tumbos en el suelo; el techo cae, se rompe la pasarela, maderos flotando en el río.

«¡Marie, despierta a Levin!».

Weismantel sabe cómo se llama el demonio que anda suelto por aquí, y ahora lo ve. No se extraña, pero todavía piensa: «¡Éste no fue siempre así!».

Pero ¿cómo era él?, pues hace mucho que tú no lo has visto, no has tenido nunca nada que moler. Y, de tenerlo, habrías ido a lo de Levin. Weismantel, todo esto tú no lo sabes bien: cómo se porta uno si uno tiene algo y lo quiere conservar, ni menos sabes lo que le coge a uno cuando quiere tener más de lo que tiene, y no sabes, en absoluto, los sentimientos de alguien que reside aquí, en esta tierra, y es consciente de que es alemán, como el emperador en Berlín, pero alrededor únicamente hay polacos y otros pueblos, gitanos y judíos. Ahora bien, Weismantel, representate a alguien en el que todo esto esté reunido: querer conservar, querer tener más, querer ser mejor que todos los otros.

Mi abuelo viene a la cocina, allí está sentado Weismantel en el banco de junto a la ventana y la «señora tía» le toma la jarra de leche y la llena una vez más.

«Y bien, ¿qué te trae por aquí?», dice mi abuelo. «¡Salta a la vista que estás bien vivo y coleando!».

«¡Por Dios, hombre!», dice Christina, y Weismantel dice: «¡Ya ves, seguimos viviendo, yo soy, *ipsiakrew!*^[18], un milagro de Dios y viajo aún a pie, como Habedank!».

«¿Cómo es así, qué te traes tú entre manos con el gitano?», pregunta mi abuelo.

«Vinimos juntos desde Trzianek», dice Weismantel, «y desde Gronowo a pie, y Habedank es diez años más joven».

«¿Desde Trzianek?».

«¡Pues mira lo que te digo, vete con tu Habedank!», dice mi abuelo y piensa, y no se equivoca: «Éste ya sabe lo que él anda diciendo». «¡Toda esta calaña!».

«Habedank no va a tener sitio», dice Weismantel beatíficamente. «Ahora que Levin vive allí».

«¿Levin?».

Pero esto es ya demasiado, Weismantel. Demasiado para mi abuelo. La mandíbula le empieza a temblar, y se pone a gritar: «¡Tú ahora lárgate, te lo digo de veras!». Y llama a Weismantel *latawiec*, es decir, zascandil y vagabundo.

Y entonces dice Christina: «¡Entra, viejo, no te sulfures, de todos modos el señor Weismantel no se va a quedar!».

«¡El señor Weismantel!», repite mi abuelo y arrastra cada palabra, cada sílaba de una forma realmente odiosa y entra luego en la pieza y golpea la puerta tras de sí.

Se queda en la pieza parado junto a la puerta y espera hasta que Weismantel se ha bebido su jarra y se ha marchado.

Luego vuelve a entreabrir la puerta y asoma la cabeza por el resquicio, y dice: «¡Tú no te enteras de nada, éste viene directamente mandado por el judío!».

Naturalmente, Weismantel no se ha dejado caer enseguida por la cocina de Christina. Antes ha estado en casa de Rocholl, un saludo de tía, ésta viene a la fiesta de verano; luego estuvo con Feyerabend en las casas de las afueras del pueblo; después estuvo sentado con Korrinth y Nieswandt en lo de Rosinke; ha estado oyendo y hablando, por tanto, sobre toda clase de cosas en estos tres días que lleva en la aldea, y sabe más que todos juntos: qué se habló en Malken, no todo, naturalmente, sólo la mayor parte, y que viene el circo al pueblo, y que el evangélico Glinski está de parte de los bautistas.

Y luego el predicador Feller, con el que se ha cruzado tres, cuatro veces, le ha invitado a que venga hoy a su casa de predicador. Y allí va ahora Weismantel, y mi abuelo se huele algo torcido. Si cien liebres están tamborileando, el perro se vuelve loco, se mueve frenéticamente de un sitio para otro, se le nublan los ojos, se marea, se pone a aullar y ya no sabe más lo que pasa, y entonces viene el cazador y dice: «¡Maldición, no sirves para nada!».

Ahora viene bien, una vez más, una de esas frases. Pero debe ser ya la séptima o la novena, tantas han ido ya, entretanto, apareciendo, o incluso ya la décima o undécima, no lo sé. Pero también podría, exactamente igual, ser la primera de todas, o bien una especie de lema o de frase final: «¡Maldición, no sirves para nada!».

¡Reporta siempre algo! ¡Sí, el predicar reporta siempre algo!

Weismantel queda sorprendido cuando llega al patio de Feller. La casa, sí, ésa ya estaba antes allí, pero ahora hay una gran galería acristalada del lado que da a la calle. En vez del pozo abierto de antes, ahora hay una bomba revestida de madera, recién pintada de verde, con una blanca cúpula encima. En el ángulo, entre el granero y el establo, que también ha sido reconstruido, se levanta un palomar, sobre una columna, con puertas y portillos y pequeñas plataformas de vuelo de madera, en fin, ¡todo

como el más limpio de los palacios! Ni siquiera corretean por aquí las habituales gallinas de culo graso, Feller tiene finas gallinas de Guinea, a las que, por cierto, no les gusta tanto corretear; están sentadas todo el día dentro de la empalizada; no cacarean, éstas emiten un grito lastimero, ¡una mierda así!, pero todo tiene aquí buen aspecto. Se ha esparcido arena blanca sobre la escalera, ¡un día de semana!, y lo mismo en el vestíbulo, revestido de ladrillos. «¡No, si este Feller no para! Y todo esto hecho en los seis, siete años que lleva aquí. ¡Qué traía de Konojad, de donde es natural! ¡Alguna cosa ya se la habrán dado ellos, eso seguro! Pues yo los conozco: un tal Gronowski, Felmer, otro llamado Worgitzki».

Sí, a éstos los conoce Weismantel, y ellos no le trataron de forma distinta que hace poco mi abuelo. Claro que éstos tienen allá lo que mi abuelo no tiene, ya conocen la canción que Weismantel les ha cantado. Bien, bien, hoy es Weismantel el sorprendido, el próximo domingo lo será mi abuelo.

De modo que Weismantel llama a la puerta y entra en la cocina.

Una mujer agradable, esta esposa del predicador, de soltera Plehwe y de nombre Josepha, cualquiera lo sabe enseguida: familia católica. Aceptó, pues, al hermano Feller, que no era, en absoluto, hermano suyo, ella contó hasta cien y la cosa tuvo que ir. Ahora ya no es católica, sino alemana, y en esos momentos está colocando la botella del aguardiente en el aparador, cuando hace su entrada Weismantel. Él dice: «¡Bien hallada!». Eso es del todo correcto.

Así que Josepha coge de nuevo la botella y canta, mejor que no lo oiga Feller, y él no lo oye: *Komm zu dem Wasser des Lebens*^[19].

La situación es un poco extraña, aunque no para Weismantel; él dice: «¡Buenos días!» y, luego: «Feller me dijo...».

«¡Seguro!», dice Josepha, «ahora no está».

Y entonces ella saca un vaso, Weismantel recibe un poco, ella sigue junto a la botella.

Lo mejor es beber en la cocina. Para Josepha. También la cocina tiene un suelo enladrillado, por ahí se deslizan mejor los pies desnudos y la planta de los pies siente frescor. Eso da a la conversación un curso cambiante: cuando las plantas de los pies están calientes, uno habla mucho y bastante fuerte y no acaba ninguna frase, ya que, enseguida, está la próxima allí, esperando, demasiado pronto; uno mismo, de repente, lo nota, y entonces a uno se le enfrían los pies y pronto empieza a hablar con no más que frases principales y lentamente y con aire pensativo, y entonces el día se va haciendo más pequeño, y también la botella, pero no el entusiasmo, éste se mantiene.

Feller ya no puede estar mucho más tiempo de camino.

He aquí una congoja para Alwin Feller, por la posición que ocupa: la mujer bebe. De hecho, es ya una persona dada a la bebida. Pero con buenas prendas, eso ya lo ha podido comprobar Weismantel. Sólo hablan de economía, es en lo que más entiende Weismantel: él viaja de un sitio para otro por muchas regiones y no tiene más pertenencias que la camisa, el pantalón y el sombrero.

«Sí, entonces usted no tiene preocupaciones, señor Weismantel», dice Josepha.

Pone la botella en la mesa y va a buscar un Sakuska^[20]. Pepinos y, si no hay pepinos, entonces *choucroute* y, si no se tiene *choucroute*, entonces hongos salados, y, si no hay hongos, entonces pescados, anguila en gelatina si se tiene a mano, y, si no, tocino tostado o salchicha en frasco, alguna cosa.

Propiamente, Josepha tiene de todo, así que pepinos. Y, entre un mordisco al pepino y un trago, conversación, con altos y bajos, «¡buen provecho!» y «¡salud!», de un modo rápido o lento.

«Señor Weismantel», dice Josepha, «¿qué piensa usted de las gallinas de Guinea?».

«¡Ah, a ésas, matarlas!», dice Weismantel.

«¡Pero ponen!», dice Josepha.

«No bien», dice Weismantel, él lo sabe mejor. «Huevos como pintados, como huevos de Pascua».

Weismantel tiene razón en todo lo que dice. Así que «¡buen provecho!».

Y «¡salud!».

Ahora está llegando Feller, ya lo conocemos: *La voz de la fe* y *El Cantor evangélico*, esta vez ambos en una mano, la izquierda, la derecha ha abierto la puerta y la ha vuelto a cerrar. Feller ya está dentro.

El hombre tiene porte, no dice nada. Un porte espiritual: deja caer la cabeza sobre el pecho; un porte varonil: la alza de nuevo, dice: «¡Mujer!», una amonestación suave.

«Quizá tú también quieras uno», dice Josepha solícita, «un traguito». Pero Feller no querrá; además, por desgracia, ya no queda nada en la botella. Entonces dice Weismantel: «¡Aquí estamos!».

«Ya veo, ¡buenos días, señor Weismantel!, y me gustaría decirle a usted, señor Weismantel, que no se preocupara de esas historias. Usted ya sabe».

«Lo sé, lo sé», dice Weismantel, «eso no me concierne, *do stu piorunów*, ¡rayos y truenos!».

«¿Ve usted?», dice el predicador Feller, con los libros de cantos contra el pecho.

Pero entonces Weismantel tiene que preguntar: «¿Cómo se le ocurre a usted ahora esto?».

¿Que cómo se le ocurre a Feller esto? En cualquier caso, la cosa es que viene de ver a mi abuelo. Y ahora, cuando todo va encaminado y está en movimiento, como lo quiere ver mi abuelo, entre hermanos de la Unión y camaradas de clase y casi medio primos, mi abuelo ya no tiene razón alguna para guardar precauciones, ahora hasta Feller puede saberlo; ya circula por la comunidad, ya no queda la boca de ningún devoto, ahí ya no hay más que soldar, de modo que Feller sabe ahora, de boca de mi abuelo, lo que ha pasado.

¡El diablo anda suelto!, como se dijo antes. Y mi abuelo está de buen humor.

«Usted ha hablado con ese Habedank», dice Feller.

«¡Y hasta cantado!», dice Weismantel.

«¿Cómo, cantado?», pregunta Feller.

«Cantado», confirma Weismantel, «cantado, simplemente cantado».

«Bien sencillo», dice Josepha, «ahora no hay ningún otro misterio».

«Sí, ¿qué quieres decir?», pregunta Feller, «¿tú también has cantado?».

«No», dice Josepha. Ella habla así por lo de la botella.

«Señor Weismantel, acaso sea usted tan amable para acompañarme». Feller abre la puerta de la sala y entra delante. Y Weismantel se levanta y le sigue.

Entonces la puerta se cierra y Josepha queda sola, una vez más, con el rostro un poco rojo, la tensión demasiado alta, mejor quedarse sentada un ratito. Y dentro de la sala dice Weismantel: «¡A mí no me concierne!».

«¡Mucha verdad!», dice el predicador Feller.

«Rozumien», dice Weismantel, «lo ha entendido, como él dice». Pero él ve la cuestión de una manera distinta que Feller, es decir, al revés. Él se siente preocupado por Levin y Habedank, esa tal Marie y el circo, y Feller por mi abuelo y la comunidad, la pila bautismal que falta y el próximo anejo del granero. Por consiguiente, mientras que no muestren sus cartas claramente, pueden hablar durante mucho tiempo el uno con el otro, y hasta se ponen de acuerdo, al menos quedan ambos admirados de que puedan conversar el uno con el otro. Feller piensa que Weismantel no se inmiscuye, y Weismantel piensa: «El domingo que viene será hermoso cantar juntos, eso no le incumbe a Feller, Habedank vendrá con su violín».

Así que nada que hablar. Weismantel se va de nuevo.

Josepha ya no está sentada en la cocina, ¿dónde se ha metido? Feller tiene que ir a casa de mi abuelo, no se puede contener, tiene que dar noticia. «¡Tú sé diligente», le ha dicho mi abuelo, «que te reportará beneficios!». Así que Feller anda correteando de un sitio para otro, y ahora sabemos que no todo es cosecha de la predicación: la galería, el anejo del establo, el palomar, y acaso también la arena blanca, y los pepinos, si ya no el tocino. ¿Y qué decir del aguardiente?

Josepha canta, en el granero, tumbada no sobre el viejo heno, sino sobre la vieja paja; canta, canta bajo, más bajo de lo que Feller pueda escuchar, cosa que viene mucho a cuento, pues él se apresura a volver, ¿dónde se ha metido esta mujer?

«Y bien», dice mi abuelo, «¿pero qué puede hacer ya ese lumpen?».

Se refiere a Weismantel.

Y luego mi abuelo dice: «¡A ese Habedank lo corro yo de aquí!».

Ésa es una expresión oscura. ¿Fuera de dónde? ¿Hacia dónde?

Pero yo pienso que haremos un recuento de las frases que hasta ahora han sido dichas, las frases principales. Por lo que se refiere a las secundarias, yo sólo me acuerdo de una, que dice: los verdaderos gitanos son hermosos de verdad.

Por tanto, las frases principales, siguiendo su turno. Porque nos hemos armado un poco de lío con la cuenta y la historia debe seguir adelante y no puede seguir adelante sin orden: el río Drewenz es un afluente polaco.

Ésa fue la primera frase, pero era equívoca. Por ello hubo luego una nueva primera frase. Recordémosla: no era del todo exacta, pues el Mühlbach, con el que tenemos que ver, es, ciertamente, un afluente, pero no del Vístula, sino del Drewenz y, por tanto, más pequeño que éste, y aún añadía que la historia transcurre o transcurrió en la aldea, en una aldea poblada mayoritariamente por alemanes, como allí se decía.

La segunda frase. Trataba del predicador de la comunidad baptista. Así se nos hacía palpar la fe: esa cristiandad, católicos polacos y protestantes alemanes, si bien, asimismo, había protestantes polacos, pero muy pocos, y alemanes católicos, de éstos ya más, pero no precisamente en Culmerland, sino al sur o al norte de esta región, pero también había baptistas, adventistas, sabatarianos, metodistas, menonitas, no necesitamos más.

La tercera frase reza así: «Sí, sí», y la ha dicho esa tal Marie, Marie de Habedank o Marie de Levin, la gitana, la cual ha añadido: «¡Lo mejor es que te quedes!».

Levin debería quedarse aquí y no marcharse, pues así la historia sigue adelante.

Y la cuarta frase, que la dice mi abuelo: «¡Y...!, ¿no lo decía yo?», se refiere a la conclusión de la Unión de Malken de 1874. «¡Y...!, ¿no lo decía yo?». Que significa: los alemanes hacen piña, así es la cadena: mi abuelo, el párroco Glinski, el señor consejero del distrito, el juez del distrito en Briesen; a los que hay que añadir: al viejo Fagin, de Brudzaw; la señora párroco de Malken; al dueño de la fonda Rosinke y, natural y finalmente, también al predicador Feller. Y el gendarme Krolikowski, no lo olvidemos.

La próxima frase dice así: «¡Maldición, tú no sirves para nada!». Ha sido numerada como la séptima o la novena, y podría ser muy bien tanto la séptima como la novena, pues entre las dos hay, ciertamente, algunas otras, pero sin numerar: «¡El diablo anda suelto!», o «¡Aleman es peor que devoto!», o «¡El domingo actuamos en Neumühl!», o bien «¡Sin música no surte efecto!». Y ahora tenemos la frase número diez: «¡A ese Habedank lo corro yo de aquí!».

Entretanto, ha llegado el sábado, el sábado anterior a este domingo, para el cual está a disposición el granero vaciado y limpio de Rosinke; este sábado en que, hacia el mediodía, el circo italiano de Scarletto ha entrado en el territorio de Neumühl, un sábado por la tarde, en la casita de Pilch, que se ha llenado de gente, ocho personas de momento, pues ha venido Willuhn, y después llega Levin, o sea, nueve personas en total. Y los animales. Llena, pero divertida: «¡La bendición de Dios con la casa!», dice Habedank. Y Marie da de comer a todos, pueden estar sentados y hablar de lo que haya que hablar, y Scarletto puede ensayar rápidamente una vez más, en el patio, en el aire festivo, y también Antonella, en el cuarto de Marie, ante el espejo, sobre el entarimado fregado y restregado con arena, en la hermosa fragancia sabatina, que esta tal Marie ha ido a buscar al Mühlbach y ha encerrado en un ramillete de ácoros.

Este aroma del ácoro no se puede describir: huele a agua clara, a agua calentada por el sol, pero ésta no debe tener ningún fondo de cal ni tampoco fangoso, sino una arena clara, un poco rojiza, donde se hundan lentamente los terrones removidos por la última lluvia, así como alguna hojita o algún tallo podrido, y cuya superficie recorren los insectos, un agua así. Pero ahí hay, además, un dulzor extraordinariamente fino, que viene de lejos, y, también, debajo, un aroma un poco amargo, del que uno ignora completamente la procedencia. Uno diría que viene de la tierra, del suelo de la orilla en donde el ácoro está enraizado, en donde el ácoro forma su maraña de raíces blandas, amarillas y rosáceas, del suelo de la orilla donde está un poco fangoso, como si con esto se dijera algo.

En el trasfondo de la imagen del cuarto de Habedank y del cuarto de Marie, detrás del espejo, se alza el ácoro, tallos de un dedo de largo, un poco más carnosos que la caña, de un verde hermoso, más claros en la base, y, al haber sido cortados por donde está la raíz, rojizos. Y el ácoro, cortado en trozos menudísimos, ha sido esparcido además sobre la arena con que ha sido espolvoreado el entarimado. Mucho no se puede decir sobre lo bien que huele, la aguda naricita de Antonella lo dice de una forma más hermosa.

Es sábado.

Así que ha venido también Willuhn, y también Scarletto y Antonja; naturalmente, de ello se alegra Habedank, y pone su botella sobre la mesa, justamente ante la nariz de Willuhn: se hará música. Justa y potente. Y, entonces, estará en su lugar la canción de Weismantel, y él, Habedank, le precederá con el violín, agitando, de vez en cuando, el arco del violín, y, por detrás, enseguida, Willuhn, pero éste, si quiere, puede quedarse sentado, sólo tiene que tocar, con muchos acordes bajos, pues ya queda dicho: la cosa, sin música, no surte efecto. Pero, luego, enseguida, la voz clara de Weismantel, Antonja a su derecha, Marie a su izquierda, con su voz de contralto gitana, Antonio y Antonella detrás (estas dos, sobre todo, para los «jai, jai, jai, jai»), y, finalmente, Scarletto.

Lástima que Francesca no aprenda esta canción de Weismantel, ni siquiera el «jai, jai, jai, jai». Antonella se lo canta, ella, en todo caso, al menos, lo ha entendido enseguida así. Ahora debe ensayar aún un poco, los adultos tienen bastante que hablar y también algo que beber, al menos Willuhn.

Ahí está sentado ahora Levin, y se quita el gorro, y está un poco pensativo, y gira el gorro entre las manos y se admira de todo lo que han montado estos gitanos y no sabe bien para qué, dice: «Pero ¿qué pretendéis con todo esto?».

¡Como para contestar una pregunta así! En cualquier caso, Marie dice: «Yo lo veo sentado allí con los brazos cruzados, rojo hasta el trasero y ojos como de Konopka».

Se está refiriendo a mi abuelo, y el Konopka es un antiguo diablo de la montaña mazowiana.

Todavía no es totalmente domingo.

Propiamente, mi abuelo tendría que irse a la cama enseguida y hartarse de dormir,

pero Christina prefiere preguntarle aún algo: «¡Mañana iremos, digo yo, también a lo de Rosinke!».

Mi abuelo se limita a decir: «¡Quita, quita!», ¿qué otra cosa va a decir él, como el miembro de mayor antigüedad de la comunidad, si la propia mujer olvida la santidad del domingo? «¡Quita, quita!». Y: «Por mí, tú puedes ir, va a sonar bonito en la comunidad, ya verás lo que sacas de allí».

«Los Feller también van», dice, simplemente, Christina.

«¡Eso no te lo crees ni tú!», dice mi abuelo. «¡A algo de los gitanos!».

«Ya lo verás», dice la «señora tía», «Josepha lo ha dicho».

«Josepha, es posible, pero no el hermano Feller».

Con esto, el tema queda zanjado para mi abuelo, ni una palabra más sobre ello, pero Christina tiene metido algo en la cabeza, y dice: «¡Tú ven conmigo!».

Entonces mi abuelo dice: «Me voy a dormir».

«¡Hermosos sueños!».

Y ahora, por tanto, el domingo.

Rosinke está a la puerta del granero.

Y ahí ha de estar.

Para que sepa qué gente ha venido y quién vendrá aún, quién va a llenar su buen granero, cuánta gente, contando los niños —si alguno de allí, entiéndase bien, da algo por ellos; a los otros se les manda a su casa—. A Scarletto, naturalmente, le pedirá el importe del alquiler de la sala, conforme al número de cabezas presente. No según lo que reciba en su platillo ese gitano italiano y su Antonja y los dos niños, cuando, tras la actuación de Francesca, con la que todos los espectadores ríen, y del caballo amaestrado, porque es el punto culminante de la función —es decir, antes de la gran canción final de Weismantel—, se adentran por entre las filas de los espectadores y hacen su colecta, pues, después de la canción final, eso lo sabe muy bien Scarletto, aunque no Rosinke, es, de todos modos, demasiado tarde.

Por tanto, Rosinke está a la puerta del granero y presta atención, y ahí vienen, los espectadores y oyentes, alemanes y polacos, campesinos y jornaleros, y medio jornaleros, caseros y jubilados.

Rosinke dice: «¡Que aproveche!», o «¡Buenos días!», o «¡Alabado sea Dios!», y la mayoría de las veces «¿Y vienes tú también?» y, en ocasiones, hasta «¿Qué pintas tú aquí?», o bien «¡Vosotros os largáis enseguida!».

Pero a Nieswandt y a Korrinth esto, en absoluto, les molesta. Nieswandt dice: «¡Tú cierra el pico!». Y, cuando Rosinke cuchichea murmurando: «¡Tú te portas aquí como es debido!», él se limita a escupir, y entra dentro y enseguida llama a Christina, sentada delante del todo, con mi abuelo a su izquierda: «¿Qué, madama, también en esta casa de duendes?».

Ahí vienen.

Cuatro Kaminskis y siete Tomascheskis y Kossalowski solo, tres Barkowskis y los dos Rocholls. Y dentro ya están sentados Olga Wendehold con el gris Fenske, de Sadlinken, ¿cómo congenian estos dos?, ¿no se ha hecho él, Dios nos proteja, adventista?, y el viejo Feyerabend, de las afueras del pueblo, y también los polacos católicos Lebrecht y Germann con sus familias y, como ya queda dicho, mi abuelo con la «señora tía», y, algo más atrás, Nieswandt y Korrinth. Y Christina dice ahora: «¿Ves, tú, no te lo había dicho yo?», pues el predicador Feller entra pegado a su Josepha, quien se ha arreglado muy bien; viene con su Josepha y dice a mi abuelo: «¡Buenos días!», o, mejor: «¡Alabado sea Dios!», y también a Christina e, igualmente, a los Rocholls, y su Josepha también lo hace, y luego ambos se sientan, no en la primera fila, pero tampoco tan atrás; allí está sentada otra gente, polacos y medio jornaleros y Nieswandt y Korrinth.

Rosinke conserva su puesto junto a la puerta. Hace su entrada Scarletto.

La pista es, naturalmente, el terreno apisonado del granero de Rosinke. La gente está sentada en dos partes, a la derecha y a la izquierda, sobre tablas colocadas sobre pequeñas cubas de cerveza y borriquetes, aguantadas, de vez en cuando, por un tajador. ¡Qué hermoso, cubas de cerveza! De modo que, un par de veces, Rosinke puede dejar que, como complemento, se trasiegue algo, la mayor parte ya ha tomado antes, en la fonda, una o tres copas. En la fonda, donde ahora está, a solas, el gendarme Krolikowski, pensando cómo intervenir.

Scarletto está en el medio de la pista, en *tricot*, dos condecoraciones de gitanos italianos en el pecho, la chistera en la cabeza. Está mirando a sus huéspedes, o, si se prefiere, a los huéspedes de Rosinke, pero probablemente más huéspedes de Scarletto, pienso yo, por el simple hecho de que allí hay algunos visibles para Scarletto y que Rosinke no ha podido ver. Pues no han entrado por la puerta del granero: niños para los cuales nadie dará nada, aquellos que Rosinke ha rechazado a la entrada y aquellos que ni siquiera lo han intentado con él y se han deslizado, sin más, por la cámara de la paja.

Ahora Scarletto se acerca a la puerta de atrás del granero, y, sacando la tranca, separa las dos hojas de la misma. Allí están ya, uno a la derecha y otro a la izquierda, Antonella y Antonio, y se apoyan contra las hojas de la puerta, y he aquí que el granero ahora está completamente abierto, por delante y por detrás, la pista está inundada de luz. Ahora se ve el carro del circo, que ha sido llevado hasta detrás del granero, el cobertizo de Casimiro y Francesca en primer término, así como la pequeña jaula de Tosca; y, al lado, ha sido colocado Emilio y, con sus arreos rojos y crines enmarañadas, tiene todo el aspecto de un caballito de carrusel. Y ahora vienen Habedank y Willuhn, y Willuhn se sienta con su acordeón, y Habedank se coloca enfrente de él y alza el violín, lo puntea con el arco una vez sobre su cabeza y lo deja en un tono, hace un pequeño adorno y, enseguida, entra, ahora con la canción de Weiszmantel, y Willuhn tiene ya todos sus dedos ocupados en los registros de su instrumento: una música embriagadora, que, para una persona como Weiszmantel,

invita a que se la acompañe cantando. Marie le tapa la boca. Todavía no.

La música tiene su lugar, al costado; la pista está libre, coincidiendo con el último compás entra Antonella brincando, y dice: «¡Comienza la función!» y extiende sus brazos, hace su profunda genuflexión, empieza, a tiempo, sus frases de salutación y ahora está allí y sonríe hacia los dos lados e, incluso, una vez, hacia donde está la puerta de entrada, hacia donde está Rosinke, que todavía sigue allí. ¡Podría llegar todavía alguno!

El circo ha empezado. Le toca al primer número, el famoso malabarista italiano Scarletto, el que todo lo puede.

Es, antes de nada, artista, un gran artista, y director del único circo que hay ahora en el Culmerland, un circo italiano, por añadidura, pero también, naturalmente, marido de Antonja y, por tanto, dos veces padre de familia, así como domador o adiestrador de animales y, simultáneamente, empresario de su propio negocio, el negocio de la familia y de maravillas de la naturaleza allegadas a la familia, como son Francesca, Tosca, Casimiro y Emilio, y es, ante todo, gitano, si bien, en cuanto tal, un poco disimulado: demasiado artista en colores como el verde y el blanco y muy poco en el rojo, demasiado poco gitano, la verdad, visto desde fuera. Ahí está él. Orgullosa y un poco embriagado por la multitud de su público. Está bien erguido, se pasa, lentamente, la mano derecha por la mitad de la frente, se quita la chistera y la agita, en arco, hacia un lado, al mismo tiempo que se inclina, sí, eso es, y comienza el gran número.

Tiene allí siete botellas y ollas y un vaso bohemio, una especie de copa sin tapa, bolas de color de cristal de espejo y tres aros de color verde, blanco y rojo.

Todo lo ha traído Antonio en dos cestos y sacado y puesto allí. ¡Ahora te toca hacer a ti algo con ello, Scarletto! Antonio te va pasando lo que necesitas. ¿Y Krolikowski?

El *botas torcidas* está todavía en el mostrador de la fonda. La mujer de Rosinke le está pasando un aguardiente, el segundo, hay que hacer un cálculo aproximado: todavía podrá tomar cuatro o cinco, gratis, pero siempre guardando las distancias; que siga aquí y no venga a molestar la idea de que todo esto va a resultar más caro, pero demasiado caro tampoco se lo puede permitir, o sea, que guardar las distancias.

«¡A este brincador todavía lo atrapo yo!», piensa Krolikowski, y se frota la nariz con sus gruesas patas de dedos y devuelve el vaso vacío.

Pero ¿de nuevo otro? La mujer de Rosinke prefiere iniciar una conversación, y, si no hay ninguna otra cosa que atraiga, eso puede versar incluso sobre Levin, esa historia del molino con mi abuelo, sobre la que, hasta ahora, no se había hablado, pero ahora quizá sí: «Levin quería viajar con mi marido a Briesen, ¡imagínese usted!».

«¿Y...?».

«Pero, ¡señor gendarme!, ¡mi marido no está metido en tales cosas!».

«¿Y por qué lo iba a estar?».

no tendrá otro remedio que percibirlo.

Ya, seguro. Así que otro vaso. Hasta ahora tres aguardientes. «¡Sabe usted, señor gendarme, yo no sé, lo cierto es que la cosa va ahora a juicio! ¡De todo lo que es capaz un judío! ¿Averiguar quién ha visto qué cosa?».

«Si la cosa está en los juzgados del distrito, ya se encontrará a alguien», dice Krolikowski.

«¿Lo dice usted de verdad?», dice la mujer de Rosinke.

Sí, Krolikowski lo dice de verdad. ¿Para qué, si no, están los juzgados? Tienen que hacer algo cuando reciben el encargo de hacer algo, es igual qué cosa. Así, más o menos, piensa él, y dice: «Cuando se descubre un asunto, uno, como funcionario, va tras él».

Pero, entonces, esta mujer del fondista piensa: «¡Tú, aquí, en el negocio, te haces el valiente, pero, lo que es tú, no atrapas a ninguno!».

«Pero teniendo en cuenta», dice Krolikowski, «que en este asunto se trata de un israelita, de confesión mosaica...».

Y tras hacer una pausa para un trago, dice, tranquilizadamente: «Cosa que, dado el caso, no juega ningún papel en el *Reich* alemán».

Mejor que Krolikowski siguiera con su forma de hablar habitual: «Sí, ¿y...?», o «¡A ver, papeles!», o «¡A ver, la licencia profesional!».

Licencia profesional.

«¡Daremos una vuelta por ahí!», dice Krolikowski mientras se asienta el cinturón, pero Rosine sale al quite enseguida y levanta la botella: «¡Uno más, señor gendarme!».

Así que el cuarto. Uno más no puede hacer daño. Krolikowski, que se disponía a ir, se quita el casco, se afloja el cuello del uniforme con dos dedos y dice, apoyándose en el mostrador de barro: «¡En esta región siempre pasa algo, el último verano el fuego!».

La representación está asegurada, pienso yo. Volvamos a contar.

En el granero se ha producido un júbilo bien merecido, por el salto en el aire y la vuelta de campana de Tosca. ¡Nada mejor que ratas voladoras! Y: «¡Y un animal tan pequeño!».

El predicador Feller lo ha expresado en nombre de todos: que tiene que haber un gran Señor, que produce tales maravillas en la más ínfima de las criaturas. Y Weismantel lo ha oído, ya hace mucho que él lo sabe, grita hacia donde está Feller mientras señala a Scarletto: «¡Si es lo que yo digo siempre, éste puede lo que quiere, todo esto se lo ha enseñado él!».

Y de nuevo no hemos visto a Scarletto en su gran número, pero tiene que haber sido muy bueno, pues Feller renuncia a adoctrinar a Weismantel sobre el alto sentido de sus palabras de antes, y asiente, en señal de reconocimiento, en dirección a Scarletto: «¡Es, ciertamente, todo un artista!».

Y ahora Antonja trae bajo el brazo a esa gallina de diversión que es Francesca. Se

muestra de nuevo un poco nerviosa, así que Antonja le rasca tranquilizándola el pecho y el cuello y le dice también algo, en italiano o polaco. Y lo que sigue no necesitamos nosotros describirlo, baste decir: a mi abuelo le corren las lágrimas por ambas mejillas. La «señora tía» grita embelesada: «¡Pero no puede ser, no puede ser!».

Francesca hoy se supera a sí misma. Entonces Scarletto se va preocupando un poco, calma al público con las dos manos y pide tranquilidad sobre todo a las últimas filas, pues es precisamente el ruido que viene de allá atrás lo que induce a Francesca a volver a comenzar bruscamente una y otra vez, no encuentra el momento de abatir sus alas. «¡Puedo ir un trecho más lejos que vosotros!», se dice a sí mismo el animal, y comienza a gritar de nuevo; seguro que se propone mantener bien alto el honor de su institución, no cabe dada de que lo consigue.

Y ahora, pues, la colecta. Pero luego saldrá aún Casimiro, tirado por Antonio.

Ahí está, ya veis, un lobo auténtico sobre la pista. El primer lobo que aparece en el granero de Rosinke. Dado que la granja de Rosinke se encuentra en mitad del pueblo, hasta aquí no llega ningún lobo auténtico, a lo sumo algún mísero zorro.

Casimiro está en la pista, los ojos errátiles, aquí hay demasiada claridad. Antonio brinca por encima de él desde la derecha y luego desde la izquierda, tres veces consecutivas, y luego se sienta en el suelo ante él. Y entonces Casimiro, lentamente, con cuidado, pone sus patas anteriores sobre los hombros de Antonio y alza verticalmente el morro y aúlla una vez, da un tirón y salta por encima de la cabeza de Antonio. Un salto hermoso, tranquilo, exactamente medido, al verlo a uno le entra un escalofrío. Un hombre como Krolikowski echaría mano, sin quererlo, a su bayoneta, suerte que no está aquí. Korrinth no puede hacer otra cosa: se figura que está en mitad del bosque y en la nieve, como si, ahora, en la claridad del día, fuera subiendo la luna; pone sus manos sobre los hombros de Feyerabend, que está sentado delante de él, como si tuviera ganas de hacer él mismo un salto como el de Casimiro, pero se limita a decir: «¡Oh, Polonia, madre!». Y sale de él como un suspiro.

Y ahora de nuevo música.

Primero, un par de compases en fortísimo. Y, entonces, de repente, suaves, un par de tonos del fuelle de Willuhn, luego Habedank solo, una melodía que nadie conoce, sin rizos ni garabatos, totalmente sencilla, fácil de cantar si se supiera el texto.

Y, acompañada por esta música, entra cabalgando Antonja, negra, esa noche egipcia, con un velo blanco anudado en el cabello. Detrás, de pie, sobre la grupa, los niños. El viejo Fenske dice: «Pero ¡mira lo que hacen!». Froese, el despellejador, se tapa el rostro asustado y empieza a retorcerse la perilla. Baste mencionar que incluso Feller se coge, furtivamente, de los hilos de su barba. Josepha dice enseguida: «¡Ah, me estalla el pecho!». Habedank deja el violín en el suelo, hace una reverencia, se siente, simplemente, orgulloso, ¡este gitano!

Entretanto, Krolikowski ha tomado asiento, tras el séptimo aguardiente, y habla de una forma rápida y prolija, que nadie había oído nunca en él. Ni un solo

pensamiento más sobre el circo y la licencia profesional, él tiene ahora entre manos una historia, una historia que es, directamente, peligrosa.

«¡Tú sigue charlando!», se dice a sí misma Rosine, «ya no necesitas mucho más».

Pero, ahora que el señor gendarme ha sido informado tan solícitamente, eso acaso valga aún más que otros dos aguardientes, lo tiene que saber Rosinke, uno lo puede llegar a necesitar, en el caso de que este señor gendarme alguna vez tenga que entrar en el juego.

Y sale a relucir, y de la propia boca de Krolikowski, que este gendarme ha tenido que ver con el asunto de la madera pasada por la frontera, evidentemente desde hace años, pues él cuenta cosas que ocurrieron hace ya mucho, con la mayor desvergüenza y temor de Dios: «¡Ah, qué bien que nadie lo sabe!».

«¡Mi querido señor gendarme», dice la cónyuge de Rosinke, «ahí yo tendría miedo!».

Ante esto Krolikowski sólo puede reír, por su total carencia de miedo, como es patente. ¡Un gendarme de infantería, y sobre el caballo, él va a tener miedo!

«¡Mi querida señora Rosinke!», grita él, y golpea el casco sobre la mesa.

«¡A mí me vas a imponer tú!», piensa la mujer y pone, definitivamente, la botella a salvo y se acerca a la ventana y la abre, y justamente se oye: «¡Jai, jai, jai, jai!».

Pese a que acaba de comenzar, se hace, inesperadamente, a varias voces: la canción de Weismantel.

Krolikowski se levanta como si algo le hubiera picado y se pone firme y se lleva la mano derecha a la altura de las sienes para el saludo militar; se asusta un poco porque no encuentra la orla del casco, y allí está con los ojos abiertos como platos, algo débil, de rodillas, pero sabe enseguida que hoy no es la onomástica del emperador, esto es algo que sólo puede pasar afuera, y ahora le viene de nuevo a la mente el granero: ese circo de gitanos, por mor del cual —dicho a lo Krolikowski— él está aquí, en domingo, en Neumühl. Así que ¡afuera!, y allá va, y allá se queda plantado el señor gendarme, ¡mil truenos!

Antonja y Marie, Weismantel, los niños, Scarletto, en cabeza Habedank y Willuhn.

*Wo kam her das Wasser, grosses,
keiner weiss, auch nicht der Moses*^[21].

Y luego:

*Hei, hei, hei, hei
macht das Judchen ein Geschrei*^[22].

Y entonces desfilan por la pista del granero, dando luego la vuelta, una auténtica danza de pasos lentos, algo muy antiguo y polaco y acompañado de un cántico que le hace saltar a uno del asiento. Los niños, atrás, cantan también. Y ahora, de nuevo,

desde la pista del granero viene un solo con la estrofa, el tenor Weismantel, y las dos mujeres con voz de contralto gitana:

*Aber hat man nich geseben
einen nachts am Wasser gehen?*^[23]

Y otra vez:

Hei hei hei hei!

«Aquí se oyen distintas cosas, me parece a mí», dice mi abuelo muy lentamente, «hay alusiones directamente personales»; cruza fuertemente las manos ante el cuerpo, inclina brevemente la cabeza y se levanta, y el predicador Feller se llega hasta él desde atrás y le susurra algo, y podría tranquilamente hablar más alto: nadie, con este magnífico circo, le entendería.

«¡Se acabó!», dice mi abuelo, y eso se oye hasta en la pista del granero, y no únicamente porque mi abuelo está sentado en la primera fila. Pero ya lo sabemos, todo esto no sirve de nada.

Pues, ahora, viene gente de los últimos bancos, es decir, Korrinth y Nieswandt, vienen los niños, viene Lebrecht, hasta Froese el despellejador, todo un ejército se pone en movimiento por la pista del granero, y la gran canción de Weismantel ha alcanzado su punto culminante:

*Nachis, wo alle Menschen schlafen,
Bloss die Frommen nicht and Braven*^[24].

Willuhn aprieta con fuerza su fuelle lastimero y lo vuelve a abrir con idéntica fuerza, y el violín de Fíabedank ha llegado a una altura vertiginosa, y, según parece, ahora no puede bajar.

*Hei, hei, hei, hei
macht das Judchen ein Geschrei*

Mi abuelo se pone de pie de un salto, y también Tomaschewski y Kossakowski, Feller está a su lado, allí están todos ellos, sobre la pista del granero. Mi abuelo, imponente como nunca, la mirada negra, las orejas rojas.

Rosinke se dirige a Krolikowski, pero éste está ya borracho como una cuba: ¡de repente, el tipo empieza a cantar *jai, jai, jai*, y las piernas se le enredan! Es lo que parece, pero no, el Krolikowski está dando un par de pasos de prueba y, ahora, cosa inaudita, el gendarme alemán Krolikowski viene bailando hacia aquellos gitanos, extiende los brazos. «¡Jai, jai, jai, jai!». Y mi abuelo, con el rostro como un arriate, rojo como un tomate, se vence un poco, como si quisiera hacer una genuflexión, y, de

repente, irreflexivamente —y lo mismo Kossakowski y Tomaschewski y Kaminski, Barkowski, Ragolski, Koschorrek, todo lo que es alemán—, se encuentran dentro del ritmo de este baile, que ahora se mueve en dos grupos sobre la pista del granero, con pasos medidos y repentinas salidas de la formación hacia ambos lados, cuando llega de nuevo aquel «Jai, jai, jai, jai».

Por no decir nada de la representación especial que allá, en su jaula, ofrece Francesca. Mete la cabeza y el cuello todo lo que puede por entre las rejas y grita y cacarea, llora y celebra.

¿Debemos dejar ulular a Casimiro y relinchar a Emilio, un relincho un poco nasal, naturalmente? No es, pienso yo, necesario, pero, si ocurriera, no habría ya manera, pienso yo, de pararlo, tal como están las cosas ahora.

Ya no hay manera de parar nada. Tampoco con la contradanza de mi abuelo, que está en pleno esfuerzo juntamente con sus partidarios, y que, cuando no sabe hacer otra cosa, le saca la lengua al grupo de gitanos, se toca con el dedo la frente, señalándolos, o les enseña el trasero, les grita palabras indebidas. Ya no hay manera de parar aquello.

Están juntos, o sea, bailan juntos, los alemanes, los honrados, los devotos, los baptistas, que tienen algo que mostrar: campos, ganado y toda clase de bienes. Y en el otro grupo nada más que gitanos, polacos, medio jornaleros, los que únicamente tienen su casa, un maestro expulsado del cuerpo, un par de campesinos jubilados y el amante de las canciones, Weismantel. Y, tambaleándose ya en un grupo, ya en otro, el gendarme de infantería Krolkowski.

Levin está apoyado contra la puerta del granero. ¿Desde cuándo está él ahí? Hace una seña adonde está Marie. «¡Ven de una vez!», le grita Weismantel, pero Habedank dice: «¡Déjale!». Ve cómo Levin se da la vuelta y, sin que los otros lo adviertan, se marcha.

Ellos siguen cantando o bailando aún, y otros, como Olga Wendehold, siguen clavados al asiento. ¿Qué se ha montado aquí? Es aquello de lo que se ha charlado por doquier, acá y acullá, pero no en voz alta: que alguien ha visto a alguien, de noche, en primavera, y que se había dejado correr el agua de la presa una madrugada y que del molino de Levin no quedó otra cosa que media pasarela, y que hay gente que hablará de ello en todas partes y no parará de hablar.

¿Qué nos queda aún por decir? Que todo este circo después es desmontado, acabando sus componentes en la fonda de Rosinke o en otra parte del término de la aldea, más lejos, en las afueras del pueblo, o allá en la casita de Pilch.

No hablamos de cómo mi abuelo llega a casa. Hasta Feller le evita.

Krolkowski yace en algún sitio del granero.

De todos modos, este señor que es mi abuelo está echado en su cama.

Una chinche solitaria baja por la pared, camino de la cama.

Eso no lo ve la «señora tía». Pero ella está despierta. ¿Qué pasará?

Mi abuelo yace en su cruz.

La carretera de Klein Zaroslo, al lado de Strasburg, después de Tillitz-Zaroslo, que más tarde se llamará Rosenhain, tiene árboles. Árboles por ambos lados, sauces, muchos heridos por el rayo. Allí se alzan, hendidos, algunos chamuscados. Cuando el aire es húmedo, los lugares del incendio, ya parduscos y en descomposición, cobran un color negro esmaltado. Ahora, con la helada, presentan el pálido brillo azulado del carbón de leña con que se calienta la plancha.

Estamos en enero, el 15 de enero de 1853. No lejos del sauce resquebrajado, del sauce caído sobre la zanja, yace un hombre muerto. A la altura de la colonia Zgnilloblott, en la carretera, pasado Tillitz-Zaroslo.

Este hombre, propietario rural de Tillitz, que más tarde se llamará Rosenhain, yace sobre la carretera en este enero sin nieves, muerto, con el vestido totalmente quemado.

Pasan los grajos. Ninguna baja. Con los ojos fijos, el cogote gris, pasan volando. Vuelta atrás. Y, de nuevo, adelante.

El 20 de enero se entierra al hombre, en Tillitz-Zaroslo. Ese día está nevando. En la nieve están los diez hijos del hombre, y su madre, de soltera Berg. El hombre había cumplido sesenta y un años. Caminaba un poco inclinado. «¡Michael!», dice la mujer al tiempo que deja caer sobre el féretro algunos terrones helados.

Se corrió la voz de que este hombre encontrado muerto en la carretera, con el vestido quemado y ya hace mucho tiempo bajo tierra, había sido víctima de los espíritus. Nadie se había percatado de que hubiera una tormenta aquel 15 de enero de 1853. Fue un día completamente calmo, se dice, y, además, de luna menguante. Mi abuelo, cuando este hombre se le aparece en sueños, lo llama padre.

Anda, en este sueño, un poco inclinado, como siempre anduvo. Está delante de una pared de madera. Este sueño constituye la

3.^a aparición.

Mi abuelo no acaba de entender por qué los espíritus se meten con él. Al final, tendrá

que decir: «¡No conmigo!».

Allá está, pues, el espíritu de Michael. Ante el muro del granero.

Y aquí son los espíritus de gitanos los que están correteando de un sitio para otro y chillando, tocando el violín y cencerreando, y siempre hay una voz clara que brinca por encima de la melodía: *Jai, jai, jai, jai*. Rostros negros y blancos, ningún otro color, si exceptuamos un poquito de verde y, una sola vez, una minúscula cabeza con una nariz roja, que ahora está desapareciendo en una mano de gordos dedos de salchicha. Una mujer negra con una venda blanca sobre uno de sus ojos sale cabalgando de entre aquella salvaje marabunta, que, ahora, con un sonido crujiente, se desplaza por la pista del granero y cabalga sobre una gallina que abre de par en par el pico y no emite tono alguno. Y ahora ese otro tipo con los trapos enrollados en torno a las piernas, que brinca de acá para allá y grazna y grazna. Y, de repente, corre a embestir a mi abuelo con una cabeza de lobo en sus manos alzadas. Y, detrás de él y siguiéndole: manos, nada más que manos, extendidas, con uñas blancas, extendidas contra mi abuelo, y, ahora, cerquísima, arañando ya en los vestidos de mi abuelo, desgarrándolos, tirando de ellos. Y, ahora, ese rostro, ese rostro blanco con esos ojos lentos, detrás del cual se hincha una masa de agua, gris y oscura, y cae la lluvia, ese rostro angosto con las sienes cubiertas, Levin, ¡ese rostro!, ¡pegado al rostro de mi abuelo! Abre la boca y dice, con una voz que es la voz de un muerto, un muerto encontrado en la carretera: «¡Johann!».

Christina se incorpora, de repente, en su cama. Sale de un breve sueño. Tantea hacia donde está mi abuelo, pero el brazo que ha cogido se vuelve a soltar enseguida y golpea con el puño, que alcanza a Christina en la rodilla.

El grito de Christina arranca el techo del sueño de mi abuelo. «¡No conmigo!», murmura mi abuelo entre los dientes.

Y entonces abre los ojos. Ningún espíritu. Se palpa el pecho. Ningún vestido, blanca camisa de dormir. Y él no está de pie, está echado. Así es como emerge él, mi abuelo, de este sueño, de esta tercera aparición de espíritus, incólume. «¡No conmigo, no conmigo!».

La chinche de la pared, sobre la cama, probablemente se había dormido. Ahora se pone de nuevo en movimiento, lentamente, acaso un poco aún retenida por un sueño. Pero ahora ha dejado el sueño tras de sí, y baja por la pared a más velocidad. Hacia la cama de mi abuelo.

«¡Y, aunque tenga que comprar el barracón!», dice mi abuelo, y separa los dientes. Y, al cabo de un rato, añade: «¡A este Habedank lo saco yo de aquí!».

Ahora, la chinche cambia, sin ningún movimiento de más, al camino más corto hacia la cama de mi abuelo.

«¡A este Habedank lo saco yo de aquí!».

Eso ha dicho mi abuelo. Ya hace un rato; hace dos días, para ser más precisos. Y dos noches.

Se deja vivir ahí a este gitano y nadie se preocupa de ello, ¡y ése es el agradecimiento!

¿Agradecimiento de qué?

¿De que hasta ahora Habedank haya vivido allí, en la casita de Pilch, en la casita de Pilch, que no pertenece a nadie?

¿Y eso de «dejar vivir allí»?

¿Quién, pues, ha de dejar o no?

No se entiende lo que piensa mi abuelo. Para entenderlo uno tiene que ser como él, o como Kossakowski y Tomaschewski. Kossakowski y Tomaschewski, en cualquier caso, como alemanes, lo entienden.

Kossakowski dice, pues, a Tomaschewski: «Tú ya sabes, Ludwig, por mí que cada uno viva como quiera». Y Tomaschewski contesta: «Y, por mí, también. Yo siempre lo digo».

Eso suena muy bonito. Y ahora dice Kossakowski: «Pero ¡hay que ver lo que éste anda arrastrando por ahí y cómo no cierra el pico!». Y Tomaschewski dice: «¡Su sitio lo podría ocupar cualquier otro!».

No todo el mundo, por tanto, podría vivir como quiera, sino como mi abuelo, o Kossakowski, o Tomaschewski, quieren. Eso es lo mejor para la persona en cuestión: «Si tiene la intención de vivir en paz».

¿No quiere esto Habedank? «¡Anda enredado en esa historia con el judío! Debería haber crecido la hierba sobre ella, pero no ha crecido. ¿Quién le ha dado vela en este entierro? ¡Su sitio lo podría ocupar cualquier otro!».

Como se ve, a estos dos no les falta de qué hablar. Están sentados en la fonda de Rosinke. Rosinke se ha marchado con el carro a Briesen. También sale una línea de ferrocarril, pero, desde Neumühl, hay que cogerla a siete kilómetros de distancia de Briesen, cuando, por consiguiente, uno ya ha hecho dos terceras partes del camino; esa línea viene de Thorn y va, pasado Briesen, en dirección nordeste; a uno no le sirve, pues, absolutamente para nada.

La mujer de Rosinke está ante la puerta, dice: «Una desvergüenza sin igual, figúrese usted, ese Levin pretendía viajar con mi marido, ¿qué dice usted a esto?».

Sí, ¿qué decir a esto? Claro que, en otro tiempo, Levin había viajado con Rosinke

a Briesen o a Schönsee o a Strasburg, dos o tres veces en el año que él pasara en Neumühl.

¿Y qué os importa a vosotros? Lástima que no esté ahí Weismantel, él hubiera preguntado algo así.

A éstos de aquí, estos tres, no se les ocurre preguntarse nada parecido, están de acuerdo. Kossakowski y Tomaschewski se levantan y marchan. Rosine ocupa su puesto detrás del mostrador de barro.

¡Sí, id a segar!

Fuera, en este día de junio, está frío. Y ya sería tiempo de cosechar el heno. Sí, ¿qué se debe segar? La cosa no está siquiera realmente verde y, sin embargo, tiene que ser derribada. «¡Corta, como mierda de cerdo!», dice Tomaschewski. Pero no queremos hablar más de él.

¿Y de Weismantel?

Está sentado en la casita de Pilch y, según parece, no quiere salir para nada. Que se quede ahí lo que quiera. Está sentado en el banco de junto a la ventana y cuenta sus historias; está descalzo, y llama siempre a Marie *Mariechen*. Marie tiene sobre el seno la chaqueta de él y cose las mangas. Los trapos que envuelven sus pies están colgados afuera, en la cuerda de tender, y también las vendas. Aquí dentro está sentado Weismantel y habla.

Habla sobre Schikowski, cómo es un hombre devoto de setenta yugadas de arena y piedras y que, antaño, hablaba mucho, pero ahora ya no mucho, no, ¡Dios nos proteja!, a causa de su devoción.

Weismantel suspira. «Mariechen, ¿conoces tú el armónium?».

«¡Pues claro!», dice Marie, «lo he visto en Kowalewo, cuando estuve colocada allí. Apretar arriba y apretar abajo, sacar fuera esas cosas, y sale música».

Está visto que de música tú no entiendes mucho, suerte que Habedank no oye lo que dices. Weismantel hace también oídos sordos, dice: «Un gran cajón de color marrón, de abedul, y mucha música dentro, todos los tonos».

Y ahora sigue: «Arriba están esos registros, de los que se tira, un sonido alto y delgado y un sonido bajo y espeso y un sonido amorosa mente hermoso y horrible, como de san Bartolomé; todo está dentro, y marcha con aire, razón por la cual, si uno sabe usarlo, tiene que pedalear abajo. Willuhn sabe tocarlo».

Y bien, ese tal Schikowski destrozó, así, con el hacha, el de Gross Schönau.

«¡Señor!», dice Marie, y rompe el hilo con los dientes. Las mangas están listas. «Pero ¿y eso por qué?».

«La cosa fue así: a este hombre devoto sus adventistas le habían azuzado con la cantinela de que era un “instrumento del diablo y una cuerda del infierno”, y la Lenchen, la hija tercera de Schikowski, que entonces se iba a casar, había recibido del tío de Graudenz un armónium, y éste estaba ya en la casa, y vino el maestro y tecleó un poco en él, y el fondista se mostraba dispuesto a comprarlo, y entonces Lena Schikowski habría sacado algo de todo ello. Decía: “¡No sé qué hacer, estoy en una

encrucijada!”».

Y hete aquí que, entonces, llegan los adventistas y se ponen a hablar, ya podía ella cantar todo el tiempo que quisiera aquello de *Sie kommen, sie umringen mich!*^[25]; ellos conocían también la canción, y, de golpe, cierran la tapa del armónium y se ponen a cantar sin el acompañamiento del instrumento: *Flieh und rette dich, du gehst der Hölle zu*^[26].

Dicho y hecho, con un hacha en las manos, Schikowski ha traído la paz, como se dice más adelante en la canción, ha silenciado el armónium y acabado toda esa miseria.

Pero ahora ha dejado de hablar. Y ahora dicen todos, incluidos los adventistas, que se ha vuelto loco y que, por ello, Lene no ha obtenido nada que merezca la pena con que casarse: malos partidos, y, ahora, ni siquiera tiene el armónium.

Tales historias.

«¡Pronto, quién sabe, llegarán!», dice Marie. «Pues ya es la tarde».

Y en esto tiene esta Marie razón. Están en la carretera, que es una *chaussée* del distrito; como un tiralíneas, se ven las primeras casas de los suburbios, las cercas de saúcos. Tienen a sus espaldas un buen trecho de camino.

En carro o a pie, por tren, siguiendo la *chaussée*, el camino vecinal o un sendero, todos los caminos llevan a Briesen, desde Strasburg pasando por Malken y Tillitz, desde Schönsee siguiendo la vía, desde Lissewo siempre en línea recta hacia el este, pero desde Brudzaw acaso mejor ir por Bobrau o por Gosslerhausen que por Malken y Linde; desde Neumühl, de todos modos, se toma la *chaussée*, siempre en dirección norte y sin salir nunca de la *chaussée*, no a campo traviesa o a través de los huertos, como le gusta hacer a Weismantel y, propiamente, también a Habedank, o sea, no como si se viniera de Piontken o Lopatken: siempre a lo largo de los postes de telégrafo.

Todos los caminos llevan a Briesen.

Esta frase, en cierto modo la undécima, la escribimos llenos de contento. Hemos dejado a ambos allí, están en la carretera, y ante ellos se encuentra Briesen, 3.800 almas, la pequeña ciudad entre dos lagos, oficina de correos, estación de ferrocarril al lado del hotel Thulewitz, feria de caballos dos veces al año; aquí nace el Struga, primero poco más que una zanja, más tarde un pequeño riachuelo, pero hondo. Pasa cerca de Falkenau, se comprime luego bajo el terraplén del tren, traza luego dos arcos bastante grandes en dirección occidental por entre los prados, pero vuelve siempre a darse la vuelta, cruzando, a la altura de Polkau, la *chaussée*, la cual corre, también aquí, en línea recta y, finalmente, discurre pegado, cada vez más cerca, al Drewenz. Y, a quince kilómetros al nordeste de Gollub, acaba, se pierde, de una forma totalmente inadvertida, en la otra corriente, más grande y más verde. Pasa, pues, por Falkenau.

Que ambos acaban de cruzar. Todavía se los ve, allí están, al lado izquierdo de la calzada: Habedank sin su violín y Levin con sombrero.

Si se quiere ir a Briesen, uno se levanta muy temprano, si es posible hacia las cuatro de la madrugada y, si se tiene algo que desayunar, se desayuna bien, llevándose, además, alguna cosa para el viaje. Aproveccionarse y salir enseguida, como se dice; pronto está uno fuera de casa, soplando sobre uno un viento fresco, uno se siente animado, y esto es necesario, al fin y al cabo se va a un juicio, uno trata de infundirse ánimos.

Habedank lo hace echando mano de una sabiduría de niños: «En verano relampaguea y en invierno hay que ir a la escuela, nunca te libras del miedo».

Durante la primera hora, Levin habla poco. «Sí» y «no», o «veremos». Así pasan junto al lago Schilf, donde se cría el ave fría y las ranas todavía están durmiendo. Una cigüeña se pasea lentamente a lo largo de la orilla, y poco después han llegado a Garczewo.

Garczewo tiene siete casas, pero en Garczewo han encontrado a alguien que los lleva; ahora prosiguen en el carro hasta alcanzar Linde, donde se cruzan las dos carreteras, la de la izquierda va a Schönsee, la de la derecha a Strasburg.

Hay muchos caminos, pero el camino es el camino, tenga el aspecto que quiera todos los caminos llevan a Briesen; uno se adentra en ellos y va poniendo un pie tras el otro, ¡gracias a Dios que, finalmente, se puede ir en carro! Al menos hasta Polkau.

Polkau tiene ocho casas. A mano izquierda están los prados de donde viene el Struga hasta la carretera, exactamente hacia el estrecho cañón que va encajonado entre el terraplén, un riachuelo muy tranquilo con matas de nomeolvides, a mano derecha el espinazo de colinas que se extiende hasta Malken.

Polkau tiene ocho casas, ellos entran en la octava. En la octava casa vive tía Huse.

En esta casa de madera, de redondos troncos, que tiene tres cuartos y cinco ventanas en total, dos son habitaciones y otro hace de antesala; las habitaciones están a una altura un poco mayor, tienen debajo el sótano con las patatas, se baja allí por una trampilla. Una casa de madera que pueden levantar un hombre viejo y dos niños de diez años en un par de días, teniendo que aserrar ellos mismos las vigas del techo y las tablas del entarimado; una casa donde, por la noche, cantan todos los vientos que la rodean y que, a veces, saltan sobre la techumbre de paja; una casa que se conserva caliente, que ningún temporal descoyunta, la tempestad podría muy bien levantarla y llevársela consigo y, un trecho más allá, volverla a dejar en el suelo; siempre se mantiene unida, salvo el sótano, éste no marcharía volando. Pero ¿qué es el ser humano sin patatas?

Desde el vestíbulo se pasa al cuarto de la izquierda por dos escalones. Ahora se está abriendo, hacia dentro, la puerta que hay al final de los escalones, y allí está tía Huse, y dice: «¿A quién traes aquí?, ¿qué le pasa?».

Y Habedank le dice en un tono alto: «¡No, no vayas a pensar que éste necesite un té!».

«¿Qué necesita, pues? ¡Vamos, entrad!».

Y ellos entran, y tía Huse se hace cruces de ver así a Habedank: «Y, bien, ¿sin

violín?», y se hace cargo del sombrero de Levin. «Joven, ¿cómo te llamas?».

Y entonces Levin no dice, como acostumbra, «Levin», sino que se sienta y dice: «Me llamo Leo».

«Y bien, ¿y qué te pasa?», pregunta pacientemente tía Huse.

«Es, sabes, por lo del molino de Neumühl».

«No sé absolutamente nada de ello», dice tía Huse.

Habedank ha tomado ya asiento, ella sigue de pie, una persona corpulenta, con un poderoso trasero, un cuerpo que, a medida que se sube hasta los hombros, cada vez se hace más delgado, como agudizándose, por así decirlo, la angosta cabeza coronada por un pequeño moño blanco.

Ahora habla Habedank.

Tía Huse mira de hito en hito al joven, a este tal Leo, Levin prefiere dejar vagar su mirada por el cuarto. Le llaman la atención las sentencias, en cada pared dos o tres, un pirograbado, un bordado de perlas —perlas plateadas sobre fondo negro—, bordado en seda de distintos colores: las sentencias: «¡Habla lo verdadero, bebe lo claro!». O bien: «¡Habla poco y di verdad, bebe poco y paga al contado!». Y, sobre la butaca de la esquina, entre las ventanas: «¡No tenemos aquí morada permanente!».

Tía Huse se ha sentado en su butaca, así que Levin mira hacia la otra esquina, donde se puede leer: «¡Siempre de buen ánimo!».

Está sentada en su butaca, posición que ahora es necesaria. Pero quizá lo que Habedank cuenta no se puede soportar ni sentado.

El de Christina había hecho una presa, en el río, represando incluso los estanques.

Eso lo puede hacer él, todo el mundo piensa que quiere contener la riada, más tarde, mientras que el agua podría haber seguido su curso; él necesitará esa agua, es tiempo de seguir moliendo.

Pero esto no quiere decir que, de noche y a oscuras, se abran las compuertas y se deje escapar toda el agua.

«¡Perro!», dice tía Huse, que no es polaca, sino de Gremboczin, de la casa del guarda forestal, o sea, alemana, y en otro tiempo estuvo con los baptistas.

«¿Debo acompañaros yo a Briesen?».

«Pero, tía, ¿qué quieres hacer tú allí?», dice Habedank.

«Hablar en nombre del joven», dice tía Huse, «pues él no habla nada».

Pero ahora Levin dice algo: «Es porque él tiene un molino que se alquila y en el mío se compra el grano». Y luego, en voz bien alta: «Se compraba».

«¡Ah, qué!», dice tía Huse, «si tú mueles por tu cuenta, también corres con el riesgo. No necesitáis contarme nada. O sea, ¡que os acompañe!», dijo y se sentó de nuevo.

«Pero ¡si tú no has visto nada!», dice Levin.

«Pero ¡yo puedo hablar!», dice tía Huse. «Mañana a mediodía es la vista, ¡y yo estaré allí!».

Habedank sabe que la cosa ha sido ya decidida y anunciada, no hay nada que

hacer, mañana a mediodía tía Huse estará en el juzgado comarcal, en esa roja caja de ladrillos con sus torrecillas esmaltadas en verde. Ella sabe perfectamente lo que va a decir, conociéndola se ve venir, será una escena como lo fue, a su debido tiempo, la de su salida de la comunidad baptista, certera y, al mismo tiempo, grandilocuente. Entonces fue a causa del predicador Lasch, en otro tiempo Laschinski, que no dejaba entrar en la capilla a las madres solteras; propiamente, eso no concernía en absoluto a tía Huse, nadie entendió entonces por qué lo hacía, y ahora su actitud está motivada por el miembro de mayor antigüedad de la comunidad, ese devoto, sobre el cual reposa la bendición del Señor, y que se desprende de lo que le haga competencia, para que la bendición del Señor llueva más copiosamente sobre él.

El mundo está lleno de injusticia, y eso se ve también desde las ventanas de tía Huse, pero ahora la injusticia está ahí al lado, a la puerta, y entonces se debe hacer algo: subir al templo para rezar, como se dice en Lucas, 18.

«¡No hay otra!», dice Habedank, y le viene a la mente una multitud de pensamientos. ¡Una mujer maravillosa esta tía, que pasa ya de los setenta, pero qué erguida está sentada allí! Delantal azul ribeteado de rojo, bien ceñido y alisado.

Ahora habla Levin. Cómo actuaron Habedank y Weismantel en el circo de gitanos italiano.

Y entonces tía Huse dice: «¡Rayos y truenos!», pero enseguida se golpea la boca, y Habedank empieza a cantar la canción de Weismantel, tía Huse canta con él, siguiendo sentada, y llevando, sentada, el compás con los pies, y, además, encuentra para ella un tono de voz inusualmente alto y, al hacerlo, ya que la tesitura de su voz es algo más baja, se desgañita un poco. «¡Jai, jai, jai, jai!».

Levin palidece un poco. Habedank, y también tía, se dan cuenta. ¿Qué se debe hacer? Cantar más alto, alegrarse aún más, ¿no es verdad? ¿Qué, si no?

Que canten.

Hasta que tía Huse grita «¡Señor Jesús!», pero enseguida se da de nuevo con la mano en la boca, al tiempo que se levanta de un salto. «¡Os tengo que hacer algo, estáis de camino desde la mañana!».

Ahora viene, pues, el té, que Habedank ya había mencionado. Que no era necesario. Pero que es bueno, ciertamente, para mil y una enfermedades, como tos, pecho débil, dolores de oído, hígado, evacuación intestinal o uñas metidas en la carne. Y para el corazón.

Todo el mundo, en la región, sabe que tía Huse cura con él incluso roturas de huesos y quita úlceras malignas, aplicándoles encima emplastos calientes, es decir, sin tener que cortar y sin que queden cicatrices. Y no sólo de esto sabe tía Huse. Lo sabe todo, y mañana estará en Briesen.

Así fueron transcurriendo las cosas en casa de tía Huse. Ahora Habedank y Levin están de nuevo en la carretera, y tienen a la vista la pequeña ciudad.

Casas y casas, construidas sin plan alguno, una aquí, otra allá, calles empedradas con piedras irregulares, dos torres de iglesia, lisos muros de establos, cercas de

madera pintadas de negro. Más atrás, la chimenea de la serrería a vapor König, especialidad en cajas.

«¡Vamos!», dice Habedank.

Callejean, pues, un poco. De vez en cuando encuentran a algún viejo apoyado contra una cerca, con su gato negro al lado. Parece como si fuese ya por la tarde. Dejan atrás el mercado, el panadero Pehlke cierra su tienda, en la taberna de Wiezorrek la puerta está abierta, sobre ella está escrito «Casa Alemana». A la altura de la iglesia católica doblan hacia la izquierda y siguen la Schlossstrasse, en dirección al Schanzenweg, donde vive tío Sally. Una casita baja de piedra, la *cheder*, la escuela de niños judía.

El tío Sally, al que en Rozan se le llamaba Schlomo, y que es desde hace ya mucho tiempo *Schammes*^[27] y maestro y vapuleador de niños en la escuela, aquí en Briesen, abre sus brazos y rodea con ellos, así, desde abajo, los hombros del larguirucho Levin; él sabe lo que le trae por aquí, dice: «¡Muestra tu rostro sobre tu siervo!»; dice: «¡Los malvados desaparecen como se esfuma el humo, como cera que se derrite ante el fuego!». Lo dice lenta y sosegadamente. Luego empuja con fuerza a Levin hacia atrás y se queda riendo, se gira, pegando sus brazos a ambos costados, se tuerce de risa. «¡Y qué, cachorro judío!», dice, «¿no sabes tú esto?, ¿somos demasiado pobres para estar tristes!».

Habedank ha atravesado el patio y ahora está sentado en la cocina con tía Glickle, estira sus piernas cansadas bajo la mesa. «¡Que ellos hablen allá, nosotros hablamos aquí!». Y Glickle dice lamentándose: «¡No has traído el violín!».

Al día siguiente, hacia mediodía, Levin y Habedank están ante el edificio del juzgado, ahí viene Wysotzki con su cabriolé, la segunda casa de Polkau es suya, del carruaje baja tía Huse. «Esta tarde», dice al marchar, «pasaré por lo de Wiezorrek».

Ahora están los tres ante el portal, Levin, al que concierne toda esta historia, Habedank, que se ha entregado a ella, y tía Huse, que también va a hablar allí.

Tío Sally ha querido acompañarlos, pero Levin le ha dicho: «¡Dos de los nuestros a la vez es ya un fastidio!» y tío Sally se ha limitado a inclinar la cabeza y ha vuelto a la *cheder*^[28], a contar a los niños cómo Asuero está sentado en su trono y ríe y ordena que vayan a buscar a Esther, pero entonces viene Mardoqueo y éste tiene ojos muy grandes y cabellos totalmente negros.

Ahora entran en aquella roja caja de ladrillos. Levin mantiene la puerta abierta, tía Huse pasa delante, se dirige a la primera puerta, llama, carraspea un poco, abre. Allí está sentado el secretario del juzgado Bonikowski, viejo y gris y de una altura interminable, como la discusión por una herencia en la aldea. Dice, apartando su dedo del rostro: «¡Se es llamado!».

«¿Cómo es eso?», dice tía Huse, y entra.

«¡Quedarse fuera, esperar allí hasta ser llamado!», dice Bonikowski.

Ya veremos. Tía Huse se vuelve y dice a los dos, que se han quedado junto a la puerta: «¡Adelante, y cerrad la puerta!».

Ahora Bonikowski está al límite de sus fuerzas, levántate ya y pregunta de qué se trata, y oye lo que cuenta tía Huse, y no digas: «Y ¿qué tiene que ver con usted este caso?».

Sin embargo, este viejo Bonikowski hace esta pregunta.

«¡Jo!», grita tía Huse, «¡tener que ver! ¡A usted le hace clic el espinazo!», y luego le sale todo tan disparado como ayer había ocurrido en su sala de Polkau, todo es certero, y todo es llamado por su nombre: el alemán alemán, el devoto devoto, el despiadado las dos cosas a la vez, además de despiadado y *parobbek*.

Bonikowski alza los dos brazos y dice lo que es la frase duodécima: «Pero ¡si la vista ha sido aplazada!».

¿Aplazada? ¿Cómo así? Levin da un paso adelante, pues tía Huse se tambalea un poco. «¡Señor primer secretario!», dice él, «¡le hago saber que ustedes tendrían que haberme hecho llegar una notificación al respecto!».

«Pues bien», dice tía Huse, «yo también pienso lo mismo, a ver, ¿qué hay de todo ello?».

Nada en absoluto. Bonikowski sigue sentado, viejo y larguirucho. «Se hizo una notificación», dice.

Tía Huse se vuelve hacia Levin: «Pero tú no has recibido nada, ¿verdad, Leo?». De modo que vuelta a la carga contra Bonikowski, que está pensando qué tendrá que ver esta mujer con un judío así. «¿Cuándo mandaron el escrito, cuándo mandaron el escrito? Y, sobre todo: ¿qué forma de proceder es ésta?». Y, a continuación: «¡Horripilante!». E: «¡Inaudito!», y, para acabar: «¡Asno burócrata!».

«¡Yo se lo estoy notificando ahora!», grita Bonikowski.

«Usted lo hace ahora, pero lo debiera haber hecho antes y como es debido».

«¡Mantenga la boca cerrada!», le está diciendo tía Huse cuando, de repente, la puerta que da al cuarto contiguo se abre de par en par y aparece allí el juez Nebenzahl y dice: «¡Silencio!».

Tía Huse se limita a contestar: «¡Guarda usted silencio, yo estoy hablando aquí con este señor!».

«Ya lo veo», dice Nebenzahl con toda dignidad.

Bonikowski se ha levantado, se lleva las manos a la costura del pantalón y gruñe: «Permítame, señor juez, que someta el estado de cosas siguiente a su criterio».

«¡Tranquilo!», dice Nebenzahl. «Seguro que se trata», dice este muy buen bebedor, «del asunto de Neumühl; se ha podido escuchar en todo el edificio».

«¡Señor juez del distrito», dice tía Huse, «acaso sea esto una nueva moda, pero no es para nosotros!». Y, acto seguido, toda una conferencia sobre las obligaciones de los juzgados, especialmente del juzgado del distrito de Briesen —«está a su mando, ¿no es verdad?»— y, en general, con todas las puntualizaciones pertinentes acerca del ser humano y los cristianos y los inhumanos y anticristianos.

Habedank no tiene palabras para describirlo. ¡Esta mujer de culo imponente y con setenta y cuatro años!, ¡por todos los diablos! Y escupe.

Pero ahora no hay nada que hacer.

«¿Cuándo, por favor, salió la notificación?», pregunta Levin.

«La semana pasada», contesta Bonikowski. «Como ustedes pueden cerciorarse, el acusado no ha comparecido».

«Sí, es un hecho, no ha aparecido. ¿Dónde está, pues? Así que “adiós”. Ya podemos marchar». Habedank da media vuelta y se dirige hacia la puerta pisando fuerte.

Pero, para tía Huse, la cosa no está, ni mucho menos, acabada. «Démonos una vuelta por correos», explica tía Huse.

Es verdad, la notificación ha sido diligenciada por el juzgado la semana pasada, el escrito está en la oficina de correos de Briesen. El correo del juzgado es despachado cada dos semanas, aclara el secretario de correos. Disposición de la Dirección de correos de Marienwerder, con fecha 17 de febrero de 1871, número 10, párrafo 4.º.

«Y línea 2», dice tía Huse, «¡lea usted como es debido!».

Se enteran que allí no hay ninguna otra notificación para Neumühl, y ahora ya pueden realmente marcharse.

Mi abuelo no había viajado a Briesen. Estaba, pues, al tanto de todo. La cosa había tenido éxito: la breve carta del señor pastor, la indicación del señor prefecto del distrito, la maniobra del aplazamiento por parte del señor juez del distrito, ése ha sido el proceso, de un modo simple y claro, como si el consabido espíritu de Potsdam hubiera velado personalmente para que así ocurriera.

- Y entonces tía Huse dice, simplemente: «¡A este fresco le voy a dar yo su merecido!».

Ésta hace la frase decimotercera: se refiere a mi abuelo.

Una hermosa sorpresa cuando tía Huse baja del carro en Neumühl, se despide de Habedank y Levin ante la casa de mi abuelo, primero abraza y besa a Christina y la llama «mi niñita» y, finalmente, se dirige a mi abuelo, con una voz de ultratumba: «¡Joven, tenemos que hablar!».

Ahora no hay escapatoria.

Si bien tampoco, claro, ningún éxito.

Ya pueden decir lo que quieran todas las buenas personas que haya desde Malken a Briesen, lenguas de hombres, o yo qué sé, lenguas de ángeles, que él hará, lo sabemos muy bien, algo conforme al espíritu de sus antepasados, algo siguiendo su ejemplo, y a su manera habitual, es decir, sórdida.

Al cabo de un día, tía Huse se muda ya a casa de la abuela Wendehold, en el barrio de las afueras del pueblo. «¡Por Dios que es un mal patrón!».

Un par de días después emprende la vuelta a Polkau.

Y mi abuelo yerra de acá para allá como el espíritu Konopka.

Se frota las manos: ¡la cosa ha salido tan bien!

Se rasca el cogote: ¿cómo puede todo embrollarse así?

Se atusa los rastros de su perilla, y empieza a hablar solo: echar fuera a Habedank, y también a los polacos del molino, sí, ¿y después? Cuando, los domingos, están sentados en la capilla y cantan: *Mach End, o Herr, mach Ende*^[29], mi abuelo se interrumpe a sí mismo, cruza las manos sobre el vientre y dice en voz alta, introduciéndose en el canto de los otros: «¡Sí, Señor, pon fin ahora!». Y, luego, rezonga: «¡Si no, lo hago yo mismo!».

«Tú tienes esa citación judicial, así que te vas allí, a Briesen, te ves con todos aquéllos y luego vuelves: ¡y aquí no ha pasado nada!».

«Marja», dice Levin, «este asunto ha sido aplazado, yo mismo lo he visto, todo puesto por escrito y sellado».

«Pero, ¿cómo puede ser? ¿Y cómo éste está ya enterado de antemano, ¡el diablo!, y no necesita ni desplazarse, y tú sin saber nada?, ¿cómo puede ser?».

«Marja», dice Levin, «eso tú no lo entiendes».

«Yo tampoco», dice Habedank.

Claro que Levin ha tenido, desde pequeño, sus experiencias con estos asuntos, esto lo entiende, en Rozan no era muy distinto. Puede hablar sobre ello, ¿pero para qué sirve?

Mi abuelo va de acá para allá y habla solo. Habla con Feller, éste debe ser un poco más diligente: tener los oídos abiertos, hablar por doquier, poniendo, aquí, un poco de aceite en el alma, allá un poco de fuego bajo el trasero.

«¿Cómo se me ocurre lo del fuego?», se dice mi abuelo.

Ha dicho la frase número catorce, que reza así: «¡Pon fin, oh Señor, si no, lo hago yo mismo!».

En cualquier caso, el asunto de este aplazamiento introducido con todo sigilo pronto se difunde por toda la región. La abuela Wendehold dice a Ragolski: «Algo así está, para mí, de más; si esto va a durar tanto, lo mejor sería acabar de una vez lo de los juzgados. ¿El viejo tiene o no tiene algo que ver?».

«¡Naturalmente que tiene!».

«¿Ves tú?», dice Olga Wendehold, «¡entonces él debería, al menos, buscar un arreglo!».

«Llegar a un arreglo cuesta dinero», dice Ragolski.

«Sí, pero ¿qué pasa, Ragolski?, él tiene dinero».

«Tener, lo que se dice tener, tiene él, todos nosotros tenemos, pero dar», dice Ragolski, «mejor no».

En todo caso, así es como se habla en Neumühl, en el barrio de las afueras del pueblo, en el centro de la aldea, en la fonda de Rosinke. Nieswandt y Korrinth siguen con un discurso de un modo totalmente distinto, y entonces se acerca mi abuelo, pero esta vez no dice absolutamente nada sobre si de nuevo están vagueando, sólo dice: «¿Qué tal vosotros?» y se sienta con ellos y dice: «El día quince, el salario, y luego ahuecáis el ala».

«¿Y cómo eso?», dice Korrinth.

«¿Y adónde iremos?», dice Nieswandt.

«A Rusia», dice mi abuelo tranquilamente. «Ya no os necesito más».

«¿Va a hacer usted todo solo?», dice Korrinth.

«Y si no nos marchamos, ¿qué hará usted?», pregunta Nieswandt.

«El día quince hay salario», dice mi abuelo, «pero vosotros tenéis también que largaros».

O sea, que estos dos se lo pensarán. Está bien recibir el salario el quince, pero todavía no está escrito lo que pasará después.

«¡Tú también te marchas!», dice mi abuelo.

Está ante la casita de Pilch. Habedank es un hombre educado, se levanta. Dice: «Y ¿por qué?».

«¡En todos sitios por qué, por qué!». Mi abuelo se siente un poco mal. «Vaya uno donde vaya, siempre la misma pregunta: ¿por qué?».

«Así que tú desapareces», dice mi abuelo. «Con tu violín y Marie». «Y Levin», propiamente, tendría que añadir, pues sabe muy bien que se aloja aquí, pero no lo dice. Dice: «¡Ésta no es tu casa!».

«¡Tampoco la tuya!», dice Habedank.

«Pertenece a Pilch», dice mi abuelo.

«¡Entonces manda a buscar a ese hombre!», dice Marie, «¡vete a buscarlo!».

«Es igual», dice mi abuelo, «a vosotros os pongo yo de patitas en la calle». Y luego sigue de nuevo su camino.

«¡Probablemente esto habrá que cocinarlo en Briesen!», pensó, «ahora no es lo apropiado, pero ya vendrá, ya vendrá. Si éstos siguen aquí, veremos qué haré». O sea, que, de nuevo, el mismo camino de antes: ¡a Malken!

Esa Unión Cristiana, según mi abuelo, se hace cada vez más rica, habrá que rascarse de nuevo el bolsillo, pero, naturalmente, la carta que buscas será escrita. La señora párroco ha reunido noticias. Los de la caja regional de Kowalewo-Schönsee dicen: vale la pena. «¡Nosotros, los alemanes!», dice, soñadora, la señora párroco.

Ya sabemos cómo se arma una carta de Malken a Briesen: en el encabezamiento «Querido Spezi», y, abajo, «Tengo el honor...». Y, en el espacio intermedio: «Quisiera hacerte reparar en que se trata de alguien profundamente entregado a nuestra causa alemana, tratándose, además, de una persona que goza de las mayores influencias».

De modo que el señor von Driessler, ese tal Spezi, consejero real del distrito, recibirá una carta de este corte.

Luego es muy sencillo: un pequeño escrito a la oficina del catastro, asunto concerniente al municipio de Neumühl. Número de registro 4, barra, casa de servidumbre.

A continuación se constata, en el catastro municipal: «Propietario Pilch, alias Pilchowski, con fecha 1 de octubre de 1868».

De ulteriores investigaciones resulta: «Pilchowski, Stanislaus, nacido el 14 del 3 de 1841 en Neumühl, cambio de nombre a Pilch. Dicho individuo, labrador en Neumühl, enviudado, etc. etc. Número de acta 7, barra, 91, con fecha 21-9-1868».

«Propietario desaparecido desde hace seis años. Domicilio desconocido. Trabajador ocasional», decide el señor consejero del distrito en la trastienda de la *Casa Alemana*, de Wiezorrek.

En cualquier caso, el que es competente es el fisco, pero eso no es cosa de hoy. Pilch no ha dado señales de vida. Por tanto, la casita de Pilch es subastada. Anuncio público en el tablón del juzgado de distrito de Briesen. No hace falta, por cierto, es cuestión de forma: hay un interesado. Una cosa más de nuevo arreglada. No herido el buen nombre alemán.

El 2 de julio el señor von Driessler contesta a su Spezi y compañero de la Unión: «Una vez más, tu defensa, mostrada tan fehacientemente, de la causa de nuestro orgulloso Reich me ha movido a remitir al consistorio de Marienwerder las indicaciones pertinentes. La solicitud a una condecoración, para cuyo tratamiento benévolo yo aquí salgo garante, podría contar con la aprobación de las instancias más altas».

Al final de la carta se lee, como de pasada: «La superintendencia de Schönsee queda vacante a partir del 1-1-75».

Glinski repetirá las palabras de su mujer sobre la «lealtad alemana», y nosotros ya sabemos que la cuestión referente a estos alemanes —por ejemplo, a los que vienen de Lemberg, en Galitzien, y a los que vienen de la nobleza polaca— constituye una cuestión muy especial. Como se ve, su entusiasmo por lo alemán es, hasta extremos incomprensibles, enorme, y su entusiasmo por lo grande es, como está a la vista, genuinamente alemán, o, por decirlo brevemente: gran-alemán.

Esta gente a la que, según tía Huse, el espinazo le hace «clic, clic», lo cual quiere decir, más o menos, que se les derrite la masa cerebral.

Claro que lo hacen de una forma poco pacífica. Lo que consiguen no lo logran diciendo «¡Ese sujeto!» o «¡Perro!».

En conclusión: mi abuelo comprará, al fisco, la casita de Pilch, eso ya está decidido.

Y Krolikowski pondrá, legalmente, de patitas en la calle a este Habedank, con un placer que es muy poco legal.

Krolikowski lo declara bien alto en la fonda de Rosinke, pero también junto a la cerca de la granja de gallinas de mi abuelo, él sabe exactamente dónde vale la pena decirlo y sabe también exactamente cómo va a proceder, cayendo allí por sorpresa: «Y, entonces, de repente, yo aparezco ante esa casa de mierda, montado en mi caballo, y me limito a decir “¡fuera!”».

Una gran escena, que él ya se representa: «Primero sale ese Habedank, la gorra la ha olvidado, de puro susto, sí, por mí que saque el violín, y tras él esa melenuda de Marie, que se está abrochando el vestido, sí, y posiblemente también el judío, a éste

le pico yo en el trasero, y yo no digo sino “¡Comparecer!”, y, luego: “¡Media vuelta!”, y él se gira, luego me acerco yo desde arriba y digo: “¡Una canción!”, y entonces ellos ya pueden cantar, acompañando el violín: *Lustig ist das Zigeunerleben*»^[30].

Muy divertida. Eso lo toca él con frecuencia, y eso le reporta, cada vez, un traguito de aguardiente, invitado por Kaminski o por Barkowski, pero esto no puede durar eternamente. Durante la noche del viernes al sábado arde, hasta sus cimientos, la casita de Pilch, incluso un trozo de la cerca del jardín desaparece.

Así pues, mi abuelo anda errando de acá para allá. Y habla solo.

Y también son ahora caminantes solitarios Ragolski y la abuela Wentlehold, a quienes antes escuchamos un poco. O hablan solos. Y también es ahora un caminante solitario el fondista Rosinke, con el que, a veces, ha viajado Levin, a Strasburg o Schönsee, pero no esta vez, a Briesen; ahora reptante solitario, éste también es ahora un caminante solitario, o, por mí, un reptante solitario. ¿Y la mujer del predicador? ¿Y Christina? ¿Y tía Huse, a la cual volveremos de nuevo?

¿Y los Rocholls? De Tomaschewski y Kossakowski ya no queríamos hablar, pero acaso debemos hacerlo una vez más: ¿también son ahora caminantes solitarios?

Clasifiquémoslos, por ejemplo, según este criterio: ¿quién tiene algo? O bien: ¿quién tiene mucho? y ¿quién tiene poco? O ¿quién no tiene absolutamente nada? Esto es un poco simple, pero útil; salen varios grupos, muchos pequeños, algunos de los cuales se toman parecidos cuanto más de cerca se les mira, si bien muestran, de nuevo, numerosas diferencias. O sea: los acomodados o ricos, que aquí, en Neumühl, son baptistas y, además, alemanes, a los cuales se unen los algo menos pudientes y de los cuales se siente dependiente otra gente, como pueda ser Feller o el fondista o los comerciantes, los gendarmes de infantería, a caballo o a pie. O bien los maestros, siempre que no hayan sido expulsados como Willuhn.

Y a aquéllos les sirven de alguna ayuda, cada uno por su lado, entiéndase bien, Glinski, el evangélico, el hijo de Belial, el galitziano consejero del distrito, Su Majestad, tan novel como antiguo; el cual, si hacemos caso de la canción, es un buen hombre, residente en Berlín, y añadamos al juez del distrito Nebenzahl, al director de la oficina del catastro Labudde, al secretario Bonikowski, al fondista Wieszorrek, pero esto se va poniendo ahora más difícil.

Y el otro grupo: aquellos, pues, que hasta ahora debían estar integrados por polacos católicos o católicos polacos, al cual se han unido, inadvertidamente, los medio jornaleros y los que no tienen otra cosa que su casa, es decir, aquí entran también adventistas y también baptistas e, incluso, algunos alemanes —tía Huse, por ejemplo, como hemos visto, y probablemente también Wendehold, y con toda certeza Weizsmantel el cantor, los gitanos que conocemos y mucha más gente—. Y ¿qué pasa con los Palms y con Tethmeyer? Difícil o fácil de decir. Según lo que vaya ocurriendo en esta historia. O como ocurra después en esta historia.

En estos momentos, Habedank está sentado en Strasburg, en la taberna de Moses

Deutsch, si es lícito llamar a una *Casa Alemana* taberna, sin más; se encuentra sentado en el rincón donde está la estufa verde con sus flores blancas y rojas, allí está sentado, con una media libra escasa de queso ante sí, y comino y sal, y va cortando un trocito tras otro, lo cubre cuidadosamente, primero con sal y luego con comino, ya que el comino no se mantiene adherido tanto tiempo como la sal, y entonces, con el cuchillo, se lleva, insertado, naturalmente, el trocito de queso a la boca. Habedank, ¿qué se te ha perdido a ti en Strasburg?

Strasburg es una ciudad aburrída, toda la gente lo dice, hasta los gitanos. Las ferias de caballos de Strasburg se arrastran siempre de una forma interminable. ¿Cuál es la causa?

Pues, probablemente, el hecho de que la región estrasburguesa, ese ángulo antes de que se inicie la complicada curva que el río Drewenz describe alrededor de Hoheneck y al sur de la planicie lacustre que se extiende entre Bobrau, Konajad, Ostrowitt y Pokrzidowo, no pueda alimentar tan fácilmente ni, por así decirlo, con comodidad, a sus habitantes. Los bosques que rodean los lagos son húmedos y dan paso, hacia el oeste, a una región pantanosa; hacia el este es todo arena; al norte, en las orillas del Drewenz, podemos hablar ya de una arena movida incesantemente por el viento. Uno lo ve, ya desde lejos, en las propias aldeas. Por ello, el gitano tiene que ser, aquí, honrado, y usar el poquito de arsénico que posee lentamente y bien dosificado, y no distribuido solamente en dos o tres tomas; de lo contrario, el caballito tiene, el primer día del mercado, un aspecto espléndido, pero no el tercero: los campesinos que acuden a la feria de caballos de Strasburg compran, por ello, a partir del cuarto día.

Strasburg es aburrída. Claro que, y esto lo hemos silenciado hasta ahora, es, propiamente, la cabeza de la comarca. De modo que Briesen no es, en absoluto, el poderoso lugar en que nosotros lo hemos convertido. Tiene 3.800 almas, sí, esto queda en pie, dos iglesias y también la *Casa Alemana*, de Wiezorrek, y hasta la serrería a vapor de König, pero cabeza de comarca, lo que se dice cabeza de comarca, esto es, juzgado comarcal, oficina catastral, residencia del consejero del distrito, todo ello queda atestiguado, propiamente, en Strasburg. Pero nosotros no podemos ahora volver a ocuparnos de eso. El emplazamiento de Briesen es considerablemente más favorable, por lo que respecta a conexiones viales, para nuestra historia, si bien ésta debe desarrollarse en Neumühl. Y ya queda dicho que todo este asunto habría podido tener lugar exactamente igual al norte o nordeste de Neumühl, o incluso más arriba: en la región de Marggrabowa, en la circunscripción de Oletzko, o junto al lago Wysztyter, en la circunscripción de Goldap, o todavía más al norte, donde un hombre como Glinski puede llamarse muy bien Adomeit, pero es, igualmente, alemán. Con todo, acaso sea necesario decirlo aquí: el centro del distrito es, propiamente, Strasburg, no Briesen. Era necesario decirlo, pero no es importante. Strasburg, como queda dicho, es aburrída.

Dos iglesias, es decir, no más que en Briesen, una serrería, una *Casa Alemana*,

como es habitual, y, por añadidura, la fábrica de dulces de miel Garczynski & Hecht y la gran central lechera Dembowski, pero qué es ya todo esto.

En la *Casa Alemana* de Strasburg, es decir, en el bar de Moses Deutsch, está sentado, pues, Habedank y come queso. Y espera a nuestro querido Weismantel, con los *parezkes* arrollados a los pies.

Acaso ya no sea necesario hacer una loa a Weismantel. Weismantel es un hombre mayor. ¿Se alaba a la gente mayor? Por ejemplo, los pequeños rentistas del campo, si viven mucho tiempo y, por tanto, se hacen incómodos, mueren siempre repentinamente. Por suerte, Weismantel no tiene nada, por tanto vive.

Moses Deutsch sale de la tienda, donde las argollas para atar a las vacas cuelgan junto a las cajas de jabón y las barricas de arenques, al lado de los zuecos, los cestos o los cucharones, y entra en la fonda de su propiedad, el gorro sobre su cabeza gris, pero no lleva, en absoluto, un caftán, sino un traje claro, es un hombre de negocios, tiene tres casas junto al mercado. Tampoco habla mucho tiempo con Habedank.

Ahí está sentado el señor capellán católico, que es aún nuevo en la ciudad. Estos señores cambian con frecuencia y, propiamente, no tienen nada. Basta ver cómo llegan o cómo se despiden: una maleta de madera, nada más. Pero es curioso: llegan con nada, pero pronto aparece todo lo que el hombre o el capellán, necesita. Así pues, ahí está sentado el nuevo señor capellán y bebe vino tinto.

Moses Deutsch está al corriente de los grados de servicio y los distintivos de los rangos, incluso de aquellos que no son portados de una forma visible; dice, por ejemplo: «Señor consejero espiritual». Si ahí está sentado un consejero espiritual, él le llama *monsignore!* O sea, que está muy bien enterado y, si el señor capellán fuera un capellán corriente, le corregiría, pero, al no hacerlo así, él deja todo como está. En cualquier caso, el capellán no procede de este modo, y dice: «¡Señor Deutsch, beberé mi tinto en su casa mientras sea capellán, acaso ya no lo pueda hacer como párroco!». Eso basta.

Pues bien, así que capellán. Pero ¿para qué introducir a este capellán, cuando ya hay bastantes personajes para una historia corriente como ésta, que puede pasar en cualquier sitio?

Un campo muy amplio, no temamos, pues, nada. Claro que el campo más amplio de aquí es el camposanto. Recorramos, aunque sólo sea, una de las filas de sepulcros en el cementerio de Strasburg. ¡Cómo está todo mezclado! Nada que ver con el intento de agrupar que hicimos antes. Y todos, aquí, han cantado: *Freud dich sehr, o meine Seele*^[31]. Y, como se sigue diciendo en este canto: *Gib dass ich mit Fried und Freud möge von hinnen fahren heut*^[32].

En paz y gozo.

¿Cómo puede ser que aquí la gente se pueda separar cantando de una manera tan sencilla? Cuerpo, bienes, honra, hijos y mujer. ¿Dejar que todo acabe?

Weismantel está ahí. Sentado al lado de nuestro Habedank. «¿Dónde tienes tu violín?».

«Allá adelante», dice Habedank.

«¡Ya doce campanadas!», dice Weismantel.

«¡Dos agüitas más!».

Después, se encuentran en el cementerio.

Allí está también el señor capellán. Saluda a Habedank y a Weismantel como a viejos conocidos.

«¡Mira al señor capellán, con estos gitanos!». Lo dice la afligida viuda, que ha de ocupar siempre el primer lugar, como es debido, y ahora, pues, como todos tienen que encontrarse y aún no se encuentran juntos, vaga de acá para allá, como una gallina asustada, de una gente a otra, de un grupo a otro, e intenta ponerse en todos los sitios en un lugar distinguido, porque, de todos modos, ella ha de estar siempre adelante.

Finalmente, rezan juntos por el próximo muerto. Weismantel llora por lo bajo.

Y después viene la distribución y la herencia y el ahogarse en hebilla. Con la afligida familia del finado. Que no hablaban otra cosa que: «Tú te quedas con los tres trajes y los tres juegos de ropa, de ésta hay mucho, y para ti será bastante, yo me quedo sólo con el locomóvil, de todos modos está estropeado».

«¡Por el cielo, entonces uno necesitará, además, dinero en efectivo, para el coste de las reparaciones!».

Así transcurre la cosa en las exequias.

Y Weismantel canta su canto más reciente.

Un compás de cuatro por cuatro, que empieza muy abajo y que con cada verso va subiendo un tono, claro que, dentro de cada verso, vienen, regularmente, saltos de cuarta hacia abajo, pero siempre subiendo, en cada uno de ellos un tono más alto, un canto, pues, que nadie puede acompañar con la voz, únicamente el violín de Habedank; un canto, pues, que nadie agradece a Weismantel:

*Letztes Boot darin ich fahr
keinen Hut mehr auf dem Haar
in vier Eichenbrettern weiss
mit der Handvoll Rautenreis
meine Freunde gehn umher
einer bläst auf der Trompete
einer bläst auf der Posaune
Boot werd mir nicht überschwer
hör die andern reden laut:
dieser hat auf Sand gebaut*

*Ruft vom Brunnenbaum die Krähe
von dem ästelosen: wehe
von dem kahlen ohne Rinde:
nehmt ihm ab das Angebinde*

*nehmt ihm fort den Rautenast
doch es schallet die Trompete
doch es schallet die Posaune
keiner hat mich angefa
alle sagen: aus der Zeit
fährt er und er hats nicht weit*

*Also weiss ichs und ich fahr
keinen Hut mehr auf dem Haar
Mondenlicht um Brau und Bart
abgelebt zuendgenarrt
lausch auch einmal in die Höhe
denn es tónet die Trompete
denn es tónet die Posaune
und von weitem ruft die Krähe
ich bin wo ich bin: im Sand
mit der Raute in der Hand^[33]*

Después de cada estrofa, Habedank hace unos juegos melódicos muy especiales. A Weismantel no le resultan extraños, pero sí a nosotros: cuando oímos melodías, necesitamos un texto. Las viejas, en la iglesia, cuando el organista saca, después del canto, uno o dos compases con un par de acordes suaves, hasta que se acaba el aire del fuelle, al menos acompañan la música silabeando «Paul Gerhardt», al fin y al cabo está ahí, bajo el canto del libro de cánticos, pues se tiene necesidad de un texto para cantarlo.

No le demos más vueltas, pues Weismantel de nuevo se va. También Habedank. Ha sido enterrado Samuel Zabel, labrador, vecino de Strasburg.

Al menos éste ya no nos preocupa, ya está muerto cuando reparamos en él. Claro que su mujer sigue viviendo aún, y dice a Habedank: «¡Aquí tiene usted su tálero!». Señala a Weismantel: «¡Dele a él también algo!». Habedank todavía tocó *Heidegrab* e *Ich weiss nicht was soll es bedeuten* y, de despedida, *Ich kenn ein'hellen Edelstein*^[34].

Eso es, pues, Strasburg.

La voz de Levin. Una voz bastante alta. «Ya tengo bastante», dice esa voz. Pero está completamente oscuro, y no sabemos, en absoluto, si este Levin se pasa, al decirlo, la mano por la frente. Totalmente oscuro.

Marie dice: «¡Tú te quedas aquí!».

Levin quiere, de nuevo, marcharse corriendo.

«¡Marja!», dice, y vuelve a tomar a Marie en sus brazos y lleva sus manos por encima de su cadera y aprieta sus dedos contra su espalda y deja caer la cabeza sobre el hombro izquierdo de Marie. Y se aprieta contra este cuerpo, que es sólido y suave,

como si quisiera sumergirse en ese aliento fuerte y anhelante, en esos largos suspiros que emergen de repente, en esa risa, insospechada, pequeña, ahogada enseguida, en ese recio abrazo, en el dulzor que va subiendo, y al que sigue la sal: como la luz que, de súbito, empuja fuera la oscuridad, de forma que uno puede ver: tablones en cuyas juntas hay claridad, aún no la claridad del día, pero, de todos modos, luz, luz temprana, luz de las cuatro de la madrugada.

A esta hora mi abuelo yace en su inocente lienzo.

Christina está despierta. Escucha la marcha del péndulo del reloj. De acá para allá. Acaba de dar la hora. «Yo ya no pregunto», dice Christina y cierra los ojos. Pero no puede dormirse.

La casita de Pilch. Cuatro cuartos. Techumbre de paja. En otros tiempos vivió allí la gente de Pilchowski.

Habedank se ha marchado, también esa tal Marie. Y, en torno a la casa, merodea alguien. Alguien a quien uno no ve.

Jadea un poco. Aunque asienta sus pasos con una lentitud y una prudencia extrema. Toca las contraventanas. Éstas ceden un poco, pero él sigue adelante, rodeando la casa. Ahora se queda quieto.

Un viento extraño. Viene bastante fuerte y uniforme. Pero, de repente, comienza a brincar. Como si se le hubieran caído los árboles sobre el camino. Pero no hay un solo árbol en los prados. Ni siquiera esos sauces encorvados que se alzan en algunas praderas de caballos.

Acaso este viento del río no quiera soplar aquí. Pero, de todos modos, viene, si bien dando brincos y saltos.

Y se mete en el fuegucito de la esquina de la casa y empuja la llamita hacia arriba, pared arriba, más alto, más alto, y hasta el tejado. Y, ahora, arde esa madera vieja, la paja podrida de la techumbre no vuela; primero emite un débil resplandor, una llamita de nada, luego arde con una llama cada vez más clara, más clara, primero el frontón, luego el techo y las vigas, finalmente toda la casa.

Con un tono cantante, que permanece siempre a la misma altura, sólo a veces más fuerte y otras más débil. Arde hacia abajo. Hasta que, finalmente, en la valla, el fuego se va extinguiendo. Ha carbonizado un par de postes y palos sueltos, tiembla aún un par de veces, subiendo por los siguientes.

«¡Dios mío!», dice Christina, cuando mi abuelo se revuelve en la cama. Son las tres.

«¿“Señora tía”?», pregunta mi abuelo.

Pero Christina guarda silencio. Mi abuelo se duerme enseguida.

«¡Tenemos que largarnos!», dice Marie, y sacude a Levin por el hombro. «Sí, sí», dice Levin, y está, de nuevo, medio dormido. Así que Marie se queda aún acostada. Ya hay claridad en el granero de Rocholl, que está junto a la *chaussée*, un poco antes de Gronowo. Uno se siente un poco mareado entre este heno fresco, con un olor tan fuerte. Casi como dentro de una cuba de fermentación.

«¡Siempre vagando furtivamente de un lado a otro!», piensa Marie. «Quizá debiera marcharme con él al otro lado, a la zona rusa, a Rozan. Como dice Levin».

«Pero ¡yo ya sé lo que pasa!», piensa Marie. «¡Cómo funciona la cosa! Cuando Levin empieza a hablar de ello, de repente se corta. Yo lo sé muy bien, ésa es su gente, yo no soy de allí».

«Yo sé cómo son. Los ancianos con sus barbas de un gris de hierro, las mujeres de caras blancas, pastosas, en donde arden sus ojos negros. Dicen: “¿De dónde vienes ahora, Levin? ¿Y con quién?”. Y dan media vuelta. ¡Yo no soy de allí!».

«Pero Levin ¡debe quedarse aquí, conmigo!», dice Marie. «¡Debe quedarse aquí, con nosotros!».

Entre Gronowo y Trzianek, medio kilómetro al norte de la *chaussée*, hay un bosquecillo.

Un bosquecillo de hayas, como tantos en la región, hayas de madera rojiza, *fagus silvatica*. Propiamente, aquí no hay ninguna zona realmente boscosa. Precipitaciones anuales inferiores a quinientos mililitros. Las mayores existencias arbóreas, de abetos, *picea*, sobre todo los *picea excelsa*, se encuentran junto a Dombrowken y camino de Schönsee, y en el norte, en torno a Gosslershausen.

A este bosquecillo de hayas, medio kilómetro al norte de la *chaussée*, conduce un camino vecinal, que se adentra en el pequeño bosque y es, luego, una senda forestal. Y, si uno marcha un trecho por esta senda, enseguida percibe la amplia luz de los campos, mientras camina bajo las anchas hayas, lenta y tranquilamente, y se topa con una casa. En esta casa vive Jan Marcin. Desde que hay casa.

Debe de ser el padre de Scarletto, no se sabe con certeza, pero se dice, y tiene un par de cabras con rayas marrones en el lomo, y gallinas negras y un gallo de color. Vive siempre aquí, y las otras personas que uno pueda encontrar en su casa no están más que de visita.

Siempre hay algunas. «¡Sujetos turbios!», dice el gendarme Krolikowski, que se lo imagina así y no se deja apear de su opinión; de vez en cuando se da una vuelta por aquí, con ayuda de su *Wallach* Max, y nunca ha encontrado lo que busca, jornaleros escapados de Ciborrz, o bandoleros, o contrabandistas por cuenta propia. Aquí hay otra gente, pero apenas es comprensible por qué siempre es distinta: visitantes que se quedan un tiempo, otros que van de paso, otros que sólo vienen a fisgar, pero que Krolikowski no busca; otros que asientan sus posaderas por más tiempo aquí, a los cuales él tampoco busca; otros, finalmente, que son completamente inhabituales, como los que hospeda Jan Marcin desde hace dos días.

Vienen a la casa para pasar en ella un par de horas, cuando la noche se acerca al amanecer y refresca. De lo contrario, se quedan por allí, se acuestan en el lindero del bosque, corren hasta el Struga, meten las piernas dentro del agua y regresan con dos ramilletes de nomeolvides y utilizan su boca para todo, pero no para hablar. Esto le es exactamente igual a Jan Marcin, de todos modos él tampoco dice nada, o, a lo sumo: «¡Podrían ponerse algo!». Coloca de forma ordenada sobre el banco, en uno de sus

extremos, los vestidos, la falda y la blusa, el pantalón y la chaqueta y las dos camisas de algodón que ha encontrado tiradas de cualquier modo sobre la cama. Y, mientras lo hace, silba. Gente poco habitual.

Marie ordeña las cabras, y Levin bebe enseguida esa media leche, y luego desaparecen de nuevo, a veces se les oye en algún sitio, pero no están allí. Ahora están sentados en el prado, y llueve. Es época de escuchar a la oropéndola, sobre todo allí donde las hayas rojas dan paso a las hayas blancas, *carpinus betulus*. Suena su voz de campana y uno no ve nada, uno oye y oye y no ve nada más, y si uno es mayor, como Jan Marcin, se recuesta contra un árbol y se pone a mover los labios, pero no dice nada, o, a lo sumo: «¡Dios mío!».

Se escucha a la oropéndola hasta fuera, en la pradera. Pero ahora está lloviendo, y para de cantar. Y Levin y Marie se sientan en el prado, ¡que llueva, que llueva!, y no tienen nada puesto sobre el cuerpo, se limitan a gritar. «¡Da, da, da!», y, de nuevo: «¡Da, da!».

Van contando las gotas de la lluvia, cada uno las que el otro recibe. Todavía sigue lloviendo, mansamente. Es como si las gotas se espolvoreasen sobre la piel incandescente. Apenas las ha visto uno caer, cuando ya han estallado y se han evaporado, han desaparecido, sencillamente. Pero ahora la lluvia ha arreciado, si bien todavía gota a gota. Entonces el recuento se hace cada vez más rápido y más alto, un auténtico chillido, y, ahora, el pelo de Marie le cae sobre el rostro en negros, empapados mechones. Ella se levanta, se arrodilla al costado de Levin, que sigue echado allí, y mueve en el aire su brazo. Se lleva las dos manos al pelo, se lo recoge y lo sube por encima de las sienes, lo peina hacia atrás, lo sujeta en la nuca con ambas manos, lo exprime de tal forma que el agua discurre por entre los omoplatos espalda abajo. La espalda se echa hacia atrás, bajo los pechos el cuerpo empuja hacia adelante. «¿Qué te pasa?», dice Marie.

Sí, ¿qué le pasa a Levin?

Está acostado de lado y la parte derecha de su cuerpo se levanta un poco de la hierba. Entonces, en el seno de Marie hay algo digno de ver, algo digno de ver para Levin. Pues las gotas de lluvia caen, primero una, después otra, a gran velocidad, sobre el vello púbico de Marie, quedan allí colgadas, se giran, corren por los pelillos hacia abajo y, con su peso, caen a tierra, el pelo queda alisado sobre la piel. Pero, de vez en cuando, uno aquí, otro allá, alguno se levanta, ahora aún hay otro que no se amolda. Es divertido. Levin ríe. Y Marie dice: «¿Qué es lo que te pasa?». Se sigue sujetando el cabello.

¿Qué va a decir Levin? Que aquí, en la pradera, es hermoso. Que aquí, bajo la lluvia, es hermoso. ¿Cuándo fue tan hermoso?

Ocurrió antes de esta lluvia, hacia mediodía. El viejo Jan Marcin da vueltas por su casita, sobre los gastados tablones, pone en orden los remendados cobertores, recorta la mecha quemada en la vela de sebo y hace un gesto de disgusto. Primero uno, después otro, luego un tercero, y con este tercero se queda parado junto a la ventana.

Cabalgando desde la *chaussée*, por el camino vecinal, se está acercando el

gendarme de infantería Krolikowski. Jan Marcin saca su cuarta cara. Y ahora Krolikowski para ante la casa y grita desde su caballería: «¡Sal fuera!». Justo cuando Jan Marcin ya ha asomado por la puerta.

Como cada vez, y esta vez aún más, Krolikowski se sorprende: el viejo está solo. Desmonta, da los tres pasos que le separan de la puerta, el viejo se hace a un lado, Krolikowski se introduce por los dos cuartos de la casa, ni siquiera repara en los vestidos que hay sobre el banco, vuelve a salir, no ve absolutamente nada, sube de nuevo en su caballo y se apresura a marchar. Jan Marcin se queda parado junto a la puerta y le sigue con la vista. Cuando Krolikowski acababa de marcharse, empezó a llover. «Quizá», piensa Jan Marcin, «para lavar las huellas de este jinete. ¡Qué puedo decir yo!».

«¡Yo estoy vivo!», dice este Leo Levin, por primera vez.

Están sentados, los tres, en el cuarto; Jan Marcin habla un poco. Pequeñas historias. Sobre Lea Goldkron, que vagaba, descalza, por la región, y las casas de los señores por donde ella, con su moño rojo, pasaba, quedaban incendiadas. A la que el viejo príncipe, allá en la región de Rypiner, donde había un palacio de verano en que vivía, mandó atrapar por su hermosura. Y, muchos años después, ella se acercó, con sus vestidos y adornos, a la orilla del lago, y allí se sacó todo y lo enterró en la arena, y quedó como había venido al mundo, desnuda. Pero ahora vieja y con las piernas cansadas.

Cuando él acaba de hablar, se dejan oír, de nuevo, los grillos. Aquí, en el cuarto. Están entre el musgo que cubre las paredes. En una ocasión, Levin había aconsejado quitar el musgo viejo e impermeabilizarlas de nuevo. Jan Marcin se limitó a sacudir la cabeza.

Ahora entiende Levin que esto tiene que ser así. Se levanta y se coloca en medio del cuarto. Dice: «¡No quiero marcharme de aquí!».

Marie ha apoyado el rostro en las manos, y dice por entre las rendijas: «¡Mañana volvemos a casa!».

La frase número quince no forma parte de la acción. Si bien, para nosotros, dice, más o menos: «Los pecados de los padres son castigados en los hijos hasta la tercera y cuarta generación».

Hablamos, pues, de los padres o abuelos y tendríamos que saber que estos padres o abuelos son, asimismo, hijos, el tercero o el cuarto o el vigésimo séptimo eslabón. Si empezamos a buscar, no acabaremos nunca. Vamos encontrando un culpable tras otro y nos detenemos censurándolos y, acaso, sigilosamente, nos excluimos a nosotros.

Aunque toda esta historia, por ejemplo, haya sido relatada por nuestra causa.

«¡Querido, pórtate bien!», se dice en la *Musikalische Kürbis-Hütte*, de Albert^[35], de 1641, la cual, como viene ya indicado en el título, nos recuerda la caducidad humana, que no dejamos que nos recuerden. Weismantel no conoce esta cabaña de Königsberg, aunque se deja cantar muy bien, a tres voces, *vocaliter* o, también, acompañada de instrumentos, y con textos hermosos. Pero él dice, exactamente como ese señor Albert: «¡Querido, compórtate bien!».

Y Habedank dice: «¡Bueno, pero ahora vete!».

Pero Weismantel prefiere seguir caminando un poco más con él, un par de pasos, hasta la pequeña colina antes de Neumühl.

Como hace poco, los dos vienen de los prados del Drewenz. El entierro de Strasburg ya está olvidado, y también el nuevo capellán católico; están hablando sobre una cuestión de caballos, un asunto con una yegua blanca de Kladrub, en Bohemia. ¡Lo viajada que es una bestia así! Ha vivido una temporada en Cielenta y, al año siguiente, ha parido en Rosenhain, y ahora está en Brudzaw y ya ha sido vendida y destinada a Linde.

Han llegado, ambos, a la pequeña loma.

Y Weismantel repite una vez más: «¡Compórtate bien!». Se queda parado allí, sin decir nada. Como Habedank.

Allá enfrente, en el lugar donde se había alzado la casita de Pilch durante treinta o cuarenta años, está el gendarme Krolkowski, no hay ninguna otra cosa, si exceptuamos un trozo de valla. Krolkowski ha deslizado su mano derecha en la guerrera de su uniforme, a dos palmos del cuello. Y allí está plantado, y ahora Habedank se dirige hacia donde está el gendarme. Y Weismantel se queda quieto. «Señor gendarme», dice Habedank.

«¡El pico!», dice Krolkowski. Y se corrige, como persona oficial que es: «¡Cierre

usted la boca!».

Aquí mismo, por tanto, sobre los restos calcinados de la casita de Pilch, Habedank es hecho preso, en nombre de la ley y por obra de este Krolikowski. Y llevado a Briesen. Y la declaración de este tal Weismantel, sin domicilio fijo, es igualmente rechazada. De inmediato, ya por Krolikowski.

«¡Incendiario!», dice el secretario Bonikowski, y el juez Nebenzahl dice: «¡Indicios suficientes!».

Así que internamiento en la prisión del distrito, en Briesen. Sin embargo, inevitablemente, lo de rigor: requerimiento hecho al jefe de policía de Strashurg, con el contenido siguiente: si el detenido, como declara, participó en la citada localidad en el entierro (católico) de Samuel Zabel, ciudadano de Strasburg. Junto con un individuo llamado Weismantel. Si fue visto en Strasburg, cuándo y durante cuánto tiempo.

«Sabemos que aquellos a quienes Dios ama todo les sirve para mejor». Eso dice el predicador Feller en Neumühl, en la sala de estar de mi abuelo. Mi abuelo contesta a esto: «Ya lo sabemos, no nos cansamos de comprobarlo».

«¡Amén!», dice el predicador Feller, lo cual significa: «¡Que sea verdad!».

«Ya lo es», concluye mi abuelo.

Esto puede servir muy bien para la frase número dieciséis.

«Sí», dice, para sí, sosegadamente, Feller. «¿Por qué yo me excité tanto entonces? Todo ha marchado bien. Él estuvo en Malken, ¿y qué? El judío se ha esfumado, del proceso ni palabra, ese gitano preso».

Más ya no sabe, pero eso basta.

Y mi abuelo manda a la «señora tía» adonde está el producto del alambique. Uno se acerca a la ventana y mira el cristal del vaso al trasluz y ve brillar a través de esa clara agüita la hermosa luz de la tarde. Éste es un día de los que cuentan en su vida. «¡Todo a pedir de boca», dice mi abuelo, «ahora no tengo por qué comprar esa choza!».

«¡Habrà caído el rayo!», dice Feller, deja que le sirvan el segundo aguardiente, y prosigue: «Rayo blandido también por Krolikowski, y ahora el sujeto está encerrado».

Tras el tercer aguardiente, el discurso es el siguiente: «La oración del justo puede mucho». Y al cuarto aguardiente se pronuncia el juicio sobre todo el asunto: «¡Fue un juicio de Dios, impecable!», y «La diestra del Señor tiene la victoria».

«El próximo domingo puedes predicar sobre esto», dice mi abuelo.

«¡Lo haré!», dice Alwin Feller. Y, con esto, se va a su casa.

Claro que encuentra su casa vacía. Y mira por el granero y el establo y la llama por todos los rincones, con un sonido sordo: «¡Josepha!», y ya lo sabe: Josepha está de camino.

«Esperaré aquí», se dice a sí mismo en la cocina, pero no espera durante mucho tiempo. Va de acá para allá, en un sitio había estado Josepha, pero ya se ha marchado

hace un buen rato. «No me es posible repetir todo lo que ella ha hablado aquí», dice Barkowski, y Rocholl pregunta, a bocajarro: «¿Sabe ella eso por ti?». Rosinke lo mira con ojos sesgados: «Usted no viene por aquí nunca, ¿tiene usted algo concreto entre manos?». Y Tomaschewski dice: «Si yo fuera usted, tendría cuidado, hermano Feller».

O sea, que Josepha Feller anda correteando por toda la aldea. Ahora está ya en las casas de las afueras. En casa de Froese el despellejador están sentados la abuela Wendehold y Feyerabend, el aburrido Fenske, de Sadlinken, y el polaco Germann, y Josepha lo dice como es: «¡Eso lo ha hecho el viejo!».

«Aunque sea verdad», dice Fenske, «¿quién lo podrá demostrar?».

«Como entonces, con el molino de Levin», dice Olga Wendehold. Y ha sacado de nuevo las cartas, y arruga la frente, y se rasca en el moño con un ángulo de la dama de trébol.

«¡Mira al muy cuco!»», dice Feyerabend, y tira la gorra sobre la mesa. «¿Hasta cuándo va a seguir esto así? Y el tuyo colabora, ¿no es verdad?».

Josepha, hay que decirlo, no está tan borracha como para pasar esto por alto. Deja la botella encima de la mesa y se precipita hacia su casa. Y llega a su hermoso patio. Y se topa con Feller, que está en la puerta. Y que, por primera vez, pierde la compostura.

Todavía puede contener entre los dientes el grito que se le quiere escapar. Alza *La voz de la fe* y la estrella contra la cara de Josepha. Y ahora viene el segundo grito, éste Feller ya no lo puede contener, éste asciende hasta la recién cubierta techumbre y por encima de las cercas.

El tercero se le queda ahogado en la garganta. Arroja el libro, se agarra del rostro, ve cómo Josepha se ha dado la vuelta y sale, lentamente, por la puerta, bajando lentamente por la calle de la aldea, lentamente hacia el atardecer.

¿Correr detrás, traerla de nuevo por los pelos?

¿Acaso no lo habrá visto nadie?

Entra en la casa: «El justo ha de padecer mucho». Se refiere a sí mismo.

Pero, mientras, Habedank sigue sentado, a la sombra, en Briesen. En un camastro de madera. Sin violín. Se lo ha dado a Weismantel, él lo cuidará. La tal Marie y el tal Levin están ya de camino, ya han salido de Garczewo, antes de anochecer habrán llegado a Polkau.

La niebla avanza desde los prados del Struga hasta la carretera. Después de un día así, eso hace bien. Todavía se puede reconocer la sierra que, procedente del este, choca contra el Struga. Todavía aparece un poco más luminosa que los prados de alrededor, aún le queda un poco de luz. Pero una estrella está ya allí. Y también los gritos de los sapos, que vienen de los cañaverales situados hacia poniente.

«¡A tu padre no le coge el miedo tan fácilmente!»», dice Levin.

«No tan fácilmente», dice Marie, «pero, ¡por Dios!, al final también a él».

¿Acaso sí? Porque Habedank está cansado, las piernas ya no le sostienen tan bien, no mejor que a Weismantel, y éste es ya viejo. ¿O acaso tampoco le coge el miedo esta vez? Como gitano que es. No tiene miedo ni siquiera aquí, en la *Kaluse*, como se la llama en Briesen, la cual es una casa según el estilo oficial, eso es, un edificio de ladrillos rojos, anguloso, cerrado con una verja, donde, desde dentro, no se ve en absoluto que el *księżyc*, o la *lune*, es decir, el astro lunar o la luna, está ahora subiendo, y probablemente algún entendido diga ahora que es el sol de los gitanos, cuando el *księżyc* o la *lune* marcha por encima de los bosques, blanca y redonda y ajena, como agua; cuando los fuegos entran y salen en la tierra; cuando los bandidos, de hermosas vestimentas, venían de sus montañas, precediendo a sus muchachas cubiertas de brocados, que ellos habían atrapado con cinturones y telas de guarniciones de plata, con cintas de colores o bordadas. Luego llegaban, con paso festivo, las muchachas y cantaban bien alto, y los bandidos lo escuchaban y ya no tenían miedo jamás.

Incluso aquí, donde no se ve el *księżyc* o la *lune*, donde únicamente se pone oscuro, y mucho más oscuro que fuera, donde aquella ventana de rejas de arriba, o aquellas troneras, colocadas sin orden ni concierto, son lo único en que todavía queda un poquito de luz; incluso aquí Habedank no siente miedo, es un verdadero gitano, que tiene un violín y que sabe más que otros sobre lo que es la tarde y la noche.

Está sentado allí, con las piernas colgadas hacia abajo y tiene una boca para hablar, y también para callar; ni siquiera está solo en esta celda, hay otros tres allí, uno de ellos es joven y la edad de los otros frisa en los cuarenta; unos a otros se cuentan sus cosas, eso, para Habedank, está muy bien.

Lleva ya un trimestre hablando siempre nada más que de aquello que todo el mundo sabe, pero de ello estos tres no saben nada. Nada del molino, ni del molino de Levin ni del de mi abuelo, nada de Krolikowski y de la casita de Pilch. Absolutamente nada. El más joven sabe, al menos, algo de Neumühl: dónde está. Estuvo una vez en Gollub. «¡Así que una aceña en el Drewenz!», dice él.

Pero justamente ni el uno ni el otro eran una aceña, y no estaban en el río Drewenz. Si bien esto hay que contarle con exactitud.

«Se trata de un riachuelo tributario del Drewenz, de corriente bastante rápida, con dos presas en la orilla derecha, las cuales pertenecen al mayor de los molinos. El cual está sostenido por veinticuatro postes, reforzados con puntales y contrafuertes y que habían sido cubiertos de hojalata contra el hielo. El molino tiene una gran rueda con paletas impulsada desde abajo y un excelente mecanismo para moler, y ocupa, muy bien, a dos hombres. Ahora, me he enterado de que el viejo ha despedido a ambos. Sólo que aún no se han marchado. Pero el otro molino, que es pequeño, fue construido con toda rapidez, ahora hace un año. Levin, el propietario, viene de Rozan y allí había aprendido algo de moler y enseguida empezó a trabajar en este molino, un poco más abajo del río. Nada más que cuatro postes y algunas vigas y tablones y una rueda ligera, ya que la corriente es allí un poco superficial y la casilla del molino

temblaba bastante, de modo que se procuró dos cadenas y la sujetó contra la corriente; pudiera sorprender que algo así se mantuviera en pie todo el invierno y llegara hasta la primavera. Y él hizo su buen dinerito».

«¡Un judío así», dice el joven, «que llega con el culo al aire y enseguida hace negocio!».

«Pero ¿qué dices? Nada del culo al aire. Llegó con su dinero. Cada madero había sido comprado y traído en carro desde Gollub. Yo mismo los corté y, a continuación, el revestimiento, en dos días todo estuvo listo».

«Y, al principio, no venía nadie».

«¿Y eso por qué?», dice uno de los oyentes de Habedank, el de la perilla, que vapuleó a aquel capitán de caballería, el señor de Lojewski, el viejo borracho, en la *Casa Alemana* de Wiezorrek. En otra ocasión, el antaño capitán de caballería estaba sentado allí y hablaba con chulería de que se está desperdiciando cerveza alemana con los polacos, de que ya no hay honor, si éstos reciben la cerveza alemana al mismo precio que los hombres decentes; de que no puede ser verdad que estos polacos estén aquí holgazaneando por todas partes, tirados como la arena en la playa.

De modo que el de la perilla le vapuleó, aunque no tanto, doblándole una de las condecoraciones que llevaba y dejándole en la calva una muestra de esa cosa de metal; acaso venía un poco embalado y chocó contra él, acaso se desfogó en él. Lo cierto es que, por ello, está aquí encerrado.

«Oye, ¿pero a qué viene toda esta cháchara por un judío?», dice el de la perilla. Y el otro, que hasta ahora no había dicho nada, ahora dice también algo. Es una de aquellas personas que, generalmente, dicen poco, pero si dicen algo no es más que mierda.

«Esos judíos», dice él, «han clavado a Jesús en la cruz con clavos, ocho pulgadas». Él lo sabe muy bien. «Y ahora corretean de un lado a otro por el mundo», dice él, «con la señal cainita de asesinos de Jesús en su frente».

Esto es ya tan antiguo, que parece ya una verdad que se ha hecho cuerpo.

Así lo dijo ese que, de ordinario, no habla mucho, por cierto que con una tranquilidad pasmosa, sin pasión alguna. Él lo sabe muy bien, él no querrá hacer, por ello, nada malo a ninguno de esos judíos, no se adelantará a Dios, que es de fiar y que lo hará Él mismo, como se dice en la primera a los tesalónicos, y si Él lo hace, él, el que no dice mucho, se mantendrá firme y no se sorprenderá, pues eso tenía que ocurrir así; si acaso, a lo sumo, se aproximará un poco más y ayudará después un poco.

El joven lo había oído también alguna vez, naturalmente, eso puede ser así, pero también es verdad que puede no serlo. «Cuando estuve en Gollub», dice él, «había allí un judío, un hombre pequeñito muy anciano, lo llevaban de un lado a otro en una silla; allí donde iba, desde la mañana hasta la tarde, siempre había gente en torno a él, y entonces, durante el medio año que él estuvo allí, en Gollub, no hubo ya ningún proceso más en Gollub, con todos se avinieron. ¡Quién sabe dónde estará ahora aquel

hombre!».

Los tres hombres no dicen nada. Y el joven piensa que a él todo aquello no le ha servido de nada. Pues el joven ha sido tratante de ganado y había vendido una vaca que no le pertenecía en Lissewo, y enseguida se supo. Ahí tendría que haber sido él alguien con dinero.

«Ese Levin, ¿dices tú que llegó con dinero?».

«Y con un medio de transporte», dice Habedank.

«Y, entonces, ¿qué?».

«Pues bien», dice Habedank, «compró grano y lo molió y luego vendió la harina».

«Y el viejo, que había molido pagando un salario, como es usual, vio cómo, ahora, de repente, muchos vendían sus cereales a Levin, porque el dinero en efectivo era escaso, habiéndose dado el caso de que llegaron a pagar los impuestos con cochinitos, pues no tenían ningún dinero. Cuando vio esto, el viejo se quedó estupefacto, y no paraba de maldecir, e incluso dijo una vez que él ya le enseñaría algo al judío, pero no dijo qué cosa.

Y, en primavera, por la mañana, de repente, el molino de este Levin desapareció del mapa. Sólo quedó allí la pasarela y los dos postes donde habían sido enganchadas las cadenas».

«¡No me digas!». El de la perilla se deslizó del camastro y quedó apoyado contra el muro. Y el otro, el silencioso, acaso tampoco pensó que allí había sucedido un milagro, pues pregunta cómo pasó aquello.

Por cierto, que este taciturno sólo está aquí porque otro robó madera en la serrería de König; no fue él, y menos en lo de König.

«¡Bueno, pues el agua llegó!», dice Habedank. «Se podía ver cómo tuvo que ocurrir. Se había dejado correr el agua de las presas, y en el dique, delante del gran molino, que el viejo había construido, el agua subió hasta el borde, cuando antes, corriente arriba, la arena salía a la superficie, de lo poco hondo que era. Todos se quedaron extrañados, ¿qué puede significar algo así? Ese dique se había roto. Pero no solo. Uno podía verlo».

«Pero ¿quién iba a hacer algo así?», dice el joven.

«Sí, ¿quién?», el de la perilla saca una risa de conejo. «¿Y qué dijo el judío a todo esto?».

«Demanda judicial. En Briesen».

«¿Y ahora?».

Habedank cuenta todo: lo de la vista oral en Briesen. Lo del circo italiano en Neumühl. Lo de la casita de Pilch.

Se ha hecho de noche. A las once el guarda se acerca a la puerta y dice: «¡Podrías ya parar un poco!». Y se queda junto a la puerta y escucha todo lo que se dice. Hasta que el gitano llega, finalmente, con su historia a esta segunda vez en Briesen. «Y, ahora, punto final, ¡mañana será otro día!».

¡Como si esto significara algo!

Esta noche tía Huse no duerme. Se acostó, pero no duerme. Levin le ha tenido que contar todo, de dónde viene y por qué él vino a parar precisamente a Neumühl, a tocar las narices a mi abuelo. Y Marie: lo que había ocurrido con la casita de Pilch, cómo llegaron a la *chaussée* y donde debía aparecer la casa no estaba sino el cielo azul, todo liso como una cama.

«¡Hijos, yo no iré con vosotros», dice tía Huse a la mañana siguiente, «id vosotros solos! No vale la pena, todo se aclarará enseguida. Tiene que aclararse».

Habedank había estado en Strasburg, de donde no se marchó hasta la víspera del fuego. Una vieja lo habría visto en una aldehuela al sur del bosque de Malken, y también un campesino, un hombre más joven, que conducía un carro con adrales hacia los prados del Struga y que había dejado subir en su carro a dos hombres, uno de los cuales con un violín, y otro que siempre iba cantando entre dientes. Un buen trecho. Pero ¿quién preguntará por ello?

Uno sabe muy bien la distancia que hay desde Strasburg a Neumühl. Pero por esto Habedank seguirá siendo un gitano y no se con vertirá en nada mejor. El carcelero ha traído el café de bellotas. Dentro están sentados los cuatro.

El joven ha empezado de nuevo con la historia de ayer de Habedank. «¿Con quién estuviste en Strasburg? ¿Weismantel? ¿Y él va siempre cantando? ¿Qué es lo que canta? ¡Cántanos tú algo!».

Habedank no quiere cantar. En vez de él, quien canta es el taciturno, así, como de pasada. El carcelero le había dedicado un saludo extra, sale a relucir que ha estado ya varias veces aquí, casi es un huésped habitual.

*In die Briesensche Kabise
kommt man duch die Türe rein,
kriegt man Laus und kalte Füsse,
na was wird schon weiter sein*^[36].

Y después: *Wum-ta wum-ta wum-ta wum-ta*. Muy sencillo. Una canción para acompañarla enseguida.

Habedank está acostumbrado a mejores canciones. Sí, ¡si él tuviera el violín aquí, para dar, con un cierto tono agudo, un poco de encanto a esta cansina melodía! Así, no vale nada. ¿Qué puede salir aún de esto?

*Aus der Briesenschen Kabise,
geht man durch die Türe raus,
nimmt man Laus und kalte Füsse
bis zum nächsten Mal nach Haus
Wum-ta wum-ta wum-ta wum-ta*^[37].

No hay más. Las repeticiones no le ayudan a uno nada. «Wum-ta wum-ta wum-ta».

Absolutamente nada.

Entretanto, Habedank aprende algo nuevo.

El de la perilla había empezado con aquello ayer por la tarde. Cuando las moscas fueron dejando las danzas que hacían bajo aquel bajo techo y únicamente emprendían un par de vuelos zumbadores sin ton ni son, y, finalmente, una tras otra, quedaban suspendidas de los muros de la celda, arrastrándose todavía un poco hasta quedarse quietas; cuando incluso guardó silencio el grueso moscardón, que sólo se agita en el hueco de la ventana, golpeando de vez en cuando su dura cabeza contra el cristal.

Entonces, el de la perilla dijo: «¿No ves las moscas? Las moscas siguen aquí, acomodándose según los días que han estado juntas».

Se entiende enseguida.

«O sea: ahí está posada una mosca. Un poco más arriba, exactamente encima de ella, una segunda. Ahora viene una tercera y toma asiento debajo de la primera. Ya tenemos tres. Pero entonces la mosca de arriba vuela. ¿Vuelve de nuevo? ¿Cuenta cuando ella está de nuevo fuera? ¿Cómo es esto, se guardan el sitio, como si todas siguieran posadas aquí?»

Ahora viene otra mosca. Se posa medio metro más arriba del sitio donde estaba antes la de arriba. ¿Cuántas son ahora: tres o cuatro? ¡Gracias a Dios que regresa otra vez la mosca de antes! En cualquier caso, ella se coloca exactamente en el sitio que había dejado. O sea, que es como si siempre hubiera habido cuatro moscas.

¿Se las debe echar? ¿Se las hará salir todavía hoy? ¿Afuera por la puerta, *wum-ta*, *wum-ta*? No, no se hará eso, pues luego podrían acudir hasta dieciséis moscas, y mejor es tener aquí cuatro que no dieciséis».

«Pero ¿no debería uno aplastar contra el muro a las cuatro? Así son cuatro y ninguna más. Se obtiene un resultado».

«¡No tienes ni idea!», dice el de la perilla. «¿Cuántas piensas que no vendrían al entierro?».

Wum-ta, wum-ta, wum-ta.

«Y, además, las muertas no cuentan. Si no, se podría atrapar a algunas y clavarlas ahí».

En eso tiene razón. Así que sigue el oráculo. Pero hay, naturalmente, trucos.

«Si uno, por ejemplo, tuviera un poco de melaza. O azúcar. Si es necesario, también vale con un salivazo. Se traza, con el dedo mojado, una raya en el muro, entonces ellas se posan encima. Incluso cuando la raya esté seca. Nadie ve allí nada».

«Pero eso no se puede hacer con tabaco de mascar», dice el experto. «O sea, que, si la saliva sabe a tabaco, a las moscas no les gusta. Nada de tabaco».

Ahora llega otra mosca, la que hace el número cinco, pero se arrastra un poco más hacia la derecha. ¿No se dará la vuelta?

Los ojos de todos no se apartan de allí. No se verá ahora, sino mañana, cuando

haya luz y las moscas prefieran pasar rozando, de acá para allá, sobre las cabezas de los hombres, y es raro que una de ellas se pose en el muro. Uno está sentado y con la vista fija en el encalado de la pared: ¿se posa allí o no se posa? ¿Viene otra nueva?

Hacia mediodía, las moscas, durante un rato, se quedan más tranquilas.

¿Cuatro días? ¿Cinco días? ¿Dieciséis?

¡No, la cosa no se va a aclarar enseguida! En esto tía Huse no tiene razón. Tiene al mundo por algo mejor de lo que realmente es. Naturalmente que éste, según la opinión de tía Huse, habría de ser mucho mejor, pero lo cierto es que es peor de lo que cree tía Huse.

«¿Visita para Habedank? ¿De quién?, ¿de la hija?».

«¿Y qué quiere usted, joven?, ¿es también de la familia?».

¡Una nueva moda, visita!

«Pues vayan ustedes al juzgado del distrito, ahí, a la vuelta de la esquina, despacho número uno. Ahí está sentado un empleado de nariz roja. ¡Y compórtense ustedes como es debido! ¡Siempre finos y educados! ¡Decir siempre “gracias”!».

¡Modas completamente nuevas! El carcelero Szczesny lleva veinte años de servicio. Antes fue militar. Pero no se puede acordar de ninguna visita. ¡Pues no había!

También Bonikowski debe quedar sorprendido. ¿Visita?

«Díganme ustedes, ¿no estuvieron aquí recientemente? Por el asunto de Neumühl, sí, el molino. ¿Y ahora de nuevo aquí? De nuevo por un asunto de Neumühl. ¿Pero qué quieren ustedes?».

«Hacer una visita, sí, entiendo».

«¿Y qué relación tiene usted con el preso? ¡Ninguna! Vea usted, ¿entonces qué hace usted aquí?».

«¿Y usted dice ser su hija? ¡Viene, sabe usted, tanta gente!».

Le da vueltas aún durante un rato. Finalmente: «¡Por desgracia no es posible, usted tiene que poder demostrarlo! O traer testigos. Fidedignos».

Son causas criminales, pero eso toda esta gente, gitanos, judíos, no lo entiende. ¿Cómo se llama? ¿Ayuda para la fuga? ¿Peligro de oscurecimiento de la causa? Algo así. En cualquier caso: transmisión de noticias. *Kassiber*^[38]. Probablemente en lenguaje cifrado. Acaso por señas.

Así que nada de visitas.

Marchan los dos a ver al tío. Dos calles, la plaza, la callejuela. El tío está dando clase a los niños. La tía no está en casa. Puede que en casa de los vecinos. «Echaré un vistazo», dice Marie, y corre fuera.

Leo Levin está sentado junto a la pared y escucha, a través del fino tabique, las voces de al lado. Las voces claras, que muchas veces se superponen, rápidas o lentas, y luego la oscura voz que va detrás acompañando a las otras y que se hace cargo con preocupación de todas las otras, como cogiéndolas por el hombro, pero adaptando su paso a la forma más corta de andar de aquellas voces apresuradas.

Mucho no se entiende, en todo caso ninguna palabra o frase.

Levin se levanta y va hacia la puerta. Ahora escucha mejor.

«Como ya os tengo dicho: si viene la desgracia, no corráis a meteros en ella, sino quedaos quietos y no os acerquéis. Pero ¡gritad, gritad todo lo que podáis! ¡Y algunos vendrán, otros vendrán a ayudaros!».

Levin está decepcionado. «Escucha esto», dice a Marie, que ahora está entrando en la casa, y no ha encontrado a la tía. Acaso se ha cruzado con ella, pues no la conoce. Pero ninguno a los que ha preguntado ha visto a la tía. «¡Escucha, escucha esto!».

Pues el tío está explicando todo de nuevo.

«Vosotros no os metáis. ¡Pero gritad, gritad! Otra gente vendrá a ayudaros».

«¡Cómo no, Levin, si tiene razón! Piénsalo: alguien queda atrapado bajo el caballo y la chiquillería acude y el caballo sigue coceando con las tres patas sanas, sólo una se le ha roto. ¡O muerde! ¿Lo ves?».

Y ahora viene la tía por sí sola. Se queda parada en la puerta y dice: «¡*Leochen!*». Y dice, con la vista puesta en Marie: «*Leochen*, ¿ésta, quién es?».

«Es mi prometida, Marie», dice Levin.

«¡Huy, huy!». La tía se asusta un poco.

Marie da un paso atrás, blanca hasta las raíces de los cabellos. Y luego, de repente, se pone a reír, así, muy rápido.

«No es verdad», bromea. «Yo soy la hija de Habedank. Ése del violín».

«¡Ah, ése! Yo lo conozco, ya estuvo aquí», dice la tía.

Y, ahora, otra cosa: ese conocido Habedank está encerrado aquí, en Briesen.

«¡Huy, huy, hija!»., dice la tía. Pero no está totalmente tranquilizada. ¿Prometida de *Leochen*? No sería bueno.

El tío Sally manda a casa, desde al lado, a sus niñitos. El griterío resuena por toda la casa, sube por la escalera que da al desván y luego baja, hasta dentro de la cocina. Tío Sally está ante la puerta y mueve los brazos. Cuando los niños pisan la calle, se quedan totalmente silenciosos.

No, la cosa no se aclarará enseguida.

El jefe de policía de Strasburg se llama Birfacker. Nadie sabe de dónde es, un buen día apareció aquí y sigue siendo un extraño, acaso cualquier día desaparecerá de nuevo.

Ahora acaba de recibir una carta. Un escrito del juez del distrito de Briesen: «Incendio, el sospechoso del hecho ha venido utilizando, ilegalmente, la propiedad en cuestión, probablemente acto de venganza, ya que era inminente el desalojo forzoso».

Y luego hay algo escrito acerca de mi abuelo, que es un alemán, residente en Neumühl. Y, en lo que respecta al (vivamente) sospechoso Habedank, éste insiste en que se pida información al nuevo capellán católico de allí, llamado Rogalla.

«¡Vamos a rogarle a este señor que venga!»., dice Birfacker.

Así que el señor clérigo comparece. «¡Alabado sea Jesucristo!»., Birfacker,

gruñón: «¡Buenas!». Por tanto, el capellán toma asiento sin decir ninguna otra palabra.

«Yo le he pedido que venga», gruñe Birfacker.

«¡Ya lo sé!», dice el capellán Rogalla.

«¿Cómo?».

«Usted me ha hecho llamar», dice Rogalla, «y yo estoy aquí».

¡No es tan sencillo con este hombre! Y entonces, por precaución, dice Birfacker: «Tengo entendido que usted es nuevo aquí, puede que usted aún no sepa orientarse bien en esta ciudad».

«¡Sí, sí!», dice Rogalla, «ya van cuatro entierros, tres bautizos, un matrimonio; uno se habitúa enseguida».

«Le pido que me escuche», dice Birfacker.

¡Ánimo, pues, Birfacker, nosotros necesitamos esta conversación!

«¡Señor mío!».

«Señor capellán», completa Rogalla.

«Sí», dice Birfacker.

«Usted no es de aquí, como, por cierto, tampoco yo».

«Sí, sí», dice Rogalla, «soy de Rogowken, a veintidós kilómetros de aquí. ¿Y usted?».

«Pues yo... Bueno, da igual».

Una pequeña pausa. Tras un gruñido, prosigue: «Usted, señor capellán, es, sin duda, consciente de las tareas de su cargo».

«En nuestra Santa Iglesia», dice Rogalla.

«En nuestro Imperio Alemán», corrige Birfacker. «Hecho presente, para todos nosotros, en la venerable persona de nuestro héroe imperial».

«¿Y qué tiene usted de nuevo?», pregunta el capellán Rogalla.

«Paso enseguida a ello», gruñe Birfacker. «Así pues: el inmueble n.º 42/2, en Neumühl, a cargo del fisco, de propiedad, hasta el 1 de octubre del 68, de Pilch — déjeme que acabe—, ha de ser considerado, a consecuencia de un incendio, totalmente perdido; por favor, señor capellán, ¿conoce usted a un gitano de nombre Habedank, sobre el que recaen vivas sospechas en este asunto del incendio; conoce usted, por casualidad, a este hombre?».

«Habedank, Habedank...», piensa Rogalla.

«Luego ¿usted no lo conoce?», constata inmediatamente Birfacker.

«Sigo recordando», dice Rogalla.

«Propiamente, ya hemos acabado», piensa Birfacker.

«¿Y qué es este Habedank?», pregunta Rogalla.

«Músico ambulante. Dice haber tocado aquí, en Strasburg, en un entierro».

«Sí, ahora me acuerdo», dice Rogalla, «el entierro de Zabel, Samuel, un violín, un hombre bastante mayor. Había otro con él, que cantó. Gente en orden...».

«Señor capellán», dice Birfacker, «acaso sea completamente igual en este asunto

quién ha hecho música o si alguien ha hecho o no ha hecho música. Eso es habitual aquí, y entonces no se pregunta antes por el nombre y demás».

«¡Pero usted me ha preguntado!», dice Rogalla.

«Cuestión de formas», contesta el jefe de policía Birfacker. «¿Por qué precisamente usted iba a conocer a un gitano ambulante?».

«No le entiendo», dice Rogalla.

«Pronto me entenderá usted, señor capellán. Este gitano vagabundo ha vivido en una propiedad de Neumühl que no le pertenecía. El comprador de esta propiedad le exigió que desalojase. A consecuencia de ello, dicho gitano, vengativo como todos los gitanos, ha prendido fuego a la casa».

«Así que usted ya lo sabe todo», dice Rogalla.

«Bueno, es cosa sabida. Pero este gitano afirma que cuando tuvo lugar el incendio él no estaba en Neumühl, sino en Strasburg. Si consideramos la fecha del entierro, esto incluso concuerda, es decir: el incendio fue provocado en la noche del día siguiente».

«Desde Strasburg a Neumühl se necesitan tres días».

«Yo no querría afirmarlo tan rotundamente, señor capellán. Buenos caballos, cambio de caballos en Malken: una noche y un día. En principio improbable, lo concedo, pero bien posible».

«Señor jefe de policía», dice el capellán Rogalla, «esto habría que excluirlo. Ese hombre, o mejor, esos dos hombres mayores...».

«Señor capellán», dice Birfacker, y se levanta, «usted no tendrá la intención, quiero pensar, de encubrir a esa canalla, con la que nuestra administración se encuentra en profundas dificultades. ¿Qué sacará usted de ello?».

«¿Es una pregunta?».

«Sí, señor capellán, e incluso le pido que se exprese al respecto».

Este despacho oficial está bastante oscuro. Además es estrecho. Sobre el alféizar de la ventana hay cuatro platos con veneno para moscas, pero, probablemente, esto es demasiado poco acogedor para las moscas.

Sobre el armazón donde se amontonan las actas, junto al escritorio, está entronizada una botella. «Vino tinto», dice Birfacker ante la mirada del capellán. «Que a usted ya le es, en más de un sentido, familiar».

«Nuestra Santa Iglesia...», empieza a decir Rogalla.

«Déjelo usted ahora», le interrumpe Birfacker, «se trata de un caso de importancia nacional».

«Entonces ya me puedo ir», dice Rogalla.

«Le pido que se quede».

«Señor jefe de policía», dice Rogalla, «tengo la impresión de que usted me está haciendo aquí un interrogatorio».

«¡Tonterías!», dice Birfacker, y, de repente, se pone de buen humor. Limpia con la mano la mesa y, de hecho, tiene atrapada entre los dedos una mosca, a la que se

queda mirando un momento antes de empezar de nuevo a hablar.

«No hablemos de ello», dice, mientras aplasta la mosca entre el dedo índice y el pulgar. «Se trata de un caso claro: acto de venganza, ejecutado contra un hombre alemán de una valía unánimemente reconocida, y, por ello, contra lo alemán en general. Usted me entiende, ¿no es verdad?».

«¡No!», dice el capellán Rogalla.

Birfacker alza una mano y la mantiene plana entre él y este sacerdote. «¡Pero oiga usted, si nosotros, aquí, como alemanes, tenemos una misión...!».

«¿La tenemos?». El capellán se queda mirando a Birfacker arqueando las cejas. «Yo no estoy seguro».

«¡Rayos y truenos!». Birfacker ha echado mano del pisapapeles y arroja la pieza, un resto de granada del año setenta, al suelo del despacho.

Rogalla se ha levantado. «Probablemente estoy aquí de más».

¡Para qué dar tantas vueltas! Pero ahora se levanta también Birfacker. Dice: «Usted debe recapacitar, señor capellán. Nosotros estamos aquí como alemanes. Esto tendría usted que entenderlo, pienso yo».

«Yo soy sacerdote».

«Lo sé, señor capellán, sacerdote alemán. Las autoridades de su iglesia tendrán poca comprensión con su actitud irresoluta».

«Señor jefe de policía», dice el capellán Rogalla, «explíqueme, por favor, clara y nítidamente, lo que quiere. Yo lo examinaré».

«¡Examinar!», gruñe Birfacker. Se ha recompuesto de nuevo. Acaso hace poco era innecesario.

«Pues bien, señor capellán, necesitamos su declaración. Ha sido requerida por el juez de distrito de Briesen y se necesita allí. ¿Podrá jurar usted que ese gitano...?».

«Usted no es competente, pienso yo, para hacerme esta pregunta, señor... ¿cómo era su nombre?».

«Birfacker, jefe de policía, y usted me ha malentendido. Naturalmente que yo no soy competente para hacer algo así. Pregunto si usted ha visto a ese vagabundo gitano llamado Habedank, en la fecha en cuestión, aquí, en Strasburg. Por favor, ningún subterfugio, necesitamos una declaración que pueda ser utilizada».

Ahora Rogalla tiene, de nuevo, que recapacitar. Permanece de pie. Al rato, dice: «El día anterior al fuego, si la fecha del fuego es cierta, él estaba aquí. En Strasburg. Hacia las ocho de la tarde todavía lo vi. Un hombre bastante mayor; su acompañante era, evidentemente, aún mayor. Además, recuerdo que, ya antes del entierro, aquí, en la *Casa Alemana*...».

«Lo anterior no interesa», interrumpe Birfacker.

La declaración deseada no ha de ser esperada, pues, en la forma deseada. «Habremos de vigilar un poco a este señor clérigo», se propone Birfacker.

«Bien, el día del incendio, según su declaración, ese Habedank ya no estaba aquí».

«Eso yo no lo puedo afirmar», dice Rogalla, «yo ya no le vi más, pero es un disparate pensar que esas dos personas ya mayores podrían haberse puesto en marcha durante la noche sólo para quemar una cabaña».

Él dice *Kabise* —cabaña—, prueba evidente de que es de esta región. Pero Birfacker se ve obligado a cortarle de nuevo el discurso: «¡No haga usted una bagatela de este asunto, yo tengo ya mi experiencia, y me he permitido expresarle a usted cómo ha de ser visto el caso!».

Y, tras una pequeña pausa: «Ahora mismo hago poner por escrito su declaración. Tenga la amabilidad de confirmarla con su firma. ¡Schimanski!».

Y ya la tenemos, firmada por el capellán Rogalla, que ha tenido que recibir un adoctrinamiento sobre lo que es un comportamiento alemán, el cual, en el futuro, deberá andar con cuidado, no sea que no esté tan seguro del aplauso de sus superiores: «Habedank ha estado aquí hasta el día anterior al incendio, hasta las ocho de la tarde». Nada más.

«Sobre si él llegó o no en un día y una noche a Neumühl», dice Birfacker, «yo no sé nada, ni usted tampoco, esto no lo decidimos nosotros». Ligera inclinación. Birfacker abre la puerta y llama en dirección al sombrío pasillo: «¡Schimanski!», y pasa por alto totalmente la pequeña inclinación de cabeza con que el capellán Rogalla abandona este despacho oficial de aquí. «¡Schimanski!».

Ahí acude Schimanski.

«¡Aquí, un escrito para Briesen, juzgado de distrito!».

La declaración es, pues, enviada. Y necesita su tiempo. De Strasburg a Briesen. El correo policial va un poco más rápido que el del juzgado, distribución a cargo de la dirección de correos de Marienwerder.

Cuando nuestro Habedank es conducido ante Nebenzahl, tiene ya sobre sus espaldas diez días de encierro.

«¡Ah, mira por dónde», dice amablemente Nebenzahl, «ahí estás tú de nuevo! Puedes sentarte tranquilamente».

«¡Yo no sé absolutamente nada!», dice Habedank.

«Sí, sí, tú no sabes, pero nosotros sabemos», dice Nebenzahl. «El viejo tugurio se quemó, ¡no es tan grave, a qué preocuparse!».

«Pero ¿por qué acabo yo encerrado en la *Kaluse?*», pregunta Habedank.

«¿Sabes?», dice Nebenzahl, «tú tienes que decir la verdad, y la has escamoteado».

Y, ya que Habedank alza las manos y grita «¡¿Yooo?!», añade, tranquilo como hasta ahora: «Quizá estabas cocinando un erizo de mar y te llevaste el tugurio por delante. ¿No puede ser?».

Los erizos se cuecen, por si alguno no lo sabe, enrollados en barro. Cuando la bola de barro, que se pone, sin más, al fuego, está dura y se cuartea, se la saca fuera y se la sacude, y la piel, con sus púas, se mantiene pegada al barro, y el erizo es guisado en su propio jugo. Pero hay que sacarlo antes. Si uno quiere, lo puede llenar con patatas.

«Yo no he cocinado erizos», dice Habedank. «Yo llegaba de Strasburg con Weismantel, y la casita de Pilch había desaparecido, Kroliwoski estaba allí».

«Viniste, pues, de Strasburg», pregunta Nebenzahl, «en carro, ¿verdad?».

«Un pequeño trecho en carro, pero no mucho, no pasaba ninguno».

Nebenzahl sigue preguntando pacientemente, pero sin resultado alguno. Vinieron, los dos viejos, con la fuerza de sus viejas piernas. Así y de ninguna otra manera.

«Mañana hablaré con el consejero del distrito», piensa Nebenzahl, «y este Habedank vuelve de nuevo a su celda».

La conversación con el señor consejero no dura nada. El señor von Driessler tiene otras preocupaciones, ha de preparar la velada de bolos.

«¿Viene usted también, Nebenzahl? Yo he pensado que, esta vez, mejor sin las damas, más sueltos. En cuanto a lo del incendio, usted estará de acuerdo conmigo en que a nadie le importa un comino. ¡Se la da de baja en el catastro, y listo!».

«En el juzgado se ve de otra manera», observa Nebenzahl. «El jefe de policía de Strasburg considera esta historia como una acción antialemana».

«Pero ¡querido!», dice el señor von Driessler, «¿adónde vamos a parar?». Y Nebenzahl no puede, ahora, sofocar del todo la sospecha de encontrarse, una vez más, ante una típica negligencia austriaca.

De resultas de ello, mi abuelo recibe desde Briesen la notificación: «La venta de la propiedad de Neumühl, n.º 42/2, casa de servicio, no factible, ya que la misma se ha quemado».

«¿Y cómo está el asunto de Habedank?».

Habedank regresa, cuatro días más tarde, a Neumühl. Le acompañan Marie y Levin.

Querido abuelo, esta vez no ha sido suficiente. No ha bastado sólo la sospecha. Imposible aportar pruebas. En toda esta historia nunca hay pruebas.

Ninguna prueba.

Este Habedank siempre vagando de un sitio para otro, incluso, ahora, en la propia Neumühl.

Acaso sea ésta una de las llamadas frases subordinadas, a cuya numeración hemos renunciado; frase secundaria porque, para ser una frase principal o capital, le faltan dos características: brevedad convincente y, sobre todo, sentimiento.

Si bien lo que se afirma en esta frase subordinada ocupa, por entero, la lengua, y también el corazón y la vesícula biliar de la gente.

Le ha tocado el corazón a Weismantel y, naturalmente, a Marie y a Levin. Y sin olvidar a tía Huse, que le tuvo en su casa cuando hacía el camino de vuelta de Briesen, y le dio, al despedirse, un ramo de rojas flores de amaranto, buenas contra la diarrea. Olga Wendehold y Feyerabend vinieron a saludar a Habedank, y Weismantel le devolvió a su amigo el violín, eso es lo mejor.

Habedank está sentado ante la puerta de la casa de Froese, el despellejados en la banqueta verde, y va punteando una cuerda tras otra y comprobando cómo suenan. Cómo los tonos, aislados, se agrupan en un claro chillido, que baja después de resonar en el tejado; cómo retroceden y se afirman un poco, pero de un modo totalmente amistoso, precisamente cuando el sonido está por extinguirse.

Las golondrinas, con sus chillidos, vienen disparadas, como flechas, contra el tejado, en donde, arriba del todo del muro de la casa, pegan sus nidos, esas bolas semiesféricas de barro acarreado con el pico. Y dado que el alero del tejado de la casa de Froese hace una fuerte pendiente, siempre, un poco antes de llegar al nido, sin disminuir, naturalmente, la velocidad, hacen una pequeña curva hacia abajo, ladeándose, una especie de buceo, y, de nuevo, el vuelo rectilíneo hacia arriba, hacia el borde del nido, a esa abertura semirredonda donde los anchos picos de las crías se mantienen abiertos de puro chillar.

Esto es algo que casa con el violín de Habedank: para acompañar el chillido de las pequeñas golondrinas se pulsa la cuerda del mi alto; para el acompañamiento del gorjeo apaciguante de los padres se pulsan las otras, la y re, y, a veces, hacia el atardecer, la cuarta más baja. Y, cuando Habedank deja que sus dedos recorran el puente del violín, de repente, a gran velocidad y, de nuevo, más despacio, se puede escuchar allí un extraño dúo: rudos cantos de pocos tonos, como lo saben hacer los rebaños en los prados y todos los pastores del mundo, con una pequeña y brincadora guirnalda en el medio; y, luego, de nuevo, los tonos claros, claros incluso cuando se van extinguendo. Uno cierra los ojos y siente sobre los párpados la corriente de aire

que las golondrinas traen consigo, expectante, porque el griterío ha parado un momento, pero ahí está, de nuevo, sin disminuir su intensidad; sólo una de las crías de golondrina se quedó, por un momento más, silenciosa, había recibido una mosca verde, y ahora está chillando otra vez.

Habedank clava los dedos de sus pies en la arena. También él ha cerrado los ojos. Baja el violín y se apoya contra el muro, recalentado, de la casa. Ante él, en el tupido jardín de Froese, todavía florece el espino albar, se deja sentir hasta en el corazón. Como un hálito distinto, pero uno que se ha estado esperando.

Vosotros sufrís del corazón. Mi abuelo, de la vesícula biliar.

«¡El gitano, libre!», dice, y tuerce la boca. Más no dice. Y la «señora tía» no entra en este tema. La predicadora Feller se ha instalado en su casa desde hace un par de días, se ocupa de las gallinas, ha empezado a hacer mermelada de grosella. Seguro que tienen mucho de que hablar. Sea como sea, al predicador Feller la «señora tía» no le deja cruzar la puerta.

Mi abuelo está, la mayor parte del tiempo, en el molino, donde es tiempo de reparar, donde las piedras de moler han de ser revisadas. Cuando los últimos ya hayan trillado y llevado el grano a los silos, el molino tiene que estar ya listo. Este año habrá algo más de grano y de trabajo.

Los polacos siguen en la aldea. «¿Deberé llamarlos otra vez? Hasta entonces, hasta entonces, ¡quién lo sabe...! Lo principal es que el judío está fuera». Nadie más le va a poner a mi abuelo tan rápidamente otro molino ante las narices. Pero todo ello, como queda dicho, repercute en la vesícula de mi abuelo. «¡Y, luego, ese proceso, todavía no ha pasado, habrá una nueva vista oral, no enseguida, pienso yo, pero sí, con toda certeza, todavía en este mes de julio!».

¿Qué tendrá que recibir aún Glinski? Mi abuelo lo ha apuntado, con toda pulcritud, al final de su Biblia, a lápiz. Una lista bastante larga.

«Bueno, eso ya lo arreglaremos». Ésta ha sido, quizá, la frase decimoséptima.

El señor Nolte, Friedrich Nolte, presidente del concejo vecinal de Neumühl, es un hombre mayor. No lo habíamos mencionado aún porque, durante todo el tiempo en que hemos hablado aquí, él estaba en cama, pero ahora nos ocupamos de él, lo hacemos levantar, con siete largos suspiros y un profundo gemido. Así es como se sienta, en calzoncillos, ante su escritorio, donde no se ha quitado el polvo y la tinta está seca. Saca su cuaderno de escribir y lo abre. Se queda pensando largo rato y lo vuelve a cerrar. ¿Cómo va a escribir algo así? Aunque tuviera tinta. Para ello bastaría con disolver esa masa seca con un poco de agua. ¿Cómo va a escribir algo así?

El presidente del concejo vecinal Nolte suspira y se frota la pierna derecha y vuelve a suspirar, y pronuncia, sin más, la frase que hace el número dieciocho: «¡Tiempos turbulentos!».

¿Qué quiere decir con esto el señor Nolte? ¿Es, acaso, por lo de la casita de Pilch?

«¡Tiempos turbulentos!», ha dicho Nolte, y con ello quiere decir algo peor. Siempre arderá algo, la mayoría de las veces graneros. Contra el rayo y los polacos

nadie está asegurado. Y naturalmente, arden más fácilmente los graneros llenos que los vacíos. Y los asegurados arden mejor que los no asegurados. Eso se sabe con tanta certeza en la sociedad esa de incendios de Marienwerder, como aquí. Y no se preocupa por ello. Y si uno está ya tan arruinado que incluso tiene que arder el establo del ganado, antes de recuperarse y construir un establo más grande y con dos reses más que antes dentro, entonces acaso se le diga, también en Marienwerder: «¡Me parece a mí que el buen Dios no se ha contentado con hacer fuegucitos!». Nadie se preocupa por ello. No se necesita otra cosa que el pequeño informe del presidente del concejo vecinal Nolte. ¡Ni palabra, pues, sobre la casita de Pilch!

Si no era Habedank, en Briesen, naturalmente, habría podido estar tranquilamente encerrado, un año y medio por lo menos, hasta ponerse negro, cualquier otro polaco o gitano parecido, uno que no se hubiera encontrado con ningún capellán o, en todo caso, que se hubiera encontrado con uno que no se acordara de nada.

«¡Tiempos turbulentos!», ha dicho el presidente del concejo vecinal Nolte. Y lo que él quiere decir es, en primer lugar, que se ha puesto turbulento en la aldea de Neumühl y todavía más turbulento en las afueras de la aldea, tan turbulento que se ha hecho sentir hasta en su lecho de enfermo.

El predicador Feller ha estado allí. Nolte ya se ha enterado de que Josepha se le ha marchado de la granja. Y él no ha dicho ni palabra de ello, y tampoco Feller, únicamente se ha hablado de turbulencia: de que desde hace algún tiempo Nieswandt y Korrinth están sentados, sin nada que hacer, en la taberna de Rosinke, pues mi abuelo los ha despedido con el último salario. Pero allí también hay otros, como Feyerabend o Lebrecht, ¿quién, si no?

Esos dos deben largarse, ha dicho Feller. Es decir: Nieswandt y Korrinth deben desaparecer del mapa.

Por cierto, que tiene razón. El que no pueda demostrar una relación laboral, quien no esté en esa situación, como polaco o lo que sea, tampoco tiene derecho a la residencia: decreto de fecha 1 de octubre de 1863, que concierne a la inmigración y a la residencia de personas de nacionalidades extranjeras de ambos sexos. Disposición adicional de hace un año. Si bien tampoco es suficiente decir «nacionalidad extranjera», pues, como queda dicho, en ese colectivo entran también otros.

Y luego estuvo allí Froese el despellejador. Porque Albert Kaminski pasó por encima de él enterrando, sin más, las novillas malogradas. Bueno, la cosa no está, por ley, tan exactamente reglamentada, y lo que además le interesa a Froese es otra cosa distinta, a saber, la cuestión de la turbulencia de la época. Sólo que él no habla de Nieswandt y Korrinth, sino del molino de Levin y la casita de Pilch. Por cierto, no con mucha precisión, cosa habitual en Froese, que, por su oficio, no quiere malquistarse con nadie.

Y, finalmente, llegó también a oídos de Nolte, bien caliente, lo que se había desarrollado en el granero de Rosinke: ¡el circo ese!

Tiempos turbulentos.

El presidente del concejo vecinal Nolte dice, mientras emite, una vez más, un fuerte suspiro: «Cuando Krolikowski pase por aquí, tendré que hablar con él».

Pero el gendarme de infantería Krolikowski nunca acaba de aparecer, ni anteayer, ni ayer, ni hoy. ¿Dónde se mete Krolikowski?, pregunta la vieja patrona de Nolte cada día por la aldea, y siempre —anteayer, ayer, hoy— viene con lo mismo: «¡Ni rastro de él!».

«¡Por la Santa Madre de Dios!», dice Korrinth, al que la vieja encuentra por la calle, camino del barrio de las afueras del pueblo, «¿qué queréis vosotros de él?».

«Debe pasar a ver al señor Nolte».

Y entonces Korrinth no escupe, se limita a silbar entre dientes. Y se da rápidamente la vuelta, diciendo: «Yo no lo he visto», y parece apurado, en dirección a las casas de las afueras del pueblo.

«Si lo ves, ¡díselo!», le grita desde atrás la patrona de Nolte.

«Desde luego».

«¡Dios mío, Dios mío!», la patrona de Nolte se queda parada allí, los brazos cruzados ante el pecho: «¡Ahora que Krolikowski debe venir, no viene nunca!».

¿Dónde se encuentra Krolikowski? Ésta es también una frase subordinada, pero no nos detenemos en ella. Pasamos, bonitamente, al otro lado del Drewenz, junto al depósito de Plaskirog, un trecho más allá río arriba, donde está el vado.

Éste es el camino seguido también por Krolikowski, junto con su caballo de servicio Max, pero sin uniforme, es decir, sin el fusil con bayoneta ni el gorro de servicio, vestido con «adminículos civiles», por decirlo en una jerga krolikowskiana, y hace ya de ello cuatro días, y fue de noche.

Por el vado. Siguiendo un trozo de bosque. Circundando la región pantanosa. La próxima aldea se llama Walka. Antes de Walka, a mano derecha, en la zona de prados, hay un depósito en el campo para guardar el grano. Hasta allí llegó él, a caballo, sin ser visto, él sabe muy bien cuándo los guardas de frontera hacen su ronda. Pero allí no estaba la gente adecuada, la que esperaba Krolikowski, que tendría que estar allí, sino justamente los otros.

Entonces Krolikowski habló mucho, en polaco, mucho más rápido que de costumbre, multitud de brazos pegándole, gritos, arrodillado ante ellos, con las manos arriba. Pero, agarrándole de las manos, le levantaron y le pusieron sobre el tronco de un árbol y le azotaron con palos. Pues eran los falsos contrabandistas, no sus rivales, los contrabandistas de Krolikowski. Bajándole los pantalones le corrieron por los prados, en dirección al bosque, en línea recta hacia el pantano. «¡A ver cómo sales de ésta!». Se quedaron con el caballo Max.

¿Qué piensa ahora Krolikowski? Está metido en la ciénaga hasta las rodillas. Con cada movimiento que intenta hacer, se hunde un poco más hondo en esa húmeda papilla.

O finstere Nacht, wann wirst du doch vergehen?^[39]

Esto podría cantar él, Krolikowski, pero nunca fue devoto y no ha aprendido este canto. Y quién sabe si, aunque fuera de otro modo, cantaría. Ahora también podría gritar. Pero no grita.

Probablemente tendrá miedo de la frontera de la zona rusa. Oye a un pájaro que canta siempre a intervalos. Oye pasar a un animal que se desliza junto al pantano. A la caza de perdices blancas. Que aquí no hay.

La luna está quieta y está quieta sobre el mismo sitio. No se ve si se hace más amarilla o se pone más pálida. Está parada y no sigue.

A veces, el glo glo en la ciénaga. Nada más.

Y ahora empieza él a gritar, pero ¿quién va a andar por aquí? Fuera de los contrabandistas.

A la mañana, cuando él puede reconocer ya los abedules de enfrente, pasan, de vuelta de la frontera, sus contrabandistas. Y le oyen gritar. Y lo sacan de allí, muy sencillo, con matorrales que cortaron.

Se había hundido en el pantano hasta el pecho, probablemente vino a parar sobre un viejo tocón, en cualquier caso algo sólido, y así no se siguió hundiendo.

Tiembla, aunque el cieno estaba caliente, lo tienen que sostener. Y ha quedado tan alelado por todo esto que enseguida empieza a hablar de Innokentij, el ruso, el jefe de los otros contrabandistas, los enemigos.

«¡Así que estuviste con ellos, muchachito! Por eso no hubo señales. Por eso hemos tenido que tirar la mercancía al agua».

El fiero Stany, de ordinario tan amable, hace un movimiento de cabeza hacia la derecha. Hacia donde hay tres robles.

La gente de Stany tiene prisa, es ya de día. Cuando siguen su marcha, hay uno que se ha quedado atrás. Uno que cuelga de un árbol, de la rama que más sobresale del roble de la izquierda. Los embarrados vestidos están tendidos, para que se sequen, sobre la hierba. A Krolikowski ya le es igual quién los llevará mañana.

«¡Debe venir Krolikowski!», ha dicho el presidente del concejo vecinal Nolte.

«¡No está!», sigue contestando la vieja patrona de Nolte, aún un par de días.

Nadie se enterará de por qué no vino cuando fue llamado. Sigue desaparecido. Unos años después, un tipo de barbas blancas que había comenzado un negocio en Strasburg está hablando sobre un gendarme alemán, cuando, una tarde, de repente, dice: «Estaba colgado de un árbol, junto a Walka, lo vi con mis propios ojos, de un roble».

El viejo no dice que él, con sus propias manos, le había puesto el lazo al cuello. ¿Por qué lo iba a decir?

Nolte abre de nuevo su cuaderno. Hace constar lo que va a notificar, pero no hace constar todo. Esperar a mañana, acaso podrá funcionar mejor. Ahora, a lo de Rosinke.

Pues Rosinke tiene que retirar la noticia que ha dado. ¿Qué es eso, ahora, del contrabando de Krolikowski? ¿A quién le importa eso, por todos los diablos? Cuaderno cerrado. Listo por hoy.

El nuevo gendarme se llama Adam.

«¡Ahora vienen los auténticos!», dice mi abuelo. «¡Adam! ¡Probablemente es un polaco total!».

Una historia sin pruebas. Una historia sin motivos. Por ejemplo, ¿por qué Rosinke da una noticia así?

O sea, que no sabemos nada.

Quizá porque Krolikowski se había acostumbrado a pasar las horas muertas en la fonda de Rosinke. Pidiendo, con oscuras insinuaciones, aguardiente tras aguardiente, gratis, se entiende.

¿Y qué clase de insinuaciones?

No sabemos.

¿Y qué hará mi abuelo si Habedank sigue dejando oír su violín en Neumühl y en sus alrededores: «Jai, jai, jai, jai»? Si Weiszmantel, este andarín con las piernas enrolladas en trapos, limita sus excursiones definitivamente a un ir y venir entre el caserío de las afueras de Neumühl y la casita del bosque de Jan Marcin. Si Nieswandt y Korrinth están, de pie o sentados, de más y beben un trago con el dinero de mi abuelo, pero no a su salud. Si Josepha Feller sigue estando y entrando y saliendo y manejando en su propia casa, como un reproche viviente o un severo rostro exhortatorio, y no bebe y guarda silencio cuando mi abuelo está en casa, pero seguro que rompe a hablar de nuevo tan pronto él haya cruzado la puerta.

«¡Ah, dejadme en paz, tontos del culo!», dice mi abuelo, y agarra un trozo de papel y se va al cagatorio. Por hoy, la última vez. Es ya de noche.

Uno llega a la vistosa construcción de madera por un camino guarnecido por ambos lados con ladrillos blancos; un camino, hoy, incluso rastrillado, que corre entre saúcos y un aliso. Donde acaba la avenida, hay dos enebros franqueando la puerta y el escalón de madera que lleva a ella.

La edificación es un trabajo sólido y alemán cien por cien, construido por el carpintero polaco ambulante, que también planeó aquel palomar de Feller, con su multitud de pequeñas plataformas de vuelo y su techo acabado en punta.

Lástima que mi abuelo le interrumpió entonces, hablándole en polaco, pero movido por un espíritu alemán, es decir, hablando de la sencillez y la grandeza, y así, por desgracia, no pudo llevarse a efecto enteramente el hermoso plan original: falta el alero soportado por dos columnas y con un friso de adornos en zigzag, así como las dos barandillas laterales.

Tiene, por cierto, dos asientos, sin tabique de separación; se puede, pues, ocupar de a dos y conversar el uno con el otro sin tener que hablar a través de un tabique.

Claro que mi abuelo está solo.

Se queda parado delante de la puerta y mira, primero, a derecha y a izquierda y también hacia atrás, y luego va a mirar incluso detrás de este *retiro*, como puede llamarse a esta casita, e inspecciona todo escrupulosamente, él ha tenido ya sus experiencias, y espía aún un ratito antes de girar el cerrojo, abrir la puerta e

introducirse dentro y tomar asiento de una forma complicada, en la derecha, según su costumbre.

Su cautela está fundada.

Pues el cajón transportable de debajo del asiento, si bien está cubierto con una tapa que se cuelga de dos orejuelas de cuero, tiene en dicha tapa, hecha de tablas cruzadas, algunos intersticios por los que uno puede introducir tranquilamente una tablilla en sentido oblicuo hasta dentro de la materia fecal, estiércol o, como se dice, mierda de vacuno humano, de manera que la extremidad más larga de la tablilla sobresalga por la parte de afuera del recinto y alguno que pase por allí pueda, con toda comodidad, accionarla hacia abajo, y, entonces, la otra extremidad que está dentro de la mierda sale impulsada hacia arriba, hasta donde está sentado el usuario. Se trata de un pequeño susto, y no es, propiamente, una costumbre de la región, nada más que una sorpresa. Que se produjo, dos semanas antes, en la propia persona de mi abuelo.

Claro que su orgullo le prohibió hablar sobre ello, si exceptuamos a Christina, naturalmente, que, como señora y cónyuge y, por añadidura, «señora tía», ha de compartir alegrías y penas.

De modo que es allí donde ahora está sentado. Y la verdad es que no se siente totalmente seguro. Además, ha oscurecido. Y entonces es fácil que acudan espíritus y cosas así.

Razón por la cual mi abuelo ha dejado la puerta abierta.

Junto a la pequeña corriente del molino cantan los ruiseñores autóctonos, ruiseñores polacos. Su canto resuena hasta aquí, y mi abuelo lo podría oír con toda tranquilidad. Pero quién sabe, incluso esto le puede afectar a la vesícula, ahora en que ve enemigos por todas partes: polacos católicos y judíos polacos y gitanos judíos —al pensar en éstos tiene in mente a Marie—, e italianos gitanos, y quién sabe cuántos más.

Así que no oye nada. A lo sumo un ligero crujido, cuando en algún sitio cae al suelo una rama seca, o porque quizá los grajos se estén limpiando a conciencia sus mandíbulas detrás del establo de las vacas, antes de recogerse a sus árboles-dormitorios.

Algún crujido, fuera de eso silencio.

Apagadas todas las luces de la casa.

Acaso estrellas.

Mientras se alivia, mi abuelo reflexiona sobre lo que ha ocurrido y lo que ha vuelto a ocurrir: «¿Qué se ha de hacer ahora?».

Y, entonces, coge en su mano el papel que ha traído, que, por cierto, es el de la notificación brieseniana acerca de que no es vendible un tinglado quemado conocido con el nombre de la casita de Pilch. Con un ligero gruñido, porque, mientras maniobra, se inclina un poco hacia delante.

Ahora, propiamente, podría ya levantarse, pero sigue sentado.

Ahora oye, pienso yo, hasta a los ruseñores. En todo caso, ha cerrado los ojos y se ha reclinado lentamente hacia atrás.

¡Qué paz!

El alma de mi abuelo vuela lejos de allí, al barrio de las afueras. Y dice, para su colete: «¡Si no os mantenéis tranquilos, todavía os echaré yo el guante a todos vosotros!».

¿Se le debe decir ahora, en medio de esta corta paz, que se sobrevalora a sí mismo?

«¡Ven, ven, ven!».

Es poco. El arrullo de un palomo. El ronroneo de una gata. El resoplido del joven potro: cómo aparta, girándola, su angosta cabeza del pesebre, porque siente, detrás de él, un movimiento junto a la puerta de la cuadra, que no se abre.

«¡El Plonek», piensa Ofka, temblando medio dormida, «vaga, con sus ojos rojos, sobre los tejados, se mete en la piel de un gato rojo, arrastrando su cola de fuego, hecha de gritos de muerte!».

«¡Gallinita!», dice Jastrzemb, «¡gallinita, ven!».

Días turbulentos. Un resplandor como de fuego. La noche viene llena de luces, cuyas colgantes colas barren el cielo.

Jescha, el dios de los paganos, y los otros, *Pomian*, *Swist Powist*, han parlamentado un largo rato, por encima del muro de vigas de allá enfrente; estuvieron sentados en la cerca de tierra, han estado hablando con *Chowaniec*, el viejo fantasma de la casa, en el espacio comprendido entre los dos goznes de una puerta y han saltado hasta las vigas del techo.

Se han marchado, la noche pasó, una noche como un tejo en el que se pulverizaron en llamas los pequeños rayos, esos dardos agudos, caídos muy de madrugada, uno tras otro, más y más, hasta que el árbol de la tiniebla se puso a volar, estrepitoso, un cisne de sombras.

La mañana está clara. Nadie sabe cómo puede ser una mañana tras una noche en la que uno no ha estado: levantándose siempre, una y otra vez, corriendo a la ventana, para cerrar los postigos.

La luna ha hecho un trazo blanco, un fino semiarco contra el cielo. *Lelum* y *Polelum*, los dos astros hermanos —o, como los latinos de Bizancio dicen, los Dioscuros—, se han marchado de allí.

Ahora la durmiente yacía tranquila, un brazo bajo la cabeza, bajo el cabello que rodeaba los hombros, una gran ola petrificada. Todavía se podía oír, en el silencio, el acompañamiento de la respiración, cómo aparecía, y volvía a retirarse sigilosamente, el titileo de las sienes; la vena del pecho se levantaba, se bajaba y se levantaba de nuevo.

«¡Ven, gallinita, ven!».

Ofka lanza un brazo hacia arriba, se incorpora un poco dando un grito. El hombre se inclina sobre ella, la echa de nuevo sobre las almohadas. Y sigue teniendo aún en la oreja el sonido del cuerno, que venía de lejos, que aún podía ser percibido tras el

grito de Ofka.

El viejo Strzegonia. Vuelve antes. «¡Tendríamos que habernos puesto a cabalgar ayer!».

La muchacha despierta.

«¡Tu padre!», dice Jastrzemb.

Pero, de nuevo, el pensamiento: «Cuatro días para nosotros, se han acabado y no acaban de marcharse».

Ahora, la señal en la cercanía. Tres cuernos. Ahora golpean la puerta, espadas.

Extraños espíritus los que han encontrado aquí a mi abuelo, deslizándose por la puerta abierta.

Se ha recostado hacia un lado, rebulle, dice: «¡Oh, *Lelum!*».

Lo completamos rápidamente, sin saber cómo mi abuelo va a parar a ese Jastrzemb, el miembro de mayor antigüedad de sus tatarabuelos, que gozó del favor de Boleslaw; este Chrobry de la historia, según se dice, por las herraduras que él había introducido en la guerra contra los polacos, sin saber tampoco de dónde ha salido esa Ofka Strzegonia, con cuyo nombre corre, ciertamente, una historia, pero trescientos años después; posteriormente, vivió durante decenios en un monasterio de Silesia, dentro de un sepulcro sin señal alguna.

El hombre, cuyo nombre era algo muy distinto de Jastrzemb, acaso Zbylut, marchó contra el viejo Strzegonia, abrió la puerta con la espada.

Porque uno aparece en medio de todo ello, uno de los Olawa, probablemente Imko, que es rescatado de la carnicería y llevado, inconsciente, a su castillo. Éste sobrevive, toma parte en 1295, en Gnesen, en la coronación del rey Przemislaw, con el brazo que le quedaba, un hombre de cabellos encanecidos, que ya no habla.

El viejo clava dos cuchillos en la puerta por la que él había entrado en la casa de Strzegonia. En adelante, lleva, en una cadena de hierro que le cuelga del cuello, la imagen de la *misericordia* de este Jastrzemb, o Zbylut, el pequeño puñal.

Ahora lo decimos de una forma simple: ésta es la

4.^a aparición

Esta vez, espíritus muy antiguos. Y muy embrollados, que no se orientan entre tanto nombre, tantas familias y tanto linaje: Strzegonia, Jastrzembiec, Awdaniec, Olawa, Zawora, Starykon, y entre malos y buenos dioses y fantasmas: Pomian, Swist Powist, Plon y Plonek y Jescha y Chowaniec. Nombres, sólo nombres. Oscuridad, día claro, el cisne de sombras y los cuernos. Espíritus muy antiguos.

Christina sale de la casa apresurada, con una linterna de cuadra en la mano, y grita. Allí, en el asiento del excusado, vencido hacia un lado, yace mi abuelo. Ella lo sacude y lo pone derecho, y, entonces, mi abuelo dice, despertando: «¿Qué pasa?», y, al incorporarse, tira del brazo que tiene metido en el otro retrete, y es tan campesino que desmiga entre sus dedos la mierda y constata, lamentándolo, con vistas a su

utilización: «¡Ha salido un poco demasiado fina!».

A veces piensa uno que estos espíritus, los bastante antiguos y los más nuevos, e incluso los muy, muy antiguos, no debieran ocuparse más de él: no puede, en absoluto, contestar de otra forma. No, en serio, andar con tales ancestros no es ninguna alegría. Se podría razonar sobre ello toda una noche, una noche entera, una noche tras la cual mi abuelo, como es habitual en él después de tales movimientos anímicos, se queda dormido en completa paz más tiempo de la cuenta.

¿Qué se ha de hacer?[*]

Así pues, por tercera vez, a Briesen. Y, esta vez, es mi abuelo quien tiene que presentarse. No ha parado de importunar a Glinski, ¡y nada!

A mi abuelo le cuesta un riñón ese dinerito del viaje. Pero ¡no hay más remedio que desplazarse a Briesen! ¿Para qué? Un disparate mayúsculo.

Con todo, resulta una hermosa comparecencia.

A Nebenzahl ya lo conocemos. Abre la sesión y entra enseguida en materia, ante él están:

1. Levin, como demandante,
2. Mi abuelo, como demandado.

Los dos están sentados, a tres metros de distancia entre sí, cada uno de ellos en un banco de madera pintado de color marrón. Toda la sala ha sido pintada de color marrón, es decir, sus muchos artefactos de madera: las mesas, el podio, los armarios, los bancos, los marcos y los alféizares de las ventanas (cuatro). Las puertas (dos, una junto a la pared lateral, otra detrás de la mesa del juez también). Todo completamente pintado en marrón, para protegerlo de los excrementos de las moscas, y renovado cada año, los bancos a causa de los duros traseros, los armarios a causa de las manos rudas. Incluso las paredes están pintadas de marrón hasta casi la mitad de su altura.

En el banco, detrás de mi abuelo, el predicador Feller y el hermano Rocholl. En el otro banco, detrás de Levin, esa tal Marie, tía Huse, el tal Habedank. Y, en el banco de atrás, Froese, el despellejador. Durante la vista se levanta varias veces, sentándose ya en un lado, ya en otro; Nebenzahl tiene que amonestarle exigiéndole silencio.

«¡Haced algo, yo no sé para qué es todo esto!».

Nebenzahl mira su papel. Dice: «Demanda». Dice: «Molino de agua». Dice: «Levin». Finalmente dice: «El acusado».

Mira a mi abuelo, que pone el mejor de sus rostros. Honorable, condescendiente, digno. La negra mirada solapada bajo una capa lechosa, de un mate azulado. Ha colgado del pecho la cadena del reloj. Ahora, cuando mi abuelo está sentado, se extiende un poco por el vientre.

Comparecencia de los testigos.

Enseguida queda claro que aquí no hay ningún testigo de los que quiere el juez de distrito Nebenzahl: alguien que haya visto todo, que haya estado presente cuando la

compuerta —por mí, que se diga la «presa»— fue abierta.

«No fue abierta aposta, se resquebrajó, puede pasar alguna vez, en mi caso es la primera». Esto es lo que mi abuelo, cuando se le pregunta, declara. El secretario Bonikowski pone por escrito la declaración.

«¡Hable usted!», dice Nebenzahl a Leo Levin. Incluso dice «Señor Levin».

Ahora Levin tiene que decir que mi abuelo había dicho siempre que alguna vez iba a pasar algo.

«¿Cuándo ha hecho el acusado estas manifestaciones? ¿A usted? ¿A quién?».

Tía Huse adorna esta hermosa vista judicial interrumpiéndola con sus gritos; esta vez dice: «Pero, si esto lo han oído todos, ¡cualquiera se lo puede decir!».

«¿Quién lo ha oído? ¿Usted?».

«No, yo no».

«Pues silencio».

«¡Habedank!», dice tía Huse, «¡ahora habla tú!».

«¿El señor Habedank?», dice el juez Nebenzahl. «Ya nos conocemos».

«¡Más a mi favor!», dice Habedank. ¿Qué puede contar? Lo que Levin ya ha dicho. «Y al día siguiente», dice Habedank, «estábamos nosotros, junto con Marie, a la orilla, y vimos, sin lugar a dudas, que aquello no había ocurrido ello solo, y Nieswandt también lo dice. ¿Cómo, precisamente, una presa? Nunca había ocurrido algo así».

«Eso me afectó a mí», dice mi abuelo.

«¿En qué, exactamente, se veía que aquello no había pasado por sí solo?». Nebenzahl se muestra amable, escucha las explicaciones de Habedank. Hablar aquí de una inspección del lugar de los hechos sería demasiado.

Y eso es lo que él dice, y tía Huse se apresura a interrumpir: «¡Tontería, ya hace mucho que todo ha sido limpiado!».

«Pero ¡usted no ha visto nada!», dice Nebenzahl.

«¡Sí, lo he visto!».

«¿Cuándo, por favor?».

«Después».

«¡Así que después!». Nebenzahl sonrío.

Por cierto, que ésta —no hemos mencionado todas las manifestaciones de tía Huse— es su cuarta interrupción. En todo caso, el vocablo «tontería» cuesta tres táleros y medio, según una antigua tarifa.

«¡Es inaudito», dice tía Huse, «yo no pago!».

Nebenzahl sonrío. Hubiera podido ya intervenir, después de la doble amonestación, en su tercera interrupción. Y eso es lo que él dice, y a la quinta interrupción se limita a decir: «Eso, señora, yo no lo he oído».

Tía Huse se levanta. «Estimado tribunal», empieza, «yo tengo que contarles algo».

«¡Ah, tía!», dice, meramente, Levin.

«Tú no hables, tiene que ser así, ya lo estás viendo».

Por tanto: «¡Estimado tribunal! Aquí tiene usted a un joven, trabajador, animoso, diestro, querido —¡Leo, mira al señor juez!—, ha trabajado con sus propias manos —¡Leo, muestra tus manos!—, nadie tiene por qué avergonzarse de ello; él mismo se ha construido ese molino, y va de acá para allá con esta muchacha, que canta como un angelito —¡Marie, cántanos algo!...».

Pero quizá esto es ya demasiado, tía Huse. Marie se pone roja como un tomate. Habedank dice: «¡Sigue, tía, alguna otra cosa!».

Aunque Levin se muestra ahora divertido, viendo a Marie tan vergonzosa.

Por tanto, sigamos: «Va de acá para allá siempre con ella, como ya he dicho, guardando el honor, casamiento en las próximas Pascuas, tenía que ser, y ahora: ¿qué será de ellos sin el molino?».

Tía Huse se pasa, como estamos viendo, un poco. ¡Casamiento! Pero tampoco hace daño, se trata de sentimientos.

«Sí», dice tía Huse, y alza la voz: «¡Y allí está el otro, ese tipo maleducado, ese viejo, tan beato y tan malo, allí está, y gruñe y querría, si fuera posible, desayunarse conmigo! No digas nada, yo te conozco desde pequeño, siempre pequeño, eternamente con miedos, no hables, jovenzuelo, ¡qué va a ser de ti, tú, viejo Sadrach!».

Y bien, ahora la cosa está toda mezclada. ¡Pero habla, tía Huse, ya es igual!

«¡Una mujer magnífica!», dice Habedank, y susurra, conmovido, tres veces consecutivas: «¡Una mujer magnífica!».

«Yo les enseñaré algo».

Tía Huse toma en sus manos, de nuevo, la situación. Da un paso adelante, levanta el puño hacia donde está la mesa del juez y grita, con una voz que no puede ser más nítida; tan fuerte que Froese, que está sentado detrás de ella, se pone de pie de un brinco y se queda en el pasillo central, entre las dos filas de bancos, con la boca abierta de par en par, y Bonikowski, el de la nariz roja, se dice: «¿Cómo es posible?», y moja su pluma en el tintero.

«¡Lo primero que habría que hacer es acabar con esta basura de Neumühler! ¡Sin tanto juicio!».

«¡Testigo!», el juez del distrito Nebenzahl tiene en la mano su campanilla y la sacude sin parar. «Testigo Huse, ¿adónde quiere ir a parar con esos discursos? ¡La conmino a respetar la dignidad del tribunal!».

«¡Sí, si usted lo hiciera», dice tía Huse en un tono tranco y como de decir la verdad, «con franqueza, si usted lo hiciera, valdría la pena!».

«¡Vuelva usted a su sitio!», dice Nebenzahl, acentuando su actitud tranquila, «vuelva usted de nuevo a su sitio. Y compórtese sosegadamente. Sus manifestaciones, según he podido constatar, carecen de valor para el tribunal».

«¡Bueno, bueno!, haced algo, yo no sé adónde conduce todo esto».

Así que un continuo tira y afloja, y, finalmente: «Rechazados los testigos

presentados». ¿Costos? ¡Naturalmente! Nueva vista con la comparecencia de los testigos Nieswandt y Korrinth. ¿Son polacos? «¿Insiste usted en ello, señor Levin?».

Levin se apoya, ora en un pie, ora en otro... se gira y se queda mirando a tía Huse.

«¡Di que sí», grita tía Huse, «pero, Leo, yo te aseguro que vendremos también todos nosotros!».

«Sí», dice Levin.

«Se hará una citación», anuncia Bonikowski.

«¡Pero, esta vez, a tiempo!», grita tía Huse.

Nebenzahl ha dado por finalizada la sesión.

«¡Froese», dice mi abuelo al marchar, «ha dado usted un espectáculo!».

«¡Salió así», dice Froese, «venía a pelo!».

«¡No hablemos aquí!», dice mi abuelo.

¡La ciudad es la ciudad! ¡Briesen es Briesen! Todos los caminos traen aquí, o, dicho más exactamente: a la *Marktplatz*; o, aún más exactamente: a la *Casa Alemana* de Wiezorrek.

«Pero ¡hay que reconocer que la ciudad es la ciudad!», dice Feller de un modo circunspecto, mirando hacia afuera por la ventana. «¡Estas casas, sus jardines tan bien arreglados, un edificio tan grande como la residencia del consejero regional, y este hermoso juzgado de distrito! ¡Sus ladrillos verdes y sus torrecillas!».

«¡Hay que reconocerlo, la ciudad es la ciudad, hasta las mujeres», dice el capitán de caballería von Lojewski, que de nuevo está sentado allí, «tantas mujeres, se lo aseguro, como arenas en el mar!».

«¡Ajá!», dice mi abuelo. Y, dirigiéndose hacia el mostrador: «¡Tráigale al señor capitán otra cerveza!».

Feller saca, un poco, su risa de conejo, se siente sumamente contento, acaso porque acaba de vaciar, a pequeños tragos, su vaso. Le hace a aquel señor un gesto de censura con el índice, al tiempo que emite un sonido indefinido, algo como *tss tss*.

«¡Dígame usted, Froese!», dice, volviendo a la carga, mi abuelo.

Y ahora Froese debe explicar cómo se le ha ocurrido hacer de cochero, con su carro alemán, a los enemigos de mi abuelo.

Froese bebe de un trago la cerveza a la que le ha invitado mi abuelo, y ya está pidiendo otra. «Ésta la pago yo», dice sacando enseguida el dinero del bolsillo derecho de su chaleco y manoseándolo bien manoseado; bebe, igualmente, este otro vaso y le dice a mi abuelo, mientras se hurga con el meñique izquierdo en las comisuras de los ojos: «¡Contigo tengo yo que hablar!».

Esto suena bastante desvergonzado. Lojewski se endereza contra el respaldo. ¡Ésta no es la compañía adecuada para un oficial como él! Gente... «He oído que usted es despellejador, ¿no es verdad?».

Froese, el despellejador, se levanta, y dice a Feller, quien hace, igualmente, ademán de levantarse: «¡Tú quédate ahí sentado!», y a mi abuelo le dice: «¡Tú eres

un grandísimo bandido!».

Con esta frase, la vigésima de nuestras frases, Froese sale de la *Casa Alemana*.

Y, acto seguido, va a buscar a sus acompañantes a la casa de tío Sally. Y luego se ponen en marcha.

La primera que habla es tía Glicke, que no viaja. Unas palabras de animo: «¡Hijitos míos!», y: «¡Os he metido unos panecillos!».

«¡Y también una botella de café!», dice Habedank, y le alcanza a Froese una botella envuelta en un trapo de fieltro.

Y ahora suben, en primer lugar, tía Huse, Habedank y Levin tienen que ayudar un poco, Marie sube de un salto, luego Levin y, finalmente, Habedank, quien se sienta junto a Froese en el pescante.

Parten, y hablan con los de abajo, llamándolos desde arriba, y tío Sally corretea todavía un poco tras el carruaje. Y apenas se han alejado de la ciudad, antes ya de Falkenau, del cruce ferroviario, cuando ya tía Huse rompe a cantar. Porque ya está bien entrada la tarde.

*Wie lieblich schallt
durch Busch und Wald
des Waldhorns süsser Klang*^[40].

¡Esto sí que es una canción! Tras cada verso, una pausa prolongada y, luego, ¡ese *schallt* y ese *Wald* sostenidos largo tiempo!

Hallt's nach so lang, so lang^[41].

Esa voz de contralto gitana de Marie. Y el agudo soprano de tía Huse. Habedank tiene la voz de tenor de un viejo oboe, claro que, a veces, introduce, sin darse cuenta, algunos gorgoritos de clarinete. Levin ríe, y Froese acompaña con el negro tono oscuro de trompa, casi ya un gruñido. En ocasiones, desde los cercanos saucedales, responde alguna vieja vaca. Entonces Marie no puede continuar cantando. Y, durante un momento, sólo la voz de soprano de tía Huse resuena en el suave y polvoriento aire veraniego, que huele a prados segados, que únicamente se mueve con las voces, o con algún tábano caballar, o bien con las pequeñas moscas negras que se posan en torno a los ojos de las bestias y se alzan en enjambre cuando los caballos sacuden hacia arriba su cabeza.

Así llegan a Polkau.

En Polkau ya ha oscurecido.

Tan oscuro como puede estar en una clara noche de luna.

¡Levántate, de noche, y vete a la ventana!

Allá, lejos, hay una corriente de agua, un riachuelo, ahora ya lo oyes: ese tono apenas perceptible con que se mueve un agua mansa, un curso siempre igual, del que

sólo emergen, entre los peces, los cazadores nocturnos y, un poco más abajo, antes de que el riachuelo se acerque al Drewenz, la apresurada nutria. Y ese tono agudo cuando ellas disparan hacia arriba la cabeza fuera del agua.

El pez ha atrapado un insecto, y la nutria resuella una vez más en el aire.

Quien camine por aquí ha de pensar que nunca puede haber habido nada tan tranquilo en ninguna otra parte del mundo. La hierba, crecida tras la primera siega, tiene un tallo más fuerte, se resiste a dejarse doblar por el viento terrero y se incorpora una y otra vez cuando éste se hace más suave. Un murmullo. Únicamente los grillos tienen un sonido alto, pero sus voces pertenecen a este sosiego, que rebulle un poco.

Hasta los pasos que vienen por la hierba participan de ese silencio. Pasos lentos. Un poco inseguros. Y ahora palabras.

¿Dónde estuve yo durante mucho tiempo?

Tú estás junto a la ventana. Tú la ves caminar allí, una figurilla en la distancia: Josepha. Tú no puedes gritar: «¡Josepha!». No te oye. Demasiado lejos.

«¿Dónde estuve yo durante mucho tiempo?».

Siempre en la lejanía, Josepha, yo lo sé. Pero ¿qué buscas tú junto al agua? Vuelve, estás borracha.

«¿Dónde estuve yo durante mucho tiempo?».

A lo lejos, Josepha. Siempre que estabas borracha parecía que todo se volvía distinto. No es sino que te lo parecía a ti así.

Tú ves cómo va hacia el agua, tambaleándose, ella estira hacia atrás la cabeza, se queda quieta, las manos sobre el pecho. Con semblante claro.

¡No grites, que no te va a oír!

¡Apártate de la ventana, escucha!

Josepha ha seguido caminando. Hasta dentro del agua mansa. En ese riachuelo, que la lleva consigo.

Pasó la ráfaga de viento. En el suelo yacía una polilla que había sido derribada y movía un ala.

Nosotros estamos contando aquí una historia. Esto se olvida fácilmente. Hemos traído veinte frases, nos quedan aún catorce.

Habedank seguía el rumbo del camino vecinal. La ráfaga de viento, que se había precipitado hacia abajo, a los pies de Habedank, como una piedra que rueda por un terraplén empinado, se fue ahora hacia algún sitio por encima de los campos, distribuida en seis o siete movimientos de aire de tono distinto, que, a distinta altura, describían arcos, daban saltos, sufrían pequeñas caídas, a veces no más que un traspies.

Esto ocurría un par de días antes del viaje en el carro de Froese. Aquel viaje a Briesen.

Habedank estaba en el camino vecinal, que, desde el norte, desde la sierra de detrás del Struga, viene hacia el bosquecillo situado entre Gronowo y Trzianek, y desde ese bosquecillo se acercaba caminando otro hombre. Llevaba, en verano, un largo tabardo y un sombrero negro.

Los dos, pues, se encontraron: el violinista Habedank, ese gitano, y el flautista de la aldea, Geethe, Johann Valdimir, antes de Bohemia y ahora de Hoheneck, pero no por mucho tiempo.

Se hablan como conocidos, entre colegas uno se conoce. «*Do stu piorunów!* ¡Rayos y truenos!».

El flautista Geethe se dio la vuelta y regresó, de nuevo, con Habedank, a la casa de Jan Marcin, donde él acababa de estar y adonde Habedank quería ir. Luego se sentaron, detrás de la casa, sobre la leña menuda allí amontonada, y Geethe tocó con su flauta *Wenn ich den Wanderer frage, wo kommst du her*^[42]. De la *Kaluse*, había dicho Habedank. No directamente, pero casi. «*Do stu piorunów!*».

«¿Por qué son ellos así?», dice Geethe, el flautista. Se refiere a esas autoridades alemanas y a ese abuelo alemán y a ese gendarme de infantería alemán, que está desaparecido. ¿Pero qué puede contestar Habedank?

«Ninguno de ellos es músico».

El flautista Geethe sigue, pues, hablando. Uno tiene que hacerlo. El violinista Habedank no ha dicho nada.

Probablemente este Geethe no sabe que el señor consejero regional sabe tocar el piano muy bien, como también Nebenzahl. Pero ¿son, por ello, músicos?

«¡No, no, Geethe, ninguno de ellos es músico!».

Si estuvieran aquí sentados todos los cuatro, Weismantel, Habedank, Geethe y Willuhn, y tuvieran que decidir cómo debe seguir la cosa en Neumühl, en Malken, en Briesen, ¡con qué rapidez avanzaríamos en esta historia y, sin duda, nos aclararíamos!

Habedank, en esa conversación mantenida sobre la pila de leña de detrás de la casita de Jan Marcin, había estado reflexionando un poco, y, de repente, interrumpe la briosa coda de Geethe, que había reanudado su pequeño concierto con un pequeño vals de fantasía: «¡Esos alemanes son devotos!».

Y entonces Vladimir Geethe se paró y, con el más serio de los rostros y una voz potente, gritó: «¡Ajá!»; no dijo nada más, y luego sopló la cadencia final.

Y, cuando hubo acabado, Habedank dijo: «No es que todo sea a causa de la devoción. Tía Huse, como tú conoces muy bien, también es una persona devota. Y tampoco es por la alemanidad. Tía Huse también es alemana, como tú sabes».

Y el flautista Geethe se sumó también a esto: «Tampoco la carencia de música es el motivo».

«Pero ¡si es sencillo!», dijo, finalmente, Geethe, «¡es a causa del dinero!».

¡Por mí! Sí, mi abuelo tiene dinero, los señores de Briesen también. ¿Y Krolkowski? No, éste no. Feller tampoco mucho. Ni siquiera Glinski, si bien éste tiene ya más.

«Muy sencillo», explicó Geethe, «unos porque lo tienen y hay que conservarlo, y los otros porque lo quieren tener y algo reciben de andar corriendo tras él».

«Pues tendrás razón». Diciendo esto, Habedank se levantó. «Ahora me voy dentro. Mañana yo y Levin nos vamos a Briesen; Froese, que tiene algo que despellejar allí, nos lleva con él. Vista judicial, ¿sabes?».

Y, de este modo, a la mañana siguiente partió. Y ahora ha vuelto.

Sigue oliendo el jazmín, que se extiende, en innumerables matas, desde el bosquecillo hasta la *chaussée*, y de la *chaussée*, ahora en intervalos mayores, hace un arco a través de los prados hasta Neumühl y, desde allí, baja hasta el riachuelo del molino, en una cadena de blanco y verde.

¡Cuánto tiempo han florecido este año el espino blanco y el aliso!

¡Y las lilas! Todo florece este año durante más tiempo que en años pasados.

«Cuando la desgracia es grande, siempre florece así», dice Habedank.

Pero ¿qué clase de discursos tristes son éstos? Jan Marcin anda dando vueltas por su casita y se pone a palmotear y agarra la escoba y baila una polca con ella, a los acordes de su propio canto, y gira en torno a las sillas y, finalmente, sin aliento, se sienta a la mesa y grita.

«¡Oíd un momento!», dice Marie en voz alta, y ahora todos se callan, todos los que están allí sentados: Habedank y Geethe, Weismantel, Willuhn, Antonja y Scarletto y Leo Levin.

«¡Música!», grita Jan Marcin.

Ningún problema, Willuhn ya tenía todo el tiempo el fuelle de su instrumento

sobre las rodillas. Se le ha añadido un nuevo remiendo, de color claro, hecho de una vieja tela de cuero que ya se caía en trozos, pero que, de cualquier forma, podrá resistir por un tiempo. Ahora la caja del instrumento es casi gruesa.

Está sentado, pues, ahí y toca, un corto preludio con dos cuartos de tono, izquierda izquierda derecha izquierda derecha izquierda derecha, como cuando a uno se le van solos los pies.

«¿Te sabes», dice Geethe en voz baja, «la de hace diez años?, ¿te la sabes?».

Y Habedank se la sabe muy bien, todos ellos se la saben, tanto los polacos como los alemanes; hace un poco más de diez años, esto es, once, todos quedaron afectados hasta los huesos: empezaron a pulular por todos los sitios aquellos soldados del zar, y los prusianos y los austriacos, en la Polonia del *Congreso*, en el ducado de Posen, en Galitzien.

«¿Te la sabes?», grita Weismantel, y no puede quedarse tranquilo, y Habedank sabe a lo que se refiere: *Diese Sensenmänner*^[43].

Y Weismantel empieza a acompañar con su canto la melodía de Willuhn.

Ahí tenemos ya a Jan Marcin, y ahora ya no necesita la escoba, y Antonja se pone en jarras, y acuden Antonio y Antonella, quedando plantados en la puerta, mientras Weismantel canta:

*Diese Zeit war gekommen, diese Zeit,
meine Seele war zertreten,
Wie hab ich gerufen lang und breit,
kommen kam: den hab ich nicht gebeten.*

*Kaiser sagt und König sagt, streicht den Bart:
Diese Seele sollt ihr jäten,
diese Polenseele, alt und hart,
in den Dörfern und den Höfen und den Städten.*

*Auf dem Pferde reitet an des Zaren Knecht,
viele Knechte, uns zu töten,
Wer wird sagen, was ist Unrecht, was ist Recht?
Starost sind und Priester nicht vonnöten.*

*Aber Sensen, Sensen, Sensen, in den Stiel
eingequollen, und in Händen.
Kommen werden auf den schönen Pferden viel
Feinde, Feinde, und es wird sich enden.*

*Abends sieht der Mensch, sieht der Mond
Reiter, Reiter, schwarz im Blute.
Wir sind fortgezogen. Wo wir einst gewohnt,*

steht ein Rauch. Wie ist dir, Burderherz, zu Mute?^[44]

Sí, ¿qué pasó con nosotros entonces? Ahora tenemos las lágrimas, las lágrimas que hemos olvidado derramar, las lágrimas de Jan Marcin y Geethe y las lágrimas de Marie, las lágrimas de Levin, ¿y qué más se puede decir ahora?

Willuhn, el bebedor, posa su cabeza gris sobre las manos, y Jan Marcin, que jamás ha bebido, traga saliva y respira por el resquicio de los dientes, como si se estuviera ahogando.

Lo decimos: en enero de 1863, los polacos salieron de sus casas y de sus aldeas, en el ducado de Posen, en Galitzien, en el reino de Varsovia, o reino de Polonia, o Polonia del Congreso, que todo es lo mismo, y se reunieron en los campos, en un invierno que no era tan duro, pero suficientemente invierno, en setecientas batallas y en la matanza de los segadores, y rusos de la Gran-Rusia, y rusos blancos y ucranianos, húngaros, checos, alemanes, franceses, italianos —muchos, o un par de ellos, esto no importa—; los hijos polacos y los padres polacos alzaron sus guadañas y las movieron contra la caballería que había lanzado al ataque, pasando como una exhalación por el país, el margrave, el gobernador de Varsovia, o Wielopolski, el perro del zar. En esos años, los campesinos se les enfrentaron por doquier, delante de sus aldeas y de sus bosques, y, en las ciudades, los otros polacos, en las calles que desembocan en grandes plazas, donde se oyó el grito de la libertad polaca.

La cosa salió como Weismantel lo dijo en su canto. Donde antes se había vivido, ahora se alza el humo. Lágrimas. Pero de cólera. Y, de esta cólera, crece el orgullo. Que, en los diez u once años transcurridos, nunca más se ha perdido, y ahora sigue.

Weismantel calla. Allí está, con su cabeza cana, y, junto a él, Jan Marcin. Willuhn sigue tecleando las notas de su melodía, izquierda derecha Izquierda derecha, uno dos uno dos, ahora más bajo y un poco más lento. ¿Dónde estamos?

En los campos de la Polonia rusa, en Cracovia, en Kielce, en un bosque al sur de Lysa Gora. En cualquier sitio, pero siempre en un sitio donde la gente no se da por satisfecha.

Atardece. La luz sigue aún en las ventanas. La tarde es hermosa.

Ante la casa está el circo italiano de Scarletto, con su caballo y su carro y todos sus animales. Al caer la noche os van a abastecer a todos vosotros: a ti, Emilio, a ti, Francesca, a ti, Casimiro, y, naturalmente, también a ti, Tosca. «Venga, Antonio, ayuda, deja que hable el que quiera hablar, tú sabes qué es lo que se ha de hacer».

Ahora viene la noche. Aquí no hay ninguna montaña de donde pudiera ir descendiendo y que acompañe a esa música de la oscuridad que empieza a sonar tras ella, de modo que aquí la noche viene por la llanura, en una marcha lenta por las praderas, viene de la parte del Struga y, aguas arriba, del Drewenz, y puede que, incluso, de los estanques de juncos poco antes de Garczewo. Seguida por el grito de las ranas y la interminable canción de los grillos, que nadie describe.

Está oscuro en la casa de Jan Marcin. Sigue todavía algún diálogo, unas cuantas

palabras de Weiszmantel, un par de palabras susurradas por Antonja a sus hijos, que no acaban de encontrar el sueño, ya que mañana será domingo.

El sueño se desliza por las tinieblas como una pequeña llamita, por encima de la mesa, y apunta hacia arriba, hacia el techo. El gato negro de Jan Marcin se incorpora, como si quisiera ir a atraparlo, pero no hace otra cosa que avanzar una pata y recogerla enseguida de nuevo. No duerme, sigue la conversación, que cada vez es más suave, y los movimientos, cada vez más raros, con ese rayo verde de sus ojos. Finalmente, se queda solo con Jan Marcin, que le posa su vieja mano sobre la cabeza.

«Kotek», dice, y: «*Póžno juz*, se hace tarde, gatito».

Pero ahí siguen sentados ambos.

«Mañana estaremos de nuevo solos», dice Jan Marcin. La noche ha llegado a la *chaussée*, ahora deja atrás Gronowo, pasa junto a Neumühl, sobre Gollub y baja luego al Drewenz, en dirección a algún sitio. Aire fresco en el amplio valle de donde viene el Vístula con sus amenazadores silencios.

Jan Marcin acaricia el pelo del gato. Y el gato se deja enrollar hacia un lado y se despatarra. Así es como va clareando. Este domingo viene con colores grises. Que no nos lo estropee ninguna lluvia.

Los gallos deciden si ya es o si no es de día.

El gallo italiano de Jan Marcin se planta ante la jaula de Francesca y saca, de su gaznate tembloroso, un toque tras otro de diana, dirigida a las copas de los árboles. Pero Francesca se limita a levantar una vez su cabeza de encrespada cresta, abre un ojo, parpadea un poco y lo cierra de nuevo. ¿Qué gritas tú ahí, cabecita dorada?

Ahora, en el silencio de la mañana, es posible oír, a lo lejos, los gallos de Trzianek, a los viejos y a los nuevos, y, si gira el rumbo del viento, a los de Gronowo y Neuhof. Y los gallos gronowoenses oyen, a su vez, a los de Neumühl y les devuelven el cacareo. Y ahora se alza el día sobre la pradera, poniéndose, primero, de rodillas, y, mientras le recorre un escalofrío por toda la piel y se le produce un furioso tirón en las rodillas, se estira y, con un fuerte resoplido, echa hacia atrás su cabeza.

En medio de su dormitorio, en camisón, se encuentra Alwin Feller. Con la más honda sensación de soledad.

Eso lo concedemos, sin más. Hace duelo por su mujer, esa compañera de temores y discusiones, esa mujer que siempre siguió siéndole extraña y que estaba cerca. «¿Por qué esto», no hace sino preguntarse Feller, «por qué, por qué?». Y, cuando se ha preguntado lo suficiente, le sube la cólera. Ciertamente, los hermanos y las hermanas, como ya se ha visto en el entierro, soportan con él esta triste historia; así se hace más fácil, pero no más ligera.

¿Por qué le ocurrió esto a ella? Una y otra vez volvía a merodear por la casa. Christina la había traído y convencido de que se quedase aquí, y al día siguiente vino a verla de nuevo. Otra vez a convencerla de nuevo. Pero no, ninguna palabra, sólo un ir de acá para allá, un quedarse quieta, una cara blanca como la harina.

¿El golpe con el libro de entonces? ¿Pero si no era el primero que recibiera en su vida, ni siquiera el primero en este matrimonio!

Feller no lo sospecha. Que una persona muera por lo miserables que son las otras es también difícil de entender. Anda dando vueltas, no dice nada, y, de repente, desaparece.

¡Tú, Feller, no lo adivinas, y te enciende la cólera! ¿No tenía ella aquí todo lo que quería? Y, entonces, de nuevo, y ahora más justa: la cólera.

¿No quieres decir tu oración matutina, Alwin Feller, predicador, pastor de tu comunidad? ¿Te van a avergonzar el mirlo y la alondra, como dice la canción?

¡Ah, no, él no dice su oración matutina! Dice: «La palabra que sale de mi boca no debe volver vacía —dice el Señor».

Eso es lo que él dice, a nosotros nos da la impresión de que lo hace un poco por costumbre, y se arrodilla en camión en medio del dormitorio.

En la gran casa de mi abuelo no vive mucha gente, pero sí circula por allí mucha gente. Devotos y alemanes, como podemos constatar, aunque devoto y alemán no sea la misma cosa. A veces coinciden las dos características. Es el caso de tía Huse, como dijo Habedank. Y, si no, aquí o allá, añadimos nosotros, y elevamos esta constatación al rango de una frase que hace el número veintiuno, y agregamos enseguida la vigésimo segunda: unos son así; otros, asá.

Pues la gente que se reúne en casa de mi abuelo es una gente así. Gente «asá», distinta, es, quizá, solamente Christina. O, incluso, el hermano Gustav y su mujer, esos evangélicos de Malken, pues, que dejan «hisoppear» a sus hijos. Éstos acaso pertenezcan a esta clase. Y Olga Wendehold, esa adventista. También los otros, claro, están ahí. Algo se mezclan, aquí, en una fiesta de verano de los baptistas, que, ¡Dios no lo quiera!, no intentará continuar en lo posible la Unión de Malken. ¡No, ciertamente no!

Christina anda de un lado para otro por la casa; desde dentro, desde la cocina, sale afuera, al patio, donde están los carros desenganchados. Es un hermoso día. Christina, de pura alegría, se ha puesto su vestido más negro, aquel totalmente negro, el que guarda para las ocasiones importantes, el más caro de los que tiene, que no pierde, en toda una vida, nada de su brillo de seda y siempre sigue siendo el mejor, ese vestido completamente hermoso. Con él no pega sino un pañuelo de cabeza negro calado. Y zapatos negros y medias negras. Todo lo otro, blanco como la nieve.

- Y la casa está, por tanto, llena, todos gente devota, como queda dicho. Pusch y Kuch y Puschke y Kuchel y Puschinski y Kucharski, los más antiguos de las comunidades de Gollub y Linde. Todos con sus mujeres y los niños crecidos, y los miembros de Malken y el suegro Fagin, de Klein Brudzaw, y Heinrich, el hermano de Christina, de Lissewo, con su mujer Emilie Amalie. Los viejos están sentados, y los jóvenes permanecen de pie.

«Jemiljemaalje», grita madre Puschke desde arriba del sofá, «vete adonde está Christina por lo del café».

«¡Voy enseguida!», dice amablemente la «señora tía», «¡ya voy! Las tazas ya están ahí, y también los pasteles».

«¡Milemale, la nata está en la cocina!».

Madre Puschke y la hermana Kucharski son las que llevan la discusión. El heno, cómo acollar los patatales y el viento y el tiempo.

«¡Me parece que viene tormenta!», dice madre Puschke. Pero lo que retumba así no es una tormenta, sino, como nosotros sabemos, el morueco de mi abuelo de detrás del granero, que está excitado y topa su cabeza contra las tablas: Mahlke, llamado así porque fue comprado al tratante Mahlke, y la hermana Kucharski contesta: «Pero

¿dónde está?». Y dice: «El año pasado estuve tomando yo uno ahí, en la esquina de Josepha». Y suspira.

- entonces dice Kucharski: «¡Tú a callar, vieja cabra!».

«¡No te pongas así, Kucharski!».

Como íbamos diciendo, café. Y tortillas. Y pasteles con semillas de amapola.

Entra mi abuelo, y tiene puesta una corbata. «¿Qué tal, vosotros?», dice él.

Y ahora llega Feller, y también recibe su café, y luego todos salen de la casa de mi abuelo, se paran aún un rato en el patio y en la puerta del patio, y se ponen en marcha, todos vestidos de negro y con los libros de cantos en la mano, por ambos lados del asendreado camino de arena, rumbo a la capilla, en la cual entran, encabezados por Feller, y se arrodillan en los bancos, inclinando la cabeza sobre el listón anterior del banco, con *La voz de la fe* junto a sí, a su derecha, y se vuelven a alzar de una forma complicada —Kuch, como es su costumbre, se sacude el polvo de la rodilla, aunque el listón de los pies y el entarimado han sido bien fregados— y toman asiento. Y ahora el predicador Feller sube al púlpito y dice: «¡Hermanos y hermanas, queridos en el Señor!».

Así ha comenzado la fiesta de verano de la comunidad baptista de Neumühl. Feller entona: *O Seele, komm eilend zum Kreuze*^[45].

Eso empieza a una sola voz y luego sigue tranquilo y constante, interrumpido dos veces por los carraspeos de mi abuelo; pero luego viene aquello de:

*O kommet doch alle zum Kreuze,
zum Kreuze nur eilet hinzu!*^[46]

Pues ahora es a cuatro voces. Y donde las voces femeninas se han de detener, en la primera sílaba de *Kreuze* y en la segunda de *hinzu*, la voz del tenor y del bajo añaden: *Kommet zum Kreuze!* y *Eilet hinzu!*

*So gibt euch der Heiland noch heute,
noch heute die selige Ruh!*^[47]

Al llegar el primer *heute*, la soprano hace un hermoso lazo melódico: primero una tercera más baja y, luego, una quinta más alta, mientras que las otras voces siguen igual, hasta llegar a la repentina pausa que han de respetar todas ellas: tras el segundo *heute*. Y entonces viene lo de la *selige Ruh*, piano y *pianissimo*, y, finalmente, la *Ruh* es mantenida por la soprano y el bajo por encima y debajo de los arabescos que hace el organista con las voces medias, hasta que todo se va extinguiendo.

Acaso no todo el mundo lo conozca, pero es muy bueno.

Claro que mi abuelo tiene otras preocupaciones, sobre las que ahora no hablaremos. «¿Para qué la fiesta de verano?», piensa él, y tiene sus motivos: «La

fiesta de acción de gracias por la cosecha basta y sobra, pero de esto tampoco hablaremos ahora. Fiesta de verano, y ya está».

¿Qué tiene Feller que declarar?

Allí se alza él, de negro, los brazos extendidos hacia un lado, y habla lentamente y bien alto. Con la última palabra de cada frase se le cierra la boca de un modo tan definitivo que las puntas de su barba de calmuco siguen temblando un poco. Nunca se sabe si seguirá hablando o ya ha acabado. Pero si no pronuncia un «améen» así, con una e bien larga, quiere decir que continúa. Ahí vuela el águila de la fe, la paloma de la mansedumbre, el pelícano del amor sacrificado, y otra población de seres con pluma; se ve cómo el Padre celestial los alimenta, todo vuela bajo la techumbre de la sala, en dirección a las resplandecientes ventanas de detrás del púlpito.

Rocholl se levanta, va, pasando al lado de Feller, hasta las ventanas y las abre de par en par, y Feller, al volver él a su puesto, se dirige a él y dice: *Lasst den Sonnenschein herein!*^[48]

Y éste es el canto que todos esperan. Christina empieza inmediatamente y demasiado alto, pero para su voz nunca es lo suficientemente alto.

Rocholl vuelve a su sitio, se inclina, todavía de pie, y se sienta cantando. Su tía le da un golpecito en el costado y le hace un gesto, con la boca llena del canto, y, de repente, para de cantar e, inclinándose hacia él, le dice: «¡El Alwin, Dios del cielo, qué aspecto más malo tiene!».

Es verdad.

Y luego todos se ponen de pie y hablan todos juntos: «... descubre, corazón mío, descubre mis pensamientos, mira si voy por el mal camino...».

Aquí mi abuelo se interrumpe, no sigue hablando. Mira hacia donde está Feller, pero Feller está como petrificado, con los cabellos erizados, las lágrimas le bajan por el rostro. Mi abuelo queda aterrado, se recompone, atrapando aún las últimas palabras: «Por el camino eterno».

A su alrededor, por doquier, a diestra y siniestra y tras él, ha empezado el llanto, toda una lluvia, y, en medio, se puede sentir el frufrú de los negros vestidos de seda, porque se van sacando los pañuelos, y luego viene el sonarse y, por lo bajo, el discurso tranquilizador de los hombres: «¡Bueno, bueno, ya está bien!». Y mi abuelo dice a Christina: «¡Primero suénate la nariz!».

Como si fuera, otra vez, un entierro.

Por las ventanas abiertas, inundadas de luz, se ve, abajo, el cementerio, la tumba de Josepha. Cubierta de coronas verdinegras y flores blancas. Se ve la clara cruz de madera, sobre la que se ha colgado una fina coronita de trébol blanco. La coronita de Weismantel.

«¡A las mujeres», querría decir mi abuelo, «no se las debería dejar entrar en la capilla!».

No lo dice. Se sienta, con mucho estrépito, como mandan las circunstancias, y hojea su *Voz de la fe*, buscando el próximo canto: *Ich blicke voll Beugung und*

Staunen^[49]. ¿Así que aquí se sigue cantando?

En la fonda de Rosinke, en todo caso, el domingo a la mañana, en el centro de una aldea devota, se está tocando el acordeón, el violín y la flauta.

Un domingo por la mañana como éste, Rosinke entra, rollizo, en pantalones y manga de camisa, y se coloca ante el mostrador de su bar.

«Hoy no hay nada, por mí que quede cerrada la puerta, de todos modos el nuevo anda correteando de un sitio a otro».

Se refiere al gendarme Adam, que ahora, sin embargo, no anda correteando por ahí, sino que todavía sigue sentado en la capilla, hay que dejarse ver en todas partes.

«¡Corretea como un perrito!», dice la señora posadera Rosinke; y, luego: «¡Vosotros, ahora, salid!».

Salen por la puerta trasera Geethe, Willuhn, Weismantel, Habedank y Marie y Antonella, quién sabe si estas dos no podrán ya separarse jamás.

Y entonces, dado que el tiempo es tan hermoso, y también por otros motivos, dice Rosine: «¡Por la mañana, música!», y se gira y dice tras de ellos: «Quizá os podéis colocar detrás del granero, y allí podríais recibir vuestras botellitas».

Se sientan tras el granero alrededor de Weismantel, que quiere contar algo acerca del héroe Stephan.

«Era un jovencito», dice Weismantel, «de veinte años y con el cabello negro, un jovencito blanco y rojo, leche y sangre. Había estudiado algo. Y he aquí que, en el año 62, poco después de las Navidades, aparece ante la puerta de la casa de su hermano, en Varsovia, y dice: “La próxima semana me marchó”».

«¿En qué piensas tú?», dice el hermano, «el señor margrave —que entonces era Wielopolski— ya se encargará de enseñaros lo que hay que hacer. ¡Tú vete a aprender de nuevo a la escuela!».

Pero entonces dice el pequeño: «¿Y tú te llamas un buen polaco?», da media vuelta y desaparece, catorce días; tres semanas más tarde se marcha. ¡*Jai, jai, jai, jai!* Y el pequeño Stephan, el aguilucho, sigue siempre adelante por su camino, y tiene una voz que resuena bien alta: «¡Lárgate, señor margrave, y vosotros, cosacos, detrás de él!».

«¡Lo habéis trabajado bien!», dice Willuhn con aspecto soñador, «canta otra vez lo de las guadañas».

*Diese Zeit war gekommen, diese Zeit,
meine Seele war zertreten^[50].*

Aquí no se está celebrando ninguna fiesta de verano. La anciana voz de Weismantel tiembla y se quiebra en el tono más alto: *Seele*. Y luego la melodía viene, de nuevo, de lo más hondo: *war zertreten*.

Habedank mantiene su violín en posición horizontal contra el pecho y toca, de forma igual, con intervalos exactos, siempre los mismos tres tonos; Willuhn hace,

después de cada verso, dos compases de interludio, acordes llenos; y la pequeña flauta de Vladimir Geethe se eleva por encima de la voz de tenor de Weismantel, que, de repente, suena casi como una voz juvenil, fantasea dando vueltas con finos silbos e inesperados trinos de superficie y cae de repente, desde lo más alto a lo hondo, con una voz contrapuesta, hasta arrimarse a la melodía de Weismantel.

Wie hab ich gerufen lang und breit^[51].

Ellas cantan: Marie, Antonella. Willuhn siempre al final del verso.

A través del patatal viene Nieswandt y, ya desde lejos, grita a los allí sentados: «Y se hace fiesta de verano, ¿no?».

Nada de fiesta de verano. Sólo música. Pero ésta resuena hasta el otro lado, hasta la granja de Germann, donde Korrinth está sentado y dice «¡hopla, hopla!» volviéndose hacia Levin, que no contesta otra cosa que «¡Vamos a ver!».

Hasta allá resuena la canción, a lo largo de sus siete estrofas, sólo que no se entienden bien las palabras. ¿Qué está cantando Weismantel, qué es esta estrofa de ahora, que no nos suena de nada?

*Ich geh fort, du gehst fort, alle gehen,
über Berg und Wasser gehen wir,
einer sagt zum andern: Wirst noch sehen
Adler fliegen, rote Adler hier*^[52].

Pero, Weismantel, ¡eso no es así! El águila roja viene del sur, y bajo sus alas se oye el fragor de la corriente del Vístula, y el águila negra viene del norte, con las garras sacadas, planeando en el aire, ¡no es como tú lo dices! Algunos son así y otros asá, como se dice en la frase vigésimo segunda. Ahora tenemos reunidos a los que son asá. Los que son así están celebrando su fiesta de verano.

El gendarme Adam se deja ver todavía un poco más por la puerta de la capilla. Con su casco o gorro, o como se llame. Rostro funcional, aderezado con un poco de esa fiesta de verano. Luego: la mano derecha alzada hasta su cubrecabezas, y listo.

Asoma por la esquina del granero, se queda allí parado, dice: «¡Cantar y hacer música en público precisa de un previo anuncio!».

«¡Acérquese usted más!», dice Habedank.

«¡Ya os daré yo!», hubiera aquí contestado el desaparecido Krolikowski, pero Adam es más fino, da tres al frente. «Lo siento», dice, «es el reglamento».

Allí está también Korrinth, que ha venido pisando los talones a Adam, se dispara a hablar y no deja que le interrumpen.

«¿Qué es eso del reglamento?».

La devota capilla se está despidiendo, ha cantado *Immer fröhlich, immer fröhlich, alle Tage Sonnenschein*^[53] y todos salen vilipendiados, la nariz fría y los ojos como fuentes, ¡no te preocupes!

Y, acto seguido, a escupirlo.

El así interpelado Adam hace una señal de denegación. «¡Tranquilo, y el servicio es el servicio!».

«Vayamos a casa de Germann», dice Korrinth.

«¡Por favor!», dice Adam. Tres dedos a lo que le cubre la cabeza. Media vuelta, rumbo a lo de Rosinke. Y ya dentro, en la taberna: «Señor Rosinke, usted conoce las ordenanzas. Hoy no se despacha».

«¡Cómo no las voy a conocer, señor gendarme, las conozco muy bien!».

Adam roza con una breve mirada las botellas ya preparadas.

«¡Si usted, quizá, tiene un poco de apetito...», dice, solícita, la mujer de Rosinke, «nada más que un traguito!».

«No ahora, estoy de servicio».

«¿Y qué tal si usted se lleva un botellín a su casa?».

Justo el botellín entra en el bolsillo de dentro del uniforme de Adam.

«¡Un tipo elegante!», dice la señora Rosinke cuando el gendarme hubo salido.

«¡A éste ya lo tenemos cogido!», dice Rosinke. «¡Voy a subir todavía algo!».

Como queda dicho, algunos son así y otros asá, pero el aguardiente es siempre el mismo: de este modo ve la cosa Rosinke.

Atraviesan la aldea, con Nieswandt y Willuhn a la cabeza. Weismantel, luego Marie y Antonella, Geethe y Korrinth y, detrás, Habedank. ¡Un saludo para el patio de Germann!

Justo a esta hora, mi abuelo se está sentando para la comida del mediodía. A su lado, Feller, ¡suerte que no ve el trajín que hay ahora en la aldea, pero, si se molestara un poco, podría, al menos, oírlo! Pero ahí están sus otras preocupaciones, las de hoy por la mañana temprano en la capilla. ¿Para qué esa fiesta de verano? A mi abuelo no le cuadra, ni por delante ni por detrás. Ésta es, lo concedo, una expresión oscura.

Pero las expresiones oscuras son expresiones oscuras. A veces, vemos en ellas como en un espejo, pero, otras veces, no. De cualquier forma, no es éste el caso en esta expresión oscura.

Ahora estamos en el patio de Gregor Hermann. El cual es propietario de treinta y seis yugadas de campos y prados y tiene una muchacha y un sirviente y ganado. En su casa han encontrado un techo, de momento, los trabajadores del molino despedidos por mi abuelo, Korrinth y Nieswandt. Todo ello está, pues, en el patio, en torno al pozo, donde la hierba anda crecida: la música y los polacos y los gitanos y Willuhn con su botella y Leo Levin, sentado sobre un ladrillo alto. Y ahora llega la gente del circo, cruzando por el jardín de Lebrecht, que tiene una puerta que da al patio de Germann. Y, cuanto más sol, más diversión; y, cuanta más diversión, tanto mayor es el griterío.

Germann entra en la casa y dice, en polaco, a su mujer: «¡Hombre, así, de repente, toda esta reunión de lumpen en el patio se me hace demasiado!».

Y la mujer de Germann levanta la nariz, cosa difícil para ella, ya que las chatas aletas de la nariz

sobresalen muy poco de la ancha superficie de su rostro, y dice: «¡Pueblo de mendigos!», cuando los de fuera empiezan a cantar, porque no puede ser de otro modo, con este tiempo y con tantos conocidos, amigos y gente afín juntos, y está sonando toda la noche esa canción que todo el mundo tiene en los oídos con que se la haya oído una sola vez. Todavía no se ha perdido Polonia —por añadidura, con un gran despliegue de instrumentos—, cuando Weismantel se pone de pie de un salto, y también Korrinth, y la mujer, aquí, dentro de la casa, agarra su echarpe y se lo echa encima, ya está, al oír esa música, cantando ella misma y hace ademán de cruzar la puerta, cuando, en esto, dice Germann: «¡No quiero aquí ninguna jarana, es mi patio!». Y sale corriendo, pasando al lado de su mujer.

Y allí está, en su patio, ante toda esta jarea de pordioseros: ante los dos niños, arrimados a Antonja —esa llama ardiente en las tinieblas— por ambos costados; ante Habedank, que silabea, más que canta, palabra tras palabra, al compás de su violín; ante Weismantel, que ha apoyado su cabeza cana contra el respaldo y está, con las manos extendidas, invocando al cielo; ante esa hermosa Marie; ante Scarletto, que mantiene levantado su sombrero. ¿Qué quería decirles Germann?

Pero no dice nada. Se da una vuelta por entre ese montón de gente. Se queda un rato aquí, otro allá, la canción ha acabado. Ahora dice: «¡El *czart*, el viejo, canta como el *bqk* del cañaver!», mientras señala a Weismantel, y dice: «¡Idos al diablo!». Eso suena un poco a broma, debería sonar como algo vinculante, pero no lo hace. Y entonces coge por banda a otro, a Habedank, que es, como se sabe, muy prudente, ¿no es verdad? Dice: «¡Gitano, tú sabes que hay líos! ¡Id a algún otro sitio que no sea aquí!, pero no, no enseguida, no enseguida, ¡tomaos vuestro tiempo!».

Poco a poco, Gregor, digámoslo enseguida, tiene un poco de más, campos, ganado y, si no todos, sí algunos bienes, y casarse no es igual que comprar un caballo, como dicen algunos y el que no ha tomado él mismo la iniciativa de casarse; él lo hizo, hace de eso diez años, cuando llegó de Kielce con nada, con lo puesto. «¡Esto no me lo toquéis!», piensa Germann. Y piensa: «¡Así va desapareciendo todo, sin que nos demos cuenta, no estropeemos una cosa aquí y otra allá. Tranquilos!».

Habedank ya conoce a este Germann, sabe de qué pie cojea. «¡Hijitos!», dice Habedank, «¡se me ha caído el alma a los pies!», y toma consigo a Marie, a Weismantel y a Willuhn.

«Fiesta de verano, ¿dónde es ahora la fiesta de verano?», pregunta el flautista Geethe, el cual quiere redondear la cosa. Llama a Willuhn, que se está yendo: «¡Vamos a la fiesta de verano!».

Willuhn le grita hacia atrás, mostrando la botella. Para él siempre hay.

«En Briesen todo es completamente diferente», dice mi abuelo, «¡tendrías que haber visto la fiesta de verano en Briesen!».

Y Tomaschewski dice: «¡Casi nada!».

Y Kaminski: «¡Toma, aquí, matándonos siempre a trabajar!».

Están sentados en el bosquecillo de alisos, junto a la presa del molino, un

pequeño trecho más arriba del molino, sobre bancos improvisados, en forma de maderos aún no cepillados, y, todo alrededor, están echados, sobre gualdrapas, los otros hombres baptistas, mientras que los niños baptistas se entretienen arrojando al agua, para los peces, boñigas de vaca, pero no piedras, que espantan a los peces. Y las mujeres baptistas están sentadas en dos grandes grupos: las más jóvenes al sol, en torno a Alwin Feller, vestido de un negro de hollín y abotonado hasta arriba, y están hablando sobre las bellezas del mundo, y las mayores, alrededor de un árbol, a la sombra, y su discurso tiene que ver con otras cosas, cruces y miserias, esto es, con padecimientos diversos: dolores reumáticos, ganglios, erisipela, enfermedades del pecho, y, ahora, varices.

La cosa es así: desde el principio uno piensa que eso pasa, pero no, mírate a ti mismo, no pasa, no pienses en ello.

«En Briesen todo es completamente distinto», dice mi abuelo, y se levanta mirando en torno a él: «¡Hasta un coro de trombones!».

«¡Ah, qué dices», dice Fenske, «esos tromboncitos! ¿No tenemos nosotros una música fina?».

«¡Tú qué sabes!», dice mi abuelo, «ésta podría ser suficientemente buena para Sadlinken».

«Si los perros también acompañan», añade Kossakowski en tono de repulsa.

«¡Vosotros siempre jugando al hombre fino!», dice Fenske. «¿No es esto hermoso? ¡No tenéis más que escuchar!».

Pero ¿quién va a escuchar? No las mujeres; éstas, tan pronto como abren la boca, tienen de qué hablar, cierran sus oídos, la conversación sigue viva, cada uno debe contar todo lo que la otra ya sabe. Y los hombres tienen también su materia de conversación: hoy día, pura basura, ¡y gente así viene con humos!

«¡Sí, antes», dice Kossakowski a Michaelis, cuando se marchaban, «un tálero era bastante, y punto!».

Ahora se están refiriendo a los sirvientes polacos.

«Tiempos dorados, los de entonces», dice mi abuelo, «y la base era el temor de Dios, que ahora afloja».

No, no escuchan. Y eso que lo que está tocando Geethe suena como todo un mercado bohemio. Canciones para bailar y bailes para cantar, tiendas aireadas con techos en punta y ondeantes banderitas de colores, carruseles de caballitos y columpios. ¡Pero no, quién de todos estos va a escuchar!

Luego, café, aquí, en la verde pradera, finos pasteles de ciruelas. «¡Bueno, musicorcitos!», dice Christina, «¡no os sintáis obligados!».

Pero, antes del café, un pequeño discurso y una hermosa canción, la canción de Christina: *Herz, mein Herz, sage an, wann wirst du frei*^[54].

Con esa canción tampoco ella disipa sus penas, eso Christina no se lo puede ahorrar, no va de otro modo.

Y, después, las viejas bromas: aquello de *Adam hatte sieben Söhne*^[55].

«Vayamos ahora con la de *Las-faldas-hinchar*», dice la vieja señora Kuch, y pone, al decirlo, una cara de seriedad de muerte.

Finalmente, Barkowski, con su bella canción:

*Wenn die Blitzen zucken und der Donner kracht
und der Regen der hat alles nassgemacht*^[56].

Y no se limita a cantar, sino que toma por la cadera a mi abuelo, rompe a bailar con él y, mientras, chilla a grito pelado:

Dann ist auf den Alpen so herrlich, so schön^[57].

«¡No!», dice la vieja señora Kuch a Christina, «el devoto estira sus miembros con aquélla de *Die-Röcke-Vollmachen*»^[58].

Siempre el hermano Barkowski, en cada fiesta de verano: finalizar con esta canción.

Y, luego, en grupos pequeños y otros un poco mayores, de camino de vuelta a la aldea. Las mujeres con cánticos, salvo las muy viejas, que siguen con sus consejas: «Ahora tenemos que revisar los culitos».

Porque los niños todavía no quieren irse a la cama.

«¿Y qué es eso de que “no se despacha”?», dice Rosinke, «¡que no me venga él con ésas!».

Pero Adam no viene. En todo caso, no enseguida.

En cambio, vienen otros.

Barkowski está en la puerta y agita los brazos y grita hacia atrás, desde lo alto de la escalera: «¡No somos, que yo sepa, de los *Cruzados azules!*»^[59].

«No, eso no», dice Kucharski desde fuera, con una voz del todo cavernosa.

Una escalera de piedra conduce hasta la puerta del local de Rosinke. Cinco gradas. Y una barandilla de madera, adonde se agarra para subir este taciturno hablante de Gollub. Dice: «¡Uf, no, nada de *Cruzados azules*, por todos los diablos!».

Pues en Gollub hay algunos que son *cruzados azules*, gente que no bebe, ni siquiera en días de fiesta, sobre todo no beben en días de fiesta, ¡válgame el diablo!

Y no penséis que aquí sólo están Barkowski y Kucharski, y para de contar. Tras ellos vienen todos los otros: Puch y Puschinski, que son de Linde, y los gollubianos Kuch y Puschke, y Kuchel, y mi abuelo, acompañado de su hermano Gustav y de su cuñado Heinrich y de su padre político Fagin, y Rocholl, y Tomaschewski, y Kossakowski, de quienes no quisimos hablar más, y Kaminski. También Fenske, el de Sadlinken.

Hasta Feller llegó más tarde. Y el último, como veremos, el gendarme Adam. Feller se había tomado su tiempo.

Sin embargo, ni Feller ni Adam son los últimos. Pero tampoco habían sido los primeros Barkowski y Kucharski. Por entonces ya estaban sentados en la fonda, junto

a la venta abierta, gitanos y jornaleros y vagabundos, además de Willuhn. Y Geethe acompañaba con su flauta una terrible balada que estaba cantando Weismantel con profusión de sonidos, como *ta ta ta* y *la la la*, y una serie de interrupciones, porque, en esa canción, la historia es, a veces, demasiado atroz: del gran señor Wiskowati, colgado de un poste con la cabeza hacia abajo, y el zar Basilowitsch, con una gran estaca en la mano, gritando como si le hubieran arrancado la lengua. Luego no aparecen sino los boyardos, cada uno con su cuchillo, ya han entendido lo que él quiere. Uno de ellos corta una oreja, otro la otra, aquél la nariz, el de más allá le arranca los labios, ninguno los cabellos, que están chorreando sangre.

«¡Dios del cielo, en domingo!», dice la mujer de Rosinke inclinándose sobre el mostrador, para así poder entender, quizá, incluso los *lalas* y los *tatas*, e interpretar, en lo posible, correctamente, hasta los silencios de Weismantel. «¡Adelante!».

Ahora, pues, viene el boyardo que le secciona el sexo.

Y entonces el zar se acerca volando, los ojos encendidos, arroja a tierra su capelina de zar y patalea y emite un fuerte resuello, con la boca llena de espuma: «¡Perro, cómetelo!». Y pone su puñal de zar, de rubíes, contra el cuerpo de ese boyardo, que es un hombre de mediana edad y de un celo tranquilo, y que se muestra asombrado: ¿le pasará a él lo mismo si no obedece?

Añadamos a esto los silbos de la flauta de Geethe.

«¡Debo admitirlo!». Willuhn se estira un poco y se rasca en la región lumbar, sentado en su banco. «¡Así aparece la historia!» y nosotros recordamos: Willuhn es un maestro de escuela, bien es verdad que expulsado, pero esa condición no se pierde. Por suerte tiene, por lo demás, buenos modales.

Y también Weismantel.

Entonces entran los baptistas, quiero decir que viene aquello de *Rosen blühen auf dem Heidegrab*^[60]. Algo melancólico. Y, después:

*Opalinski kam gekrochen,
lag im Modder sieben Wochen*^[61].

Es decir, algo alemán.

¡Como si esto pudiera ayudar en algo!

«¡Qué, matando el tiempo aquí!», dice Rocholl.

Mi abuelo no quiere hablar así, y dice: «Rosinke, ¿cómo es esto?, yo pensaba que la nuestra era una reunión privada».

«¡Bueno!», dice Rosinke, «hay sitio suficiente, creo que os podéis sentar allá».

O sea, que Rosinke también piensa lo mismo, claro que como tabernero.

«¡Ni una palabra de ello!», dice mi abuelo mientras hace retroceder un poco con el brazo a su suegro Fagin, que está, justamente, diciendo: «¡Hacen una bonita música, estos gitanillos!».

Ahora, precisamente, está cruzando la puerta Feller, y se percata enseguida de lo

que pasa allí, y va hacia Willuhn. «Señor Willuhn», dice, «nosotros celebramos aquí nuestra fiesta de verano anual».

«¿En la taberna?», pregunta Willuhn. «¡Cada vez se hace más interesante!».

Willuhn tiene ideas falsas. Porque en Malken, entre los evangélicos, no hay fiestas de verano.

«¡Señor Willuhn!», vuelve a decir enfáticamente Feller.

Pero entonces interviene la señora Rosinke: «¿Qué quiere decir usted con eso de la “taberna”, señor Willuhn? Somos una casa decente».

De hecho, fuera, sobre la puerta, se puede leer: *Fonda y hotel de Hermann Rosinke*. Y, abajo, en letras más pequeñas: *La primera casa del lugar*.

«Bueno, ¿nos sentamos allá?», pregunta Fenske, mientras se dirige al rincón de la estufa.

Pero mi abuelo no ve únicamente a este Willuhn y a este flautista de Hoheneck, sino también a todos esos vagabundos y gitanos, y, de propina, allí están sentados también Nieswandt y Korrinth, sus obreros —que lo han sido—. Entonces, va mi abuelo y dice, paseando su orgullosa mirada sobre la multitud de los allí reunidos: «¡Yo no me siento con polacos!».

Ésta es una expresión típica de mi abuelo; la contamos, aunque no sea tan nueva, como la frase número veintitrés.

A esto replica Geethe, el flautista. Dice: «¡Usted podría comportarse, una persona superior como usted! Pero yo le pregunto: ¿cómo se llama usted?».

A mi abuelo le cuesta recomponerse. ¡Sencillamente, esto es ya el colmo! Pero Feller se ha puesto ya ante él, y dice: «Johann, déjame a mí, y sigamos de nuevo con la fiesta de verano, es la paz dominical, que para el sentimiento devoto ha de ser como un campo lleno de granos y como la pura luz de la tarde. ¡Querido, mire hacia fuera! De todos modos, usted está sentado junto a la ventana».

«¡Nosotros estamos sentados aquí y aquí nos quedamos!», dice el maestro Dr. Willuhn.

«¡Bueno, pues quedaos!», dice Fenske malhumorado. «Esto durará hasta que se haya tomado su aguardiente». No ha entendido, pues, nada de lo que está pasando.

«Señor Fenske», dice Habedank mientras se levanta. Pero ahora Rosinke se desliza hasta la palestra, no sea que esto vaya a mayores. Se coloca entre mi abuelo, que está al lado de su Feller, y todos esos músicos y polacos, y dice: «¡Ninguna discusión, por favor!», y, dado que Adam está entrando en este momento, dice, y lo dice sin vueltas y con firmeza, para adelantarse a todas las intenciones que, eventualmente, Adam pueda tener: «¡Señor gendarme, venga usted acá!».

Adam se lleva dos dedos al casco. «Señor Rosinke, ¿qué pasa?».

«No necesitamos aquí de ningún gendarme, vaya usted a su casa», dice Rocholl, y hace ademán de ir, siguiendo el modelo de Fenske, al rincón de la estufa.

«¡Hemos llegado a tal punto», dice mi abuelo con amargura, «que uno no puede sentarse donde quiera sin ser molestado!».

«¿Te molestan los gitanillos?», grita, desde su puesto de la estufa, Fagin hacia el otro lado, donde está el hermano Gustav; «¿no han estado tocando toda la tarde?».

«¡Silencio!», dice mi abuelo. «¡O éstos o nosotros, señor Rosinke!».

Esto no lo entienden, del todo, ni siquiera todos los baptistas, ni siquiera todos los neumühlianos. Los dueños del local, absolutamente nada.

«¡Vamos, dale gas!», dice Korrinth, y tira a Willuhn del brazo. «¡En marcha!».

«¡Silencio!», dice mi abuelo, pero nadie escucha ya, Willuhn ha dado gas a la cosa. *Alte Kameraden*^[62]. Habedank saca un acorde pulsando, simultáneamente, dos cuerdas, que suena como si fuera de tres cuerdas; Geethe lo acompaña con trinos de virtuoso.

Y, al son de esta hermosa música de marcha, se van al otro lado, al lado de la estufa, los alemanes de Neumühl, Linde y Gollub. Sólo a mi abuelo le tuvo que tocar un poco las narices el gendarme Adam, tuvo que intentar convencerle, al tiempo que le pasaba la mano por la espalda, hasta que mi abuelo se libró de ella. «¡Señor gendarme, no le clave a uno las uñas así, debe darse cuenta de que me las está clavando!».

«¡Este tipo enseguida me cayó sospechoso!», piensa mi abuelo mientras camina, lentamente, hacia la estufa. «¡Con un nombre así! ¡Éste no envejecerá aquí!».

¿Acaso es esto lo que piensa, que no envejecerá aquí? He aquí la frase vigésimo cuarta. Y, ahora, aguardiente.

Rosine tiene mucha faena por delante. Aquí y allá. Al fondista Rosinke le gustaría quedarse junto a su mostrador, pero la mujer no puede con todo ella sola, de modo que él va también con la botella de un sitio para otro, si bien entonces tiene que estar muy atento para no anotar una raya menos en su pizarra.

«¿Vendrán aún las damas?», pregunta Rosine.

«¡Seguro que vienen!», dice Kucharski.

«Vendrán a buscarnos», ríe Fagin, «pero, lo que es nosotros, no nos marchamos».

«¡Vete preparando ya algunas limonadas!», dice Rosine a su marido.

Pero a tanto no llega la cosa. En primer lugar, las damas han estado hablando duro en casa de los Rocholls, donde la tía está todavía de visita, y en casa de Christina, donde se derraman las últimas lágrimas por Josepha, ¡y vaya usted a saber en cuántos sitios más! Y, en segundo lugar, esta música de gitanos a mi abuelo le ataca los nervios.

Le ocurre algo distinto que a Fenske, el cual ya ha iniciado en la fonda una conversación transversal, y algo distinto que a Puschinski y a Kuchel, que vacían un vaso tras otro después de un día como éste, completamente seco y de lánguidos cánticos, y algo distinto que incluso al cuñado Heinrich, de Lisewo, que ya está en la avanzadilla, levantando su vaso en dirección a los músicos de enfrente, mientras exclama: «¡Señor hospederero, una ronda para los señores!».

Y, con ello, se refiere a aquellos gitanos y demás, y a mi abuelo no le queda otro remedio que gruñir. Y gritar, dirigiéndose a Rosinke: «¡Pero no para polacos!».

«¡Tampoco para mí!», dice Geethe.

Heinrich, el cuñado, aún no entiende nada, pero ya ha pasado de todo. «¿Lo oyes?, ¡éstos rechazan tu invitación!», dice Tomaschewski, y se levanta de un salto. Y Kossakowski se pone a gritar, éste sentado. «¡Y, ahora, fuera con la canalla!». También se levanta, y marcha al ritmo de la música, mientras va pronunciando, sobre la marcha, su discurso: «¡Ya veremos quién tiene aquí algo que decir!».

Y entonces también mi abuelo se pone en marcha, y arrastra con él al viejo Fagin, que se ha colgado de su vestido.

¿Y Adam? Éste se arrugó. Por cierto, junto con el Gustav de Malken. Han tenido algo de que hablar. Y, de repente, desaparecen.

Así puede comenzar —o, por decirlo de una forma más hermosa, encenderse— lo que en la historia alemana se conoce como la lucha de defensa nacional.

«¡Siempre lo mismo!». Son las palabras de Willuhn.

Korrinth y Nieswandt se levantan pensativos y hacen, rápidamente, una estimación de las distancias para tomar las posiciones estratégicamente más importantes: uno se coloca ante los que hacen música, el otro en el punto central del triángulo estufa-mostrador-puerta.

«¡Amén!», dice Feller, ahora no sabe nada más. Aparta la vista. Aunque esto no ayude nada. Lo que a uno no le entra por la vista le entra por el oído.

Se seguirán oyendo los *jo, jo, jo*, o *veremos*, o *¡tú, no, maldito perro!*

Y, ahora, pasos de dos o tres sitios.

Y, ahora, un suspiro.

Un pisar fuerte, como antes de dar un salto.

«¡Jo, jo, jo, jo!».

Y, entonces, se abre la puerta. «¡Ah, qué hermosa velada!».

A juzgar por las voces, se trata de Feyerabend y Froese, el despellejador.

«¿Qué, fiesta de verano, no?».

Y, ahora, por entre el ruido, la voz de un fino tenor: *Grosses Wunder hat gegeben*^[63]. Y tres, cuatro voces altas: *Jai, jai, jai, jai*.

«¡Quita! ¡Bueno, pues bien!».

De nuevo, una vez más: «¡Siempre es lo mismo, jo, jo, jo!».

El rechinar de dientes viene de la mandíbula de mi abuelo.

Y el ¡zas! que ahora se oye es de un zapato.

Eso viene de la palma de la mano.

Eso otro son, más bien, puños.

«¡Jo, jo, jo, jo!».

De nuevo se abre la puerta, esta vez por dentro.

Allí está la voz mesurada de Korrinth: «¡Pásamelo acá!».

Y, entonces, uno baja la escalera en volandas.

«¡Huy, huy, huy!».

Weismantel le grita amablemente por la ventana: «¡Que te vaya bien!».

Y ahora vuela el segundo.

«¡Huy, huy, huy!».

¡Y otro más! ¡Y otro! A juzgar por los gritos, probablemente Barkowski y Koschorrek. O acaso Ragolski.

Pero así no puede seguir la cosa.

Y, acto seguido: «¡Fuera, mujer!».

Éste era Rosinke.

Y ahora está volando uno de Linde, que baja pataleando.

«¡Sigamos!», dice Korrinth.

Al que ahora sale volando echando terribles maldiciones lo conocemos muy bien. Ya sabemos cómo es.

Una vez llegado abajo, se apoya sobre el costado izquierdo y, así, en postura sedente, se pone en jarras, gritando, cuando reconoce a quien esta de pie ante él: «Hombre de Dios, ¿qué haces tú aquí tan adormilado?».

El gendarme Adam se lleva dos dedos hasta el casco. «Conozco mis instrucciones».

Dentro, junto a la estufa, siguen aún sentados Fenske y Fagin. Probablemente no se han enterado de mucho.

«¡Eh, vosotros, buscaos, para marchar, carros, pero carros que sean alemanes!».

Debajo del mostrador sale, arrastrándose, Feller; pasa, inadvertidamente, junto a Korrinth, se gira rápidamente cuando está a la altura de la puerta y dice: «¡Todavía habrá un epílogo!».

«¡A ti te doy yo aún un puntapié!», dice Korrinth, pero se queda donde está. No vale la pena, y, de todos modos, sería demasiado tarde, pues Feller ya se ha escabullido.

Lo que Rosinke ahora gruñe por la expulsión de sus «mejores parroquianos» no es verdad, él mismo lo sabe. ¡Si gastaran algo de dinero esos sus mejores parroquianos, preferirían hacerlo en la *Casa Alemana* de Briesen, adonde llevan todos los caminos, o, por lo menos, en Gollub!

Eso es también lo que dice Rosine: «¡Démela un momento!», pues la manga de la chaqueta de Willuhn se ha soltado. No es más que el respunte, eso lo arregla Rosine en un periquete.

Allí está Habedank, del que nosotros no hemos hablado, pero nosotros pensamos que es él quien, inadvertidamente, ha dirigido las operaciones.

Willuhn cree saberlo, señala con el brazo extendido a nuestro Habedank y dice: «¡Escipión sobre las ruinas de Cartago!».

¿Ruinas? Miremos alrededor. Las mesas siguen en su sitio, ninguna silla está desencajada, no se ha perdido ni siquiera un vaso, un trabajo fino, pero fue justo.

Y una novedad total en Neumühl.

Weiszmantel está a la ventana y lo sabe. Se queda mirando a Johann Vladimir Geethe, y este flautista de Hoheneck lo expresa, de un modo festivo, entiéndase bien:

«¡Algo totalmente nuevo! ¡Y nosotros, condenada camada de perros, podemos decir que hemos sido, por todos los diablos, un rayo de Dios!».

«*Do stu piorunów!* ¡Rayos y truenos!».

Pero ¿qué es lo que nosotros sabemos?

Que la gente va a pasear, al bosque o al río, al caer la tarde; que están juntos y se construyen, en torno suyo, muros, y ponen, sobre su cabeza, un techo; son fértiles, se multiplican, después se vuelven viejos.

Eso es lo que sabemos. Y que hay muchas cosas que sobrevienen, eso también lo sabemos: algunas que se habían esperado, muchas para las que uno no estaba preparado, por ejemplo las cosas que se relatan aquí. Y, por lo menos, ese poco que se puede esperar podría acaso ocurrir enseguida: allí o allá, en el distrito de Posen o de Löbau, en Lautenburg, Ciborz y Neumühl, y más abajo, en la dirección de Rozan. Pero ¿es así? Levin, que estaba bien enterado de ello, acaso lo haya olvidado en el año que lleva aquí, en Culmerland. Y ahí está Marie, que también ha sabido todo y que pronto lo olvida de nuevo. Ahí viene Levin, que dice: «¡Marja!».

Ninguno pregunta dónde ha estado Levin ayer, o anteayer. Tanto no se pregunta. Marie dice: «¡Ven, vámonos!».

Y salen de la casita del barrio de las afueras, de Feyerabend, se entretienen aún un poco en la pequeña empalizada, dicen ¡hasta la vista!, pero ¿a quién se lo dicen?

Entonces le grita Feyerabend desde la puerta: «¿Adónde quieres ir?», y Levin contesta: «¡Estoy hasta las narices!».

«¿Volverás?».

«¡No!».

Y entonces se marchan los dos, Leo Levin y Marie Habedank. Feyerabend les grita desde atrás: «¿Dejáis las piedras aquí?».

Sí, las piedras las dejan aquí. Y también el resto de pasarela del molino. Más ya no hay. ¿Van a llevar consigo, acaso, las piedras? ¿Piedras de molino?

Maimónides habla, en su biografía, de un abuelo que era un aldeano arrendatario, bajo el príncipe Radziwill, y tenía que cuidar, en su región, de un vado y de un par de caminos y de una carretera. Cuando venía la gente del príncipe, administradores o señores de su corte, o incluso el príncipe mismo, y quedaban empantanados en el cieno (los caballos se hundían, los carros volcaban y las ruedas se rompían), entonces se iba en busca del arrendatario y los suyos, se le ponía junto al puente o la carretera y se le azotaba hasta que quedaba tendido. En adelante, su abuelo colocó, en el puente, un centinela, siempre tenía que haber allí uno y dar la alarma cuando venían los de Radziwill. Y, entonces, ellos salían corriendo a esconderse en los bosques.

Ahora no viene ningún Radziwill, aunque Radziwills sigue habiendo, como antes,

y señores y administradores, y, si viniera, el arrendatario se quedaría en su casa, sólo correría, está claro, si puede, ante los cosacos del zar, y después se construiría de nuevo una casa, pues ésta siempre queda chamuscada. Pero las carreteras y el puente de planchas de madera son como antes. ¡Cada uno de esos puentes, cada carretera sulfuran a Levin!

Van por la carretera en dirección a Grudusk, los dos o tres puentes de aquí son algo mejores, y también la carretera, pero ¡cuánto no tiene ya a sus espaldas Levin! ¿Cuánto tiempo llevan ya caminando?

Llegan a Tschernize Borowe, a Choynowo, a Obrembiec. Alguien como Levin tiene parientes. Con una mano, le saludan, con la otra le ofrecen un vaso de aguardiente. Al principio preguntan, y luego cuentan hasta entrada la noche, una vez cerrados los postigos de las ventanas. ¡Malos tiempos!

El conde de Ciborz, cuentan ellos, mandó matar a siete caballos porque fueron devueltos por la comisión de remonta. ¡Un hombre expedito este conde, el condenado goy^[64], un certero golpe entre los ojos, y listo!

Como si esto fuera algo.

Cuentan que Gronacher quiere divorciarse y nadie le da un caballo para ir a ver al rabino de Czerniatyn, y ríen cuando lo cuentan.

Pero ¿qué importancia tiene esto?

«Tu tío Schachne se construyó una mecedora, una cosa así, un armazón de listones, y se sentó en ella ante su casa, el cuerpo arrebuñado en una gran bufanda de piel, la barba recogida en trenzas. ¡Todo el santo día sentado en esa mecedora y cantando cancioncillas! Y tía Henje da vueltas en torno a la cosa y habla con él como si fuera un ucraniano».

«Es una lástima, en otro tiempo había hecho dinero, ¿ha de estar ahora sonado?».

«Y a Berkowitz se le quemó todo el año pasado».

«¿Y tú? ¿Vas con tu gente? ¿Y con quién andas dando vueltas por ahí?».

Lo último lo preguntan a puerta cerrada.

Así es como Marie y Levin llegan a Rozan.

Un largo camino. ¿Qué cosas no han pasado en este tiempo?

El señor presidente ruega al señor consejero del gobierno que se persone por el caso de Neumühl.

«Vengo inmediatamente», dice el señor von Tittlack. Y se repite: «¡El caso de Neumühl!».

«Basta, Tittlack», dice el presidente de gobierno von Bahr-Uckley, «por decirlo en dos palabras: reinstaurar el orden en Briesen».

«¿Ordena Su Excelencia una comisión?».

«¡Hombre, Tittlack!». Su Excelencia gruñe: «¡La gendarmería!».

«O sea, que ese consejero regional von Driessler, ese austriaco, lo hubiera podido

hacer por iniciativa propia, pero, naturalmente, deja la historia para otro día y hace un informe en Marienwerder, esperando instrucciones. Considerando la importancia del caso».

«¡Permítame, Excelencia...!».

«¡Ya está bien, Tittlack!, ¿encuentra usted bien que nuestra zona fronteriza sea el puesto indicado para servidores del Estado incompetentes, Tittlack, en cierto modo un lugar de destierro para incompetentes?».

A esto, naturalmente, Tittlack responde con «¡En absoluto, Excelencia!». Y, además, pregunta en relación con la disposición adicional del decreto del 1 de octubre de 1863, concerniente a las nacionalidades extranjeras.

«¡Ah, qué», dice su Excelencia, «decreto, disposición...!, ¡lo que aquí necesitamos es una ley de asentamientos! Pero ¡rápido!».

Sí, una ley de asentamientos. Se está preparando en Berlín, y en modo alguno puede llegar con la rapidez que se precisa. Aunque se ocupan de ello concedores sobresalientes de la materia: von Dragulski-Borchert, von Wojciechowski-Mehne, von Wnuk-Kostka, Kuhlke-Kulesza y von Szwab.

Pero la cosa ya debe estar cocinada, por lo mucho que suena: ¡por fin ningún polaco más en aldeas alemanas, punto final para estas situaciones tan embrolladas!

«¡Esto viene, se lo digo yo, Tittlack, como el amén en la iglesia!».

Tittlack dice: «Excelencia, estamos esperando ese día».

Eso es lo que dice von Bahr-Uckley: «Y entonces restauraremos el viejo orden comercial».

Y von Tittlack: «Pero entonces esos liberales quedarán sorprendidos, pues entonces les tocará a ellos: artistas y gitanos y profesores, ¡es para reírse!».

«¡Gitanos, no! ¿O quizá sí, Tittlack?».

La música del futuro.

Apoyándose en el respaldo, tamborileando un poco con la punta de los pies. «¡Habríamos puesto de nuevo orden!».

El consejero de gobierno von Tittlack va hacia la puerta.

«¡Un momento, Tittlack!», dice Su Excelencia, «aquí tiene la concesión de una condecoración, ¡tome usted!».

De este modo, Glinski recibe su condecoración, ya sabemos por qué: lealtad sobresaliente. Sólo falta la superintendencia de Schönsee. También él recibirá su condecoración.

Y Neumühl también recibe algo: una guarnición, por así decirlo.

Exactamente una semana después de la fiesta de verano de Neumühl, el lunes por la mañana temprano, aparece el sargento de policía Pontke acompañado de cuatro gendarmes, estacionándose directamente en el lugar de los hechos, en la fonda-hotel Rosinke.

¿Y qué más?

Ahí los tenemos sentados, con las piernas ocultas bajo la mesa. Al principio,

viene gente que no quiere perderse el espectáculo. Pero aquellos tarugos siguen sentados allí, hablan y hablan y no hacen nada, tienen grandes mostachos. «Ninguna mujer», piensan ellos, «podrá pasar esto por alto».

Luego, la gente se marcha. Y dicen por todas partes: «¡Nada que hacer con éstos!».

Como si esto no fuera nada: al día siguiente, tres de ellos, quedándose los otros dos, además de Adam, al que han hecho venir, en la fonda de Rosinke, salen juntos a patrullar por la aldea, adentrándose luego en la casa de Germann, donde se demoraron un par de horas.

También estuvieron en casa de mi abuelo.

Mi abuelo conoce mundo, Thorn, Graudenz, Marienwerder, y sabe enseguida, cuando aquellos tipos aparecen en su patio: aquí tenemos al *Reich* alemán, en un acto de fulgurante defensa, en aras del honor alemán, que es —eso ya lo sabemos— el honor de mi abuelo.

De modo que mi abuelo, sin más rodeos, lleva enseguida el discurso al tema de los trabajadores polacos y de los elementos polacos en general. Pero el honor alemán trabaja con puntos de vista superiores, las instrucciones recibidas por Plontke rezan así: sofocar todo disturbio en Neumühl, incluyendo sus aledaños, apoyo en el gendarme de infantería Adam.

No es que mi abuelo conciba ahora dudas sobre el honor alemán, eso no, en absoluto, él sabe ya que, aquí, con estos gendarmes, se trata con instancias subordinadas, rangos inferiores, nada más.

«¿Por qué usted se excita de este modo?», pregunta Plontke.

«Eso quizá se decida en una instancia superior», dice mi abuelo dándose importancia; sólo quedan dos vasos de aguardiente por persona, así que se levanta y dice: «Señores, yo tengo que hacer, y ustedes, podría pensarse, acaso tengan alguna clase de tareas que desempeñar».

Así que, en casa de Germann, se quedaron más tiempo, cuatro horas contadas, cosa que no pasó inadvertida en el pueblo y fue referida por Feller a mi abuelo, e incluso vuelven al día siguiente. Es divertido, en casa de Germann.

«Sí», dice mi abuelo, pero no cree lo que ahora está diciendo, es, para él, más un acto de autoengaño. «Estos muchachos», dice mi abuelo, «son un rato astutos, ahora están tratando de averiguar cosas sobre los polacos».

«¡Sed prudentes como serpientes!», dice Feller.

«Sí», dice mi abuelo.

«Y sin falsedad, como las palomas».

«Seguro que sí».

Esas serpientes y palomas uniformadas están, pues, interrogando ahora al propietario polaco Germann y a su esposa, lo mismo que al también polaco Lebrecht y a su esposa, que han pasado por un rato a la casa de aquél cruzando la puerta del jardín.

El sargento de policía Plontke había estado, anteriormente, en Guttstadt, luego en Stuhm y, ahora, desde hace tres años, está en Briesen. Cuenta, con toda brevedad y claridad, lo pasado en estas tres ciudades, y siempre tiene que volver a lo mismo: guarnición, puestos de tiro, lugar de entrenamiento de la tropa, establecimiento penal, o bien, calabozo militar, y la *Casa Alemana*.

Con algunos aguardientes, este cuadro, básicamente verdadero, se irá diferenciando más tarde.

Un tal Napoleón se había comido la última vaca de Guttstadt en ese año cojo, 1807. Eso es, pues, historia.

En Stuhm, si se va a pasear, al atardecer, con una dama, junto al estanque, se topará con mosquitos gigantes y que le pican a uno en las puras nalgas. Esto por lo que se refiere a la relación con la población civil.

Finalmente, en Briesen, siempre los mismos borrachos en el arroyo, cada uno de ellos tiene su tiempo; a las nueve, ese que fue capitán de caballería; a las diez, el secretario Bonikowski; a las once, el notario Willutzki; puedes poner en hora tu reloj según su aparición. Éstas son las obligaciones del servicio.

Ich kenn' ein' edlen Höllenstein^[65], cantan los gendarmes, refiriéndose, con ello, al corazón alemán, ese conocido claro diamante, como se dice, con notas, con palabras del poeta, claro como el día y noble.

Pero ¡esos polacos son tan condenadamente divertidos! ¡Y tan alemanes!

«Pronto iremos otra vez, y no tardaréis en estar bebidos», dice Plontke a su comando, «¡comportaos, vosotros os debéis al káiser!».

Llegaron. Levin se para por encima del Narew, en lo alto de la verde pendiente. Al otro lado, en la ribera baja, está la ciudad. Aquí arriba sólo está la oficina de correos, bajo los cuatro árboles, como entonces, ni siquiera se han hecho más grandes. En este año y medio, en todo este largo tiempo.

Allá enfrente está la ciudad. Las dos torres. Edificios de piedra en torno a ellas. Los cuales empujan a la multitud de casas de madera hacia el río, de tal manera que los tejados de carrizo se apretujan y las casitas, a su vez, empujan hacia adelante, hacia la turbia corriente del Narew, a los pequeños tugurios de madera y a las pequeñas pasarelas cubiertas.

El agua viene y se deja detener y desviar hacia un lado, pasa con lentos movimientos giratorios, arrastrando franjas de espuma que, desde aquí arriba, tiene la apariencia de las coronas de trébol blanco de Weismantel; el agua las descompone y deshilacha, se tornan turbias, y, luego, desaparecen.

«Ésas son las curtidurías», dice Levin, «allá vive mi gente».

«¿Debo acompañarte?», pregunta Marie.

«Ha de ser así».

«¡Ven!», dice Levin.

La casa que habita la gente de Levin es muy vieja. La puerta está guarnecida por dos pilares de piedra, que sostienen un arco. El arco es más viejo que la casa, debe ser originario del este, alguien debió traerlo, según se dice, pero esto no será verdadero. La puerta es pesada y se mueve rechinando en sus goznes de hierro.

En el oscuro cuarto en donde ahora la luz del día deja una ancha franja de claridad, un viejo perrito gris se ha echado a descansar sobre un saco; se limita a alzar la cabeza cuando Levin entra y se queda parado en la franja de luz, una figura oscura.

«¡Tú, duerme!», dice Levin, y el perrito vuelve a meter el hocico entre su pelambre.

«¡Mucho salir corriendo, para luego volver!», se dice la gente de Levin, pero, de un modo amable y sin preguntar nada, ya hablará Leo cuando quiera. Tendrían que preguntar también por esta muchacha. Leo ya les contará.

Levin ayuda durante un par de días en la curtiduría, y también Marie.

El día después del *sabbath*, Levin dice: «Vosotros no habéis preguntado y yo no he hablado, por tanto os digo que seguimos adelante, aquí no hay sitio para nosotros».

Tía Perel dice: «Pero ¡hijitos!, ¡podéis quedaros!».

Levin dice que no delante de su padre. El padre le pone las manos sobre la cabeza, y le dice: «¡Vete!».

Levin sale por la puerta en arco. «¡Marja!». Y Marie dice: «¡Ven!».

Allá van. Tío Dowid, el maestro de los niños, escribe con su bastón algunos signos en las tablas del suelo. Nadie los leerá. Está sentado en su casa, viejo, y alza la cabeza. «En este mundo», dice, «las leyes yerran de un sitio para otro y se quedan paradas en nuestros cuartos, y tienen grandes ojos y largos oídos, y dicen: “¡Hay separación, no unión!”».

Tía Perel está sentada en el banco, las manos ante el rostro, y como acunando el torso de acá para allá. Y tío Dowid sigue diciendo: «En el otro mundo veremos a los separados, están juntos y tienen los brazos enlazados».

«En el otro mundo», dice tío Dowid.

«¡Donde nosotros no estamos! ¡Que te vaya bien, Marie! ¡Que te vaya bien, Levin!».

El día de mañana Marie hablará como Jan Marcin ha hablado siempre, sobre cosas de ayer y anteayer: «¡Pero eso fue antes, mi amor, todo se pierde, como los dientes!».

¡Tú coge a tu Levin de la mano!

Neumühl es ya el pasado. ¡Díselo!

Ahora florecen los tilos delante de la fonda de Rosinke. ¿Dónde se meten estos gendarmes? Plontke escribe su segundo informe.

En el primero se podía leer: «Llegados, estacionados, todos bien».

En el segundo el sargento Plontke se ocupa de describir la situación.

En él pueden leer los briesenianos: «El ambiente es muy bueno, la población civil va a sus actividades, los polacos no piensan, ¡Dios nos libre!, en armar ningún alboroto».

Sólo mi abuelo, según el informe, toma una actitud renitente y mantiene discursos obstinados contra las disposiciones que se han tomado.

«Discursos obstinados», escribió el sargento Plontke, y qué es lo que él entiende cuando habla de esas «disposiciones que se han tomado» tampoco lo entendemos. ¿Pero cómo ha de expresarse uno para suministrar a las autoridades policiales de Briesen un cuadro que les agrade? ¿Lo sabemos nosotros mejor que Plontke? Y él tiene sus experiencias, ya desde la época de su estancia en Guttstadt y, luego, en Stuhm. Dejémosle, por tanto, que escriba algo que se haga bueno a sí mismo en el papel.

Conminado desde Briesen a expresarse con más claridad sobre la renitencia de mi abuelo, Plontke contesta: el susodicho molinero, despreciando el uniforme del káiser, agita a la población pacífica.

«¡Bien, bien!», dicen los señores de allá. Como consecuencia, se solicita la opinión del presidente del concejo Nolte, solicitud que el enfermo hace llegar, tal cual está, con el papel sellado, a mi abuelo. Un saludo afectuoso, y que Johann se sirva echarle un vistazo.

«¿Debo contestar algo?», pregunta la vieja patrona de Nolte. Ha entregado la pequeña cédula.

«¡No!», dice mi abuelo, «¡no es necesario!».

Ahora puede marcharse, pero prefiere sentarse un rato a charlar con la «señora tía».

«Christinachen, hijita, ¡no querrán, por Dios, algo de nosotros!».

«En absoluto», dice Christina, «¿qué iban a querer?».

Mi abuelo entra en la cocina. Dice a la vieja: «Tú te vas a tu casa». Y a Christina: «Tú, ven un momento».

«Mañana me marchó a Briesen».

Y después se sienta y saca a relucir su rostro adusto.

«¡A poner un poco de orden! ¿Qué se piensan ellos?».

«¡No quedará así, sino que van a oír una voz, como a las doce de la noche se oye al Konopka!».^[66]

Así, hemos recibido una frase más para nuestra lista: la número veinticinco.

«¿Piensas que tiene que ser así?», pregunta la «señora tía».

«Tener que ser acaso sea demasiado. Digamos que no puede hacer daño».

«¡Bien, prepara la cena!», dice mi abuelo, justamente cuando asoma Feller por la puerta.

¡Tiene la nariz de un sabueso perro del *diablinski*!

«¡Christinachen!», dice Feller.

La gente se muestra así de amable cuando se muere de ganas de saber.

Pero a Feller le decimos esto: ¡Tú, estate tranquilo y espera! Lo que sea bueno para ti ya te lo contará mi abuelo.

«¡Siéntate!», dice él.

Se sientan. Mi abuelo, con cara malhumorada, corta, con movimientos torpes, el tocino y echa sal a lo que ya, de suyo, la lleva; hundido, como está, en negros pensamientos.

«Para ser predicador, eres muy astuto», piensa él, «pero yo me cagaré encima». Feller es, como mi abuelo, un hombre de decisiones solitarias. Dice, pues, al hermano Feller únicamente lo que ya ha revelado a la «señora tía»: «¡Mañana me marchó a Briesen!».

Feller piensa: «Todavía la historia del molino». Y dice: «Levin, el judío, se ha largado, Feyerabend opina que para siempre». Parece que se lo dijo él mismo.

«Hace bien», dice mi abuelo, pues no puede evitar que, de repente, se le dispare la lengua un poco; «bien, bien, así que se ha largado, este chatarrero, siempre aquí de cuclillas, qué es lo que aún buscaba aquí, no tenía ya nada que ganar».

Y Feller piensa: «¡Ya puedes hablar tú de forma tan hinchada, que, si los testigos correctos hubieran declarado, el judío habría tenido aquí bastante que ganar!».

«¡Pues haz que se enteren de una vez los de Briesen», dice Feller con tono fuerte, mientras se llena el plato, «y entonces la historia estará concluida y olvidada!». Y piensa: «¡El tonto de Levin! ¡Conmigo no hubiera podido hacerlo el viejo!».

«Briesen», dice mi abuelo, «es lo correcto. Cuando sea viejo, me voy a vivir a Briesen».

¿Qué dice, llena de susto, Christina?: «¿A Briesen quieres tú?».

Y esto lo dice mi abuelo de buen humor, mientras se limpia la boca: «¿Acaso piensas que soy viejo? ¡Ya te lo puedes ir quitando de la cabeza!».

«¡Pero, bueno», dice Feller, «si estás en los mejores años!», y, dirigiéndose a la «señora tía»: «Cuando tiene razón, tiene razón, Briesen es una ciudad magnífica; cuando yo sea viejo, no sé».

«¡Parad de una vez los dos», dice Christina, «no oigo otra cosa que Briesen, Briesen!».

Pues sí, al viejo a veces le da por hablar cosas de este género, ¡pero Feller, el hermano devoto, debería estar más sosegado! ¡Briesen! Y tú no sabes, Christina, ni siguiera lo que este Feller sabe, y que se lo reveló aquel borracho que había sido capitán de caballería: ¡Tantas mujeres, en Briesen, como arenas en el mar!

«Pero ¿cuántas veces habéis estado vosotros en Briesen?», pregunta Christina.

«¡En otra época, muchas veces!», dice mi abuelo. «Cuando la construcción del molino. Entonces todo lo suministraba König, una firma fina; todo estaba allí y, cuando lo cargábamos, había cerveza gratis para todos».

«En Briesen, ¿sabes?», dice Feller, «es hermoso. Como en los cuadros. Tú estas sentado a la ventana y allí está el mercado, grandes casas, la torre de la iglesia de esos

evangélicos. También tienen capillas, pero al otro extremo de la ciudad, aunque tampoco muy lejos, y con una cisterna para bautismos, como debe ser, con escaleras que bajan hasta el agua por ambos lados».

«Ya lo contaste una vez», dice Christina.

«De Briesen puede uno, naturalmente, empezar a hablar y nunca acabar. Briesen, adonde llevan todos los caminos».

De cualquier modo, mañana mi abuelo se va a Briesen.

«Vamos a dormir, mañana nos espera un día largo».

Esta noche soñó mi abuelo que andaba por una casa que le era completamente extraña.

Vigas negras, no cepilladas, ganchos de hierro en las paredes, desde las cuales se extendían transversalmente, por las piezas oscuras, teas puestas en ellas, un aire mordiente. Por allí circula gente sin rostro, nadie habla, todo es silencioso, cuando se topa con alguno, éste desaparece. Entonces se queda parado y dice: «¡Mañana!». Y oye su propia voz como jamás la hubiera oído, una voz clara. Hay uno que se levanta de entre las pieles de la cama turca pegada a la pared, con excrecencias en toda la cara, como si estuviera cubierta con una larga pelambreira blanca, con grandes ojos, en donde se refleja un fuego. Jastrzemb. Habla algo sobre azores. Alza una herradura de plata, manosea torpemente una cruz que le cuelga del pecho, como tratando de desembarazarse de ella; tras él se va extendiendo, por toda la pared, una luz azulada, que ahora sube y cubre, como si fuera el cielo, el techo, y ahora se alza allá fuera un griterío, cien voces, en la puerta, que se va abriendo, y aparece el fuego.

Hoy. De nuevo aquella voz clara.

Se ve a sí mismo cruzando el umbral, oye este «hoy», cómo asciende por encima de las cien voces; levanta la mano, silencio, el fuego se vuelve algo viscoso.

Una lúgubre hueste, jinetes y carros. Arrastra todo lo que encuentra.

Junto a la puerta, mujeres y niños. El patio queda atrás. Una calle que él no conoce. Ahora se abren los bosques. La primera luz en la negrura. Todavía hay estrellas, y tiemblan con el hielo.

«¡Frío!», dice mi abuelo.

Con esta palabra empieza el día.

Se levanta, Christina ya está trajinando en la cocina. Él aparece por la puerta con aspecto de ausente. «Hombre, ¿qué pasa?». Él hace un gesto de rechazo. Tres, cuatro palabras esta mañana temprano. «¡Hasta la vista!». Así se pone él en marcha. A Briesen.

Christina ha colocado todo bajo el asiento, café, cerveza casera, té de saúco. ¿Qué le pasa a éste de nuevo? Ella se vuelve a casa.

¿Qué será eso? Aquí, hace mucho tiempo, uno dejó su casa, uno que ya no regresó más. Mi abuelo lo reconoció enseguida: Poleske.

Allá va sentado, sobre su carro, mi abuelo. Así fue, no cabe duda, aquél no volvió jamás. Levanta el látigo, lo tira con fuerza a derecha y a izquierda sobre el lomo de

los caballos, busca una postura cómoda en el asiento y dice: «¡Se acabó! A mí no se me ha perdido nada, y a ti tampoco, en este sueño, en esta

5.^a aparición».

En Briesen todo fue sobre ruedas, mi abuelo no dice nada de la cedula sellada que le había hecho llegar Nolte, limitándose a mencionar, pero en el sitio indicado, que estaba ahí casualmente, de negocios, que aquel tal Levin había, recientemente, emigrado, con todo el sigilo, a la Polonia del Congreso.

«Adonde pertenece», dicen, a esto, los señores de Briesen.

Nebenzahl cierra el caso. Entretanto, ha llegado el tercer informe del sargento Plontke. En el que, por cierto, se puede leer de nuevo que esos polacos son alemanes hasta la médula. Pero también: «El tal Levin se ha marchado, junto con una tal Marie, hija de Habedank, el gitano tratante de caballos y músico de aquí». Cruzando la frontera *verde*, como se dice, a campo traviesa, si bien aquí se trata de un río. Pero, como se sabe, el Drewenz es igualmente verde, si no más verde, ahora mismo, que los prados que lo acompañan en su curso.

Y, luego, mi abuelo, este hombre de decisiones solitarias, tiene aún entre manos un par de cosas más. Por lo cual, al día siguiente se deja caer por la oficina de la firma König, serrería y fábrica de cajas. El joven de entonces se ha convertido en un hombre de pesada figura, la barba le cubre hasta las mejillas y se mueve con movimientos circulares, apenas reconocible.

Después de comer, mi abuelo está sentado junto al agente inmobiliario Schwill en la *Casa Alemana* de Wiezorrek. Schwill saca un papelito del bolsillo del chaleco, pero es todo tan sencillo que no necesita anotar nada.

Sí, y al tercer día mi abuelo está, de nuevo, en Neumühl. Por la tarde.

A la luz de la luna anda todavía por el patio. Cierra él mismo todas las puertas, corre el cerrojo del portón de la entrada.

Entra en la casa. «Nos mudamos a Briesen».

La «señora tía» deja caer, sobre el suelo de piedra, la fuente de arándanos que había preparado. Allí quedan tirados los cascotes. Allí quedan tirados los arándanos. Allí corre esa leche coloreada de rojo y azul.

«¡Huy, huy!», grita el pintor Philippi y sale corriendo, con los brazos abiertos, por toda la plaza, salta el arroyo y se planta ante mi abuelo, con una frase en los labios: «Sí, ¿quién eres tú, que yo no te conozco aún?».

Mi abuelo retrocede medio paso, o, más bien, un cuarto de paso, por así decirlo, un movimiento así, hacia atrás o en otra dirección, no es fácil saberlo, estirando, al mismo tiempo, todo el torso, una especie de posición de susto, como la adoptan ciertos escarabajos y otros insectos cuando se encuentran con sorpresas desagradables, o, en general, tienen encuentros insospechados; algo así, en nada distinto.

Eso es lo que él, mi abuelo, hizo. Superada la sorpresa, recobrada su dignidad, no puede pasar, ahora, nada, y, ahora, puede decir, mi abuelo, apoyándose ligeramente sobre su bastón, con la boca semicerrada: «¿Señor mío, qué desea usted?».

¡Todo un hombre de ciudad, mi abuelo, un ornamento para este nido de Briesen! ¡Hay que decirlo!

«Ah, no digas nada», dice el pintor Philippi. Él había gozado con aquella bonita presentación, ahora le fastidia, si bien sólo un poquito, el tono desdeñoso con que mi abuelo le ha dado el título de señor.

«¡Vamos, vamos, no hagas ninguna tontería!», dice Philippi. Están, exactamente, ante la *Casa Alemana* de Wiezorrek, justamente ante la puerta. «¡Entra, y tendrás, para empezar, dos cervecitas!».

«¡Espantosa taberna, totalmente espantosa!». El pintor Philippi se estremece. Extiende ambos brazos, a media altura, hacia delante, las manos con los dedos bien abiertos, y pone una cara de disgusto como acaso mi abuelo nunca había visto en toda su vida, una cara como, a lo sumo, mi abuelo mismo podría poner: de total repugnancia. «¡Tener que sentarse en una taberna asquerosa como la *Casa Alemana*! ¡Es para morirse de risa!».

«¡Señor Philippi», dice Wiezorrek, que se apresura a venir, con el trapo de secar la vajilla todavía en los dedos, «señor Philippi, no me haga usted alguna inconveniencia!».

Lo dice en un tono ahogado, casi como quien hace un conjuro, poniendo dos dedos ante la boca, pero Philippi lo agarra de los botones del chaleco y lo atrae más cerca de sí. «Ah, querido, ¿qué es lo que ya estás murmurando?».

Wiezorrek se decide a sonreír, sacude los hombros disculpándose, si bien no se sabe si por sí mismo o por el pintor Philippi, y dice, dirigiéndose a mi abuelo, pero

también a los tres, cuatro o cinco clientes, que ya lo tienen archisabido y que no prestan atención: «¡Sí, sangre de artista! ¿Los señores se conocen?».

«Ni pizca», dice Philippi. «¡Este pobre hombre viene del cementerio!».

«Pero ¿cómo se le ocurre a usted esto?».

«¡Cierra el pico!», dice Philippi, y echa el anzuelo ahora también a mi abuelo; tiene, pues, agarrados a los dos por los botones. «Sí, ¿por qué has puesto una cara de seda así?».

¿Qué se puede decir a esto?

«¡Cerveza!», grita Philippi jadeando, deja sueltos a los dos, se arroja en la primera silla que encuentra, silba metiéndose los dedos en la boca, haciendo una señal a mi abuelo, que está allí parado, como si tuviera una aparición, para que se siente con él.

«¡Vaya usted!», dice Wiezorrek. «¿Cómo cayó en sus redes?».

«Pero ¿quién es?», pregunta mi abuelo.

«Pintor de academia Herwig Philippi. ¿No había oído hablar de él?».

Ajá, artista. Y aquí, en Briesen. No es de creer. Algo totalmente nuevo para mi abuelo.

Wiezorrek lo deja allí parado. Y ahora vienen las cervezas, las llamadas cervecitas.

«¿Qué andas haciendo ahí?», grita el pintor Philippi. «¡Vamos, ven aquí, tu cerveza!».

Nuestra historia se encuentra, en cierto modo, en periodo de liquidación. Van desapareciendo de ella uno tras otro; a uno lo dejamos, simplemente, marchar, o bien no de un modo tan sencillo; es más, en el caso de más de uno se nos hace, para ser sinceros, difícil: ¿deben marchar ahora quién sabe adónde?

Pero justamente ahora, en este extraño local de aquí, traemos a una persona nueva: este artista, y esto ha de tener algún motivo, y el motivo es: el otoño.

Otoño. Ninguna palabra más sobre las cinco o seis o siete semanas de verano en las que nuestra historia ha tenido lugar. Es otoño, mi abuelo ha vendido, muy ventajosamente, sus propiedades de Neumühl, granja y campos, todo el ganado, e incluso el molino, ¡ahora hasta el molino, justamente ahora, con el gran negocio de la molienda! Y por cierto, a Rosinke. El cual, aparte de su hotel, ahora tendrá su molino, el único de Neumühl, como sabemos. Empleando de nuevo, inmediatamente, a Nieswandt y Korrinth.

Así pues, él, mi abuelo, ha vendido. ¿Por qué? ¿Se siente golpeado? ¿Y lo admite? ¿O bien está demasiado cansado? Pero preguntar, me parece a mí, no tiene ningún sentido.

Preguntar no tiene ningún sentido.

Ésta podría ser, propiamente, una de esas frases de las que tomamos conciencia. Podría ser, y también podría no serlo. En consecuencia, por mí que sea la frase vigésimo sexta.

¿Por qué traer a esta divertida persona?

Necesitamos siempre personas divertidas^[*]. ¡Son, incluso, muy necesarias! Ésta de aquí, el pintor de academia Philippi, ya puede pesar dos quintales, que lo lleva como si nada, absolutamente nada, y sobre sus pies pequeños viene bailando calle abajo, y cuenta: «Mi madre siempre me decía...», y luego sigue otra cosa, siempre distinta, hace girar entre tres dedos un bastoncillo con mango de marfil o algo parecido, o agita un escudo blanco con la inscripción «Los niños y los militares pagan la mitad», algo así, pero adornado con florecillas de papel y ceñido con una gruesa corona de dalias. Y ahora, precisamente, está sentado frente a mi abuelo. Y lo necesitamos.

Mi abuelo ha vendido. Ahora es un ciudadano de Briesen. Rentista. Pero ¿qué pasa con todo ese dinero?

Un día viene a verle Feller. En el carro de Froese, el despellejador. Mi abuelo está sentado en su buena sala y lee su *Gartenläube*. Es un buen periódico, impreso en Berlín, a la vista de Su Majestad. Lee, y se sorprende. Ahí hay un artículo de... ¿cómo se llama el hombre que lo ha escrito, el autor? De Glagau, Otto Glagau, así se llama él, y éste es un artículo sumamente importante, mi abuelo tiene ya la cabeza caliente cuando Christina entra con el hermano Feller. «¡Mira, Johann, qué visita más fina tenemos!».

Ella, Christina, se alegra de verdad, y tiene por qué, hasta ahora sólo ha estado ocupada, todos los días, con la mudanza y la nueva instalación, con la labor de habituarse y las nuevas cortinas, y mi abuelo también se alegra. «¡Y bien, tú!», le dice. Y: «¡Siéntate!».

«¡Muchos saludos de Neumühl!», dice Feller. Se sienta. Pone su cara más importante.

«¡Vamos, dispara!», dice mi abuelo.

Y ahora va pensando la cosa por partes, tal como lo ha venido pensando durante el largo viaje, primero, segundo, tercero.

«¡Johann!», dice Feller, «tenemos allí el asunto de la comunidad. Tú has sido el miembro de mayor antigüedad de todos nosotros».

«¡Propiamente, lo sigo siendo!».

«Bueno, la cosa fue demasiado rápida, y justamente en época de recolección».

«Hemos pensado», dice Feller, «que podríamos hacer, retrospectivamente, la despedida, acaso en Navidades».

«Mira», dice mi abuelo, «¿voy a viajar, por esa causa, Dios no lo quiera, a Neumühl? Yo sigo siendo el miembro de mayor antigüedad de la comunidad, y punto».

«¡No puede ser, Johann, tú mismo lo sabes muy bien!».

«¡Bien!», dice mi abuelo resplandeciente, «¡vosotros me haréis el miembro honorífico de mayor antigüedad; ya hay precedentes; el padre de Rocholl, como sabes, fue algo así!».

«Ya lo sé», contesta Feller, llevándose la mano al alzacuello. Y luego dice, con valentía: «Pero éste pagó, por lo que yo sé, todo el tejado de la capilla».

«¿Y? ¿Qué quieres decir?».

«¡Acaso si tú tomaras a tu cargo la pila bautismal, o pila de inmersión, lo que es lo mismo...!».

O sea, ¡dinero!

«Siempre las mismas historias contigo», dice mi abuelo. «¡No me vengas por ese lado, te lo digo de verdad, que no lo puedo soportar!, ¡me es igual que sea una cisterna bautismal o una cisterna de inmersión, eso no me entra por la oreja!».

«¡Johann!», dice Feller.

«¡No me hables!», dice mi abuelo, «¿no he hecho yo bastante por ti? ¿Qué más quieres?».

«Pero ¡Johann!, ¡yo no digo nada, yo no, sino la comunidad, es ella la que ha de decidir, y entonces hará algo!».

«¡Sí, vosotros!», dice mi abuelo. «¡Insaciables!», y pone una cara muy semejante, así, vista desde fuera, a la cara de repugnancia del pintor Philippi de antes. Los párpados semicerrados, las cejas subidas, sobre todo por la parte que apunta a las sienes, las comisuras de la boca hundidas, una arruga oblicua en la frente. «¡Sí, vosotros!».

Y, ya que Feller calla: «Sigue, ¿qué más me traes?».

«¡Johann», dice Feller, «tu hija Lene me ha escrito!».

«A mí también», dice mi abuelo.

«¡Bueno, pues ya lo sabes!».

Feller se siente aliviado. Pero no por mucho tiempo. Mi abuelo no le da un respiro: «¡No, no, dime tú!».

La Lene de Dortmund, casada con un maestro cervecero de allí, ha escrito: qué pasa con el dinero. Ya que el padre había vendido. Y ya que consta por escrito la parte que a ella le corresponde.

¡No debe ponerse así esta mujer, grandes impuestos y algo de dinero en efectivo, mientras su viejo gana su buen dinerito! Mi abuelo se siente incómodo.

«Y, luego, va y se escuda en ti, Alwin, y tú te dejas enviscar, naturalmente. Yo pienso, Alwin, que tú debes escribirle sobre lo que es el cuarto mandamiento. Por cierto, que es el único mandamiento que tiene una promesa: “¡Que te vaya bien y vivas largos años sobre la tierra!”».

«¡Johann!», dice Feller.

«Pero ¡ya lo sé, todos vosotros sois de la misma especie, de la estirpe de “toma y daca”!».

Mi abuelo se va acalorando, corre hacia la ventana y abre sus hojas de par en par. Se queda allí parado y le gustaría ponerse a gritar sobre el mercado: «¡Éstos son los hijos que uno tiene, esto es lo que uno ha criado!».

«¡Tranquilízate, Johann!», dice Feller.

«¡Bueno, sigamos!», dice mi abuelo mientras cierra de nuevo la ventana.

«Tu hijo Gerhard me ha escrito».

«¡Naturalmente, él también!», grita mi abuelo. «¿Y quién más?».

«Albert y Frieda».

«¡“Señora tía”, café!», dice mi abuelo con un estremecimiento. Y, tras haberse sentado: «¡Sólo falta Erwin!».

«¡No, ése no!», dice Feller, «¡ése no acepta nada de ti!».

«¡Café!».

Así es como va la cosa desde que mi abuelo vive en Briesen. Él necesita a alguna persona divertida.

«¿Seguro que no tienes berrinches?», pregunta esa persona divertida. «Los berrinches le afean a uno».

«¡Bebamos una cervecita más!», dice mi abuelo.

Esto es lo que más frecuente, la *Casa Alemana* de Wiezorrek. La persona divertida que conoce, ese pintor de academia, ya le arrastró una vez hacia una taberna totalmente distinta, donde atienden dos damas. Muy hermoso, allá, si bien mi abuelo se había hecho otra idea del local. Allí no había otra cosa que cerveza.

Pero ahora mi abuelo está sentado en su casa, en su buena sala. Con ese artículo, ese artículo del *Gartenlaube*, de ese señor, o escritor, Glagau, Otto. Allí está escrito:

«Esa tolerancia o esa curiosa debilidad no deben hacer, por más tiempo, que los cristianos nos contengamos a la hora de tomar medidas ante las creencias, los excesos y la arrogancia de la judería».

«¡“Señora tía”, ven un momento, escucha esto!».

«... de tomar medidas... no debemos tolerar por más tiempo que en todos los sitios —¡en todos y cada uno de los sitios!— los judíos se apresuren a llevar la voz cantante. Y, a nosotros, los cristianos —¡escucha lo que dice aquí!—, nos empujan continuamente hacia un lado, nos ponen contra la pared, nos quitan el aire y la respiración».

«¡Ya lo has oído: en Berlín también!».

«Pero ¿cómo es eso?». Christina está confusa. «¿Qué es lo que quiere decir?».

«¡Pues pasa igual que aquí!», explica mi abuelo. «¡Si piensas en ese *Labán*^[67] de Levin...!».

Y ahora mi abuelo adopta una expresión que se puede denominar feliz mientras dice, lentamente, haciendo hincapié en cada palabra: «¡A mí me parece que éstos de Berlín no son lo suficientemente hombres!».

Y, tras una larga y ruidosa respiración, añade: «¡A la vista de Su Majestad, y no saben lo que tienen ahí!».

De modo que mi abuelo, como hombre y como alemán, escribe una carta del lector. Dirigida al señor escritor, ese tal muy estimado señor Glagau, Otto Glagau, del *Gartenlaube*, en Berlín.

Primero escribe largo y tendido, pero, al final, sucintamente: «Y le pido a usted aquí que, sin más dilaciones, solucionen toda esa cuestión siguiendo mi ejemplo». Y

sigue la firma. Abajo: «Rentista de Briesen, ex propietario del molino y miembro honorífico, de más antigüedad, en la comunidad de Neumühl».

«¡Eso no lo eres tú!», dice la «señora tía».

«¡Ya lo verás!», dice mi abuelo (frase vigésimo octava).

Esa tarde, en la hospedería de Wiezorrek, dice el pintor Philippi: «¡Yo te conozco, hoy estás de buen humor, algo habrás cazado!».

Y, cuando mi abuelo se pone a contar lo que hoy ha escrito a Berlín, a ese *Gartenlaube* de Berlín, a ese escritor, el pintor Philippi pega un salto y escupe en la mesa. «¡Y con alguien así he estado yo tomando cerveza: vete al diablo!».

Y desapareció.

«¡Qué tipo más cómico! Ya se estaba haciendo pesado. Mejor así».

Pero mi abuelo no puede evitar encontrarse frecuentemente con este pintor en Briesen. Y eso no es nada agradable.

Cuando se da el caso, este gordinflón hace un gran círculo en torno a mi abuelo, se toca con el dedo en la sien, agarra un rizo de su bastante larga cabellera y tira de él hacia arriba, mientras que, con la otra mano, se coge del trasero y silba una tonta melodía; luego se gira, saca finalmente la lengua y se queda parado allí un rato, con los brazos colgando y un aspecto de suma tristeza, y, de repente, da media vuelta sobre el tacón y marcha corriendo.

¿Quiere decir esto que aquí hay alguien que todavía no abandona a mi abuelo? Pero ¡si apenas lo conoce!

«¡Qué tipo más cómico! Qué vas a esperar, ¡un artista!, ¿qué no podrá pasar por cabezas así? ¡Esas cabezas de artistas!».

Son, ciertamente, dos frases, la que hace el número veintinueve y la trigésima. La cosa va un poco más ágil. A medida que nos acercamos al fin.

El pintor Philippi está sentado ante la pequeña ciudad, al atardecer, delante del lago más pequeño de los dos del lugar; allá atrás empiezan las praderas de Falkenau. Tiene en sus manos un papel, donde, en vez de dibujar, escribe:

*Kraut, gelb, Wölbung,
der Lippen im Mittag,
trockne Gewässer,
die Düfte, Nebel und einst
der Schnee,
ich sprech in den Wind*^[68].

¡Qué lindo hombre este Philippi! Vive para sí, sabe cómo no hablar con nadie, en todo caso no con seres humanos, aunque hable mucho, sobre esto y lo otro, llamando al alcalde «viejo cliente» y diciendo al jefe de policía: «¡No te des demasiado poca importancia!». Cuando él habla así, nadie entiende lo que quiere decir.

Se queda mirando su pantalón. «¡Qué hermoso cuando uno tiene un pantalón y no

va con las piernas al aire!».

Por lo demás, es un buen pintor.

Y ahora está volviendo a la ciudad, siguiendo la Untere Schlosstrasse y, luego, subiendo por la Calabreser, un tipejo enfermizo como él. Y se topa con mi abuelo. Pero hoy no está de humor para ponerse a bailar.

Y mi abuelo no ve, en absoluto, ninguna posibilidad de evitar a este señor pintor sin tener que marcharse con una prisa indigna; por tanto, se recompone y dice, un poco demasiado fuerte: «¡Habría que sacar a los señores artistas a que les diese algo el aire!».

«¡Tienes razón», dice Philippi, «hace bien, tú también deberías de vez en cuando!».

«¿Por qué yo?». Mi abuelo se siente menos desarmado que extrañado. «¿Por qué dice usted eso?».

«¡Un día te lo explicaré!».

Philippi está cansado. Cuando mi abuelo se le quiere pegar, se despide. ¡Mañana!

«¡Hala, vete», piensa mi abuelo, «yo no soy de los que insisten!».

Aunque acaso sería mejor para mi abuelo que insistiera, de verdad, en tratar a este artista. Pues con nosotros ya no puede hacerlo, lo hemos dejado de la mano de Dios.

«¡Este artista, que anda siempre merodeando por aquí!», dice mi abuelo.

Está sentado, en la *Casa Alemana*, con el capitán de caballería von Lojewski.

«¡Ah, se refiere usted a ése!», dice el tal capitán de caballería, «un hombre, en cierto modo, culto. Ha pintado los cuadros de los altares de aquí, de los dos, tanto del evangélico como del católico, un caso raro, y de forma excepcional, se lo digo yo; usted debiera verlo alguna vez, sorprendente, con modelos reales, tengo el honor de conocer a esas damas».

Se refiere, pues, a las dos Marías y a María y Marta, es decir, a sus modelos. La actualmente señora Thulewitz y la señorita von Binkowski, de la Residencia de mujeres, y la enviudada señora Schulz, de Trutenau, y la mujer del ingeniero forestal Myszkowski, que ahora vive en Marienwerder.

Lojewski puede hablar tranquilamente, de él no ha recibido ninguna bofetada, a él no le pega. Claro que ya hace muchísimo tiempo que tampoco recibe de él cerveza.

A Lojewski le va con este artista de un modo parecido a mi abuelo, en su caso es a causa de los polacos. «¡Un hombre culto este Philippi, pero, por desgracia, con opiniones muy cómicas!».

«¡Cuando uno está aquí encerrado en provincias», dice Lojewski, «una persona culta es, en cierta manera, un alivio!».

«¡Bah, cervezas puede usted recibir también de mí!», dice, groseramente, mi abuelo. ¿Cómo este tipo habla así de las provincias? ¡Briesen, una provincia!

Pero eso es probablemente demasiado para un noble como él.

«¡Procure usted cambiar el tono!», dice el capitán de caballería. «¿No sirvió usted en el ejército?».

Eso cuesta a mi abuelo, por lo menos, seis cervezas, más tres ginebras. ¡Con qué gente te codeas, abuelo! Pero ¡ahora a nosotros ya nos da igual!

Si todos los caminos llevan a Briesen, también todos los caminos llevan fuera de Briesen. Nosotros ya hemos hecho, a pie y en carro, el camino que lleva a Neumühl pasando por Falkenau, Polkau, Linde, Garczewo, después de haber cruzado la vía férrea y el riachuelo Struga, a lo largo de los estanques de carrizos. Ahora volvemos a pasar, por última vez, por esos lugares. En otoño. Los campos están vacíos. La superficie de las corrientes de agua está tranquila. Las aves se reúnen en torno a las florestas. El aire es húmedo y de olor acre.

Ahí está Neumühl. También Neumühl está tranquila. Los gendarmes, Plontke y los otros cuatro bigotudos, ya se marcharon. Rosinke está apoyado contra la puerta de su local, ahora es también propietario del molino, pero la fonda no la dejará. Dice al gendarme Adam, que está detrás de él: «Usted puede pasarlo bien aquí, envejecerá aquí. El anterior metía demasiado las narices, eso no hace bien a nadie».

«¡Vamos a ver!», dice Adam, cauteloso.

¿Qué significa eso de «ver»? En el corto tiempo que lleva aquí, Adam ya ha tenido sus experiencias: la cosa consiste en mantenerse fuera, mantenerse siempre fuera, sencillamente, no estar nunca ahí, eso es lo que le han enseñado sus experiencias. Y, realmente, todo lo que al principio parecía peligroso había acabado en nada, así de simple, acabado en nada. Tanto aquella Unión de Malken como esta historia de Neumühl, primero con lo del circo, después con lo de la fonda de Rosinke. Al menos es lo que parece. Pero Adam tampoco llegará aquí a viejo, en todo caso no con esta táctica.

Claro que, ahora, Neumühl está tranquila. La retirada de mi abuelo ha sembrado el desorden entre las filas de los alemanes y los devotos, sobre todo por la manifiesta falta de razones de la misma. ¿Y los otros?

Según certificación oficial, Lebrecht y Germann sienten como alemanes, si bien acaso no quieran actuar como tales. Niewandt y Korrinth pueden mostrar, de nuevo, una relación laboral, nadie les puede hacer nada. Respecto a Feyerabend, Olga Wendehold o el sadlinkeniano Fenske, la discordia personificada que, para ellos, era mi abuelo, ha puesto los pies en polvorosa, se habla otra vez de ello.

Tía Huse también oye hablar de que él está más cerca de donde ella vive. Sin embargo, no se molesta ya en combatir. Algún día le visitará.

¿Y los otros? ¡Pues había otros!

Habedank se pregunta: «¿Dónde estará ahora Marie?».

La semana pasada Geethe ha vuelto de Hoheneck, donde ha liquidado su negocio, y había oído que ambos estaban en Ciechanow. Se lo contó uno que puede saberlo, un *Ratzkefaller*, un gitano que construye, con alambre, trampas para ratas y ratones y que arregla vasijas.

«¡Debe ser verdad», dice Jan Marcin, «personas trabajadoras!». No se sabe si se refiere a Levin y Marie, o bien a esos *Ratzkefaller* que hay por todos sitios.

Todos se habían reunido en la casita de Jan Marcin. ¡Es una hermosura verla tan llena! El gallo de color saluda a su amiga *Francesca*, y Jan Marcin está completamente feliz: sus hijitos están ahí. La plantilla completa del circo italiano. La próxima semana tendrá lugar aún una representación en Gollub, con una velada de gala de fin de temporada, y luego retirada a los cuarteles de invierno, aquí, en casa de Jan Marcin. Y en Gollub saldrán ya a escena los nuevos miembros del circo: Habedank, Geethe, Willuhn.

Una magnífica música.

Sólo falta Weismantel.

«No, hijitos», dice Weismantel, «cantad, vosotros podéis cantar de un modo más bello». Tiene en su regazo al gato de Jan Marcin, rascándole detrás de las orejas y sobre la frente, pues un animal así no puede chuparse ahí. «No, hijitos, yo sigo mi camino, ya nos encontraremos otra vez».

Y, diciendo esto, él, el viejo Weismantel, se marcha. Quiere cantar, aquí o allá, en todos los sitios donde encuentre algo injusto, y de esto hay más que suficiente, de modo que tendrá más que suficientes ocasiones de cantar. A veces, eso no se ve enseguida, pues el diablo lo tapa con su cola. También echará un vistazo por la casa del capellán de Strasburg, tendrán juntos una corta velada. Y, al acabar, el capellán Rogalla dirá: «¿Qué diablo se ha apoderado de mí para que yo me siga arrastrando en este nido?».

Y Weismantel contestará: «¡Diablo o no diablo, quédese usted aquí, mejor que no venga otro!».

Y el capellán Rogalla ya sabrá que Weismantel tiene la costumbre de expresar en voz alta lo que la gente piensa. Y, al despedirse, el capellán dice: «¡Dios le protegerá!», y: «¡Vuelva usted por aquí, señor Weismantel!».

Es otoño. Y Weismantel quiere subir a Lobau. No directamente a Lobau, sino yendo, más bien, por las aldeas, es decir, no por Neumark y Samplau, sino más al este, por Gwistzyn y Tinnewalde, y en Zlottowo tiene un hermano e irá a visitarlo, pero todavía, hasta el invierno, tiene tiempo.

Sigue cantando. Ahora en otoño.

¿De dónde viene el que sus canciones se hayan vuelto más alegres?

Ha habido algo que hasta entonces no se había dado. No ya aquel *aquí-polacos-aquí-alemanes*, o *aquí-cristianos-aquí no cristianos*, sino algo completamente distinto, ya lo hemos visto, qué más vamos a decir de ello. Esto ya ha sido, luego no se marcha ya más. De eso cantará Weismantel. Y Dios le protegerá. A sus ojos estará muy bien, pienso yo, cómo lo hace Weismantel.

Y allá va él, con los trapos enrollados y enlazados en torno a las piernas, Weismantel, que sabe todas las canciones, agitando un poco el brazo izquierdo. Entonces, nos apoyamos contra la cerca y lo seguimos con la mirada, quedándonos

allí hasta que se hace de noche. Allá, en la lejanía, sigue él caminando.

Y ahora me pongo a pensar yo si no hubiera sido mejor hacer que la historia tuviera lugar más al norte, o, aún mejor, más al nordeste, metiéndonos ya en la región lituana, donde yo sigo conociendo todo, y no aquí, en esta región, en donde yo nunca he estado, en las riberas de este río Drewenz, el río de Neumühl, o en las del riachuelo Struga, de las cuales sólo sé yo algo de oídas.

Pero ¿por qué en otro sitio? ¡La historia hubiera podido pasar en tantos lugares y en tantas regiones!, y, mira tú por dónde, sólo se cuenta la de aquí. En treinta y cuatro frases. Faltan, pues, todavía cuatro frases. Son éstas:

«¡Ven, cantemos!».

«Los gitanos hacen su función en Gollub».

«Si nosotros no cantamos, cantarán otros».

Y nos falta aún una frase, la última. Cuando el pintor Philippi salta, con un pequeño brinco, el arroyo de la calle y se queda con los brazos abiertos. «¿Yyyy tengo aún que explicarte algo?».

Y entonces dice mi abuelo: «No sabría decirlo». Y da un paso atrás. Y dice, con una mirada desvalida: «¡Déjeme usted en paz!».

«¡No!», grita el pintor Philippi, gira como una peonza sobre el tacón y da una palmada justo ante la nariz de mi abuelo. Como si acabara de al rapar una mosca.

Y ese philippino «¡No!» es lo que debemos resaltar. Para nosotros tiene aquí el valor de una última frase.

Los personajes y la acción son inventados.
Cualquier posible parecido es fruto de la casualidad.

Pianos lituanos

Largirucho, flaco, bien derecho, piernas como palos, sin embargo acentúa sus pasos cortos; un brazo, el izquierdo, mal encajado, bamboleo para distenderlo; el sombrero en la mano derecha; rostro largo, aunque nadie podría decir lo que quiere expresar, ausencia, indiferencia: Gawehn sale por el abierto portal lateral a la calle. Una mañana clara. Detrás de él, en la puerta, está apostado el escenógrafo Schwillus, el cual, mientras sigue con la vista la larga figura de aquel concertino, ha de seguir haciendo las observaciones a que está acostumbrado: «¡No se ve ni se oye nada!», «¡El violín en la mano, las notas delante de la nariz!», «¡Artistas, el mundo se acaba ahí atrás!», «¡Fin de la prueba!».

Gawehn, concertino, o, como se le sigue llamando aún, primer violín, cabeza de un cuarteto de cuerda y, además, renombrado, ha llegado a la calle transversal. Ésta se llama *Philosophendamm* y lleva a la fábrica de celulosa. Sería mejor girar hacia una calle lateral, ahora hay ruido, estamos ante el portón de la fábrica, como también había ruido en el teatro de la ciudad. *El herrero de Marienburg*, una ópera, cada violín toca su parte.

El profesor Voigt ha olvidado sus cuadernos escolares en la sala de conferencias. Se da cuenta de ello porque nota algo: va ligero. Ningún susto por esta causa, sino alivio, va ligero, y ahora sabe por qué; por tanto, sigamos así de ligeros y, por suerte, con los bolsillos llenos de papeles, en los que se encuentra todo lo que se puede precisar en un momento dado —lo cual, ciertamente, no es poco—, apuntes de carácter etimológico, listas de nombres, extractos de citas. Uno lleva el traje como si fuera un armario, el acto de cambiar de traje es una especie de inventario: revisión de todos esos papeluchos, su eventual reorganización, poner aparte esto que se ha separado para copiarlo más tarde, o cosas así. Sí, eso le hace a uno ligero: ese acto de tener los bolsillos llenos le lleva a uno en volandas.

«¡Señor Gawehn!», dice Voigt. Hacía mucho que había avistado al señor primer violín, y puso rumbo hacia él, con alas en los pies.

«¡Señor Voigt!», dice Gawehn adoptando su fino tono profesoral, al que tienen que resultar molesto, como es comprensible, los rangos y los títulos. «¿A usted le gusta?».

«La ópera», dice Voigt, y tiene en la mano un folio blanco, cortado en dos, como era fácil de ver. Pero con un escrito tan fino que cuesta leerlo en tanto blanco.

«Así pues, la ópera», dice Gawehn, la cabeza ladeada, como si estuviera oyendo voces.

Y, entonces, el uno junto al otro, calle abajo. Una calle ancha. En la cual se ha desplegado, hoy, sábado, el mercado de cerámica; vasijas, pues, de todo tipo, vasijas de piedra, pavas, jarrones, tiestos, bandejas, fuentes esmaltadas en verde o en marrón, pero todo quebradizo, para ser tratado de forma distinta a los caballos o a las patatas; por consiguiente, un mercado tranquilo, con movimientos medidos, por lo prudentes, de ahí que hubiera también poco griterío, un hablar sosegado, un intercambio de palabras sigiloso.

Claro que esa gente, esas muchachas y mujeres ceramistas, son dignas de notar. Y hasta los hombres. No son negociantes, sino artesanos de aldea, que traen ellos mismos sus mercancías, su discurso salpicado un poco con términos de especialista, acompañado de una ligera sonrisa, como el de los pintores al mostrar sus cuadros, cuando el coleccionista está ante ellos y no ve tanto los cuadros como el trozo de la pared de su casa que todavía está libre. Estas mercancías de aquí van destinadas a la mujer: especialmente los tarros, tarros para los pepinos y tarros para guardar la mermelada y tarros para la manteca. Por un precio que es posible regatear, según sea el grado de la experiencia propia o la del otro; las compradoras llevan el pañuelo de la cabeza adelantado —las mujeres ceramistas tienen el sombrero echado hacia la frente— a causa de la claridad de la luz, estamos cerca del mediodía.

La luz se agarra a las paredes de las vasijas, en ese jarrón de un vidriado verde y granulado, en esa jarra azulada con dibujos circulares. Como se agarra, allá enfrente, a esas fachadas de las casas con un revoque amarillento, a esas ventanas regularmente recortadas, que parecen vacías. Luz casi de mediodía, luz de las once, poblada de partículas amarillas, aún sin el cansancio de la tarde, pero luz sabatina.

«¡Señor Gawehn», dice el profesor Voigt, «no me lo puedo quitar de la cabeza!».

«Estoy convencido de ello», dice el primer violín Gawehn. «¿Y ese papel?», pues Voigt está justamente esgrimiendo en el aire su folio, ese papel largo y, sin embargo, alargado en dos; «¿ese papel no contendrá, digo yo, su texto?». Esto último, dicho en un tono un poco dubitativo.

«¡En absoluto!».

El profesor Voigt hace un gesto de rechazo, con la mano izquierda, que tiene libre, e incluso con la del papel. «Un borrador, del primero al tercer acto, en un tono totalmente profano, como usted se podrá imaginar; un poco culto, a lo sumo, en la ejecución artística de mi estimado colega Storost, con todo...».

Pero ¿qué es, en realidad?

«Todos nosotros somos aficionados y seguiremos siéndolo», dice Gawehn con suavidad. Y acaso el tono fue un poco demasiado suave, pues Voigt dice: «¡Bueno, bueno!».

Se limitó a alisar su papel, posándolo en el antebrazo izquierdo y tachando algo en él.

«Primero el título», informa Voigt, «quizá podría ser, de forma muy sencilla: *El cantor de su pueblo*». «O sea, un barítono», sugiere, como de pasada, Gawehn. Verdad es que Voigt ha pensado en un tenor, a causa de los años de juventud del héroe, que habrían de ser registrados en la obra, pero luego el hombre, en la

madurez... bueno, pues barítono, le ha convencido. Unas catorce personas, un coro, naturalmente, apenas posible una acción ininterrumpida, una primera mirada a la biografía del protagonista nos pone en la pista: Lasdinehlen, la aldea, Königsberg, la ciudad, Stallupönen, una pequeña ciudad, Tolmingkehmen, otra aldea.

Naturalmente, ya en otras ocasiones anteriores han hablado de ello. Gawehn ya había estado jugando con la idea de una especie de obertura, elaborando en ella ecos de canciones populares, melodías repetitivas, conclusiones en tercera o en la dominante, preludio de tres sílabas, cambio de compás y de tono; incluso tiene lista, en un cuaderno de modelos para cartas, un aria: *Ach wenn ich noch Barometers machen könnte!*^[1] Una hermosa queja de viejo sobre los dedos que se han vuelto temblorosos, que se han vuelto temblorosos en esa malvada guerra, de escritorio y púlpito, con el funcionario Ruhig, a causa de la inspección superior de la parroquia. Y ahora se le ocurre a él un dueto de hambrientos entre dos estudiantes sobre la comida gratis y el alojamiento en la fundación, un cuarto y la litera; le viene realmente la inspiración, aquí, al sol y en medio de la calle, justo donde el mercado de cerámica acaba y comienza el mercado de lácteos, ahora ya un poco desabastecido, pero todavía ruidoso y bien provisto del famoso queso del país, y a nosotros también nos asalta una ocurrencia: ¿de qué se trata, propiamente?

Con toda certeza, de una ópera.

«Me han pasado cosas curiosas con ella», informa Voigt. Y, naturalmente, ahora podríamos oír un poco sobre ella, pero hacerlo entretiene, así que limitémonos a decir, brevemente, que en la susodicha ópera se trata de Christian Donelaitis, un poeta lituano, o, mejor dicho, de Kristijonas Donelaitis, párroco, hace doscientos años, en Tolmingskehmen, mecánico, óptico, constructor de termómetros y barómetros y de tres pianos (un pianoforte, dos pianos de cola), el cual escribió los *Idyllen*, en hexámetros lituanos, antes de Klopstock, pero siguiendo sus mismas pautas: igual en lo que respecta a la elevación de la voz, las sílabas acentuadas y demás, pero, sin embargo, diferente, si se tiene en cuenta la gente de la que habla, pequeños campesinos y siervas; aparecen allí las labores del campo, y los idilios son sin pastores o pastoras, idilios por amor, y dejando dicho hacia quién. Y esto podría empujarnos a seguir leyendo más cosas sobre ello. Dejémoslo para después, pues ahora dice Voigt: «¿Me permite usted que le haga una propuesta, señor Gawehn?».

Nuestro profesor puede proponer algo así, pues es soltero; por tanto, según la opinión corriente, está libre y puede hacer esta propuesta al señor primer violín porque éste, a su vez, es viudo desde hace años y se hace él mismo la comida, y en las labores domésticas sólo recibe la ayuda de una mujer de la limpieza, mientras que Voigt se puede permitir tener un ama de llaves, aunque ésta no viva en la casa.

«Si usted quiere, comemos en mi casa». Ésta es, pues, la propuesta, y prosigue así: «A las dos sale el tren de cercanías. Ya le he hecho mención alguna vez del maestro de escuela Potschka, iremos a verle».

Ligero rechazo por parte de Gawehn, no a causa de la pequeña excursión —esta

tarde hay función de teatro—, sino por lo de la comida; Voigt acaba de añadir: «De todos modos, él cuenta con que alguna vez le haré una visita». Rápida contrarréplica de Voigt y acuerdo inmediato. De modo que comida del mediodía tras pasar, brevemente, por el mercado de hortalizas, el cual, por cierto, ahora se está vaciando de verdad; del mercado de pescado sólo queda algún montoncito de papel barrido y dos o tres gavillas de cañas o un par de tablas de cajas tiradas por allí; pasan al lado de un par de casas cuya belleza llama la atención, para la cual uno ya no tiene ojos, y ahora, después de haber echado una mirada al reloj del Ayuntamiento, vamos hasta el final de la calle, hasta la penúltima casa antes de la iglesia, y ya hemos llegado. Escaleras estrechas, blancas, con los bordes azules. La vivienda de Voigt, libros y más libros.

«Señor Voigt», dice Gawehn, «ese maestro Potschka, he oído que colecciona canciones, hay ya más de mil, la colección de Juschka...».

«¡Mil o dos mil, estos lituanos son un pueblo de canciones! Juschka ha hecho la recopilación en su parroquia, un poco de aquí, otro poco de allá, Potschka recopila aquí, y lo ciertamente interesante es que reside en una aldea fronteriza entre distintos dialectos, entre el lituano de Tilsit y el de Ragnit».

Sí, ahí quería yo llegar. Gawehn habla lentamente, pensando lo que dice, él conoce a los señores profesores y doctores, filólogos, etnólogos, etnógrafos, investigadores de cuentos, etimólogos, y a la Deutsch-Litauische Gesellschaft^[2]; conoce, por otra parte, las canciones lituanas, las *dainos*, que están más allá de cualquier criterio, desarmando por completo con sus manifiestas irregularidades, y, no obstante, se avienen con todos los criterios; Gawehn dice, con toda cautela: «Me he enterado de que el maestro Potschka es un lituano». Y, por cuestiones de forma, añade todavía: «En Wilkischk».

«¡Seguro!», dice Voigt, «y nacido, por cierto, aquí, en la Grabenstrasse, usted la conoce bien: una historia potente, que llega hasta el mar Negro, la historia de Vytautas el Grande, y, gracias a Jagiello: la historia polaca se convirtió en un apéndice de la lituana, al menos entonces, usted ya lo sabe, y amada y cultivada con pasión, como algo que se ha hundido».

«¡Esas asociaciones», dice Gawehn, «la Tautyninkai, la Vytautasbund...!»^[3].

«¡Bueno, como, entre nosotros, la Luisenbund o la Frauenverein!»^[4]. Voigt da preferencia a las damas, él podría muy bien citar asociaciones muy distintas, o algo distintas, de este año 36, en que las mencionadas ya no existen en territorio del Reich y sólo siguen funcionando en esta *Memelland* incorporada al Estado lituano —por decirlo según se expresa en el periódico colocado junto a la servilleta—, obligada a seguir careciendo de la protección del Reich.

Voigt desplaza el periódico hacia un lado, lo saca fuera, sin más, y acerca el plato; entra Marie, casada con el señor Krönert, y trae la sopa, judías verdes acompañadas de carne de carnero.

«Esto me gusta con un poco de comino», dice Gawehn en tono melancólico, pero

eso sólo significa que se ha puesto pensativo, y Marie, con los párpados semibajados sobre sus ojos alegres, dice: «¡Ya sé, ya lo he puesto!».

«Después», dice Gawehn, «pero hay que cocerlo junto».

«Sí, da buen olor», dice Marie.

«Nada más que eso».

Así que la ópera. Y el maestro de escuela Potschka, ese recopilador de canciones lituano, que ha de enseñar a los niños de Willkischk o Motzkschk, de Maszurmat y de Kerkutweth, en una lengua que, de todos modos, es hablada en la casa de más de la mitad de ellos, pero sólo en casa, pues en la escuela, como en la iglesia, se usa el alemán; es una escuela de la iglesia, y ésta tiene que colaborar, eso lo sabe por Voigt, y, como explica el mismo Voigt, Potschka no es un lituano cualquiera, sino un lituano de verdad, no un *Tautyninkas*. «Quiero decir: por convicción», explica Voigt, «nacional, como es lógico, en el cultivo de lo popular, lingüista por vocación».

Gawehn aún no está convencido. Conoce muy bien el tono de la Deutsch-Litauische Gesellschaft, que tiene su historia, una curiosa historia de filólogos del siglo pasado, con raíces en el anterior y aún más atrás, pero que ahora únicamente existe en las cabezas y en las opiniones del profesor Voigt, del profesor Storost, del profesor Kurschat, del consejero privado Bezzenberger y de otros señores así, o bien en sus escritos —en el caso de que, entretanto, hayan muerto, lo que no cambia mucho la cuestión—. Y él sabe cómo la cosa, necesariamente, va a seguir, el delantal que los señores se ciñen para ese negocio, si bien negocio es un término acaso demasiado desdeñoso, digamos, para esa vocación. El discurso sobre una nacionalidad que se hunde sin remedio, lo cual es una lástima, la opresión ejercida por el sur sobre el norte y el estado moribundo de una lengua de la mayor hermosura, con una poesía popular de lo más rica, ya Goethe y Herder, etc., etc. Todo eso ya lo sabe él: un pueblo, amable y apasionado, al cual, en cada artículo de arte popular de los programas escolares, en las revistas trimestrales, en los cuadernos mensuales de la vieja Prusia o en los informes de las sesiones de la *Altertumsgesellschaft Prussia...*, se le atribuye un cierto fatalismo. Todo eso él ya lo sabe, y no se lo acaba de creer.

Pero ¿puede decirse algo así aquí, en esta sala, ante estos libros, a la vista de estos cuadros? Ahí está el Rombinus, el Engelsberg o el Schlossberg, se pueden reconocer con claridad, y, en primer plano, gente joven vestida con un traje folclórico de finos colores, siempre cantando o bailando: son obras de Gisevius, el pintor más meritorio, cuyo retrato cuelga entre los pertenecientes a los también beneméritos Rhesa o Passarge, con lo que uno va a parar de nuevo a Donelaitis, pues ambos lo tradujeron a un buen alemán y, en cualquier caso, con amor, pero tampoco es éste el único autor al que ellos remiten.

«Pues vayamos allá», piensa Gawehn, «y veámoslo nosotros mismos». Y, luego, en voz alta: «Las judías están muy buenas».

Y Voigt, ¿qué puede haber estado pensando entretanto? La ópera, naturalmente. Voigt dice, con amable énfasis: «Sí».

Ha entrado Marie, que no es ninguna de esas bellezas rollizas de pies largos, de las que, según el refranero, hay en abundancia a ambos lados del Memel; más bien es de una sequedad báltica, un poco estoniana, se podría decir, con hombros caídos pero fuertes, pecho liso y vientre prominente. Para sostener un candil, como dice la llamada lengua del pueblo, dicho en general, no, en absoluto, referido a la señora Krönert.

«Bueno, llegó el momento, señor Gawehn». El profesor Voigt se levanta de la mesa, mete en sus distintos bolsillos un par de hojas más, añadiéndolas a las que ya lleva, allí hay un orden exacto. Aquel papel largo formado por dos, que ya conocemos de antes, encuentra lugar, enrollado, en el chaleco. Voigt se acerca al barómetro que cuelga entre las dos ventanas, golpea dos, tres veces, contra el vidrio del mismo, pero éste muestra lo que muestra: bien. Sólo falta el sombrero de anchas alas, y ahora el bastón.

La sala ha quedado sola. Hasta ahora mismo había gente dentro, es verdad que no se movieron mucho por ella, no la midieron pues con sus pasos, pero estuvieron sentados ahí, en sillas como es debido, con sus charlas y reflexiones. Y ahora ha marchado también Marie Krönert, también ha quedado sola la cocina, ordenada; en la despensa está el tarro de piedra con los arenques ahumados adobados en vinagre, con hojas de laurel y pimienta; la cerveza está dispuesta al lado de la puerta. Una vivienda ha quedado sola. Se han corrido las cortinas de las Ventanas. Cerrada con llave.

Todo sigue aún allí. Los libros. La mesa. Las alfombras hechas a mano del entarimado. Que la madre de Voigt, mujer del tesorero municipal, había tejido en aquel entonces, en la finca del funcionario Kopp.

El joven tenía una cabeza despejada, llama la atención del inspector del distrito escolar, el párroco Connor; el consejero de educación Tromnau lo trae a la ciudad, ahora recibe una beca escolar; luego, en Königsberg, es estipendiario, con las tres comidas gratis, una fundación de ciento cincuenta años de antigüedad para jóvenes lituanos le permite realizar estudios, de Teología, naturalmente. Aunque no es lituano, pues desde hace un par de décadas no se procede de forma tan estricta. Pero el nombre de la fundación siguió siendo el mismo. Un estudio siguió las huellas del benemérito Rhesa, que era de Karwaiten, una aldea de la Kurische Nehrung, que desapareció bajo la arena, devorada por una duna y que luego reapareció, pudiéndose reconocer aún en ella la situación de las distintas casas de labor: donde estaban las estacas, las cercas o las cruces de los sepulcros, el suelo es un poco más oscuro, amarronado.

Se ha quedado pues, sola, esta vivienda; ahora está, por consiguiente, vacía. Un lugar de juegos sin niños, un nido de arañas sin arañas, tiene algo de esas dos cosas. Se ha dejado solo un espacio, está vacío.

Bajan la escalera. En el entresuelo, es decir, bajo el principal, es decir, en la platea, hay un bar, bastante bueno, por cierto; allí, como es fácil de constatar, se está celebrando el aniversario de la entrada en el servicio funcional de alguien. Por los

cánticos. ¿También por el piano?

Un piano de media cola, sonido delgado, tres pedales, cuyo dispositivo de tracción ha sido arrancado, o sea, que se pulsan en vano. ¿Y qué se estaba tocando?

Tenemos que pensarlo. Pues Voigt y Gawehn están ya en la parada del tren de cercanías, han dejado tras de sí el encuentro con esa celebración jubilosa. Pensémoslo, recordémoslo, tenemos cuatro minutos aún hasta la salida del tren.

Vinieron cruzando la Fletscherplatz, y allí estaba el trenecillo, delante de la aduana alemana, dos vagones. Ya desde el medio de la plaza, Voigt grita al revisor: «¿Ha tocado usted ya el silbato, señor Steiner?». Y Steiner le grita: «Sí». Y, de nuevo, Voigt: «¿Hace mucho?». Y Steiner: «No, lo acabo de hacer». Por la derecha, caminando por la Gasthof Berg, venía el señor Laupichler, de bombas y tubos, y, en el tren, ya estaban sentados Krauledat, de la Asociación de Maestros, y señora, y Winkler, tienda de ultramarinos y espirituosos, acompañado, asimismo, por su esposa, y Krauledat saludó a Voigt con un «señor colega», mientras que Winkler levantaba el antebrazo y la mano abierta en dirección a los que entraban y exclamaba: «¡Hermoso tiempo!».

Pero nosotros nos preguntábamos antes sobre lo que allí se estaba tocando. ¿Y quién es el que tocaba?

Elisat, los cabellos blancos, de nuevo un tipo larguirucho y delgado como un palo, que había sido antaño director de música y todavía era llamado así. Tocaba allí, a cuatro cincuenta la hora, para acompañar los cánticos: *Wo des Haffes Wellen*, y *Zogen einst fünf wilde Schwäne*, y también *Ännchen von Tharau*^[5] —canciones del país, como se las llama—, y, cuando la gente se puso alegre: *Welch ein Wunder, Welch ein grosses Wunder*^[6]. Pero, entonces, él entonó el texto verdadero: *O tai divai*, cosa que no gustó a todos, y, cuando el ambiente se hubo puesto sentimental con el *Aus der Jugendzeit, aus der Jugendzeit*^[7], él, viejo y cansado, volvió a la carga de nuevo con una canción lituana: *Kur bega Szeszupe*. Lo cual no había sido tan terrible, pues ese riachuelo Szeszupe corre por el lado alemán, circunstancia que el secretario jefe Nickel no se cansaba luego de resaltárselo —allá, en la esquina, cuando la cosa había pasado y Elisat se había marchado ya a otra parte— al consejero de sanidad Pick. En todo caso, el profesor ayudante Lenuweit, hombre de una enorme seguridad interior, que, curiosamente, con la *Aktienbier* de la ciudad se vio aún potenciada, había salido tras el pianista, con las botas que, desde hacía tres años, siempre llevaba puestas, y le había golpeado en la cabeza con su vaso de medio litro, empezando a discursarle sobre el hundimiento común, como era ya habitual: a perdigonadas, con gran violencia y, luego, nada en absoluto. En alemán es el Saar, o algo así; yo no sé, pero ese Saar tampoco es más ancho que el Szeszupe.

Y los dos excursionistas pasaban justamente por allí, al lado del griterío y de la excitación de esa reunión y celebración, cuando pocos podían mantener la paz de una forma tan contundente como Lenuweit, junto a la puerta, abierta, del bar, y entonces Voigt había entrado como una tromba y, mientras Gawehn ayudaba a levantarse a su

colega, dio un envite al flaco estómago de funcionario de Lenuweit diciéndole «¡Hombre!» y: «¡Preséntate a la policía, tú, *Pomuchel*^[8], de lo contrario el lunes temprano acabo contigo!».

Ésta es la razón por la que se tuvieron que dar tanta prisa en la Flecherplatz y por la que Voigt había debido gritar así a Steiner, que ahora recorre el andén donde está su tren, se pone junto al pecho la caja de hojalata de los billetes y sube en el último vagón, es decir, el segundo. El tren de cercanías está saliendo ahora.

Marcha, marcha, va alegre, un poco a trompicones, como si no fuera por raíles, moviéndose hacia la derecha y la izquierda, casi como por un empedrado y, naturalmente, sin salirse de las vías. Quien no sepa eso no dejará de mirar preocupado por la ventanilla. Al llegar al puente, el suelo se alza un poco. Y ahora nos encontramos en el primer tramo del puente, el que tiene la barandilla baja, ahora pasamos junto a las casitas del puente, ahora por encima del primer pilar, aquí cogen un fuerte impulso las arcadas del puente. Quien mire hacia afuera verá debajo, en lo hondo, la corriente del río, y quien mire hacia la orilla que está más adelante verá la franja arenosa de donde salen los malecones, y, detrás, las praderas, interminables y verdes.

Prussellen es una localidad por donde pasamos, un simple objeto ya en ese mar de prados, no se reconoce gran cosa. Tampoco desde aquí arriba, desde arriba del terraplén por donde va el trenecillo, junto a la carretera. Aquel ruido chillón de antes ha pasado, hierros que se frotaban, el terraplén hacía un recodo y, con él, las vías, y el primer vagón, el que arrastra el convoy, había tenido que tirar del segundo por dos pronunciadas curvas. Ahora el ruido ha pasado, sólo sigue ese tirón, siempre con los mismos intervalos, siempre que un choque con la vía ha finalizado y empieza el próximo; si el terraplén, como ahora es el caso, se hunde un poco y la velocidad de la marcha se acelera, cosa a la que uno se acostumbra.

Gawehn ha encontrado una serie de compases, tres compases de dos por cuatro, que se adaptan a ello perfectamente, sin nuevo compás de entrada; el tirón ayuda a producir un corto movimiento sincopado: una canción circular, de dos líneas, dispuesta a ser repetida incesantemente, una *suktinis*, una danza circular. Esto se le ocurrió a él pasando el puente que cruza el Uszlenkis, que no es ningún río, sino sólo un depósito de agua empantanada, claro que bastante largo; el vestigio que queda, cada año, de la riada anual, en primavera, cuando el agua permanece embalsada aquí, a la orilla derecha de la corriente hasta pasada Prusellen, y esto durante seis semanas, a veces incluso hasta el otoño.

Eso es lo que se le va ocurriendo a él. Mientras pasaban, sobre el alto puente, por encima del Memel, y, a mano derecha, la corriente, ancha y oscura, con una respiración jadeante, arrastraba, por encima de sí misma, un velo ondeante de blancos ribetes de luz y pequeños y basculantes peines de agua, él estaba ocupado con otra secuencia de sonidos; aún no, en absoluto, una melodía, o ya no una melodía: un par de intervalos inusuales, con un continuo cambio de tono, una modulación

permanente; los signos de calderón han dejado de ser tales, el *ritardando* ha dejado de ser *ritardando*, acaso es un tono recitativo, pero resulta que tampoco es un *parlando*, sino más pesado, más severo, todavía un ritmo, pero ninguno de los corrientes; un ritmo de arcos que se agitan, un ritmo respirado, por encima de un agua de fuerte corriente.

Esto le había mantenido pegado a la ventana, ahora empezaban los prados, apenas se había dado cuenta de que el tren paraba, de que él mismo había sostenido al guardia fronterizo el pasaporte para que le pusiese el sello y lo había guardado de nuevo, mientras que el tren seguía su trayecto, metiéndose entre las praderas. Ahora se percata, además del *suktinis*, de que sus compañeros de viaje estaban enzarzados en una conversación y de que ya habían llegado bastante lejos, como era fácil de colegir por un par de observaciones cáusticas. Krauledat dice, y su cónyuge lo repite en un tono más alto y un poco encolerizado: «¡Así es imposible hablar sobre ello!».

Pues Voigt ha estado contando, indignado, el incidente de antes, el de aquel buen bar, donde tenía lugar la susodicha celebración, y refiriéndose a esa gente maleducada. Hay que observar que, al principio, Krauledat se mantuvo callado, haciendo esfuerzos por contenerse, claro que a causa de su manifiesta carencia de sentimiento nacional, si lo comparamos con el de su señor colega en el funcionariado, Voigt. Laupichler había, inmediatamente, opinado: «Pero ¡esto puede traer complicaciones!». Para, a continuación, preguntar: «¿De verdad le llamó usted *Pomuchel*? ¿Y le puso la mano encima, señor profesor? ¡Pues estaba en uniforme!». Después había rechazado la objeción de Voigt, que confrontaba a la dignidad con el sentimiento —a ambas cosas, por desgracia, se les ha de endosar, aquí, el apéndice de *nacional*—, haciendo referencia, como algo decisivo, al poder y a la grandeza, cosas, también, igualmente nacionales. Y el auténtico malestar se produjo luego, cuando Winkler siguió taladrando en ese tema de la dignidad nacional y mencionó, un poco en general, una costumbre de la población de Tilsit: «¡Mucho hablar de lo nacional, pero, por la tarde, pasan, bonitamente, al otro lado, a Übermemel, a atiborrarse de tarta con nata y *litschken*^[9], porque, con dinero alemán, eso no cuesta absolutamente nada!».

«Es más barato», había dicho la esposa de Krauledat, «todos lo hacen». Y el monitor de gimnasia Krauledat se había visto obligado a completar: «Nosotros no somos responsables de la mala gestión económica lituana, ni de nada...». Y aquí venía la frase que la señora Krauledat repitiera en un tono más alto, al oír la cual Gawehn había dejado de mirar a los prados y se había vuelto hacia sus compañeros de viaje, con el *suktinis* todavía en el oído: «¡Así es imposible hablar de ello!».

Hasta ahora acaso había tenido razón el escenógrafo Schwillus: «¡El violín en la mano!, ¡las notas delante de la nariz!». Pero ahora ya no. El excéntrico Gawehn, primer violín, o concertino, como se quiera decir, se expresa ahora como un conocedor de la cuestión y con toda precisión: «Ese estado mísero de la economía, del que usted habla, señor Krauledat, tiene una razón sencilla, pienso yo».

Krauledat se apoya contra el respaldo, con los brazos cruzados, y Winkler se inclina; él tiene algo contra esa diferencia de valor monetario y esa venta a precio de saldo en la frontera, sus propias ventas van bajando de mes en mes. Y ahora hay que oír ese discurso de Gawehn, lo han de oír personas como Krauledat y Laupichler: «La derogación de los convenios comerciales por parte del gobierno del Reich —¡este hombre ha dicho gobierno del Reich!— introduce, naturalmente, un desorden en la estructura económica de un Estado pequeño, y a mí me parece que, visto así, las causas de esa mala gestión económica, como usted decía, tienen sus raíces más en nuestro lado —¡él ha dicho nuestro lado!— que en el lituano».

Esto es ya demasiado fuerte. «¡Mira tú, el Gawehn!», piensa Voigt, y Winkler dice: «¡Yo pensaba que usted es músico!». Mientras que su mujer intenta ahora, con la mayor insistencia, embarcar a la mujer de Krauledat en una conversación sobre el típico encaje tradicional alemán, Laupichler dice: «¡Eso resulta interesante!», y pone una cara muy alemana, que sigue teniendo cuando Krauledat, un poco a la ligera, chasqueando los dedos y resoplado levemente por la nariz, suelta: «¡No importa!».

Pero nosotros estamos, como hemos dicho, en la región de Prussellen, propiamente ya un tramo más allá, en esa región de prados, verde y más verde, en donde las pequeñas localidades y, sobre todo, las granjas aisladas casi desaparecen, y también esa larga masa de agua que allí se ha juntado; que, desde Prussellen, pasando por Schakeningken, se dirige, haciendo un arco, hacia el sur; se trata de un cauce que antaño fue del Memel, alrededor del cual se había desarrollado un intenso cultivo antes de que sus orillas estuvieran bien asentadas. Estamos un poco antes de Mikieten, aquí el tren para más tiempo, y el que iba en el vagón delantero cambia al tren de Pogegen, que lleva cuatro vagones de viajeros y dos de ganado y que ya está esperando en el otro andén a nuevos viajeros y al segundo vagón, que se separa del tren de Tilsit.

Laupichler baja aquí. La despedida es corta. Ya está bajando de la plataforma. Steiner está fuera. «¿Qué, enfadado?». Y va detrás de Laupichler, el cual, sin responder a la pregunta de Steiner, se separa pisando fuerte, colocando siempre primero el tacón: «¡Anda de culo a buscar rosas!».

Nuestro círculo se ha reducido, con un señor menos, pero en Lompöhnen —que es una aldea grande y está también junto a la vía— los Krauledats, asimismo, se apean, y por ese motivo, y porque Winkler se ha quedado dormido y su mujer está tejiendo, se aborda un tema distinto, del cual tratamos ahora.

«Priczkus —en la traducción de Passarge Schulze Fritz, pero esa lengua, como usted sabe, no tiene la letra F— solía contar cosas curiosas».

Eso así, en general, o como algo dedicado a los que ya habían bajado, pero, en cualquier caso, como una cita del primer *Idylle* de Donelaitis: *Die Gaben des Herbstes*^[10].

Voigt ha sacado, con un gesto rápido, su papel, el que lleva enrollado en el bolsillo del chaleco, y lo ha desplegado a toda velocidad, y Voigt dice: «Yo he

pensado en utilizar, en el tercer acto, y, más tarde, alguna otra vez, alguna que otra de las escenas más grandes de los *Idyllen*, de una forma libre, naturalmente, lo que quiere decir: con sus personajes originales, o sea, con Enskys, ese que aparece con su largo cuchillo, su *didelis peilis*, y que viene sobre su caballo blanco; y Dotschys, el holgazán; o Slunkius, el trepatroncos, como ya lo dice el nombre, pero el propio Donelaitis se deberá mezclar con sus criaturas y decir alguna cosa bonita: *Schwein, wie lebst du, schämst du dich nicht?*^[11], y acaso también aparezca su amigo de la época de estudiantar Sperber, de Kunzen, que, como sabes, en 1763 lo visitó en Tolmingkehmen».

Así que ya hemos entrado, de Llenu, en la materia, sin mucha transición, y Gawehn se mueve a su aire por los caminos, senderos y trochas de Voigt, y propone incluir algunas canciones: «Para ese casamiento que ahora mismo usted tenía in mente, y que yo reconozco por los nombres que acaba de mencionar, señor Voigt, estoy pensando, por ejemplo, en una canción burlesca de Juschka, volumen 1.º, una canción del viejo y raro Freiersmann, que, apenas entra en el cuarto, no aparta los ojos de la estantería».

«¡Hermoso!». Voigt ríe. «La conozco. Cuando entra en el patio, el caballo se arrodilla para que él pueda descabalgarse».

Ahora, pues, llegó el momento de lanzarse, recíprocamente, ocurrencias. El papel largo de Voigt recibe una serie de anotaciones, palabras intercaladas e indicaciones, todo ello transcrito con las peculiares formas abreviadas de Voigt.

Entretanto, nos hemos ido de acá para allá, de una hermosura a otra, como las conocidas montañas de Polompen y las colinas de morrena, producidas, como se aprende en la escuela, por el arrastre de los glaciares; ahí puede uno figurarse muchas cosas, pero nada hace justicia: cuando uno está viendo esas colinas, tan hermosamente verdes y tan ricamente provistas de centeno y avena y cebada, y pobladas de casas de labor —con violetas y saúcos a un extremo del granero, y, al otro extremo, y en torno a la casa, jardines de frutales y *espuelas de caballero*—, entonces ya están cerca las famosas montañas de Polompen, y eso hace trabajar a la pequeña locomotora. Una vez incluso marcha hacia atrás, para tomar carrera de nuevo, y entonces despierta Winkler, dando un suspiro; no necesita haber echado antes una mirada por la ventanilla para saber que allí Laupichler había colocado en otro tiempo bombas de agua. Pero las aguas subterráneas van muy hondas, pozos lituanos: aquí no basta excavar un agujero y sostener las paredes con vigas. «¡Este Laupichler, no le entiendo, su forma de hablar... lo cierto es que este su negocio de aquí está acabado!».

Para el tren. Polompen. Baja Steiner. Vienen niños corriendo por el camino de barro seco y hacen señales, ya están cerca, y cuentan algo al señor Steiner, y, por allá atrás, en el primer caserío, se ve a una abuela, vestida de negro, el pañuelo de la cabeza también negro, y ahora entendemos. «¡Vosotros id delante, hijitos», ha dicho, «decid al señor Steiner que espere!». Y, de hecho, él espera, incluso avanza tres pasos

para recibir a la abuela y la ayuda a subir al tren.

Y ahora toca el silbato.

Cuando las hijas de Pansegrau se encuentran ante sus casitas, acaso oigan ya este silbato, sin tener que aguardar al próximo, que Steiner hace sonar a la altura de Kerkutwethen. Wilkischken, donde los Pansegraus cuidan la estación, ya no está lejos. Es verdad que una colina bastante alta oculta a la vista la aldea, que está a mano derecha, pero, a la izquierda, donde el terreno es llano, uno puede ver algo, Maszurmaten, conocida por sus lecherías, y, luego, en fila, de un modo poco habitual, como a lo largo de una carretera, un par de caseríos más pequeños y, finalmente, una casa de ladrillos rojos, con aspecto de fábrica.

Aquí se apea uno —los Winkler siguen más allá, hasta Wischwill— ante un cobertizo y un anexo habitable, que es lo que es esta estación, por llamarla así, donde la señora Pansegrau mira por la ventana y hace una seña con la cabeza a la señora Epstein y a su marido, de la tienda de textiles, sombreros y gorras.

Voigt tiene una breve charla con él, hasta la carretera. Epstein ha comentado, mientras bajaba del tren: «De sus palabras he colegido que ustedes quieren ver al señor maestro Polschka, me alegra mucho».

Uno se siente obligado a preguntar qué motivo tiene el señor Epstein para alegrarse. ¿Y qué se averigua?

«¡Señores, una persona que canta... es siempre una alegría!».

Eso no está, Dios lo sabe, mal pensado. De ahí el rostro redondo, alegre, de Epstein. Alégrate, Epstein, y Voigt no te tendrá que contar antes la historia del viejo Elisat, el de Tilsit. Tú sabes historias totalmente distintas. No pienses ahora en ello.

¿Lo veis?, no piensa en ello.

«¡Hasta la vista, señor Epstein!».

Aquí el camino va, colina abajo, a internarse en la aldea. La torre de la iglesia se clava en el aire. La casa de delante debe de ser la escuela; en la casa de enfrente, arriba, sobre la sala de la fonda de Plattner, es donde debe de vivir Potschka.

¡Tanta amabilidad! Se cuentan cosas. Y, en algún momento, se rom pe el hilo. Se dice lo que se puede decir.

«¡Venga usted, señor Gawehn!»., dice Voigt. Pues Gawehn se había quedado parado. Deja que sus ojos se paseen por la aldea, por encima de las siluetas, que se van esfumando, de las colinas de allá atrás, sobre los campos a mano izquierda, sobre los colores sabatinos: un verde oscuro, un amarillo claro, un tono rojizo, un azul que, lentamente, se hace más profundo. Se va contando solo.

Las tazas son verdes, la cafetera azul, el jarro de la leche blanco, el plato con la torta amarillo y rojo. La señora Plattner ha traído todo ella misma, sobre una bandeja marrón. El señor maestro tiene visita de la ciudad.

Se queda parada un ratito en la puerta, con la bandeja recostada contra su cuerpo, charlando con los otros sobre la aldea y la ciudad, sobre esas muchas diferencias, pues se conocen las dos cosas, y salen a relucir con tanta frecuencia, y también se habla de la fiesta de mañana.

«¡Mañana podemos tranquilamente cerrar esto, mañana toda la caja la hará Wythe!».

Wythe es el posadero de Bittehlen. Gawehn podrá saberlo o no, en todo caso Voigt está ya enterado. Mañana celebra su fiesta anual la Vaterländische Frauenverein^[12] en Bittehlen, mientras que los lituanos celebran su *Vytautas* en lo alto del Rombinus. Éstas son dos cosas totalmente distintas, y téngase también en cuenta que, entre los lugares de las dos celebraciones, hay doscientos metros de pradera; allí puede uno tumbarse, se dejan los carros, los niños pueden jugar; es posible pasar de una fiesta a la otra, de la fonda al monte Rombinus, y también viceversa, pues en el monte no hay nada: un oscuro bosque de abetos, que continúa, bajando las pendientes, hasta la llanura, en dirección norte y noroeste, alejándose de la torrentera que se aprieta, por el sur, contra la montaña. Y en la cima del Rombinus, en mitad de un pequeño claro del bosque: la piedra, la piedra sacrificial de un tal Perkunos^[13], el cual, según se dice, puede tronar; una piedra sagrada, negra y gris, con sus correspondientes surcos de desagüe entallados en la piedra.

Aquí arriba, rodeado de abetos, acaso vea uno, por entre los troncos de los árboles, la luz que se posa sobre el torrente —pero el torrente mismo no lo ve—, jirones de luz, porque el viento viene del cauce del torrente hacia el bosque de la colina y rompe y dispersa las ramas secas, y, de ese lado, el bosque cada vez se hace más ralo, porque el torrente va hozando más y más en la montaña, la va royendo y excavando y se lleva consigo la tierra desprendida, con sus árboles y matojos. Uno no tiene por encima de su cabeza sino al cielo, con la redondez de un círculo.

Voigt ya lo sabía de antes, Gawehn se entera ahora, la señora Plattner se ha marchado, y el maestro Potschka dice: «¡Me parece que el tiempo se mantendrá así!».

Gawehn dice: «¡Tienen ustedes aquí una aldea hermosa!».

Eso es fácil de decir si uno está mirando, como Gawehn, desde la ventana de la

sala de Potschka, sobre el asilvestrado parque de la gran finca del pueblo. La sala está orientada hacia el patio, con vistas, pues, a la finca. Voigt dice: «¡Un poco alto!».

La ventana está abierta, y se oyen un par de voces penetrantes, casi se entiende lo que se está cocinando abajo, en la sala de Plattner.

«¡Mi bravo y fiel pueblo!».

Se ha puesto en marcha una voz aguda, con un buen número de tonos por encima de lo normal, en un hermoso intercambio de alientos, con un ambiente del todo adecuado para la ocasión.

«Ésa debe ser una poderosa mujer».

Gawehn sólo habla para su colete, pues el órgano de la voz no podrá ser educado aquí, en el campo, aunque tampoco se sabe. Y Potschka da, por toda explicación: «¡La señora Fröhlich!». Aunque, ¿qué explica esto? Ahora, abajo, un coro:

*Wir kommen hereingetreten,
Laub auf der Linden,
mit Singen und mit Beten,
Laub auf der Linden*^[14].

Y, ahora, otra vez la voz: «¡Mi pueblo fiel!». Esta vez dicho como haciendo un arco, con el torso inclinado, como desde arriba de un caballo. Pero tiene que venir de otro modo, como si se hicieran señas desde una carroza, sobre una tela de encaje. Y esto es lo que se explica y ensaya allá abajo. Se pueden oír dos, tres voces de hombre, aquel órgano vocal un poco chillón siempre por medio, pero, esta vez, más suave.

Aquí arriba, dice Voigt: «¡Usted habrá tenido que pasar lo suyo!».

Se refiere, como uno puede imaginarse, a los ensayos que allá abajo están en marcha desde hace semanas.

«¡Bueno, seguramente ésta será la última vez!».

Y ahora empieza a cantar el coro, ellos ya saben lo que allí se representa: los pobres, pero fieles hijos de la patria lituano-prusiana rinden tributo a su reina, la melancólica Luise, a la que, después de muerta, tanto se ha amado; lugar: Tilsit; tiempo: julio de 1807. Se trata de un drama del acreditado maestro de escuela Brühfisch, y con este drama se crece, con Luise virgen y Luise novia, tanto en el seno de la *Luisenbund* como de la *Frauenverein*. «¡La Asociación patriótica de las mujeres del campo!», dice, malhumorado, Voigt. Cambiando varias veces la acentuación, poniendo un énfasis especial en el término «patriótica».

«Usted no puede...».

Gawehn se interrumpe enseguida. Ese cántico ya le está atormentando un poco, pero dice: «¡No, mil veces no, Potschka, eso es mucho decir, llamar a eso canto!, eso no es canto, y que ahora se haya desplegado todo a lo largo y con una segunda voz totalmente falsa, hace, directamente, daño al oído, ¡ahí no hay nada que hacer!».

Y la cosa sigue, allá abajo, en la misma línea. Ha empezado otra escena: esta vez

un cuarto interior, un diálogo mucho más rápido, pero, por fortuna, menos ruidoso; no se oye más que, de vez en cuando, alguna cosa que se haya caído al suelo, pero hete aquí que, justamente ahora, se produce, un par de veces, un sonido sordo y pesado sobre el entarimado.

«¡Ahora se están arrodillando los lituanos prusianos!», dice Potschka, toma un sorbo de café, se levanta. Gawehn dice: «Acaso podríamos sentarnos en la fonda».

Pero esto tendría que haberlo visto ya antes el primer violín, cuando entraron en el local. ¡Vaya gente que deambula por allí!

Urbschat y Kairies, y también Lengweneit, es decir, el presidente del concejo; Motzkus, de la Caja Raiffeisen; el guardia forestal Schwill; el *preceptor* Kankelat; Nickel Skambraks, diputado del Parlamento regional; esa clase de gente, y todos sentados en torno a una mesa, un par de forasteros intercalados, afuera están aparcados dos autos.

«Ahí está ese tal Neumann, de Memel», había explicado Potschka, agregando, en su condición de maestro: «Con sus compañeros de armas». Lo mismo podría haber dicho «colegas» o «cómplices».

Pues bien, ese Neumann, el abogado Neumann, líder, en Memel, de un partido memeliano recientemente fundado en Berlín, fiel a lo alemán y a la Gran Alemania; mañana tendremos un discurso remozado de lo que es esta festividad.

De manera que la fonda queda descartada. Preferible un paseo por la aldea.

Pero, antes de nada: la ópera. Aquello por lo que se ha viajado hasta aquí.

«Señor Potschka, queremos pedirle su ayuda», dice Voigt.

Y ahora llegó el momento de sacar el papel del bolsillo del chaleco, desenrollarlo y alisarlo bien; esta vez va a parar a la mesa, y ahora habla por boca de Voigt, el cual está como transportado por este paisaje que han recorrido mientras viajaban, esta calle de aldea que desde la estación se iba ensanchando a medida que se entraba en el pueblo; todo aquel panorama que, conforme se iba uno internando en él, se mostraba en un abanico de patios, casas, graneros, establos —cubiertos de pajas o de tejas, o, a veces, de ripias—, jardines de flores o de frutales y pequeños saucedales para las ovejas, con aquellas colinas que se extienden por atrás, y ahora con la vista sobre el parque: todo sale de la boca de Voigt, transportado también por esta sala de aquí, los techos lituanos, la pequeña corona con cintas rojas, verdes, amarillas que hay sobre el lecho, el toallero esculpido en la pared, los dos curiosos y hermosos grabados en color, a la derecha y a la izquierda de la ventana, el retrato de una anciana sobre la consola; todo ello, ahora, sale de la boca de Voigt: esa ópera.

Escenas, actos, un monólogo, una reclamación administrativa, la formalización de un noviazgo, un diálogo, pero, antes: la marcha de un joven de la aldea a la ciudad, un hijo de viuda, la despedida junto a la cerca. Una gorra que se agita en el aire, un bastón con cintas que se alza, una palabra que el viento se lleva volando lejos de la calle... algo así, y, finalmente, la boda, con su multitud de personajes, Slunkius y Dotschys, Selmyke, Magusze y Aste. Y el piano, primero el primer piano de cola,

dandum quandoquidem etiam posteritati aliquid est, finalmente el segundo piano, el canto de las tres esposas de párrocos, el encendido de la antorcha.

La objeción de Gawehn se refiere a ese triste latín. «Se podría decir en alemán», opina Voigt, «“un pensamiento debiera transmitirse ya a la posteridad”». Potschka propone la epístola alemana rimada de Donelaitis: *Ihr Schatten schneller Zeit, y Dein Nichts ist schon dahin, dein Alles ist verschwunden*^[15]. Pero esto no es, probablemente, lo mismo: un poema de consuelo para el tío, consejero de Sommernau, con motivo de la muerte de la tía; y en alemán, entonces es todavía joven, el latín le viene en la vejez, reflexionando entre los frutales, pensando en el injerto de canutillo o escudete, pensando en esta aldea, pensando en la gente. «Luego ya estaré muerto, ¿qué pasará después?».

«Pensamientos de un clérigo de aldea. Con esto casan muy bien los informes del funcionario Ruhig a sus superiores en el año 1775: “La gente sólo le hace caso a él”. Queríamos pedirle su ayuda, señor Potschka».

«Pero ¡si usted ya lo sabe todo, señor profesor!».

En esto Potschka tiene razón. Voigt sabe cómo la gente se vestía, cómo se vivía entonces y cómo se hablaba: como todavía hoy.

Claro que éste ya no es el caso en Tolmingkehmen, el retroceso habría ocurrido desde el sur hacia el norte, esto es lo que se ha dicho hasta ahora respecto a esa nacionalidad, en proceso, por desgracia, de desaparición irrevocable, lo cual es una lástima, pero en la zona de Ragnit queda un poco, y, ciertamente, también aquí, en la ribera norte del Memel, a medida que nos vamos más al norte. Y en este punto viene a cuento la referencia a las canciones que hace Gawehn. Potschka hojea, sobre la mesa, sus recopilaciones.

«¡Aquí!», dice Voigt cogiendo y traduciendo, para Gawehn, una hoja; con la mano derecha va midiendo cada verso, poniendo una melodía de otro tipo a un ritmo difícil de manejar, repitiendo una vocal —la a en *Sand*— para obtener las dos sílabas que precisa:

Untern Eichbaum dort im Weissen Sand...

Y ahora le entra prisa y hace que el ritmo se dispare:

*Der grüne Eichbaum wird werden mein Vater,
der weisse Sand meine Mutter,
die Ahornschösslinge meine Brüder,
die weichen Linden meine Schwestern*^[16].

«*Schösslinge!*»^[17], repite Potschka dubitativo.

«¡Tiene usted razón, pero decir “los jóvenes árboles” es, quizá, demasiado!».

El asunto de la ópera va progresando, ciertamente, ciertamente, y también lo de abajo, en la fonda.

Sigue la tertulia en torno a la mesa; la cerveza de aquí, al menos la que aquí se expende, es buena, Wolf-Engelmann Kaunas, y los señores del ensayo han venido preparados, en trajes folklóricos, naturalmente, porque no es fácil separarse de estas cosas inútiles, y ahí está la señora Fröhlich, el maestro Schimkus, Berger el peluquero, el gendarme Wasgien. ¡Qué griterío montan y cómo resuena!

«La pequeña de Gendrolis», dice Kairies, «la Tuta, ha empezado algo con ese lituano».

«¡Ahí habrá que hacer algo!», dice la tal señora Urbschat, que poco antes había ensayado su papel de Voss, mayordoma de la corte.

«No aquí, en la aldea», dice Berger, el peluquero, «mañana nosotros lo arreglamos».

Hay, pues, más cosas en el programa de la fiesta. Y estos invitados, que han llegado en auto, probablemente contribuirán a ello.

El abogado Neumann echa, de vez en cuando, una mirada sesgada a sus compinches, o compañeros, o cómplices. Luego no tarda en soltar en la mesa alguna expresión fuerte, que se dispersa por doquier, como un chasquido de látigo en los oídos: «Vergüenza nacional»; «Honor nacional», cualquier cosa de éstas, bien alto, como hay que decir algo así, siempre que sea la persona indicada la que lo tiene en el pico, con los orificios nasales bien abiertos y las comisuras de la boca tirantes, nada medido. A continuación, el líder Neumann hace gala de su palabra-clave y luego puede ensayar de nuevo la eficacia de toda una parrafada de su discurso de mañana, en eso él es meticoloso.

Ahora le llega el turno a lo de la Tuta, la pequeña de Gendrolis, después de haber complementado, brevemente, el término «honor» con el de «dignidad», apresurándose a recurrir al tema de los antiguos germanos. Y si se ha estado hasta ahora escuchando, y se seguirá escuchando con respeto y embeleso a este señor memeliense, se ha llegado ya a un punto en que el *preceptor* Kankelat no se echa atrás (se nota que la cerveza es buena, y no digamos el aguardiente): *Die sassen zu beiden Seiten des Rheins und tranken noch eins*^[18], y —pasando por alto la objeción de Neumann: «¡Nuestro Memel es nuestro Rin!»—, una vez más: *Und tranken immer noch eins!*, y ahora la voz ronca del gendarme Wasgien y, tras él, Schwill y Urbschat, y el cortante órgano vocal de la señora Fröhlich arremetiendo la repetición: *Die sassen zu beiden Seiten des Rheins*, y la digna constatación del pequeño rentista Lenke, como una digna conclusión: «Pero estos germanos ¡deben haber tenido un culo inmenso!».

No era completamente fácil para Neumann hacer que estuviesen en la misma línea la entalladura del cañón y el punto de mira del fusil, o, si se quiere decir de otra manera: mantener la cuchilla bien afilada, esto es, conseguir que la gente no se apartara del tema.

«Sabemos muy bien lo que está en juego», dice decidido.

«¡Ah, seguro, eso lo sabemos todos nosotros!», grita Plattner desde el mostrador,

cosa que debería tranquilizar.

Pero Kankelat chilla: «¡Nosotros los primeros! ¡Se me ha traído a colación a ese lituano!», y, cuando empieza a apasionarse, de repente, como si se le hubiese cortado el habla, no dice nada.

Pues están bajando por la escalera los señores de Tilsit, precedidos por Potschka.

Kankelat se levanta como un tiro y, pasando junto a Potschka con apenas un gesto de saludo, se dirige directamente a Voigt: «Señor profesor, ¿qué le trae a usted por aquí?».

«El trenecillo», dice Voigt, «permítame que le presente al señor concertino Gawehn, el señor maestro Potschka ya le es...».

«Sí, lo es», se apresura a decir Kankelat, y: «¡Mucho gusto, señor concertino!». Y, dirigiéndose hacia atrás, donde está Potschka, más bien le susurra: «¡Usted y yo tenemos que hablar, por lo de esta mañana!».

«¿Qué desea usted, señor Kankelat?». Voigt se pone el sombrero, después de haber hecho un ligero saludo a los que están en la mesa, y al hacer el *preceptor* Kankelat un gesto denegatorio y decir: «¡Ah, nada!», él dice, girando amable y lentamente su cabeza: «¡Vamos a dar un paseo por la aldea!».

Neumann ha estado escuchando eso de «profesor», y sale como un tiro, pero con pulcritud, hacia el grupo, tensa durante un momento el mentón contra el nudo de la corbata y lo tira de nuevo hacia arriba, destacándose entonces un picudo bocado de Adán, y Neumann, como gangueando un poco, y luego más suave, dice: «¿Tengo el honor de conocer al profesor Voigt?». Y tras el impávido «¡Cierto!» de Voigt, algo más tieso: «¡Usted tendrá el placer de encontrar aquí una aldea alemana que casi ha permanecido incontaminada!».

No es precisamente por eso por lo que Voigt ha venido aquí.

«¿Incontaminada?, ¡sí, sí!, ¿y qué pasa con la Tuta de Gendrolis?». El pequeño rentista agrícola Lemke bambolea la cabeza, movido por la risa; naturalmente, lleno de una satisfacción interna. «¿Incontaminada?, ¡sí, sí!, ¿y no está ahí el tipo aquel, el de Tuta, el lituano? ¡Hermoso muchachito!».

«¡Y alemán sabe él también!», dice la señora Fröhlich, que es de la ciudad, pero eso no significa absolutamente nada. «Todos saben alemán», dice Lemke, «él sabe lo que dice, más no sabe».

Wer nicht glaubt der wird nicht selig wer nicht mahlt der wird nicht mehlig^[19]. Es una canción que viene de allá atrás, de la mesa, del rincón donde está la estufa; una canción sin dientes, pero tampoco un balbuceo, eso no, es una especie de endecha que se le pega a uno como un trapo de enjugar.

Despedida bajo la puerta. Voigt va unos pasos delante, consciente de que va a la salida; casi ha tenido que arrastrar un poco al educado Gawehn. Ahora están en la plaza, donde se encuentra la calle que viene de la estación con la calle de la aldea. Ya sabemos a dónde ha ido Potschka. Salió.

«La iglesia la dejamos para mañana», dice Voigt. Así que la iglesia queda atrás, a

mano izquierda; de todos modos, después de la casa parroquial, la aldea se acaba, se extiende hacia la derecha, a lo largo de una calle empedrada, que, al final, se bifurca en tres calles; la del medio es la carretera comarcal y sube, saliendo de la aldea, por una colina.

Pasa junto a los graneros, bastante ruinosos, de la gran finca del pueblo, detrás de los cuales la meseta sobre la que se ha extendido de un modo nada regular esta gran finca enseguida cae, conduciendo a los prados y, allá atrás, a la zona pantanosa, reconocible por los matorrales y los cañaverales y la abundante turba sacada tempranamente y puesta allí a secar. La carretera va siguiendo al pie del espinazo de la colina que se extiende a mano izquierda. A una altura media, las casas de labor; detrás, hasta llegar a la cima, los jardines. Al otro lado de la carretera, el llano, sólo de vez en cuando una casa de labor.

Ellos llevan ya paseando un buen rato por la aldea. La señora Kankelat, que venía disparada del edificio de la escuela, porque se le había ocurrido ir a sacar a su marido del bar, a rescatar, al pobre enfermo, de la tentación y, por tanto, de la destrucción, la destrucción prematura, con sus sesenta años cumplidos; la señora Kankelat pudo aún ver las espaldas de los dos, la amplia y majestuosa espalda de Voigt y la alargada y estrecha de Gawehn; las vio por poco, justo antes de que los señores torcieran por la esquina de los graneros.

«¿Quiénes pueden ser éstos?».

Pero la de Kankelat no tiene tiempo para tales elucubraciones, todas las que tiene, ahora, se resumen en: «¡Este tío imprudente!».

Y, en esto, lleva razón: no más que berrinches desde la mañana. ¿Qué no había ocurrido ya hoy?

Por la mañana temprano: un griterío en la tercera clase, la de los pequeños, ¡para salir corriendo de allí! Así que deja las camas como están, sin hacer, cuando las estaba ya haciendo, y corre a ver qué pasa, y se encuentra a los niños solos en la clase, ni sombra de Potschka, no es extraño que pase lo que pasa: se entra en el aula y todo está patas arriba, los niños juegan a cogerse o al escondite detrás de los bancos.

«Cuando entré, como una tromba, en la clase, los niñitos se levantaron y me dijeron: “¡Buenos días!”». De eso había informado la señora Kankelat todavía amablemente, pero en un tono ya bastante alto, ¡estos niñitos diciendo con énfasis el «buenos días»!, como uno se representa unos «buenos días» dichos en coro por cuarenta niñitos. Pero no había sido fácil conseguir que los niñitos se entusiasmasen por la labor, sólo con largas amonestaciones, arengas dirigidas a nombres concretos, e incluso un par de silbidos. Y, luego, a la pregunta sobre el maestro, un coro salvaje, pero ya más comedido que en el asunto del saludo, contestó, en un pareado: «*Herr Lehrer, / weg wär en*».

O sea, que el maestro Potschka no estaba allí.

Así que, ahora, lo que procedía era mandar al pequeño Endruschat, ese niño despierto, a lo de Plattner. Al cabo de media hora Potschka compareció. Se había

quedado dormido. ¿Cómo puede ser eso posible?

«Estaba medio echado sobre la mesa, sus diez dedos en los papeles. Consumida la lámpara de petróleo, el cilindro ennegrecido, de arriba abajo, por el hollín, una atmósfera en la habitación... bueno, ya me lo puedo figurar: se había quedado dormido con tanto papel como tiene. ¡Este hombre se va a volver loco!».

Lo peor fue que su propio marido, en lo referente a esto el señor *preceptor*, es decir, el superior de Potschka, tampoco estaba localizable. No había vuelto a casa en toda la noche. Lo encontró completamente borracho —y, por consiguiente, tentado—, ¿y dónde lo encontró? En casa del nuevo párroco.

Ella había llamado a la casa parroquial a las nueve de la mañana, después de haber peregrinado por los tres bares de la aldea y haber también mirado en casa de los Lengweneits y de los Kairies, porque éstos destilaban su propio aguardiente —ilegal, pero muy bueno—; había llamado en la casa parroquial al oír las nueve campanadas, porque antes no se molesta a los señores eclesiásticos, pero Laser, el nuevo párroco, la había recibido enseguida, y le había dicho: «Yo no sé aún distinguirlos, busque usted misma a su marido». Allí, en el entarimado, estaban tiradas, por todos los lados, todas aquellas cubas humanas. «¡Todo sin malicia!», había dicho Laser, y, propiamente, así es como había sucedido.

Laser, que acababa de ser trasladado de Robkojen aquí, había empezado a ejercer su cargo, antes incluso de su presentación del domingo, con una reunión del consejo parroquial en el rectorado, a las siete de la tarde del viernes. Todo lo propio del cargo había sido ventilado de una forma rápida y sin objeción alguna, pero, luego, primero uno, después otro —quién de ellos había sido acaso no sea ya constatable, pues Laser no los conocía aún por separado y ellos mismos pronto no estaban tampoco en condiciones de conocerse ni a sí mismos—, habían hecho referencia a la fama de hombre alegre que se había adelantado a la llegada del nuevo párroco. Con lo cual casa a las mil maravillas un determinado movimiento del brazo, que puede expresarse con las palabras de la canción: *Setzt das Gläschen an den Mund!*^[20], y, en algunas regiones, con esta frase: «¡Haz sitio, alma mía, que yo te voy a echar uno!».

Laser, como ya se ha podido constatar, no era, de hecho, una persona que estropease una fiesta. Había traído las botellas, no teniendo que subirlas de la bodega, sino sacándolas simplemente del aparador del rincón; abrió todas y las colocó sobre la mesa, sin mantenerse él mismo, en absoluto, al margen.

Pero él parecía estar a la altura de tales empresas. En todo caso, ni a Kankelat —ni tampoco a los otros— les sentó bien la sesión. La señora Kankelat había tenido que guiarle hasta casa, y ni siquiera le estaba permitido despotricar en voz alta, y tampoco en voz baja, sólo interiormente. Para no irritar al marido. Pero esto lo consiguió él solo: ¡se quedó plantado en la plaza de la iglesia o delante de la escuela y se puso a bramar a diestro y siniestro! Y ahora estaba sentado, de nuevo, en el bar, lo cual quiere decir: el pobre hombre, el tentado, el enfermo.

«¡Te digo que un día voy a perder los estribos!».

Y, mientras dice esto, la señora Kankelat cruza la puerta y se planta en medio del bar de Plattner.

¡Míratelo bien, Hermine Kankelat, y no lo olvides tan rápido! ¿Qué mezcolanza no tienes tú ahí? ¿Cómo se sientan alrededor de él y gritan y desean larga vida a su jefe, que siempre está dando un golpecito a la espalda de alguno y refiriéndose a un jefe aún más grande que él, que no se llama, como él, Neumann! ¡Mira bien a todos esos, esos cómplices o camaradas de milicia: quieren acabar con alguna cosa! Según parece, con seres humanos. Expulsarlos a la estepa. ¡Fuera, y se acabó! Y, entre ellos, a ese gritón, conocido en la aldea; escucha lo que canturrea: *Wer nicht glaubt der wird nicht selig wer nicht mahlt der wird nich mehlig*^[21].

Intenta pescar aquí a tu enfermo, esperemos que tengas éxito. Pero no olvides esto de aquí. Incluso si ahora, acaso de una forma Inesperada para alguien que venga de fuera, comienzan todos a cantar, incluido el gritón de antes: *Guter Mond, du gehst so stille*^[22]. Porque Plattner acaba de abrir la ventana, pero, al oír este canto, la vuelve a cerrar.

Plattner no deja entrar a nadie más. Preferible una reunión privada, que no que se arme un escándalo. A lo mejor el consumo que se está haciendo compensa. Ha cerrado la sala con llave, quien quiera moverse un poco lo mejor que puede hacer es irse a casa. Que no haya enemistad. Por mucho que esto sea difícil de evitar. Y la señora Plattner está cerrando ahora la puerta que da al patio. «¡Éstos me mean todas las begonias!».

Arriba, un piso por encima de la sala, está tranquilo. La ventana cerrada. Un espacio que ha quedado libre. Antes hubo aquí gente, ellos estuvieron sentados aquí, levantándose apenas alguna vez y dando un par de pasos; no han medido, pues, la longitud de la habitación, sino que han permanecido sentados, en sillas talladas lituanas, con sus charlas y reflexiones. Y, después, se fueron, el cuarto ha quedado libre.

No se han corrido las cortinas de la ventana. La luz, que se adentra por la aldea y se transforma, cruzando el murmullo de los campos de cereales de detrás del rectorado, el vapor del pequeño estanque de la herrería y los olores de la turbera, que son como de humo, pasa junto a la ventana con colores, coloraciones y tonos cromáticos siempre nuevos. Ahora quizá se detenga. Como un paño que enjuga las cubiertas lituanas, la de la mesa y la del lecho: tejidos blancos, con superficies mates y brillantes; cuadriláteros de distinta anchura, con dibujos y festoneados por tres clases de cintas: de cruces, de ángulos y de estrellas. Viaja por encima de las tallas de madera lituanas, junto a las sillas y los toalleros: floraciones de rayos, figuras de seis círculos, dibujos de anillos perforados, coronamientos en forma de volutas.

Los curiosos y hermosos cuadros que hay a ambos lados de la ventana resplandecen un poco, siguiendo la luz que entra en el cuarto sin verlos a ellos, esos cuadros de Čiurlionis. Uno de ellos: dos reyes. Tonos amarronados y verdiazules, ante una maraña de oscuros troncos y ramas, a través de los cuales brilla un cielo

estrellado. El rey más joven tiende al mayor, sobre la mano abierta, una casa de labor sobre la cual se ha abierto un globo solar, y el rey mayor, de larga barba, se inclina sobre todo ello con seriedad. Y el otro cuadro: dos cruces. Propiamente, dos barras puestas de canto, que, bajo un techo puntiagudo, soportan pequeñas cruces, rodeadas de adornos moldeados en forma de cuernos. Las dos barras han sido colocadas en un prado en donde se pueden reconocer margaritas y campánulas, ante una hondonada por donde acaso corra el agua. Detrás de todo ello, hay una pendiente con franjas de campos cultivados que va hasta un camino que discurre, en la altura, entre hayas. Cuadros de este tal Čiurlionis, que en su tiempo no pudo ser nada, después de intentarlo, primero, en Vilna y, al final, en San Petersburgo, lugar donde murió en 1911. Que resplandecen siguiendo la luz que no los ve a ellos y que va a dar directamente sobre el cuadro que cuelga enfrente de la ventana, la fotografía de una anciana. ¿Qué se puede ver ahí, cómo podría expresarse? Los ojos de una anciana.

Una mirada que capta al que tenga enfrente, que ofrece apoyo, o que lo espera. Y que ya ha empezado a hacer concordar, o a ajustar lo uno con lo otro, el esperar y el ofrecer apoyo. Que dispensa amabilidad. Que no agarra, que se mantiene a un metro o medio metro de distancia, que deja un espacio libre: para el movimiento del otro, que no debe sentirse obligado, y ni siquiera persuadido, ni por esa mirada ni por la propia emoción, a decir: «Es una mujer mayor, habría que apoyarla».

Estos ojos han examinado lo que podía ser examinado. Que no significa otra cosa que haber visto, y no les ha pasado lo que a los guisantes del cuento. Fue una buena niña: hay buenos, hay malos, aquí, allí, por decirlo en dos palabras. ¡Tan bueno no ha sido el mundo!

La luz se hacía un poco irritante. A veces parecía que las cosas cambiaban con la iluminación, como si su forma y consistencia se tambalease. Así, los párpados se contraían un poco, la mirada se estrechaba, pero se podía sentir cuándo ésta lo hacía; una fase transitoria, como la irritación de la luz, y, de nuevo, toda ella era como habitualmente es: para un mirar de andar y esperar.

Una boca recta para hablar. Porque no había poco que decir y pensar, y pensar sin decir no iba. Luego, cuando los hijos crecieron, el otro discurso, la comunicación, pero ya no dirigida a preguntas. Lo que ganó en pregnancy lo perdió en realidad. Por tanto, de nuevo, ese quedarse parada, a un metro o medio metro de distancia. El buen consejo, la amonestación, la moral, todo lo que ello significaba se vio a sí mismo retrocediendo a estados que podían ser vividos, lo bueno y lo justo como un quehacer cotidiano.

El cuadro de una anciana, la madre de Potschka, a mitad de los sesenta, con un pañuelo de cabeza de color y un vestido tan reciamente tejido como completamente abotonado. El ligero malestar, perceptible en la base de la nariz y en la comisura derecha de la boca, tiene que ver con el fotógrafo, que, probablemente, ha necesitado demasiado tiempo para todo el procedimiento.

¿Qué se va a describir en un cuadro así?

¿Acaso que no se debe hacer otra cosa sino quedarse mirando? Y retroceder como la luz.

La que ha dejado tras de sí al cuarto viaja, fuera, más allá de la pared de la casa, más allá de los muros, en dirección al parque; más allá de las puntas del verde de los prados, como si estuviese recortando allí muestras dentadas.

Queda atrás un espacio que ha sido dejado solo. Se ha elevado un murmullo de las tablas del entarimado, o bien ha descendido desde el techo de vigas y se ha quedado quieto, como ocurre en torno a la cuerda de una guitarra que acaba de ser rasgada o a la madera bullente de un viejo piano.

Voigt y Gawehn están parados ante la puerta de la fonda. Han hecho un largo camino, mucho más allá de la aldea, donde, tras la última, colina, la llanura comienza a extenderse a ambos lados de la carretera, en dirección al torrente y a sus ríos. Un largo camino con largas conversaciones: sobre estos asuntos lituanos y, por consiguiente, también sobre estos asuntos alemanes.

«Las cosas siempre han ido así», había opinado Voigt. Y, esta vez, Gawehn se había quedado parado, sumido en sus pensamientos: «¡Tanta buena gente y tanto esfuerzo en este convivir unos con otros! ¿Qué ha reportado, al final, tanta preocupación y tanta buena voluntad?».

¿Se refiere ese «al final» al del día en que estamos?

La señora Plattner ha abierto la puerta. Ellos entran. Allá adentro se ha vivido la vida a tope.

«Buenas noches», dice Gawehn. Mañana, después de visitar la iglesia, se volverá a la ciudad. Por la tarde *Der Schmied von Marienburg*^[23]. Una ópera. Con su parte de violín.

Voigt se quedará aún aquí, a ver la fiesta de mañana. ¿Cuál de las dos? podría uno preguntar, pero ¿para qué? A la tarde, regreso con el vapor, a favor de la corriente, es un viaje tranquilo, el estruendo del giro de la rueda de paletas sólo al desatracar y, tras unas horas, al atracar de nuevo. Voigt se sentará allí y esperará las luces que anuncian la cercanía de la ciudad, hasta que pueda reconocer las filigranas de las arcadas del puente y esa irrupción más lenta del cielo sobre todo ello, ante la oscuridad que domina por doquier.

«¡Buenas noches, señor Gawehn», dice Voigt, «mañana será otro día!».

Potschka, pues, tenía prisa.

Todavía no ha oscurecido cuando se encuentra ante la finca de Gendrolis, y piensa un rato qué es lo que él dirá, hoy, sábado, en la cocina de Gendrolis, es decir, a la mujer de Gendrolis, o bien en la sala de estar de Gendrolis, o sea, al padre de Tuta, pues los Gendrolis son devotos, y el sábado es, para los devotos, un día sagrado, pero ¿qué puede decir él? «Buenas tardes», o sea: «*Laba vakara*», pero acortando lo más posible la pronunciación de estas sílabas, como era habitual en el lugar. Aunque el señor maestro lo podría decir de una forma tan correcta como se lo había estado enseñando, el resto de la semana, a sus niños, pero no el sábado.

La entrada desde la calle al patio hace un poco de pendiente. El patio está cubierto casi en su totalidad de verde, de magarzueltas y cardos, sólo en el centro, en torno al pozo, asoma la tierra, lavada por el agua, y alrededor del borde, de madera, del pozo hay una clara franja de arena.

Es el momento en que las gallinas se van a dormir, una tras otra suben al gallinero. El gallo va en cabeza, pero luego sale de nuevo de la fila, pasa al costado de su pueblo y dirige la entrada. Las pavas mueven sus alas en el árbol donde duermen, al extremo izquierdo del establo. Pavas blancas, sin señor, sin pavos. Allí están posadas, bien anchas, entre el follaje pinnado del fresno.

Frente a la entrada del patio, la vivienda. Una construcción de adobe con un techo de paja muy inclinado y ventanas bajas, encalada de blanco, como lo están también el establo y el granero. La puerta y las ventanas, guarnecidas con tablas moldeadas en zigzag, y la puerta, en sábado, está abierta, en el umbral se ha esparcido arena blanca.

Potschka baja la cabeza bajo el dintel de la puerta. El vestíbulo está oscuro. Pero, como es sabido, basta dar los cinco pasos habituales para llegar a la puerta de la cocina; luego, en la cocina, arde el quinqué, la usual lámpara de cilindro sin globo encima, colgada, como es costumbre, de la pared, y, con ello, basta y sobra.

En el banco de junto al hogar está sentada Oljane, que sólo habla un poco de alemán, pero de una forma rápida, una muchacha entrada en años con dos ajueres de novia, sesenta metros de toallas tejidas por ella misma, gran acopio de lana hilada, pero, con todo, pocas perspectivas. Está sentada y se escalda los pies. Y, sin saludar ni esperar a preguntas vanas, ha cogido la hebra: los malos tiempos que están por venir —como si no estuvieran ya ahí— y la prisa con que gira el mundo: «Yo ando corriendo y corriendo, dando vueltas como un cubo podrido», lo que quiere decir: está en pie desde la mañana temprano hasta la noche, y ahora se sienta, con los pies

metidos en agua hirviendo, y el agua parece estar sucia, pero no lo está por los pies, que uno se lava junto a la bomba de agua del establo, o bien junto al pozo del patio, sino de la gallinaza. Pues ésta es disuelta en agua bien caliente, lo cual es bueno para las piernas cansadas, para pies embotados, hinchados, así como para excoriaciones — *para o contra* excoriaciones, aquí es igual.

Es decir: esa peligrosa rapidez, y, en general, la vida rápida de la época que nos ha tocado vivir. Pero, ya que Potschka está allí, todo ello es desplazado ahora, sin más contemplaciones, a los pies, y allí abajo debe quedar, mientras que arriba, en esos vivos brazos que también, con sus movimientos, relatan y, todavía más, en el vivo rostro que, asimismo, entra en juego se trasluce la alegría de esta tarde, pues Oljane está sola en la casa —de eso ya nos enteraremos— y alegre, si no resulta demasiado grosero decirlo, pues ésa no es la intención, «como el cerdo de Staschull». La historia es como sigue, contada de la forma más sucinta:

«El cartero fuera de servicio, Staschull, es decir, el señor Staschull, había hecho cerveza, no demasiada ni demasiado poca, justo lo que se podría necesitar en una mañana de labor en los prados por la época de la recolección del heno, o sea, en absoluto demasiado poca. Y los restos, esa buena cebada, se los había echado a la cerda. Bueno, pues va la cerda, *ris, ras, ris, ras*, y se lo acaba todo, y entonces empieza a moverse de un sitio para otro tambaleándose y dándose contra las paredes, por las que, de ser posible, se subiría, y venga a gruñir y chillar y dar vueltas, cagándose de placer, como si fuera una persona borracha. ¿Y qué hace el bueno de Staschull, es decir, el señor Staschull? Pues, primero, entra en la pocilga y se deja pedorrear por la cerda, después sale de nuevo y va a buscar el cuchillo. Ya que, ahora, la cerda se ha echado todo a lo largo, ha cerrado los ojos y se ha puesto a roncar. Y ahí tenemos a Staschull sentado, como tú ahora —no como usted, señor maestro, ahora, en mitad del relato, el tratamiento es ya indiferente—. Sentado y sentado, al borde del comedero, mientras que el animal resuella beatíficamente, con un resuello un poco irregular, y él sigue sentado allí, el cuchillo en la mano. Antes que la cerda reviente, él se lo clavará. Y allí permanece sentado hasta las cinco de la madrugada, y entonces la cerda, después de dormir a pata suelta, se levanta y empieza a quejarse en torno al comedero. Porque no hay nada dentro. Ahora puede levantarse también Staschull, estirarse y marcharse al dormitorio, cayendo derrumbado en la cama; desaparece de la escena, el cuchillo aún en la mano, las pantuflas en los pies».

«Y, desde entonces, quien esté alegre, está alegre “como el cerdo de Staschull”, y punto».

Y los otros, sí, los Gendrolis han ido a casa de los Dreschers, a una reunión u hora de oración. Es lo mismo. A Oljane no le gusta ir allí, ¡venga a cantar y cantar, todos esos polluelos —*zipanschuju*, como llama Oljane a tales cantores— piando!

Así que a casa de los Dreschers.

Lo cual es sencillo, en esas horas de oración uno se sienta allí y ya está. Y justamente ahora han parado de cantar, ahora está hablando Grinda, de pie, a sus

devotos, que siguen sentados.

Éste es un discurso diferente del rápido informe de Oljane. Pausas, pero, incluso éstas, acompañadas de movimientos circulares de los brazos, sólo que más lentos, y el discurso expuesto con parsimonia, pero, con todo, sin atascos, como debe ser: con la debida unción; para ello se precisa de poco ejercicio, desde el principio va bien, pero sí de experiencia, y ésa la tiene uno que adquirir antes. Antes de que la charla pueda empezar.

El objeto de la charla es, como es habitual, el pecado, aquello que el ser humano lleva a cabo, de palabra y de obra; uno no necesita detenerse mucho en ello, sino que enseguida se aborda lo referente a los castigos, el juicio final, el salario de los pecados, donde las escenas, las imágenes, los colores, las comparaciones le brotan a uno de la boca como un unguento, el unguento que baja por la barba de Aarón, salmo 133, versículo 2. Y, hablando de castigos, ¡cuántas cosas no entran en esta categoría! La señora Drescher tiene dolor de muelas, ¿incluimos esto entre los castigos? Pero, entonces, todo eso ¿para qué es, para qué es? Así se llega a una doctrina de la justificación: el hombre, este pecador, se tratará de justificar, dirá a su Dios, que es, propiamente, quien tiene a su cargo la justificación, que él no ha hecho absolutamente nada, o bien: ¿qué dirá uno, si, por ejemplo, ve todo lo que otros hacen y que no les pasa nada, sino todo lo contrario? Así se va a desembocar en lo siguiente: el sufrimiento de los inocentes, con que el Padre disciplina, paternalmente, a los suyos, esas pruebas que Él pone a sus hijos. Un proceso totalmente fijado: de la ululante horda de los pecadores a la pacífica comunidad de los santos, del castañetear de dientes al aleluya. Eso es edificante, uno se sabe justo y que no gasta el tiempo con tonterías, uno tiene algo para mirar desde arriba, a los pecadores que están fuera, allá abajo.

Para finalizar, Gruida presenta aún un Tratado suyo impreso: *Grosse Wunder Gottes in den jetzt vergangenen Tagen*^[24], a dos *lits* cincuenta el volumen, autor Friedrich Wilhelm Grinda, panadero retirado, así como una tarjeta postal, también impresa, que contiene un poema, a ochenta centavos, con indicación, asimismo, del autor:

*Ist die Sünde auch blutrot,
schlägt sie Gott in deinem Herzen tot*^[25].

Y, si uno, en la charla de antes, ha pasado por alto esa forma de ver las cosas, Grinda ya se ha desprendido de algunas cartas, todo el mundo tiene ya en sus manos el cuadernillo de ocho páginas; la oración final es un asunto del padre de familia de la casa, esto es, Dresscher, el «Padre nuestro» lo recitan todos: «Padre nuestro...», o, lo que es lo mismo: *Téwe musu, kurs esi Dauguje*.

La gente se separa, Grinda se queda, Potschka dice «buenas noches», pero no a todos, Shilat da media vuelta y desaparece, Tuta ya está fuera.

Y afuera está hermosamente sereno.

Y aún no ha oscurecido.

Se ve más allá de los prados, hasta las montañas del sur. El aire huele a heno y, quizá, también a polvo, en absoluto a atardecer; el aire no es terso y, en absoluto, húmedo, y es casi un poco amarronado, y no tan verdiazul y, de ningún modo, blanco.

Se va, por el camino, a los prados, y las montañas no se acercan más, siguen donde estaban, en su luz y un poco también como inundadas de polvo. Sólo se acerca más, si bien con lentitud, la casita que hay antes de las montañas, que sobresale de su jardín. En la casa ya se ha encendido la luz, se reconoce: ese resplandor rojizo en los cristales no es el sol, que ya no está, que ya se ha marchado más allá, bajando en dirección a Kerkutwethen.

Pero no hay por qué ir a la casa, si uno ya lo sabe, se puede desviar uno del camino que lleva a esa casita y que puede seguir allí, como está: una casa lituana, Potschka la conoce, también los Gendrolis, allí viven dos ancianas, el jardín está lleno de rosales, y junto a sus cuatro paredes, encaladas de blanco, se alzan las rojas malvarrosas, con flores de arriba abajo, o, mejor, hablando de malvas: de abajo arriba, y las flores, esas sencillas rosetas, no se cierran, por ellas puede hacerse de noche, que no se cierran.

De modo que doblar a la derecha. La casita sigue allí, se llama *Rosenhäuschen*, tiene, en lo alto del tejado, dos cabezas de caballo talladas, y queda atrás, y ahora debe haber realmente oscurecido.

La muchacha dice: «¡Mañana, la fiesta!».

Caminan por el prado. Un poco de rocío, pero el prado acaba de ser segado, no hay allí ninguna hierba mojada, la tierra bebe toda la humedad, y el primer relente hace mucho que se disipó en el aire. Van, dando un pequeño rodeo, a la finca mayor del pueblo, que, con sus altos graneros y su viejo parque, yace allí como una montaña.

«Los padres no irán», dice la muchacha.

«Pero nosotros sí», dice Potschka, «nosotros sí vamos, ¿no es verdad?».

«¡Ven!»., dice Potschka. Están junto a un montón de heno. Potschka da la vuelta a las gavillas de arriba. La oscuridad ha mantenido todo el calor del día, que se hace, incluso, más espeso. No se quisiera hablar, pero, como sin querer, se empieza a contar.

El parque está, aquí, muy cerca. Se distinguen algunos árboles aislados, especialmente los altos. Y se oye un chillido que viene de uno de los árboles y los gritos que le contestan desde abajo, y ahora empieza el griterío a flotar en torno a la copa de los árboles, y se percibe un fuerte aleteo: los pavos reales vuelan de acá para allá y se gritan unos a otros. Potschka conoce ese sonido, le resuena, noche tras noche, durante el mes de junio, en el sueño.

Ha empezado a contar, de cuando era joven, una larga historia, la Escuela superior, las prácticas preparatorias.

«No me acuerdo de mi padre. Teníamos un cuadro sobre la cómoda. Yo tenía entonces un amigo, nos leíamos poesías el uno al otro; hay, en la ciudad, un rinconcito retirado donde es más fácil leer. Poesías con sentimientos que, de lo contrario, uno no dice; las piedras antiguas ayudan un poco, y, sobre todo, la sombra, allí había árboles por todas partes.

»Por lo demás, uno es y sigue siendo un extraño en la ciudad. Las casas, construidas una al lado de otra; se camina pegado a los muros, calles estrechas. Por en medio de la ciudad corre un río, se bifurca y de nuevo se junta. Sobre la isla que forma se alzan una vieja iglesia de ladrillos y casas altas y angostas, a la distancia debida de la iglesia, que todavía hoy día tiene una serie de viejos tilos ante sus estrechos y altos ventanales. En un rincón de la isla se levanta una torre cuadrangular y no lejos de allí una gran puerta en arco, y cruzando la Pauperhausplatz se llega al *Collegium Albertinum*. Allí tenía yo, junto con mi amigo Sperber, un cuarto, que me pagaba la Fundación Lituana, comíamos en el llamado refectorio comunitario. Una vez me quedé inconsciente en plena calle, de pura hambre; fue en la Brodbänkenstrasse, el Dr. Kongehl me llevó a su casa, pero no me gustaba nada tener que comer en la casa del familiar del consejero, que se puso enseguida a sacar las cuentas de las ayudas de la Fundación, resultando que el señor superintendente, el lituano, no sabía administrar todas aquellas ayudas, de suyo suficientes. ¡Todavía yo no te conocía, Anna Regina!».

La muchacha se ha recostado. Contra aquel calor del heno que le subía por la espalda.

«Más tarde volví a encontrarme con Sperber. Había estado muchos años en Kunzen, eso está en la *Kurische Nehrung*, desde allí me hizo aún alguna visita; era, en nuestras conversaciones, como si siguiéramos ocupados con el Persius en nuestro cuarto de entonces, *littera C: O curas hominum, o quantum est in rebus inane*».

«¿Qué es lo que dices?».

«¡Oh, las preocupaciones de los hombres, qué vanas que son! Seguíamos entonces las clases de Schulz y Kypke, y también las de Saltenius. En la ciudad se hablaba de él como si hubiese hecho un pacto con el diablo. Nosotros no lo creíamos, él venía siempre con un paso lento, hablaba suave, tenía el cabello completamente blanco. Y, en una ocasión, uno de nosotros le preguntó, sin más, y él contestó: “Sí”. De joven, había escrito un papel y lo había depositado en la Kreuzweg. Iba dirigido a Satanás».

Enfrente siguen chillando aún los pavos reales. Ahora uno de ellos vuela entre los árboles, se lo ve recortado contra el cielo veraniego, se reconoce su cola ondeando al viento, y, algo más al fondo, entre los dos árboles más altos, vuela un segundo pavo real. Y las voces de las hembras, con gritos cortos emitidos desde abajo, desde los matorrales.

«¿Qué me estás contando, Christian, qué me estás contando?».

Potschka se pone en pie. «Anna Regina», dice, pero ya como sin voz, y se gira,

como reconociéndola, hacia la que está echada junto a él. Y la muchacha vuelve su rostro hacia el suyo. «Señor del Cielo, ¿qué es todo eso que me has contado?».

«¿De dónde vengo yo ahora? Yo estoy aquí, lo sé, pero ¿dónde estaba? Y ¿cómo acabas de dirigirte a mí, llamándome Christian?».

«Yo no sé, tú dijiste Anna Regina».

Y ahora la muchacha se aparta un mechón de la cara. «Pero Anna Regina es la mujer de tu Donelaitis, ¿no es verdad?». Y, tras un rato, temblándole un poco la boca: «¡Potschka!».

Potschka la coge por los hombros, y se encuentra a sí mismo de nuevo, en aquel rostro que ya no está asustado.

«Estuviste un poco ausente, y ahora estás de nuevo aquí».

«Y aquí quiero quedarme», dice Potschka, «seguir ahora aquí».

El griterío del parque de enfrente más suave, enmudeciendo. Ahora hay todavía una pava que sigue llamando, en un tono muy claro y muy alto, y, un rato después, responde su macho. Luego se oye un murmullo, más débil, de la otra parte del parque.

La luna se mantiene ya mucho tiempo tras las pocas nubes que hay. Ahora cambia de una nube a la próxima, aparecen, por un par de momentos, dos flecos blanco-amarillentos de nubes, recortándose vivamente en la oscuridad; y, ahora, la nube más delgada deja pasar un resplandor como a través de un cristal ahumado.

«El profesor este y el señor concertino escriben una ópera», dice Potschka.

«Esto me lo cuentas mañana», dice la muchacha, y tira de los cabellos de Potschka hacia abajo, hacia sí.

«Yo hablo y hablo», susurra él, su rostro contra la espalda de ella, «pero sé dónde estoy». Y no dice nada más.

«Yo estaba como bajo el agua. Gritaba tu nombre».

Cuando las manos han empezado a hablar, ¿qué otra cosa puede hablar todavía en nosotros? Hay algo que sigue hablando, nosotros lo oímos. No ya con el oído. ¿Cómo lo escuchamos?

¡Quédate con nosotros, habla sin boca! ¡Quédate con nosotros, oído sin oreja!

¿Habrán cesado los pavos reales de gritar?

¿Ha empezado la luna a brillar?

Otros lo deben saber.

Suben desde la salida de la aldea, están pasando ahora junto al granero del pastor, voces. Distintas de las de aquí, aquí estamos, ya se sabe, en una frontera dialectal, como Voigt había dicho; uno mismo lo puede ya oír: los de Krakischk, sirvientes y sirvientas, algunos con sus bicicletas.

La carretera en dirección a Schreitlaugken va subiendo un poco, antes de llegar a la aldea, y después vuelve a bajar.

Ahora han llegado a su parte más alta. Uno reconoce los vestidos de fiesta de las mujeres, pañuelos y cofias lituanas, faldas con cintas. Es ya el alba.

Este día de hoy empieza como una canción:

Wo warst du, Jonei, wo zogsts du herum?^[26]

Potschka permanece en su oscuridad, habla desde su oscuridad: «¡Ya tan pronto!», un poco gruñón. Y, desde la carretera, suena de nuevo:

Bei Prachern war ich, in Schilleningken^[27].

Y, ahora, preguntan, una vez más, las voces de mujeres:

Wo warst du, Jonei, wo zogst du herum?

Y los hombres contestan:

Bei Prachern war ich, hinter Sallehnen^[28].

Y, enseguida, una carcajada general, pero pronto sigue:

*Wo warst du, Jonei, wo zogst du herum?
Bei den Reichen war ich, war in Lasdehnen.
Was hat es gegeben zu essen, zu trinken?
Trank roten Wein und ass Schweineschinken.
Wer hat dich gebettet, wo hast du geschlafen?
In schöner Klete, im Buntbezognen*^[29].

Ésta es la canción que van cantando los de Krakischk cuando pasan por allí, casi representada con gestos, llena de frecuentes interrupciones y bromas picantes; se trata, propiamente, de una canción de los herboristas en la noche de San Juan. Se recoge candelaria, hierba de San Juan, trébol blanco, manzanilla y ruda, traída de los jardines.

Se reviste con estas plantas el llamado «árbol de San Juan», el tronco pelado de un algarrobo, y se tejen coronas.

Potschka se ha levantado y se ha puesto a cantar también esa melodía:

In schöner Klete, im Buntbezognen.

Les hace una seña, y los de Krakischk se la devuelven; Tuta, con la frente enrojecida, trata de desenrollar un par de mechales de su pelo y está escuchando; han comenzado otra canción y la gritan en la dirección donde ellos están:

*Wir essen grüne Gräser,
wir trinken Tau des Morgens,*

*wenn wir nur bleiben immer
wir beide beieinander*^[30].

«Los de Krakischk ya están de camino».

«¡Levántate, pues!».

«¡Y tú también!».

Esta noche ha pasado. Esta noche.

¡Ah, algo ocurrió!: ¿en esta noche?

Es difícil mirar hacia atrás.

Alguien sube por el camino de la hondonada, el ramal de la derecha de donde acaba la aldea y empieza la carretera. Por donde estuvieron paseando Voigt y Gawehn a la tardecita, con sus conversaciones y largas reflexiones.

Vemos venir a lo que está subiendo el camino. Es como si se mirara a un horno.

Negrura. Que se mueve, que tiembla, porque sus ardientes paredes han empezado, bajo la capa de ceniza que las cubre, a irradiar el calor que han chupado, vapor y nada más que vapor. Y más atrás, aún más abajo de esas cenizas de leña, un rojo mate y un rojo brillante, que se van turnando, encendiéndose y apagándose: la luna de junio, un tizón sin fuerza.

De esa oscuridad viene el griterío, subiendo como corriendo, y enfila por el camino. *Wer nicht glaubt der wird nich selig wer nicht mahlt der wird nicht mehlig wer nicht glaubt der wird nich selig wer nicht mahlt der wird nicht mehlig*^[31], siempre lo mismo, eso es lo que sube por el camino de la hondonada, con pausas para resollar, parándose, caminando o tambaleándose, ahora interrumpido por una maldición. De aquel horno, de entre la ceniza, ante esa luna de junio que empieza su curso diario, sube, del camino de la hondonada, el griterío, ahora situado en la zona del granero en ruinas, donde acaba la hondonada, y el camino ha llegado a la altura de la carretera, donde empieza el empedrado, en el sitio donde estuvo, en otros tiempos, la aldea.

La algarabía se fue hacia el otro lado, hacia el oeste, en dirección a la línea del ferrocarril, y se ha llevado consigo todo lo de aquí; no se llevó únicamente lo que ya estaba roto. Y tampoco se llevó a estos grandes árboles, las hayas rojas, que, ahora, son negras. Tampoco a los espíritus de franceses que merodean por aquí, en este camino de la hondonada, junto a esta carretera, esta calzada para los ejércitos. Por donde pasara Napoleón, blanco y azul, pequeño y de hablar rápido, el emperador, de camino hacia Borodino.

Allá, entre los árboles, ahora una vez más, el griterío.

Se sigue viendo aún: el paso que arrastran los soldados sobre la calzada, donde la carretera ha llegado a su nivel más alto, marchando lentamente, dejada ya atrás la aldea. Y, como tirado por ellos —no a base de barras, sino de cables—, las carretas de

caballos con el avituallamiento, carros planos sobre ruedas muy bajas. Rumbo al nordeste, sí, y ahora no se oye ya el griterío.

¡Quédate junto al árbol, tú, vocinglero, quédate con tu tiempo de borracho, con tus maldiciones a tu puta! Todos nosotros lo sabemos, no es difícil saberlo. Y ahora se sigue adelante, todo desaparece de la vista, los caballos y los carros que se arrastran por la carretera. Toda la aldea lo sabe, pero entra en la aldea.

¡O quédate donde estás! Ahora bajan los grajos, ásperas voces de carraca sobre duras alas, desde una oscuridad a otra, hasta descender a la calzada, sobre las huellas de pasos, las huellas de cascos, huellas, quizá, de aquel entonces. Esqueletos vestidos de negro, no se les escapa nada.

Wer nicht mahlt der wird nicht mehlig^[32]. El hombre no entra en la aldea, viene de estar con su puta y no vuelve a su casa, y todos estaban fuera, la calle vacía, nadie había quedado allí.

Pero eso ¿qué era? ¿Empezó hoy, en la fonda de Plattner? ¿O cuándo? ¿Antes?

«Sí, ya te conocemos, no empieces con tu cháchara».

Tú habías estado sentado con ellos, con esos memelianos. Y entonces el abogado te había dado una palmadita en la espalda. ¿Qué es lo que debías arreglar?

Sí, correcto, con Josupeit.

¿Arreglar? ¿Con Josupeit?

Tú debías comunicarle, de palabra, una orden, ¿no es verdad?

¿No lo habrás olvidado? ¿O no lo habrás querido olvidar, con tu puta?

¡Pues ponte en camino, que ya es tarde!

Josupeit todavía no habrá dormido. Está esperando, ha recibido un mensaje. ¡Te espera a ti, vocinglero! ¡Pero ahora mantente tranquilo! ¿No estás asustado?

Josupeit no sabe quién vendrá. «Uno de nuestros hombres», se le había dicho. Te recibirá. Te estará esperando en Parewis, en las lindes del bosque, detrás del abrevadero. ¿Sabes lo que has de decir?

Estás aquí, fuera de la aldea. Se ha puesto, pienso yo, más fresco. No de un modo tan repentino que uno se pudiera quedar sorprendido o parado, ningún viento que a uno le pudiera dar en la cara o en la nuca, sólo que ha refrescado, un escalofrío que se cuela por entre los omoplatos y baja por la espalda; es como si, en torno a uno, se fueran abriendo ventanas y puertas, primero imperceptiblemente, pero luego se ha difundido alrededor de uno un aire diáfano que suple al otro, pesado, paralizante, que le rodeaba a uno; como agua, pero sin peso, y ahora se ha vuelto más diáfano, se ha vuelto, inadvertidamente, más diáfano, y hay un gris que nada pegado a las sienes; uno reconoce, sobre su cabeza, árboles, techos, arcos, de los que baja algo así como un aliento y se hace visible el campo abierto, los planos saucedales, sobre los cuales se extiende esa claridad.

Y allá se estira ya el río, todavía sombrío, encajonado entre los matorrales que se vuelven contra él; sólo cuando suba el sol, tornará a ser blanco y empezará a brillar.

La carretera lo cruza con un puente de hierro sostenido por dos pilares que antes

ha salvado ya un par de fosas y charcos. Y a mano izquierda aparece él, el río, por entre la niebla, que ahora, en contraste con la oscuridad del bosque, uno percibe, y sigue, corriente abajo, hacia el sur, pasando por donde hay alguien que ya estará parado esperando, y continuando bajando hasta la desembocadura, de donde, en esta región, vienen todos los vientos. Donde está esperando el otro, esperándoos a los dos, no a uno sin el otro, a Josupeit y a ti.

Una de las colinas de antes, a la derecha de la carretera, por donde subía un sendero que iba a dar a un portón de madera, tras el cual se había reunido todo un bosque de crucíferas de finos brazos, ha espantado a los grajos, preparados, según parece, para iniciar la marcha hacia la calzada y posados en los árboles como el follaje del año anterior. Bandadas que se dividen en grupos, con algunos espías que vuelan delante y que gritan sus mensajes hacia atrás, a los grupos más fuertes que van en cabeza y al grueso de las tropas que sigue lentamente detrás. En pos del hombre, que camina abajo, por la carretera, tambaleándose aún un poco y hablando para su coleteo, lo sigue, por el aire, todo un ejército dividido en distintos batallones; lo sigue un griterío largo y destemplado, interrumpiéndose por momentos, pero el sonido continúa estando siempre a la misma altura, monótono, y cada vez más fuerte. Ahora están más bajos, cruzando por encima de los árboles de la calzada; ahora le adelantan y van delante de él, bajando aún más, rumbo a la aldea, que se extiende junto al bosque hacia la izquierda de la carretera, allí donde se levanta un poco la orilla de la corriente, con una arena poco poblada de hierbas; donde los pájaros, ahora, despiertan, con una breve llamada, aprestándose a un primer vuelo sobre el río. Los pájaros lituanos.

Se hace más claro. Tienes que darte prisa. Pasar el puente, tomar luego a la derecha, en dirección al bosque. Pasando al lado de la casa de labor.

El perro te ha oído y tira de su cadena y arma escándalo por tu causa. ¡No te preocupes, corre, si quieres! ¡Sí, corre! No por el primer camino, sino en los linderos del bosque que encontrarás enseguida.

Ahí está el lugar llamado Parewis. El foso. La negra fila de alisos. La pradera. Desde la que se alza la colina pelada, orientada hacia el bosque. Detrás, el abrevadero.

Los corzos que han estado aquí, con sus cabezas por entre la niebla de la orilla, se retiran cuando tú vienes dando la vuelta a la colina. Y ahí está Josupeit, ése es:

«Estoy esperando desde hace cuatro horas».

«Hoy mismo será usted llevado a Alemania. ¡Permítame que le pida que no ponga ninguna objeción!».

«¿Y cómo a Alemania?», dice Josupeit.

«¡Ninguna pregunta!», dice el otro hombre. Se desabrocha la chaqueta, se ha acalorado.

«No lo entiendo», dice Josupeit. «Por todos lados esas riñas. Yo no valgo para ello. Yo pensaba que había ingresado en una asociación cultural».

«En una Unión Alemana. Lo dice el jefe».

«¡Déjeme usted en paz con su jefe!». Josupeit da media vuelta y quiere volver al bosque. «¿Eso era todo?».

«¡Tú vendrás conmigo, Josupeit!».

¿Qué tiene este hombre en la voz? Josupeit se gira a medias. «¿Cómo decía?».

«Mire usted, señor Josupeit, yo tengo ese encargo, nada más, sólo lo que le he dicho».

¡Josupeit, ya has cedido una vez, volverás a ceder una segunda vez! Irás con este hombre camino abajo, hacia el río. Tú ya le habías visto en alguna ocasión, ¿no es verdad?

Sigues andando con él. Hasta la desembocadura, la desembocadura del Memel. Ya se lo has dicho: «Si usted no quiere, yo no tengo nada que decidir, dígaselo usted al señor Gottschalk».

¿Irás realmente, Josupeit?

Siguiendo el río, sobre el cual se ha hecho ahora del todo claro y ha comenzado el día de las golondrinas, con sus chillidos silbantes y sus alas derechas como flechas. ¿Seguro que vas?

¿Debe acudir en tu ayuda el macho del corzo? Ahora se está cosechando el heno: si anda merodeando por ahí y se topa con una hacina de heno, el fuego lo ahuyentará.

¿No habrá, en tu camino, ningún perro negro muerto? Sería un diablo muerto. Acaso el que te está esperando a ti.

Así se oculta el diablo de Perkun^[33], según se dice. ¿Ya no lo sabes?

Hay un medio aún: quitarse la chaqueta y mirar a través de una manga a la que se ha dado la vuelta. Entonces lo verás, verás a Satanás, lo reconocerás, sabrás cómo se ha hecho irreconocible, cómo ha llegado hasta ti, con qué vestido, bajo qué nombre.

¿También has olvidado eso, Josupeit?

Ahí está él. ¿Lo reconoces? Junto a la desembocadura, todavía en el crepúsculo, justo antes de caer la luz.

«¿No quiere usted, señor Josupeit? ¿Quiere usted salirse ahora, señor Josupeit?».

«Entonces lo hundiremos. Usted nos obliga».

«Pero ¡si yo no soy ningún traidor!», grita Josupeit.

«¡Silencio!», dice el borracho, y lo sostiene.

«¡Demasiado inseguro!», dice el diablo.

En este lugar, en el punto de confluencia del Jura —conocido como el Nawese— y el Memel, y que lleva el nombre, fácilmente recordable, de Mymmél, nos enteramos, por la crónica de Johannes Lindenblatt sobre las hazañas de los Caballeros Teutones entre 1360 y 1417, que se habría levantado una casa-fortaleza de la Orden.

Aquí nadie lo sabe. ¡Una casa-fortaleza y ni huella de ello, ni una sola piedra!

Entonces tampoco sabrá nadie dónde desapareció Josupeit. Un lugar donde las

hazañas alemanas no dejan huellas.

Y ahora, corriente arriba, sobre los prados, las luces de proyectores con las que amaneció este domingo, el 24 de junio de 1936.

Una canoa cruza el río Jura y toca tierra. Ahora acaba él de llegar a la otra ribera del río. Y ahora una señal cruzará la corriente del Memel.

Ahora los hombres se separan. Uno de ellos va por Wallenthal, el otro por Schillehnen, y ambos tienen la misma meta.

Hoy, a mediodía, en Bittehnen.

«¡Lástima, lástima!».

«Pero, ¡señor Voigt!», dice Gawehn con un gesto denegatorio.

«¡En los últimos años, raras veces ha tenido uno la suerte de oírle a usted como solista! ¡Lástima! Al oír la hora que era, me levanté, encontrando, sin tardanza, mis calcetines y mi corbata, pero, pese a la prisa que me di, no llegué antes de la mitad del sermón, y usted ya estaba allí. ¿Qué fue?».

«¿Que qué fue? Bach, *Sonata para solo en do mayor*, primer movimiento».

«¡Tam ta tam ta tam ta, tam ta tam ta tam ta!, y luego sigue en la séptima». Voigt ya lo sabe.

«Esto, enseguida, al principio. Antes aún del sermón, por deseo del pastor, el *largo* habitual».

«En todas las circunstancias de la vida, ese *largo* me hace bien. Y ¿cómo encontró usted la predicación?».

«Como en otros sitios, lo acostumbrado».

«¿Y la referencia a la fiesta de hoy? Con el texto de Pentecostés: los grandes hechos en diversidad de lenguas, ¡un poco atrevido!».

«En mi opinión, una amonestación que conviene que haga un pastor de la comunidad».

«Pero no fue bien recibido por todos, yo estaba sentado atrás, era fácil darse cuenta».

¿Puede realmente haberse percatado de tanto el profesor Voigt?

Estuvo ocupando su atención el cuadro en el muro lateral derecho de la iglesia, antes del arranque de la galería. Evidentemente, antiguo, siglo dieciséis, si no me engaño, completamente extraño y contrastando con el resto del decorado. Procedente de otra iglesia, pues ésta de aquí pertenecía probablemente a ese tipo de iglesias salzburguesas, esas construcciones sin adornos que los exiliados de Austria se habían construido cuando, tras el largo periodo de pestes, las aldeas devastadas volvieron a tener vida. Un epitafio, una tabla con un marco dorado ricamente esculpido y con profusión de hojas: para un tal Bartell Skrinus, cuyo retrato facial había sido alojado en la parte de abajo, mientras que la parte superior mostraba las tablas de la ley circundadas de una corona. El campo medio, una presentación en el templo, fue lo que le ocupó a Voigt durante más tiempo. Pues el vestíbulo del templo —sólo reconocible por los bordes— se abría hasta afuera, en el fondo, en toda su amplitud; allí se veía, viniendo por un camino blanco, a un montón de campesinos, con picas y

horcajos, detrás de una cruz de largas barras que portaba un hombre de cabellos rojizos.

En este cuadro todavía se seguía oyendo y cantando: ¡Y ahora pidamos al Santo Espíritu! Y saliendo a su encuentro, en la mitad derecha del cuadro: el inconfundible Albertus, el que fuera gran maestro de la Orden, el duque prusiano, la barba blanca, precediendo, en su caballo, a los caballeros y a otros personajes embutidos en sus armaduras.

El pelirrojo podía ser el molinero de Kaymen, aquel tal Kaspar que fuera empalado tras el alzamiento de 1525 en Samland, cuando los ocho mil del campo de Lauth confiaron en las garantías del duque y se pusieron así, ellos mismos, en manos de la misma nobleza a la que ellos acusaban, en Königsberg, en Quednau, en Kaymen. Allí se habían reunido todos ellos, los colonos alemanes y los nativos prusianos oprimidos y los de Schamaiten, del *Haff*^[34] del norte.

Voigt no podía apartar la vista de ese cuadro. Eso era: lo que nunca había sido logrado, o sólo por breves momentos, llevado a cabo por una insoportable situación de miseria colectiva. ¿No había otros caminos?

Voigt mantiene a raya los pensamientos que se le ocurren con otra clase de reflexiones. Pero ¿cómo tendrá éxito? ¿No serán nada todas estas quejas, súplicas, amonestaciones? ¿No serán nada las amargas palabras del párroco de la aldea? ¿No deben ser dichas todas estas cosas en su ópera?

Y ahora están de camino hacia la estación. Voigt acompaña a Gawehn hasta el tren. Gawehn dice:

«El señor Potschka fue tan atento que ayer me dio algunas cosas, yo he hecho mis anotaciones esta mañana. ¿No alcanza para los personajes de su ópera un movimiento con ocho voces más la orquesta? Me estoy refiriendo a la escena de la boda, con el propio Donelaitis entre sus personajes. Esa escena correría entonces con el peso principal de la obra, cosa que es, según pienso, su intención».

«El agudo diálogo con el funcionario...».

«Unas horas antes. Pero acaso —una nueva ocurrencia, Gawehn se queda parado en mitad de la calle—, acaso todavía mejor: después. Claro que, de ser así, tendría que seguir algo fuerte, ¡un conjunto de voces al unísono, de todos los invitados a la boda!».

«¿Ve usted?», dice Voigt complacido.

«Sí, señor Voigt, me marchó a casa, siento un cosquilleo en los dedos, la cosa me ha atrapado».

«¿Ve usted, ve usted?».

Y ahora Voigt tiene la intención de dejarse llevar, en automóvil, a Bittehen. Ha quedado con Eywill el panadero, que hace viajes ocasionales.

Sombrero y bastón, revisados los papeles una vez más, no falta nada.

«¡Pronto estaremos allí!», dice Eywill. Y tras una media hora de marcha por una calzada de guijarros, una vez dejadas atrás las aldeas de Polompen y Uszbitschen, un

poco de fango; luego, cada vez más arena, praderas arenosas, monte bajo, y «estación término». Eywill tiene una forma de expresarse de ciudad.

«¿No ha olvidado nada, señor profesor?».

Él, el panadero, tiene que hacer. Ahora, vuelta a casa, después de comer trae otro cargamento de panecillos blancos y de *Pamel* —más grandes y redondos que los otros panecillos—, el negocio es el negocio.

«¿Debo recogerle esta tarde, señor profesor?».

«¡No, muchas gracias, señor Eywill, viaje con el vapor!».

Eywill se dispone, pues, a regresar, marcha atrás. Pero justo en este momento un griterío viene toda la calle arriba: «¡Ahí llegan, ahí llegan!».

E incluso se puede ya oír qué es lo que viene por la calle, procedente de Bardehnen: la música. Trombón, trompetas, tuba. Y todos los niños de Bittehnen, y la otra gente, traída en carros de adrales o landos y que sale también, al encuentro de los músicos.

Ahí llegan, ahí llegan, y ahora, con tanto público, soplan realmente con fuerza, y no paran, y, acompañados por ese ejército de niños y todo este griterío y palmoteo, se adentran en la aldea, hasta la altura del establecimiento de jardinería de Wyte. Y ahí, por el momento, una pausa.

Kankelat se apresura a saludar a Voigt. «¿Ya aquí, señor profesor?».

«Y hasta acompañé a Gawehn a la estación».

«La función de la iglesia ha salido extraordinariamente bien, tocó de maravilla».

Kankelat está lo que se dice profundamente conmovido. ¡Todo un artista! Kankelat lo debe saber, él mismo toca el órgano, por lo tanto ha acompañado hoy el *largo*. «¡Pura mantequilla, se lo aseguro, señor profesor, y nada de sebo, se lo aseguro!».

«Por desgracia, me lo perdí», dice Voigt, «me quedé dormido, ayer me metí en las sábanas muy tarde».

«¡Sí, sí», dice Kankelat, «la edad, la edad!».

Le gusta quejarse, a Voigt no. Voigt dice: «Tenemos tiempo por delante, yo pienso que el hombre sano necesita su sueño».

«¡Cierto», dice Kankelat, «pero tendría usted que haberlo oído!».

«¿Cómo fue el Bach del principio?».

«Yo, sabe usted», dice el *preceptor* Kankelat, «no me dejo encandilar así como así. En cierto modo, todo ahí es sagrado, con Bach, pero, si usted me pregunta, yo le diría que ya puede uno tocar como los ángeles, que allí hay siempre una especie de oscilación de un lado a otro, se oye como si fuera una sierra».

«Pero es un movimiento bastante lento», objeta Voigt.

«¡A pesar de eso!».

Kankelat sigue en sus trece. Hay también aserradores más lentos. «Aquí está la entrada, señor profesor», dice él. Pero no hay que descuidar la puerta de la fonda: tiene tres escalones, las dos hojas están abiertas.

¡Qué cantidad de gente!

El local, como se ve enseguida, lleno. Voigt echa una mirada a la amplia explanada, donde los vehículos han sido aparcados, y al prado que le sigue: gente y

más gente. ¡Todo lo que se encuentra aquí, sólo ocurre algo así en una feria de caballos! Los Aschmutats y los Urmoneits, Brüsewitz con todas sus hijas, los nueve varones de Wallat.

«¿Seguro que no estorbo?». Voigt se deja conducir, un poco a desgana, a la mesa de Kankelat.

«¡En modo alguno, en modo alguno, señor profesor!». En su turbación, Hermine Kankelat hace una reverencia, y su rostro se pone rojo como un tomate, ¡esta mujer oronda! —pero no le queda mal, ¡que lo haga!— y enseguida recupera su posición erguida, sentada en su silla.

«¡Aquí, señor profesor!». Kankelat le busca un lugar a Voigt en su mismo sitio. «Yo me encargo de pedir algo. ¿Qué piensa usted, señor profesor, va bien un refresco?».

«*Schmand* con *Glumse* para el señor profesor», grita Kankelat en dirección a la señora Wythe, y la señora Wythe pasa el pedido, gritando, a su vez, a la cocina: «¡Que sea bien lleno!».

Por tanto, queso blanco, o quark, o como se lo quiera llamar, con nata encima, pero abundante. Un poco de sal y comino.

«Ésos son los señores de ayer», dice Voigt por lo bajo a Kankelat, y hace un gesto hacia el rincón donde Neumann se ha semilevantado y está intentando, durante todo el tiempo, captar la atención de Voigt para hacerle un saludo enfáticamente cortés. «Desgraciadamente, no puedo moverme de aquí, usted ya lo ve, señor profesor: problema de espacio».

«¡Quédese donde está!», Voigt lo dice casi gruñendo. El rostro de Kankelat hace un gesto significativo. ¿No le gustan al profesor esas personas?

La señora Kankelat no se atreve, en absoluto, a mostrar cuánto le satisface el disgusto que siente Voigt ante toda aquella gente; esto es, para ella, como un unguento anímico, un pequeño unguento para su pequeña alma. ¡Esos cabezas de chorlito!

Voigt recibe su nata. De momento, a comer.

Del salón de atrás, ¡atención!, sale haciendo esos Warschoks, completamente borracho. Tras él ese tal Gottschalk, de la Unión Cultural. «¡Cierra el pico!», le dice. Neumann, con los tres sujetos que le acompañan, sale inmediatamente al quite, abriéndose paso desde su rincón, esta vez lo ha logrado. Pero Warschoks ya se ha puesto a gritar, hasta desgañitarse: «¡Que él no quería ir a Alemania, no me hagais reír, todos nosotros, en piña, queremos volver a Alemania!».

Neumann se ha parado ante él. «¡Cállese usted!».

Y Warschoks sigue allí como un clavo en un madero, sin moverse, de repente resulta que puede tenerse en pie. Ahora dos hombres le han cogido por los hombros. «¡Fuera!», dice Neumann.

«¡Lo digo yo!» —esta voz no la había oído, hasta ahora, nadie en Warschoks, una voz quebrada, un par de sílabas, una voz apagada, con un estertor—. «Siempre lo

vengo diciendo: ¡a casa, al Reich!».

«¡Fuera!».

Neumann sigue de pie hasta que han salido.

Se vuelve a sentar en el rincón, con el tercero de sus compinches.

«¡Una historia desagradable!».

Afuera, las mujeres patriotas han montado, ayudadas por sus hijas de la *Luisenbund*, la mesa del café. La banda de música ha tomado posiciones fuera, sobre una elevación del terreno, en torno a una caja de cervezas. Afuera se reúnen los sedientos de café y los espectadores, los bithenienses adultos y los niños bithenienses.

Pero también hay todo un movimiento hacia la montaña de enfrente. Todo lo que es colorido, trajes folclóricos, blusas blancas, chaquetitas de punto, pañuelos y cofias. A Voigt le gustaría ir detrás. «¿Para qué? ¡Café lo podrá tomar usted con nosotros, señor profesor!».

Por mí, que sea café. A la derecha, los Kankelats, a la izquierda la reina Luise con su consorte, es decir, Fröhlich, el tratante de ganados con su esposa. Y la cháchara que uno tendrá aún que soportar: «¡Hermoso día!», y: «¡Cada año!», y: «¡Tanta gente!», y: «¡Pero, en la ciudad, es aún mucho más bonito!».

Las *Luisendamen*, de acá para allá con las jarras de café y la bandeja de dulces.

Largas mesas, con un mantel blanco, sobre caballetes. Las planchas para sentarse colocadas sobre cubas. Flores frescas en jarrones y jarras. Para los niños, un gran cuenco con leche. Pero ellos quieren limonada. Por tanto, palabras pidiendo tranquilidad, indicaciones, griterío.

Y más alboroto ahora, cuando los adultos se han quedado silenciosos, como si les hubieran retorcido el pescuezo, y se van recomponiendo. El latifundista señor von Draschke, junto con su señora y sus dos hijas, de un rubio subido y con sus coletas, es conducido a la mesa por el ingeniero forestal Siemoneit. Un breve saludo al abogado Neumann, que se agrega, lentamente, al grupito, beso en la mano para las damas. «¡Tuve, recientemente, el honor, señor von Draschke...!».

Y Draschke, con el índice izquierdo hurgando en la oreja: «¡Sí, efectivamente, en la corte de Berlín! ¡Largo, el discurso del señor presidente del parlamento regional!».

«¡No volverá a hablar tan largo!», dice Neumann.

«¿Lo hará usted, o qué?».

Draschke se saca el dedo del oído, amenaza con él a este señor abogado y luego se lo limpia, concentrado a fondo en esta tarea.

Se queda allí parado, hasta que un golpecito en el riñón lo pone en movimiento. La señora latifundista lo hace con la mayor soltura, mientras que las hijas inspeccionan a la juventud masculina presente en la sala. ¡No hay mucho!

«¡Señor profesor!».

Kankelat arde en deseos de dejarse ver con su invitado, pero Voigt está podrido, ahora desearía estar ya, de una vez, en la montaña, que es lo que le atrae.

Y justo ahora Kankelat no le puede ofrecer ni siquiera su compañía, y tiene que permanecer aquí, mientras que el señor von Draschke suelta un par de palabras de

salutación: «¡Señoras y caballeros, centinelas fronterizos de lo alemán, sigan así, siempre adelante, la lealtad firme!». Con esa indulgencia.

Y todavía falta aquello de «¡Viva Su Majestad!». Neumann se pone en marcha, con las narices un poco hinchadas. Los dos compinches han vuelto a aparecer en el extremo de la mesa. El flaco informa: «¡Llevado al bosque, para que se refresque! Ahora duerme».

«¡Gottschalk, ven aquí!», dice Neumann. «Nos encontramos junto al carro».

Viene Gottschalk.

«Gottschalk, ¿ha hablado usted más de la cuenta?».

«¡Ni pizca! No me explico».

«Entonces, ¿quién ha sido?».

«No se ha escapado ningún nombre», dice Gottschalk.

«¿De veras, de veras? ¿Cómo se llama este hombre?».

«Warschoks, labrador de Absteinen».

«¡Encárguese usted de él!».

¡Así pues, encárguese usted, señor Gottschalk, en marcha hacia el bosque! Allí está el tal Warschoks, ya despierto. ¿Y qué tiene al lado este borracho, este bocazas? ¡Tiene en la mano una botella medio vacía!

¿De veras, de veras? Gottschalk tiene todavía metido en los oídos el tono de Neumann. Por lo demás, con esta gente, él se siente más seguro. Pero dejemos a estos dos señores que se entiendan entre sí, ya tendrán algo que decirse.

Nosotros seguimos a Voigt, que, desde los linderos del bosque, está cruzando el prado. Justamente acaba de empezar de nuevo la música: *Freiheit, die ich meine*^[35].

¡Qué sonidos más horribles saca la tuba del abuelo Lamm! En otras ocasiones, él deja que los sonidos brinquen, pero aquí los sopla a conciencia, obligando a la trompeta a adaptarse a su tiempo, más lento; el trombón, más de una vez, se para, sin más. ¿Pocos pulmones, o qué?

Voigt empieza caminando en línea recta hacia la montaña, pero luego elige una senda que da un rodeo. Cuando hubo dejado la mesa, preguntó a uno de los niños bittehnienses que estaba allí mirando por las excavaciones. Antes de subir a la montaña podría echar un vistazo.

«¡Allá abajo, detrás de aquellos alisos negros!».

Pues bien, allá vamos, y luego nos detenemos a la derecha, no hay distancias.

Aquí. Se ve dónde estuvieron las zanjas. Rellenadas, pero después la arena se ha hundido, algunos socavones poco hondos, en donde queda embalsada el agua.

Y allí, al lado, donde la hierba empieza de nuevo, está sentado Potschka, que ya ha visto a Voigt y, dejando a Tuta, que, a su vez, se ha levantado, viene hacia Voigt. «¿Ya aquí, señor profesor?».

«Acabo de dejar a mis espaldas un acto patriótico: café, borrachos y un discurso. Ahora quería subir a la montaña».

«Allá arriba la cosa está bastante mal».

«¿Por qué mal, señor Potschka? Yo tengo que verlo, ésa es la razón por la que estoy aquí».

«¡No es ningún placer, señor profesor!». Potschka se avergüenza un poco.

«¡Pero Potschka, yo he visto antes cómo esa gente subía por la montaña, una imagen hermosa, y los colores!».

«¡Ah, señor profesor! Una pieza de circunstancias, pero terrible, todo un drama: Vytautas Didysis. El gran príncipe, Didkunigaikštis, siempre golpeando contra la piedra, eso no se hace, y los Laimen y Ullaimen en camisetas blancas en torno a él. Y los Laumen^[36] borrachos. Y Perkunos le promete Prusia y Polonia y Novgorod, y, enseguida, también Kiev; y Bangputys el Mar Báltico y el Mar Negro, y Pajibelis, con profusión de velos negros, siempre tras él, de acá para allá, grita: “*Tokia béda!*” y “*Ašaru pakalne*”».

«¿Y de qué va a hablar, por qué no va a hablar él, como dios de la destrucción, de la miseria y de un mundo de lágrimas, señor Potschka?».

«Yo no me refiero a eso».

«Lo sé». Voigt hurga con su bastón en la arena. «Así que éste es el lugar, ¿verdad? ¿Y fue ésta la última excavación?».

Potschka no puede por menos de reír. Tuta ha tardado mucho en venir, por la conversación que los dos estaban manteniendo; ahora se acerca, sin más, y da la mano a Voigt. Y sabe mejor que Potschka lo que aquí ha pasado el verano pasado, como todo lo ocurrido en este sitio. Nosotros resumimos sus detalladas explicaciones bajo los puntos 1 y 2.

1. Aquí deben de haber sido enterrados los fondos de guerra de Napoleón, en aquel entonces, en su retirada. Muchos años más tarde, recaló por aquí un oficial francés, pero ya muy viejo y totalmente ciego, trayendo unos dibujos. Pero todo estaba cambiado, cubierto con árboles y matorrales. Se cavó en tres lugares, pero no se encontró el lugar correcto.

2. La historia quedó luego dormida, pero treinta años más tarde aparecieron nuevos interesados, esta vez acompañados por gente de Tilsit. De nuevo, nada. Y, luego, la cosa se fue repitiendo cada diez o quince años, volviendo a intentarlo en otros sitios, e incluso, a veces, en los mismos, sólo que un metro y medio más hondo. Y, el año pasado, fue toda una empresa la que lo intentó. Un montón de gente, acordonado todo alrededor y con el mayor secreto. Habían firmado un auténtico contrato con el Gobierno de Kaunas. Y, pese a ello, otra vez nada.

Aquí preferiríamos añadir un punto 3. Seguro que vuelven una vez más. Pero entonces van a remover todo Bittehenen. Sería cosa de risa, pero lo cierto es que están empeñados en encontrar eso que buscan. Aunque algunos dicen: «Lo que buscan hace ya mucho tiempo que no está aquí. Se sacó enseguida, en la primera de las excavaciones, sólo que lo hicieron con mucha cautela, de noche y ¡listo!».

«Muchas gracias, señorita», dice Voigt, «y ahora debo marcharme a la montaña. Por cierto, señor Potschka, en Gawehn ha prendido como un fuego, tiene en su

cabeza por lo menos tres grandes números musicales, ya contamos con algo».

Y, diciendo esto, el profesor Voigt se va.

Y llega arriba, a la montaña. Fue un poco fatigoso. Al llegar, lo primero que hace es sentarse. Junto al claro del bosque. Pues el volumen de la representación de esta pieza de circunstancias es suficientemente alto como para oírlo desde allí. Pero no tan pomposa, ni con mucho, como la había descrito Potschka.

En todo caso, en este punto de la representación ya no lo es. Pues, ahora, el ejército de schamaitas lituanos «está acampado en Luccowe, en Volhynien», acordándose, con cantos quejumbrosos, de la lejana patria, pues ya hace mucho que andan dando vueltas por el extranjero, mientras Vytautas está esperando la corona real, que viene ya de camino; hasta que, con ochenta años, el 27 de octubre de 1430, muere con esa esperanza.

Y ahora siguen los cantos fúnebres, pero aparecen, de nuevo, los Laimen y Laumen, con sus camisas, y el dios de los muertos Pikollos, que lo llevará adonde él no ha querido ir.

Los cantos son hermosos, cantos elegíacos sin gran movimiento, una sencilla secuencia de intervalos musicales, que no precisa de acompañamiento, que puede flotar libremente y moverse en el aire como la lluvia y el viento.

Algunos de ellos Voigt no los había oído, hasta entonces, nunca. Se pone de pie y así se queda, apoyado contra un árbol. Y mientras el drama toca a su fin con una profunda participación en los espectadores —con una tromba de sollozos y sonaderas de narices— y Voigt intenta grabar en su memoria la última melodía, tarareándola por lo bajo, dos señores de buena estatura se le acercan por un lado. Y, dado que la pausa que se había hecho evita un aplauso demasiado apasionado, y que los que están sentados están ocupados con levantarse para mover las piernas, que se han quedado anquilosadas, y que los que, con la excitación, se han quedado de pie, ahora se sientan para descansar un poco, el mayor de esos dos, el de barba, puede dirigirse enseguida al profesor Voigt: «Señor colega, ¿usted por aquí?».

Voigt se da la vuelta. «¡Señor Storost!», dice en tono alegre. Y, luego: «He estado espionando con el mayor interés. ¿Su nueva obra, si no me equivoco?».

«Tal como la gente la toma», dice el profesor Storost. «Muy abreviada y en versión algo libre, ¡yo había pensado más en un drama del destino que en una pieza de circunstancias!».

«Pero muy impresionante, señor colega, muy impresionante».

«Me alegra. El señor redactor Saluga —permítame que se lo presente ahora— ha cuidado tanto de la escenificación como, también, de la versión escénica».

Voigt no necesita buscar mucho en el lituano que sabe.

«El señor Saluga, de Siauliai, si mi memoria no me engaña, ¿no es verdad? Conozco algunos de sus trabajos publicados en el *Keleivis*».

Keleivis es, dicho sea de paso, un periódico lituano, cuyo título significa, en alemán: *El caminante*. Sale desde hace unas décadas.

Por tanto, estos señores empezarán ahora una conversación. Voigt siempre en lituano, Saluga en el alemán más elegante, Storost cambiando de un idioma a otro. Voigt tendrá que hablar de su ópera y se ve sometido a una serie de preguntas a las que, en este momento, poco concreto se les puede contestar. Lo que no le deja en la estacada, en esta conversación, es su esperanza, al principio fuerte aún. Pero ¿será posible mantenerla?

Por hoy, sí. ¿Pero cuánto tiempo todavía?

Saluga dice: «¡Pero eso ya hace mucho que no es así, señor profesor!».

Voigt se le queda mirando, un poco herido. No quiere que se le impartan lecciones. Storost guarda silencio.

«Ya lo sé, señor profesor, usted se refiere a los esfuerzos, en aquel entonces, de los de Königsberg y los de Tilsit: ¡un par de decenios y poco más! Kreuzfeld, Rhesa, Passarge, Salopiata, ciertas fundaciones y sociedades, el seminario lituano. Luego, los puramente lingüistas, Ostermeyer, Schleicher, Nesselmann, Bezenberger, anteriormente la *Grammatik* de Daniel Klein, me salto ahora a Kurschat, ¡todo eso ahora ha desaparecido!».

«¿De verdad lo cree usted así? ¿Y es Kurschat un puro lingüista? ¿O Daniel Klein? A eso añadamos, en 1793, a Ostermeyer, la primera historia de canciones lituanas: un hombre sabio, devoto y celosamente preocupado por todas las comunidades lituanas, pero, hasta el final de su vida, muy desgraciado, cuya dedicación y lealtad fueron premiadas con una ingratitud que no tiene parangón y que ha llenado a todos sus envidiosos y perseguidores de ignominia. Y algo parecido pasa con Klein. ¿Y qué me dice de los otros: Theophil Schultz, Christoph Sappun, Johann Hurtelius, Lehmann, de Memel, y Friedrich y Christoph Prätorius? ¡Tantísimo trabajo!».

«Bien, yo me he expresado mal, no es mi intención minusvalorar, yo tengo el mayor respeto, debemos muchísimo a filólogos extranjeros, precisamente alemanes. Pero, ahora, ¿qué es lo que queda de todo ello? Una especie de museo étnico... y, además, imaginario».

«Yo estoy convencido», dice Voigt de forma comedida, «de que me encuentro dentro de una buena tradición».

«Eso lo hace usted, señor profesor. Y el señor profesor Storost también. ¿Pero no estarán ustedes solos el día de mañana? Todo eso era, más bien, romanticismo, ¿y no está pasado el romanticismo? ¿Por qué, desde hace un par de años, hay un Estado lituano? ¿Y el apadrinado ha renunciado a su condición de apadrinado? ¿O bien la causa radica en algo totalmente distinto, y no se trataba de la integración de Lituania y, por tanto, de su desaparición como tal? Este Estado, tal como ahora es, no podrá satisfacer nuestras esperanzas, desde el principio no aspiraba a algo así, está demasiado cortado conforme a los viejos modelos, y, ahora, ¡ahí tenemos, en el Gobierno, a esa gente de Voldemaras!».

«Este señor Saluga acaso sea un comunista», piensa Voigt, «Gawehn tendría un

poco de miedo». Y, en voz alta: «La ópera en cuyo texto yo trabajo tendrá como tema la vida de Christian Donelaitis».

«El señor profesor Storost me había puesto ya en antecedentes, y yo pienso y pienso sobre ello y no llego a ninguna conclusión. Ese trabajo es tan hermoso como fascinante, todos nosotros debemos estarle agradecidos..., pero ¿qué busca usted con ello?».

«¡Hacer una ópera!», dice Voigt.

«¡Sobre Donelaitis!», remacha Saluga enfáticamente.

«Me mueve —Voigt habla lentamente, como si tuviera que volver a pensar cada palabra que dice—, me mueve la vida, que yo no sé si puede ser ejemplar, quizá no, probablemente no, la vida de un párroco de aldea, una aldea prusiana de habla lituana, un hombre de formación alemana que se sirve, en sus obras, de una lengua que no puede sino limitar su influencia. ¿O pensaba él, puede haber pensado él que sus campesinos lo leerían; y quién, si no, lo iba a leer?».

«A éstos les ha predicado, y con gran fuerza», dice Storost.

«¡Sí, seguro!». Voigt aún no ha dicho todo. «Yo quisiera saber cómo fue, siempre se da por sentado que él se resignó, que se refugió en sus enfermedades, que se contentó con las quejas. Pero puede que no haya sido así. La pureza de las costumbres habría desaparecido con la venida de los alemanes, el término “alemán” —*woketis*— sería un término compuesto de robar, *wogt*, y maldecir, *keikt*, ya conocen ustedes esos pasajes suyos. Como ocurría con mi madre. Que decía: “¡Si sueñas con un alemán, te espera una mala compañía!”».

«O sea, que era un enemigo de lo alemán, ¿es lo que usted piensa, señor profesor?».

«¡No, tampoco es eso!». Voigt no se siente realmente a gusto dentro de esa dinámica periodística.

«Entonces, ¿alguna otra cosa?».

Ahora Saluga enseña, un poco directamente, las uñas. ¿Por qué? Porque el diálogo le resulta demasiado lento.

«Sí», dice Voigt, y ha llegado al colmo de la circunspección: «Hacía referencia a las relaciones de dominación».

Dicho así, con total sencillez, con toda lentitud, por Voigt, casi una sorpresa para los tres.

«¿Y usted quiere expresar esto en su ópera?». Storost está conmovido. Debería abrazar a su colega, pero está tan sorprendido que, simplemente, se olvida de hacerlo. Está allí parado, sin saber qué decir.

«Acaso le perturbara a él algo y él no supiera qué es».

Voigt ya ha contestado: «Sí, yo pienso que sí».

Y, tras un rato: «Sería, para mí, muy valioso que usted me asegurase su apoyo, señor Storost. Y usted también, joven amigo».

Una conversación. Pero basada en multitud de lagunas. ¿Qué se ha dicho hasta

ahora?

Todo basado en las expectativas de esa ópera voigteriana, sí, así lo creo yo. Con todo lo que ello conlleva: hermosos conjuntos, duetos, monólogos, voces al unísono.

Saluga camina detrás de los otros dos, hacia el precipicio que da al río. Allí se quedan parados un rato, en lo alto de la pendiente, mirando, en el sentido de la corriente, en dirección a Kapellenberg, y más allá de los prados de Lankas, en la otra orilla.

El vapor, allá abajo, se fatiga, por última vez en el día de hoy, corriente arriba, rumbo a Ragnit y, pasado Ragnit, hasta Signalberg. A continuación, en Untereisseln, amarrará y, de vuelta, por la tarde, se llevará a Voigt y Storost, que estarán esperando abajo, en el embarcadero. Con sus pensamientos.

*Jedes gehet morgen
auf schmaler Erde seinen Gang*^[37].

Esto es lo que dirá Voigt y, luego, no mucho más.

¡Esta ópera! ¿Y quién querrá representarla? ¿O podrá hacerlo, hoy día, en Alemania? ¿Y qué pasará en Lituania con ella? En esto, tanto aquí como allí, todo presenta un cariz semejante.

Reflexiones de Storost.

En ellas se valoran, de cara al exterior, una serie de aspiraciones. Puede que, en secreto, se esté conspirando contra ellas. Eso es lo que, muchas veces, parece.

Storost apenas se percata del clamor que levanta su presencia. Aunque recibe saludos por todos los lados, como una figura conocida y respetada.

Pero ellos, los tres, tendrán que esparcirse un poco con la gente, para muchos la fiesta empieza, propiamente, ahora. Canciones y bailes y un cuartillo de *meschkinis*, es decir, aguardiente con miel. Por mí, ya puede ser el aguardiente monopolizado, al que se llama, simplemente, *puske*, pero que, propiamente, es *degtinis*. Por mí, no sólo un poco.

Storost todavía conversará sobre alguna cosa con Voigt. Por la mañana había hecho una visita, aquí, en la región. Había saludado a alguien, pero éste ya no ha podido contestar como de ordinario.

Con todo, si se piensa bien, lo cierto es que le ha saludado dirigiéndose a él, Storost. De ello hablaremos ahora, o, mejor, el propio Storost hablará: cómo fue aquello.

¿Qué pasa con este junio?

El arraclán apesta a conciencia. Incluso este pálido arbusto con sus umbelas rosáceas, con ese algodón azucarado, ha empezado a florecer.

Uno se echa, todo a lo largo, con los brazos en cruz, sobre la hierba. Ahora no hay que seguir adelante, todo debe quedarse donde está. Uno dice: «¡Estoy muerto!». Y sostiene la cabeza sobre los brazos.

Y ahora, en la última semana de junio, vienen los vientos, fríos y, sin embargo, caldeados, con tormentas muy mal ocultadas, pues se oye ya tronar en la lejanía. Pero no se atraviesan todos los días dos ríos y la gran masa de monte bajo del sur, como hace, si bien fatigosamente, la tormenta, así que a mí no me toca, a ti tampoco, ya se pondrá mejor.

Bien, ahora hemos dejado atrás esas historias, se dice uno en voz alta; uno quiere decir que han pasado ya semanas y meses: la fastidiosa primavera tras el fastidioso invierno, y acaso también esos saltos salvajes con que el verano había irrumpido, enseñando sus puños, sus codos y la rigidez de su nuca, con la cabeza tirada hacia atrás, hasta tal punto que podían verse sus dientes y las tensas venas de la frente y un pescuezo acardenalado. ¡Para echarse a temblar!

Aquí está el verano, ha llegado justamente este día: no había habido aún otro día igual que éste, ha llegado y aquí está: en esta ribera, en esta montaña.

Y ya se va a quedar aquí. Todos esos colores: el centeno, amarillo; la cebada, casi blanca; la avena, aún verde. La amapola es, aquí, lila y blanca, la roja es más rara. Florecen los patatales. Antes de marcharse, el día muestra los otros colores que todavía le quedan por enseñar.

La estribación, al norte, de la montaña, que sigue, en toda su extensión, dentro del bosque, donde empieza y acaba, antes de que el bosque se vaya disolviendo en un monte bajo, y tiene, en su parte más alta, un claro, toda una franja de campos labrados y pastizales.

A mediana altura, no muy lejos de la cumbre, hay, en un manzanal, una casa. En un extremo de la casa, un anexo para la vaca, las tres ovejas y las gallinas. «Yo he estado con frecuencia, me gustaría llevarle a usted allí alguna vez, señor colega. Quizá lo recuerde. En una ocasión le hablé de su propietario, un tal Indra. Desde la muerte de su esposa, él ha vivido allí solo, únicamente con lo imprescindible».

«Como digo, él vivía allí, pero hoy quise visitarle y no lo encontré. Todo estaba en silencio, hasta los animales habían desaparecido. Me quedé allí un rato y luego me

marché».

«Aquí hay un paquete lleno de papeles, atado con una cuerda. Entregado, para mí, en casa de un vecino de la aldea el otoño anterior, y lo he recibido hoy; todo el invierno ha estado guardado detrás de una viga, a juzgar por su aspecto: oscurecido y con moho en los bordes. Hojas, algunas escritas. Cartas. Un libro, las cubiertas y la tercera parte del texto del principio falta, la edición de Schleicher de Donelaitis, como usted ve. Y siempre con anotaciones en los márgenes, por ejemplo aquí: “Eso lo he vivido yo mismo el 14 de octubre de 1882”. Y: “Es verdad, nosotros vivimos así”. Y: “Dios ya se encargará de hacerlo. Pero, si no lo hace, ¿dará algún consejo?”».

«Me acuerdo muy bien. Por el verano yo venía siempre aquí. A él lo encontraba en el patatal, con la azada, o trayendo a las cabras de la montaña. En una ocasión, a finales de verano, cuando yo llegué él estaba ocupado con la recogida de las manzanas. Encima de una silla, con el busto completamente oculto en aquel árbol cargado de fruta. Sin decir palabra, bajó de la silla y me tendió las dos manos llenas de manzanas».

«Por aquel entonces debía haber pasado ya los ochenta. Nos sentamos ante la casa y él se puso a contar cosas de su vida: cómo se había casado, después de haber viajado mucho tiempo por el mar, y cómo la muchacha, que era todavía una niña cuando él dejó la casa, había esperado muchos años hasta su regreso. Cómo se le habían muerto los hijos, el varón sirviendo de marinero, como él antes».

«Aquí están los papeles, algunos datados, vea usted, por ejemplo:

“He estado en casa de tu madre. Hago todo lo que ella me dice. Me has llamado, quieres casarte conmigo cuando vuelvas. No te envió esta carta, también así, sin carta, tú sabes lo que yo te he escrito. 30 de julio de 1874. Firmado: Marta”».

«Y este papel de aquí, que está tachado, tiene que ver con ello:

“Escrito el 29 de septiembre de 1872. Lo que yo te he dicho, Marta Grikus, es verdad y lo seguiré siendo. Nos casaremos en cuanto llegue. Yo confío en ti, y tú también en mí”».

«Y este otro de aquí, sobre el hijo Armanas. Muerto, a los veinte años, en el hospital de Boston, a consecuencia de un altercado. Y la posdata del padre a esta noticia: “Esto lo tenía de mí, ese repente, pero a él no le ha cuidado nadie, como me cuidaron a mí. ¿Aprenderé alguna vez a quedarme tranquilo, como Dios quiere que sea?”».

«Un legado que me ha sido confiado. Yo he preguntado por ahí cómo murió. Encontró aún tiempo para repartir entre los vecinos sus pertenencias, luego volvió a su casa, y cuando, a la tarde, la gente lo quiso ver de nuevo, ya estaba muerto».

«Lo sé», dice Voigt, «todo ello muy sencillo. Usted lo leerá y lo guardará. Y será como si nunca hubiera existido».

Y Storost dice: «Usted está pensando ahora que esto entra también en los cuestionamientos y las dudas planteados por Saluga».

Y, al responder Voigt que sí: «Probablemente tenga usted razón».

Hemos llegado abajo, al pie de la montaña. Atravesamos el lugar.

Voigt quiere dejarse ver por las damas patriotas. Han levantado todo lo que allí habían desplegado: las jarras de café —bebido hasta la última gota—, la vajilla, las bandejas y los cubos, los jarrones y, también, las flores. Ahora todo el mundo, ahíto y lleno, está reunido en la sala de Wythe, y se ha seguido, tan bonitamente, con la fiesta.

«¡Nos vemos de nuevo, señor Storost!».

Éste se va a la aldea. Tiene, aquí, muchos amigos, es un poeta, acaso una pizca demasiado elevado para ellos, pero a la gente sencilla esto le gusta. *Schatten der Ahnen*^[38], o bien: *Weltenbrand*^[39]. Poemas escénicos alegóricos del doctor Wilhelm Storost. Que se llama a sí mismo Vydunas.

Fuera, los niñitos siguen jugando aún a las puertas de la fonda. Rimas de asignación de papeles y que sirven para todas las ocasiones:

*Eene meene Rickefoot,
Juden raus und in die Höll,
Hölle stürzt und alles tot,
mit dem Moses geht es schnell,
Hühnerleiter schlägt ihn tot*^[40].

¿Qué versos son éstos para cantarlos dentro, en la sala?

Los polacos. Los rusos. La frontera artificial, se puede ver la otra parte, allí está la tumba de los padres, antes con petunias y ahora absolutamente vacía, pues no se puede ir allí. Infrahombres. Judaísmo internacional. Neumann pronuncia su discurso conmemorativo.

Aunque la cosa no es del todo así, pues Neumann vive en Memel, donde también vivieron sus padres, pero así no quedaría bien. De la otra forma el discurso surte efecto.

«Él que siga hablando, que eso le toca a uno de cerca», dice Schweissinger. «¡Otra cerveza, y también *puske!*».

«¡Bastante alto el tono del discurso!».

Voigt, apoyado en el mostrador del bar, permanece de pie. Junto a la puerta de la sala, un joven campesino le da un golpecito en el trasero a la hija de Wythe, una mujer rechoncha y que ya ha dejado atrás los cuarenta, la cual trata de pasar con una

bandeja llena de vasos; lo ha hecho con buena intención, pero la señora Wythe está espiando. «¡Aparta esas manos de la niña!», resuena su voz, severa y decente.

«¡Bueno, bueno, es la costumbre, no pasa nada, pobre niña! ¡O después!».

«¿No quiere usted entrar en la sala? Yo me encargo de encontrarle sitio», le dice el campesino.

«¿Y usted, no quiere?», pregunta Voigt.

«Mucha palabrería», dice el joven. «Por la mañana iglesia, y, ahora, vuelta a la carga. Pero después habrá teatro».

«De modo que mejor quedarse fuera, para oír es ya suficiente».

Neumann va a todo gas, demasiado. Durante un par de palabras la voz todavía sigue en una altura inusitada: una «economía descuidada» y cosas parecidas, y, luego, da un vuelco, o se repliega, uno no sabría decirlo enseguida: es como una especie de afilador, y, luego, se desinfla de nuevo, los últimos sonidos son broncos gruñidos.

«Pero esto ¿qué es?».

¿Risas en la sala? Aisladas, pero risas.

Inaudito, totalmente inaudito.

Neumann se interrumpe, esta vez voluntariamente. Y, luego, en un tono natural, que le cuesta fatiga recobrar: «¿Quién tiene algo que decir?».

Y, como respuesta —¡de hecho, una respuesta!—, una voz completamente diferente, no de la región, pero de todos conocida: «¡Váyase usted a su casa, allí podrá seguir chillando a gusto!».

El joven campesino abre la puerta. «¿No es éste el Hennig?».

Sí, seguro, Hennig, el albañil. Es un sajón, que apareció por aquí hace veintidós años, asentándose en Motzischken, un tipo aplicado y hábil, pero con un discurso sobre los campesinos poco agradable: «¡A éstos la vaca les caga mantequilla!», o sobre las nuevas autoridades del otro lado: «¡Club de los que hacen proclamas!».

Sobre estos últimos declaró: «¡Todos ellos han hecho el juramento del deudor de que la declaración de sus bienes es correcta!».

Dice cosas así, y otras aún peores. Ahora, Neumann le habla como un hombre superior lo haría al populacho: «¡Considérese usted moralmente abofeteado!», a lo cual contesta Hennig, siguiendo en sus trece: «¡Y usted moralmente muerto!».

Y esto acompañado por ese universalmente conocido ruido indecente, que, usualmente, expresa desprecio. Más de uno se aparta de Hennig cuando éste entra.

Pero él sigue sentado aquí de lo más pancho, le importa un comino que los sujetos que acompañan a Neumann se hayan puesto de pie allá delante, de cara al público. A su lado está sentado Antanas, trabajador agrícola en Motzischken, un tipo de la corpulencia de tres robles. ¿Cómo ha entrado aquí? ¿No acabamos de verle en la montaña?

Así que, adelante, señor Neumann, pero ya no tiene usted mucho más que decir. Interrumpido es interrumpido, se perdió el hilo. Y los oyentes han tenido tiempo —cosa que es la muerte de todo discurso— para percatarse de sus propias necesidades:

teatro y, antes, más cerveza.

De forma que, inesperadamente, un final pobre: ¡una reunión como ésta, que, normalmente, transcurre de forma tan impresionante, una tan grande manifestación popular, que es lo que, desde hace algún tiempo, se considera a todo esto, pues bien, acabar rápido y fuera! Queda aún la constatación de Gottschalk: «¡Cerdo comunista!». Y, una vez más, Berger, el peluquero, sombrío: «¡A éste ya le pediremos cuentas nosotros!».

Ayer Potschka, ¿no es verdad? Y hoy Hennig. Pero, entretanto, debe haber algunos más. ¿Quiere usted tomar nota, señor Berger?, aquí tiene un papel.

Y, ahora, teatro.

Aparece en escena Schweissinger, presidente del centro recreativo de la asociación cultural. Inclinación ante la señora latifundista, y, por lo demás, es todo un hombre alemán: «Ahora, los artistas y las artistas clásicos nos van a representar una pieza. Sobre la reina Luise. Después de un largo periodo de ensayos».

Acordes musicales. Y aplausos, porque el telón es alzado demasiado pronto y aparece en escena el maestro Schimkus, todavía con un martillo en la mano, y sobre los hombros el chal que la reina Luise está buscando tras las candilejas, mientras dice, con una voz alta y clara: «¿Dónde se habrá metido esa mierda?».

«¡Es para volverse loco!», dice Schimkus amargamente a sus espectadores; y se marcha corriendo del escenario.

Como se sabe, siempre es así en el teatro. Pero ahora empieza de verdad.

Tienen hasta un cajón para el apuntador, y enseguida se ve quién está allí sentado. Porque el *preceptor* Kankelat sale de allí medio arrastrándose y hace señas, dando ánimos, hacia el bastidor de la izquierda.

Y ahí vienen, por fin, las doncellas de la reina Luise, en número de seis, una tras otra, pero agarradas con gracia de la mano y rojas de vergüenza, con un vestido de un azul de aciano y coronas de aciano en el cabello. Tienen que decir el prólogo.

*In Preusens allerschwerster Zeit,
in einer Stadt, von hier nicht weit,
wo deutsche Sitte, Ehr und Kraft
sich längst gehörig Raum verschafft*^[41].

Así es como empieza, y sigue en este tono.

Voigt se ha acomodado en la sala. Para ver qué pasa. Hasta se ha ido a buscar a los niñitos que estaban jugando en el prado y se los ha traído adentro, ahora se está representando algo fino y que es también para ellos.

«¡La señora Urbschat!», chillan los niños de Wilkischk cuando sale al escenario la mayordoma mayor Voss. La han reconocido enseguida, ya que se le había soltado la falsa trenza, cosa que le pasa, por lo demás, en todos los sitios.

O sea, que la mayordoma mayor ha entrado, y la señora Fröhlich ya está allí y

dice:

Mein liebes Vösschen^[42].

Y la señora Urbschat dice:

Meine geliebte Königin!^[43]

Ella tiene la misión de preparar a la querida reina de que el pueblo sencillo desea ardientemente verla. La reina no está, en absoluto, sorprendida de ello, sólo pensativa, mientras va deshojando una corona de aciano.

Se están diciendo, por lo bajo: «¡Vamos a ver!», o algo semejante. Y, luego, rápidamente, ambas se ponen a llorar, y entonces la señora Urbschat sale del escenario para poner en orden sus moños, mientras que la señor Fröhlich llora aún un poco ella sola.

En la escena siguiente, hay un encuentro con el pueblo. Esto lo puede hacer muy bien la señora Fröhlich: siempre con la boca en pico y la voz como aflautada, y sin dejar de mirar a cada rincón:

Wie reinlich hier, wie angenehm.

Ist denn die Holzbank auch bequem?^[44]

Es el momento de abrazarse la una a la otra, pero he aquí que están entrando los buenos niños del país. Voss, con las trenzas recién hechas, saca de una caja juegos infantiles, cosas muy bonitas, y las pone en las manos de la reina, y ella se arrodilla lo más que puede y dice que le gustaría regalárselas a los niñitos.

Y entonces cada uno de los niños presentes en la sala se siente como si recibiera él mismo los caballos de madera y los soldaditos de plomo. Y se extiende por doquier el desencanto cuando la madre de familia de la escena, la señorita Sellnick, maestra de Willkischk, interviene con decisión y grita, con una voz demasiado alta y demasiado aguda, dirigiéndose al público: «Pero, ¡Majestad!, ¡eso es demasiado!, ¡lo voy a colocar todo enseguida en mi vitrina!».

Una de dos, o ésta es una frase histórica, o bien al poeta Brühfisch le abandonaron las musas. Voigt ríe, sea lo que sea, lo cierto es que los niños de la sala no encuentran nada cordial por parte de una reina que pueda tolerar a una madre del pueblo así. Lo que ella tendría que hacer es quitarle de las manos inmediatamente todos aquellos juguetes y distribuirlos, pieza por pieza, entre los niños.

Pero he aquí que a la señora Urbschat se le sueltan de nuevo los nudos de las trenzas. Ella intenta repararlo, primero con una mano, luego con las dos a la vez, y, enojada, se pone a patalear. Eso produce el primer gran aplauso. Kankelat vuelve a arrastrarse fuera de su cajón y reprende al público. Pues ahora está saliendo también a escena Papendick, el Papendick de Naussed, en el papel de rey, y dice dos medias

frases —porque, como se sabe, el rey era parco en palabras—, y que la señora Fröhlich venga enseguida, pues el usurpador, emperador de los franceses, había llegado.

*Der Usurpator bält Audienz,
begegne ihm mit Indulgenz*^[45].

Y ahora las mujeres vuelven a llorar de nuevo, pero la mayordoma mayor siempre tiene a punto las enseñanzas y las reglas de comportamiento pertinentes.

Lo que pasa con ella es lo siguiente: o da instrucciones a la reina, o bien se pone a llorar. Siempre con el pañuelo desplegado. Y la reina se siente tan conmovida, o movida, con el espectáculo que, cuando llora, derrama lágrimas de verdad, se ve perfectamente, la nariz se le pone roja, es, ya se sabe, la señora Fröhlich; una singularidad conocida en toda la región.

Acaso lo mejor que podemos hacer es saltarnos el resto. Esto es sólo algo para ser visto: ¡ese Napoleón, chaparro y con barriga! Lo representa Dürrmatt, el quesero, un suizo; lo hace en un tono bastante francés, con los ojos revoloteando y movimientos cortos, hablando casi exclusivamente de nariz.

Y, luego, posteriormente, para consolar a la reina entristecida, que ya ha llorado algunas veces más y ahora está llorando de nuevo: el último acto. Ya lo conocemos de ayer: los hijos de la patria lituano-prusiana, pobres, pero leales, homenajean a su desgraciada reina, muchos en un alemán realmente pobre.

Un bonito acto, todo el escenario lleno de gente, todas las azules doncellas de la reina Luise, las mujeres y los niños. El coro de detrás del escenario entona: *Ich bin ein Preusse, kennt ihr meine Farben?*^[46]

Y la reina dice: *Mein braves und getreues Volk!*^[47]

Y, a continuación, el estrépito sobre la tarima que escuchamos ayer: cuando los lituano-prusianos se dejaban caer de rodillas. Ahora lo hacen de nuevo, y, el ensayo es el ensayo, lo cierto es que el sonido es el pertinente.

Entonces, el júbilo no tiene límites. «¡Venga, cerveza!», grita Wythe en la puerta. Y Schweissinger corre hasta detrás del escenario, se le ha ocurrido algo, y —con ello tenía uno que contar—: el coro se pone a entonar el *Siegreich wolln wir Frankreich schlagen*^[48].

La cosa ha llegado a su clímax, toda la sala canta. ¡Sí, realmente esto es un pueblo jubiloso!

Y así sigue la fiesta, y es ahora cuando ha alcanzado la temperatura adecuada. También está oscureciendo.

Y ahora es el turno de los niñitos, un desfile de farolillos. Van, por el prado y en torno a un par de árboles, como una procesión de coquitos de luz, cantando bonitas canciones, como aquella de *Laterne, Laterne*^[49].

En cabeza, una muchacha, derecha como una vela, midiendo sus pasos con

cuidado. Y los dos niños que vienen detrás empiezan inmediatamente una pelea blandiendo sus farolillos, ambos se apagan enseguida. Y la cosa sigue pacíficamente.

Junto a los caballos, en los linderos del bosque, un poco más atrás, están Warschoks y el *gritón*. Warschoks se ha recompuesto de nuevo. «¡Ésos no pueden hacerme nada, nada!».

Y tras un nuevo viaje a la botella: «¡Los tenemos a mano! Si quieren algo de nosotros, iremos a juicio a Wischwill».

Parece que el *gritón* no está totalmente convencido de la bondad del procedimiento. ¿Será que Warschoks no está enterado de todo?

En cualquier caso, he aquí lo que dice el *gritón*: «¡Tienes que frenarte, Warschoks! ¿No has visto cómo hice yo antes con Gottschalk? ¡Se niega, y ya está! ¡Yo no sé nada, y tú te referías a una persona totalmente distinta!».

«Pero ¡si yo no sé nada!», dice Warschoks, que se dio enseguida por satisfecho, sin preguntar nada más, «me sucedió demasiado rápido, yo no sé nada».

«¡Pero ahora sí lo sabes, te lo digo yo! Si viene otra vez a molestar, tú dices que te referías al otro Steiner, al del tren de cercanías, pues éste no pidió que lo trasladasen, cuando la cosa todavía funcionaba, a Insterburg».

«¿Y si viene Neumann?».

«Lo mismo. Tú, lo mismo. ¡Siempre en tus trece, siempre lo mismo!».

«¡Bueno, salud!».

«¡A nosotros éstos no nos pueden hacer nada, no a nosotros!».

«¡Cuando ellos van, nosotros estamos ya de vuelta!».

Y, de nuevo, un dedal menos en la botella.

«¡Quién nos va a domar a nosotros, campesinos alemanes!».

¡Qué fácil es hablar y de qué forma más cómica se labra uno mismo la propia desgracia: primero, un ligero hormigueo, luego, de repente, un frío agudo! ¡Es como si a uno le estallara el pecho!

«¿Le has visto? ¿Ha salido?»., he aquí una pregunta que se cuchichea.

«No, aún no», he aquí una respuesta que se cuchichea.

Y, de súbito, una inspiración asalta a Warschoks, como caída, directamente, del cielo: «¡Vamos a emprenderla con los lituanos, vamos a armar un gran escándalo, un juego bruto! ¿Quién podrá, entonces, con nosotros? ¡Nadie podrá hacernos nada a nosotros, los héroes!».

Ésa es la solución, sí, señor. Para ello hay que salir, primero, del bosque. Hay que aparecer por el prado. Incluso se va al bar. ¡Directo hacia la luz!

Sólo queda buscar a un par de tipos: a Berger, el peluquero, a los chicos de Wallat, a Schwill, a Urbschat. «¡Manos a la obra!».

¿Y cómo se hará?

Se pone, sin más, sobre el tapete. Berger, el peluquero, dice: «¡Naturalmente que sí, ya tenemos a alguno en la lista!».

A Urbschat le corre prisa: «Ahora se encienden hogueras junto al agua. Los de

Ragnit y los de Paskallw ya han empezado, y también los de Neuuhof».

Se refieren a las hogueras de San Juan de la parte alemana, en el otro lado se llaman hogueras del solsticio.

«¿Y qué pasa con la colaboración?».

«Sí, cierto. Tenme al tanto».

«Ya te darás cuenta», dice Warschoks, «lo haremos abajo».

Arriba, en la montaña, los lituanos ya han levantado su hoguera. Cantan un rato. El fuego arde sobre la piedra, de una forma tranquila, sólo de vez en cuando sopla desde arriba el viento sobre el círculo y esparce las llamas alrededor. Y, entonces, dibujan, rápidamente, blancas sendas de luz que llegan hasta la gruesa muralla de los troncos de abeto, chocan contra esa empalizada, penetrando incluso entre el matorral. Y se esfuman de nuevo, la luz sigue persistiendo únicamente en los rostros alzados.

Alguien ha empezado a hablar, ahora, cuando, poco a poco, los jóvenes van desapareciendo por la falda de la montaña y los que todavía quedan allí forman un grupo más compacto: una vieja historia, de la doncella Neringa, que se hizo tan fuerte y tan grande, más alta que los abetos más altos, y que sacaba los carros, junto con los caballos, de la arena de las dunas y que, cuando había tempestad, traía los barcos a la seguridad de la costa o tiraba de ellos, con una cadena, hasta la protectora desembocadura del Memel. Ayudada por todos los pescadores de aquella costa construyó un dique para tener a raya a Galwirdas, un malvado dragón marino de nueve cabezas, que entonces sólo podía armar tumulto en alta mar, claro que con redoblado enojo. Hasta que llegó de Schmaiten el cazador Naglis, que mató al dragón y se casó con Neringa. Se celebraron unos esponsales de los cuales se habla en Lituania hasta el día de hoy. Como también se sigue llamando así al dique Neringa, del nombre de la doncella: Neringa, la Kurische Nehrung.

Tuta Gedrolis se había ido antes con los de Krakischk. Ellos la habían reconocido enseguida y la estuvieron pinchando un poco: «Desde que saliste de la escuela, no paras de correr tras el maestro... ¡y enseguida al montón de heno!».

Potschka ha permanecido junto a la hoguera, más con un Donelaitis vivo que con un Vytautas muerto. No ha podido hablar mucho allí. ¿De qué iba a hablar? De que todos ellos siguen viviendo todavía, tan fantasmagóricos como en la época de Donelaitis: Peleda, el comedor de ratones; Slunkius, el hipócrita; Bleberis, el parlanchín; Schlapjurgis, el de la nariz torcida. Acaso esté preocupado de que, en esa ópera, no aparezcan sus pasajes preferidos, se pregunta si tendrán sitio allí. Como ésa del *Idylle* segundo, que habla de los cuidados del invierno:

*Seht, wie der Ochse, ein roter, ein schwarzer, ein falber, gefleckter,
brüllt, weil ihn hungert, erblickt er ein Bündelchen Krummstroh in euren
Händen, und gebt ihr ihm freundlich, aus gutem Herzen ein Büschel,
zieht er es mit der Zunge sogleich in das Maul und zerknirscht es,
frisst die knackenden Halme, und unverwandt blickt er uns an. Ach,*

könnten sie reden, die Tiere, auf Litauisch, wie sie euch dankten für eure Gabe, euch allen, jetzt wo sie im Stall sind, im Winter!^[50]

Y luego se quedó aún sentado ahí. Ahora va en pos de las risas de allá abajo, a los pies del monte.

A media altura, se queda parado sobre los agujeros de arena. Aquí uno sigue viendo a través del torrente. Al otro lado las hogueras, y, ahora, aún otro fuego allá abajo, junto al agua, y no piensa que puedan ser unas hogueras distintas a la que arde arriba en la montaña.

Pero ahora ya lo está oyendo: se gritan consignas, se corre y se brinca, se intenta chillar más alto por encima del agua, se agitan ramas ardiendo: los del otro lado deben estar contestando.

Y los de enfrente seguramente tienen la misma intención: gritar hacia el otro lado, hacer signos, gritar consignas.

¿Dónde se habrá metido Voigt?

Ha estado sentado en la fonda en compañía de Storost y Saluga. Ahora tenemos juntos a dos profesores, dos profesores en cuerpo y alma. Kankelat se ha excitado muchísimo. No para de ir de acá para allá: de la mesa presidida por el latifundista von Draschke —a la que, entretanto, se ha agregado también Nickel Skambraks, el diputado regional, con sus peroratas sobre la autonomía de la región de Memel, como hace todos los años, como si nada hubiera ocurrido, como si no estuviera en Kaunas un Gobierno de Voldemaras y ni siquiera existiera ese otro Gobierno del *Reich*, de ese tal señor Hitler, como él dice—, a la mesa de los profesores, y viceversa.

Últimamente, Neumann estaba ya harto de toda esa cháchara sobre la autonomía. Se pone de pie: «Señor Skambraks, ¡algún día se le abrirán los ojos!». Y se marcha.

Von Draschke había tenido siempre algo de que extrañarse. Finalmente, con un tono cargado de significado, pregunta por sus hijas.

«Sí, ¿dónde están *ellas*?».

Pero, luego, de momento, se pone fin a aquel movimiento pendular de Kankelat. «Esos señores de allá enfrente», se hace informar el señor von Draschke, «son, seguramente, todos lituanos». Y entonces se exigió de Kankelat que se decidiese por un bando u otro. Y él, para meditar, se fue a inspeccionar la zona de la casita de la montaña.

Y entonces —era una persona alegre y fácilmente seducible— atrajo su atención la gran hoguera que ardía junto a la ribera, de modo que se encaminó hacia allí, ya bastante borracho y un poco obnubilado por el aire fresco. Y allí había también existencias de cerveza, cajas y cajas de cervezas, y la música se había adaptado a las circunstancias, y cada vez venía más gente; vino hasta Hennig, el albañil, con su amigo Antanas. Y cuatro más, de la serrería de Trappön, como se pudo saber, por tanto de la parte alemana, pero ninguno de ellos amigo o camarada de Neumann, eso no. Habían conversado con Hennig y Antanas y, finalmente, cuando los de Krakischk

llegaron, lo hicieron asimismo con éstos, entre los que estaba todavía Tuta.

Pero Potschka no había venido. ¿Dónde está Potschka? ¿Dónde se ha metido ahora?

También Voigt y Storost se disponen ahora a marchar. Poco a poco hay que irse haciendo a la idea de que llegó el momento de la vuelta a casa. Así que «¡Buenas noches, señor Saluga!». Y afuera un rato, a darse un baño de gente.

«Me hubiera gustado despedirme del señor Potschka y su prometida», dice Voigt. «¿Dónde puede estar?».

«Seguro que fuera, ya lo encontraremos», dice Storost.

Pero no lo encuentran. Junto a la hoguera no está. Caminan al lado del río, al pie de la montaña, pero tampoco está allí.

«Los grandes discursos didácticos que el poeta intercala se cuentan, para mí, entre lo más hermoso de su obra. ¿Cómo los quiere tratar usted? Me refiero a que, si usted está describiendo una acción, algo así es difícilmente compaginable».

«Ya he pensado en ello. Con arias no se conseguiría, pues éstas serían monólogos wagnerianos».

«Yo me refiero a aquel célebre pasaje que usted seguro que conoce», dice Storost.

Y ahora se pone a declamar el pasaje en cuestión, donde se conjuga la tranquila probidad de un predicador de costumbres muy ducho con la crudeza, llena de dobles sentidos, de un sabio de aldea:

*Schwein, wie lebst du! Schämst du dich nicht! Vorgestern
kam ich vorbei an deinem verlotterten Hofe.
Wiehert mein Brauner doch da, gleich fliegen die Sparren vom Dache,
stossen die Fenster entzwei. Drei bunte Schweine mit ihren
Ferkeln schreien im Haus und stürzen hinaus aus der Türe,
grad als ging es ans Schlachten, — mir standen die Haare zu Berge!*^[51]

Voigt cruza las manos sobre el vientre y dice:

*Nein, ich weiss noch nicht wie, doch weiss ich, das muss in die Oper.
Darauf verzichten wird nur, wen die Götter — und alle! — verlassen!*^[52]

Storost se ríe. ¿Acaso tales pasajes no deberían ser, simplemente, recitados?

¿O puede ocurrir que Gawehn consiga la maravilla de una pequeña orquesta para acompañarlos? «Tendré que hablar con él, ahora ya está viajando». Y, a continuación:

«¡Lástima que Potschka no esté aquí, él sabría hacerlo, es tan musical!».

Y luego, Storost sigue:

*Werden wir also die Büsche absuchen, verehrter Kollege.
Finden müssen wir ihn, und wenn in den Armen des Bräutchens!*^[53]

Pero ¡basta ahora con este juego! Voigt se queda parado, la cabeza inclinada hacia un lado, y escucha, hundiendo su bastón en el suelo. «¿No oye usted lo que está pasando allá abajo?».

«¡Venga usted!», dice Storost.

Y se topan, de frente, con Gottschalk. «¿Adónde quieren ir ustedes?».

«Hacia donde está la hoguera. ¿No ve usted que está pasando algo?».

«¡Yo no creo que los señores tengan nada que buscar ahí!».

«¿Así que usted cree? Guarde sus creencias para sí. ¡Libertad religiosa!».

Gottschalk le cierra el camino a Voigt. «¡Ustedes se quedan aquí, señores míos, eso no les concierne!».

«¡Permítame!», dice Storost.

«¡Usted, viejo lituano, lo mejor que puede hacer es cerrar la boca!».

«¡Esto es el colmo!», grita Voigt. Y, pasando junto a Gottschalk, dice hacia atrás, a Storost: «¡Venga usted, señor colega!».

Gottschalk ya está de nuevo junto a él. «¡Señor profesor, hasta ahora nosotros hemos estado mirando en paz: todo el día lleva usted tramando algo con esos lituanos!».

«¿Qué es lo que usted quiere? ¿Y quién es el que ha estado mirando, quién es ese nosotros?».

«Eso no tendré que explicárselo yo».

«¡Váyase al diablo!», dice Voigt.

Por ahora ha sido suficiente. Voigt ha sabido usar la expresión correcta. Gottschalk da media vuelta, desapareciendo de su vista, como si se hubiera esfumado. Y, ahora, hacia la hoguera.

«¡Señor Storost», grita Voigt, «mire usted, allí hay una batalla!».

¡Dios lo sabe, una batalla! En torno a la hoguera que se está quemando, gruñidos incoherentes.

«¡Ah, Dios, mis lituanos están dentro!».

Voigt grita. Y ahora corre, agitando el bastón, en dirección al lugar del combate. «¡Parad! ¡Separaos!».

Pero éstos ya no son jovencitos.

«¡Señor profesor!». Kankelat sale a su encuentro. «¡Quédese usted aquí, señor profesor!».

«Bah, ¿qué dice usted, Kankelat, no ve usted lo que está pasando?». Y lo deja atrás.

Allí está Tuta Gendrolis.

«Muchacha, ¿qué hace usted aquí, dónde está Potschka?».

«No está aquí, no es posible encontrarlo. Pero nuestros hombres...».

Se refiere a los de Krakischk. Que ya había visto Voigt desde lejos.

«¡Ah, esos bocazas!».

Ahora Voigt ha puesto la vista en los compinches y

compañeros de armas de Neumann. Y sobre todo descubre a uno que ayer se andaba tambaleando en el bar de Plattner, una cara así no se olvida.

Ahora se oye un chillido. Como si alguien hubiera sido degollado.

Y entonces paran los que están enzarzados en duelos singulares, parando incluso los que batallan en masa, o como se quiera llamar a esto. ¿Qué está pasando?

Hennig.

«¿Qué le ha pasado a Hennig?».

Se está tocando los riñones. Dice: «¡Alguno me ha pisoteado la pierna!». O algo parecido.

¡Pues vaya! ¿Debe uno reírse?

Sería lo mejor. Pero no sirve de nada, Hennig. Warschoks levanta los dos brazos, suelta un mugido y se abalanza sobre Antanas, el de Motzischk: «¡Perro condenado, a ti te voy a dar yo una buena!».

Y no llega muy lejos.

A un metro, más o menos, de Antanas este empuje toca a su fin, se deshinchá: ante el puño derecho que Antanas ha extendido. Contra el cual Warschoks se había lanzado como un buey.

Pero, en vez de desmoronarse, sin más, cae hacia atrás. Cae hacia atrás, yendo a chocar el cráneo contra el tocón de un árbol chamuscado.

Tiene los ojos abiertos. Y ya no los cierra más.

En esta región la gente no carece de experiencia, se han visto muertos. Propiamente, se crece con ellos.

Quien esté cerca de tierras de aluvión lo sabe muy bien: no hay niño que no pase semanas con muertos bajo el mismo techo.

Las casas de labranza, en un territorio de inundaciones, están colocadas en lo alto de las colinas, cada una en su colina. Y luego, a finales de febrero y marzo, el hielo está quebradizo y ya no se puede caminar encima; el pie va como a través de algodón, que cruje un poco, y está mojado. Pero no se descongela. No hay forma tampoco de avanzar con un bote. Y así se está bloqueado durante cinco, seis, siete semanas, no hay ninguna comunicación con la casa próxima, la aldea es inalcanzable, ¿pero qué significa aldea en una región así? Pues el presidente del concejo o la oficina de correos, pero ninguno de los dos sirve, en este caso, para nada, y cada uno tiene que mirar por sí mismo.

En esa situación, cuando alguien muere, permanece en su casa hasta la primavera, hasta que se haya deshecho el hielo, hasta que haya pasado el *schaktarp*, que es como se llama a todo ese tiempo de hielo. Se comprende muy bien por qué tiene un nombre.

Así pues, el muerto puede también quedarse en casa. Y en el desván hay siempre ataúdes preparados. Se le pone en la caja entre llantos. Y luego está allí durante semanas. Hay que pensar que la gente se acostumbra a ello.

En esta región no falta experiencia. La gente sabe. Y el hecho de que las mujeres

ahora se pongan a chillar y los hombres se hagan a un lado y dejen un ancho camino en medio, eso no carece de sentido. No basta asustarse.

Voigt abraza a Tuta Gedrolis y la aprieta contra sí. Le acaricia el pelo con la boca. «¡Niña, querida niña, no llores!».

Pero ahora no puede sacarla de allí, él no puede marcharse ahora. Sabe exactamente lo que enseguida va a pasar.

De repente, como salido de las entrañas de la tierra, hace su aparición Neumann.

Amanas todavía no acaba de creerlo: el silencio que se ha hecho en torno suyo. Ese otro hombre que tiene, a distancia, ante él. Aquel otro que yace en el suelo, con los ojos abiertos, y que no los cierra. ¡Si, al menos, se incorporase un poco!

Los de Schreitlauk se han puesto ante él. Hennig sigue a su lado. Los de Tropön se dirigen a Neumann.

«¿Qué quiere usted hacer?», pregunta uno de ellos.

«Aquí es la policía la que tiene ahora la palabra». Neumann grita: «¡Señor Wasgien, esto es, pienso yo, de su incumbencia!».

Y Wasgien se acerca más. «¡Señor abogado!», dice cuadrándose, dando un taconazo.

Y a los de Schreitlauk: «¡Y ustedes no compliquen más las cosas!».

Y a los de Trappón: «Y ustedes, ¿son de la región?».

Y a Hennig: «¡Y tú, lárgate!».

A Antanas: «Usted delante. Al bar de Wythe».

Antanas no acaba de creerlo. Está parado y mira a su alrededor.

Voigt, abrazando aún a Tuta con un brazo: «Señor abogado, yo he asistido a estos sucesos desde muy cerca, se trata de un accidente, y, además, en un acto de legítima defensa».

Neumann: «¿Qué es lo que usted dice, señor profesor?».

Voigt: «Lo que he dicho. Me pongo a disposición como testigo».

«No es necesario. ¡Usted es alemán del *Reich*, aquí ya hay suficientes nativos!».

Voigt: «Insisto en ello».

«¡Yo no quiero adelantar nada, señor profesor, pero su testimonio no va a interesar gran cosa aquí!».

Voigt se gira y ve, junto a él, a Kankelat.

«El señor *preceptor* Kankelat», dice Voigt, «estuvo todo el tiempo aquí. Así que declarará él».

«¿Y qué piensa usted que declarará el señor Kankelat?».

«Lo mismo que yo».

«Señor Wasgien», le grita Neumann al gendarme, que ya se ha puesto en marcha, «señor Wasgien, el señor profesor Voigt está intentando influir en los testigos».

«¡No meta usted cizaña entre la gente, ya queda avisado!», chilla hacia atrás Wasgien. Y luego sigue a su paso.

«¡Ya ha oído usted!», dice Neumann.

«¡Tonterías!». Voigt se vuelve, una vez más, hacia Kankelat: «Usted estaba aquí, señor Kankelat. Usted lo ha visto todo. No puede decir otra cosa».

Y ahora, de nuevo, Neumann, dirigiéndose a Kankelat: «¡Señor *preceptor* Kankelat, le estaría muy reconocido si usted se exteriorizara con toda claridad!».

Kankelat, ¿qué dice Kankelat?

«Señor abogado, pienso que cuando esto pasó justamente yo estaba mirando hacia otro lado, hacia allá».

Y acompaña sus palabras con un movimiento de la mano.

Podemos, pues, dar por cerrada la cuestión. No se necesita preguntar a Urbschat o a Berger, a Schwill o a Schweissinger o a Wallat, ni tampoco al ingeniero forestal Siemoneit. Ese que había ido cortando la cola de su perro trozo a trozo, cada día un poco, no toda a la vez, a fin de no hacerle tanto daño.

Nada más.

Ahora, Martha Kairies da un grito: «¡El vapor!».

Y, entonces, Wilhelm Storost y Martin Voigt salen corriendo hacia el embarcadero.

«¡Salude usted de mi parte a Potschka!», dice Voigt, y mantiene cogida a la muchacha hasta que el patrón del barco avisa: «¡Apresúrese o soltamos amarras!».

La estructura de madera que habría que describir aquí, si se tratara de describirla, es lo que se llama un punto trigonométrico^[54]. Se haría una descripción de este lugar, que podría ser caracterizado como una pequeña ondulación del terreno, algunos centenares de metros al oeste del monte Rombinus; una loma, una elevación apenas perceptible de la estribación más baja de la montaña, en dirección a la llanura y que, poblada de bosques, se va alejando de la montaña dominante. El lugar sería descrito como un poco desértico, de suelo irregular y con piedras esparcidas de una forma desordenada, cubierto, acá o allá, de brezo —sin tener en cuenta los pequeños cristales de magma de un líquen seco, blanco y gris, así como tampoco cuatro o cinco enebros de tronco torcido, a los cuales aquí se los llama *kaddik*—. Un sitio cercado por saúcos y grosellas silvestres, y, más atrás, por leña de coníferas, abetos y pinos semisecos. Éste es el lugar. La estructura de madera, el llamado punto trigonométrico, tendrá que estar aquí.

Ha de ser descrito como si estuviera aquí, y no al otro lado, en diagonal, en la otra ribera del Memel: donde ha de ser ubicado, según indica el mapa, de una escala de 1:150.000, allí donde el Memel irrumpe junto a Ragnit. Se trata de una estructura de cinco pisos a base de troncos descortezados y sin cepillar. Cuatro postes colocados en ángulo, inclinados hacia el medio del cuadrado, los cuales convergen a la altura de la quinta planta, por encima de un pequeño escenario rodeado por una especie de balaustrada enrejada, unidos con pesados pernos de hierro; de este punto de encuentro asciende una barra de unos dos metros de larga.

Se pasa de una planta a otra por una escalera, que parte, cada vez, de un ángulo distinto. Las plantas están formadas por cuatro troncos de árboles puestos transversalmente y consolidados horizontalmente y que unen los postes. De los extremos que sobresalen en cada piso parten las vigas, cruzadas, naturalmente, que ascienden oblicuamente hasta la planta siguiente.

Pero, propiamente, nosotros estamos en la planta baja, donde no hay escalera alguna, donde Potschka no debe demorarse, con sus pensamientos o algo así, pues ahora aquí se está poniendo oscuro, sino que debe dar un brinco y saltar a la primera planta, desde allí puede usar ya la escalera.

Lo primero, pues, que hay que hacer, en esta torre —que no existe—, es saltar, porque, en la planta baja, no se tiene a mano ninguna escalera, así que saltar al primer piso, pararse sobre los maderos colocados transversalmente, y, luego, seguir subiendo, de una planta a otra. Cada vez se pone más oscuro, y eso hasta el cuarto

piso; es como una penumbra flotante de densidad cambiante, densidad que acaso va remitiendo un poco a medida que se sube una planta. Y, luego, hay claridad. No aquí, en torno a esta estructura, no en torno a este punto trigonométrico, pero sí en algún sitio: un resplandor que viene de lejos. ¿Dónde está?

No viene a través del torrente. De detrás de los bosques, más allá de otros dos torrentes, de algún sitio lejos de aquí.

Potschka ha llegado a la planta quinta, donde hay más claridad que en la cuarta, la tercera o la segunda, en medio de esa penumbra que cada vez es menos densa, cada vez más ligera, de escalón en escalón. Pero lo que ha dejado atrás, tal como quedó después de la subida, se vuelve, si uno mira hacia abajo para comprobarlo, casi irreconocible.

Aquí está Potschka. ¿Quién no preguntó ya por él? Aquí está. Y, desde aquí, mira hacia afuera. ¿Hacia dónde?

Mira un paisaje. Una oscuridad. En donde está esa claridad.

Mira hacia una época. Si es que uno sabe lo que es eso: una época.

¿Lo actual? Cuando uno se ha percatado de su presencia, ya está concluido, ya pasó, se ha convertido en pasado.

¿Lo futuro? Que siempre se acerca, llega muy cerca y nunca llega de verdad, siempre se queda fuera.

¿Lo pasado? Cerrado, finalizado, ya no se lo puede llamar, pues no tiene oídos. Acaso reconocible en objetos sin vida, muerto, en un momento vuelto irreconocible.

Pero se mira hacia allá. ¿A dónde, si no? Como a algo que uno cree tener. Se ven casas, una aldea, ventanas. Se cruza con la vista una ventana. ¿Qué clase de gente es aquélla? ¿Qué aspecto tiene?

Gente con rostro, con manos. ¿Cómo están vestidos?

Dos hombres, pelucas en torno a una cara dominguera, negra vestimenta, camisas blancas, chalecos de muchos botones y casi lisos, con los tres botones de arriba sin abrochar, pantalones de media pierna, zapatos de hebillas blancas. Queremos decirnos sus nombres.

«¡Por favor, reverendos, pónganse en pie!».

Eso podríamos decir, y luego se levantaría el hombre a quien nos hemos dirigido primero, que es fácil de describir: un cierto Christian Donelaitis, párroco de Tolmingkehmen, nacido en Lasdinehlen, escolar y estudiante becado, mayordomo de palacio, cantor en Stallupönen, en 1742 rector de allí mismo; un año después, después de ser examinado y ordenado en Königsberg, es llamado a Tolmingkehmen e investido, el 24 *decembris huius anni*, como predicador, ministerio que él continúa observando ahora, ya en el siglo veinte.

Y entonces nosotros apremiamos más. Veinte años. Dejamos que nuestra habla divague sin forma ni adornos, que vaya por donde quiera. «¡Habla para que yo te vea!», decimos. «¡Habla para que nosotros te veamos!».

Allí está él, con la mano izquierda sobre la mesa, volviéndose hacia los otros:

«Mi misión es responder».

«¡Hay preguntas ante las cuales el interrogado tiene que abstenerse de contestar!».

Esto dice el otro, y, ahora, debe alzarse para hablar. Tiene que dejarse ver.

Un hombre como el otro. El reverendo Sperber, escolar y estudiante becado, mayordomo de palacio, llegado al cargo de una forma más rápida, predecesor de Donelaitis en Tolmingkehmen, desde 1756 párroco de Kunzen. Visita a su amigo de juventud, que hoy ha bautizado: un niño de sexo femenino de Raudonen. ¿De dónde le vienen aquellas expresiones cautelosas de antes?

Sus experiencias se asemejan a las de su amigo. Sobre esto han tenido ellos tiempo de hablar desde que él está aquí, hace tres días. Él tiene una iglesia de patronato, donde el señor barón dice lo que hay que respetar y lo que hay que hacer. Aquí rige una administración del patrimonio real, que abarca 27 aldeas, más de 309 hogares, todo el territorio de la parroquia, a cargo, hasta hace cuatro años, del funcionario Franz Boltz, al que Donelaitis alabó por su fina inteligencia y buena religión, pero luego llegó Baring y después el que está actualmente, ese tal Ruhig, el funcionario Ruhig, si bien todo eso no tiene que ver, propiamente, con la persona, sino que es así, más bien, porque la cosa se ha vuelto insoportable, y también porque el párroco de ahora no es muy proclive a dejar sin contestar las preguntas que se le hacen: las preguntas de sus hijos espirituales sobre servicios y prestaciones y sobre la carga cada vez mayor que ha pesado sobre ellos en todos estos años, en estos siete años de una guerra que acaba de expirar en este año de mil novecientos sesenta y tres.

Ahí resulta difícil escribir cartas: del ruiseñor que ha cantado este año y nos ha dado más de un momento celeste, de madrugada y por la noche, pero que, desde hace algunos días, guarda silencio. Era un pájaro que iba como un reloj: empezaba a la hora del sereno y acababa a las siete en punto. Cambiaba de sitio en mi jardín o en el del vecino, y, cuanto más se acercaba la fiesta de San Juan, tanto más alto cantaba de día.

Y entonces llega un aviso a su hermano en el ministerio de Kilgis —por medio del cochero Friederich Seligmann— para que no acepte ninguna invitación a desempeñar sus funciones en regiones extranjeras, ya que, en esa época, sería raro encontrar buenos lituanos.

Y también se le dice allí que no abandone a su rebaño, al que se hace difícil contestar como pide: en prusiano, no en lituano. Si eso basta, lo podemos expresar así.

Amén de otras preocupaciones.

«Desde el 58 tuvimos la ocupación rusa, no se hizo gran cosa. Los ortodoxos nos impusieron sus fiestas: el día de Alexander Newski había también que predicar sobre él, yo busqué un sucedáneo: el herrero homónimo, el texto de Timoteo 4, 14, tú ya sabes: el Señor le pague según sus obras».

Pero Sperber debe alzarse y mostrar su débil discurso. Antes de partir para

Kunzen, a la nueva comunidad que se le ha encomendado. ¡Escucha, Sperber, que aquí va a hablar uno, déjanos verlo!:

*Ach dass Gott sich erbarm, es kämmen die gnädigen Herren
immer noch weiter des Bauern Fell nach dem letzten der Groschen*^[55].

Así comenzará. Mirará en torno suyo y saltará enseguida a la vista... ¿Qué viene ahora?

*Oh unersättlich ist ja der Geiz des derzeitigen Amtrats.
Würd er womöglich doch einmal dem Bettler nur schenken ein Gróschlein,
könnt er ob solcher Verschwendung drei volle Nächte nicht schlafen,
weinen müsst er in aller Frühe schon bitterste Tränen,
weil der gegebene Pfennig als blanke Sünd ihm erschiene
gar in den Träumen, um ihn, den Bedauernswerten zu quälen.
Brüder, ihr kennt ja die Gnadenbezeugung der Herrschaft,
unser Verdienst ist allein, die Arbeit getreulich verrichten,
während der Herr es sein Recht nennt, die Bauersleute zu jagen,
hierhin zu stossen und dorthin, als sei'n es verlaufene Hunde.
Oh du selbstsücht'ger Tyrann, du Schmerbauch, dem wüst sich das Haar
sträubt,
der wie ein züngelnder Blitz umherschlägt und Schrecken verbreitet,
hast du denn anders begonnen als einer der Armen auf Erden,
hat eine Mutter dir nicht wie jedem den Hintern gewaschen!
Denke, dass Gott dich sieht, wohin auch die Schritte du lenkest,
dass, wie du uns vor den deinen, vor seinen Stuhl er dich ziehn wird*^[56].

¿Querrá el reverendo Sperber una copia de esto? «Aquí están todas las hojas, ya son centenares. ¡Sperber, ya por ti, no estaría mal que lo tuvieses!».

Pero ¿no está todo esto ya concluido, acabado, no es imposible llamarlo otra vez, pues no tiene oídos? Acaso únicamente reconocible, como queda dicho, en objetos sin vida, muerto, vuelto irreconocible al momento.

Sí, eso es. Es el pasado. ¿Y el futuro? ¿De verdad que no llega nunca? ¿Qué está siempre fuera?

Sí, así es. ¿Y aquí?

Aquí, en torno a esta torre de madera, hay oscuridad. Ahora se oyen pasos, algo choca contra una piedra.

¿Los espíritus franceses?

¿Sigue aún bajo tierra el tesoro enterrado? Debajo de la arena, ¿o acaso todavía más hondo? ¿Tenéis algo que guardar, vosotros, fantasmas napoleónicos?

¡Hablad, aunque a vosotros no nos sea posible veros, en este lugar que ha sido descrito y que no existe!

¡Ningún ímpetu, ningún salto! Pero ahí hay alguien. Ya está en la primera planta. Alguien ha puesto sus manos en las vigas y en la enramada. Hay ahí un aliento que es aún más rápido que el agua que discurre por las faldas de la montaña y que ahora baja apresurada, cayendo libremente en torrentes. En pos de las pequeñas luces que acompañan al vapor que se aleja rumbo a la ciudad.

Portando a Voigt y Storost, que están sentados en la popa y miran lo que van dejando atrás, aunque esté completamente oscuro, y la poca luz que pueda haber se desvanece flotando sobre la superficie del agua, a veces parece que ahora tendría que ahogarse... Ahí están sentados, en la popa, y miran hacia atrás, con el corazón lleno de perplejidad. ¿Qué hacer ahora?

¿Qué se ha de emprender? ¿Y con qué? ¿Con la ópera, señor Voigt? Sí, acaso con la ópera.

En torno a la torre hay oscuridad. Pero también un ruido particular, de pies y manos. Ahí va alguien que ha encontrado, palpando, la escalera; alguien sube, sigilosamente, banzo tras banzo. ¿Será que necesita la oscuridad?

Y tú, Potschka, desde tu altura, no lo oyes. Tú sigues viendo aún algo: allá lejos, tras dos torrentes y más allá de los bosques, lejos de aquí, y alejado de todo, hay una luz, casas, una aldea.

Este nuevo capítulo acaso tendría que llamarse *Boda lituana*, o bien *En una boda lituana*. Está claro que es fácil excederse con las promesas; de cualquier modo, en este capítulo puede haber un poco de colorido, si bien, cuando uno dice que la novia lituana se pone bonita, no queremos decir que se engalane ella misma —eso ya lo hacen los otros con ella, no necesita preocuparse de nada—, sino que queremos decir: la novia lituana es tímida, reservada, apocada, con una sensación casi penosa de ser el centro, de ser felicitada o compadecida, algo así.

«¡Ah, no!», vuelve a decir ella, y se levanta y se va, como si al momento siguiente tuviera que entrar, se sienta bien o mal, por una puerta demasiado angosta, recién encalada; abrirse paso entre los muros descoloridos, poniendo, en todo, una cara de alta felicidad.

Se pone guapa; esto es, como decimos, una actitud del alma, que, ciertamente, se expresa como una actitud del cuerpo, más de una la sigue conservando en adelante; la de Lehmann, según se dice, se seguiría poniendo guapa hasta en el ataúd.

Por tanto, la cosa quizá vaya aquí bien incluso sin el epígrafe del capítulo, si lo aquí anunciado es algo así como una polonesa. Y se escribe sin tener de qué preocuparse: de si podría servir o no para un acto de la ópera de Voigt, o de si un hombre como Gawehn lo podría tomar como un boceto suficiente para una construcción musical que luego cobraría forma escénica; o incluso de si Potschka lo viera todo como si la torre en la que él se encuentra realmente existiera, así como, igualmente, la luz que emerge de esa oscuridad y el panorama que se descubre desde la planta quinta —de la que dijimos que tenía una especie de escenario, con una especie de barandilla enrejada y coronada por una barra vertical.

En los mapas, Tolmingkehmen es siempre muy pequeña; en el mapa general de Carl Flemming, n.º 3, apenas si se la encuentra ya, y no aparece, en absoluto, en la *Nordblatt Osteuropa*, de Justus Perthes, donde se la ve mejor es en la lámina 8/9 de Harm-Wiechert, en la cual figura como aldea de la Iglesia y una pequeña mancha en la Marca.

En la *Erdbeschreibung der Preussischen Monarchie*, del magister Leonhardi, impresa en 1791 en Halle, es decir, bastante lejos de aquí —y donde se vierten expresiones incorrectas sobre la lengua lituana, al incluirla entre las lenguas escitas —, se dice: Tolmingkehmen, una aldea mestiza por su población, centro de administración de las fincas de patrimonio real ubicadas en el territorio, tiene, junto a la iglesia, 14 *Hufen*^[57]. Entendiendo por *Hufe* la llamada *grosse Hufe*, que comprende

67 yugadas escasas (prusianas). El distrito de Tolmingkehmen abarca dos fincas de patrimonio real, 27 aldeas y 309 hogares. Eso es todo, cosa que nosotros ya sabíamos. En el mapa, Tolmingkehmen está situada entre Walterkehmen y Mehlkehmen, lo cual no dice mucho, y entre los ríos Pissa y Rominte, que dibujan su primer recodo a la altura de Tolmingkehmen. Aquí empiezan también las elevaciones del terreno, que, hacia el sur, se continúan en las zonas de monte bajo, en dirección a la *Königshöhe*, las montañas de Goldap o la *Seesker Höhe*. Detrás está el distrito de Oletzko.

Aquí se podrían decir muchas cosas, pero no se tiene por qué, sólo habría que diferenciar un poco, describiendo y viendo hasta qué punto esto le sirve a uno de ayuda.

Vista desde arriba, una aldea así tiene, ciertamente, el aspecto de un camposanto. Como una calle donde han sido construidas algunas casas, con graneros detrás, y, como para separar una casa de labor o una finca de la próxima —en ángulo recto con la casa o el granero, cualquiera de los dos—, establos para caballos y vacas, silos para cereales, sótanos para patatas, cobertizos de madera y los aquí llamados *kleten*, casitas bajas, pero hermosamente decoradas, en las que uno, si quiere, puede incluso vivir de forma confortable. Todos estos graneros, cobertizos y las susodichas *kleten* en un número suficiente para guardar dentro las cosas que se tengan. Y, luego, están los huertos —de legumbres, de frutales, de flores— y, en el patio, el pozo, y sobre el techo del granero no falta nunca un nido de cigüeñas. Esto último hay que remarcarlo, pues una región sin cigüeñas es, pienso yo, un lugar deshabitado. No tiene que molestar a uno el que esta ave tenga el paso recto y exhiba los colores negro-blanco-rojo, esos colores presuntamente alemanes, pues ella no es alemana, más bien es una antigua egipcia, y, hacia allí, hacia los egipcios, vuela siempre este pájaro pacífico, que, ante las correrías bélicas, no tarda en marcharse quién sabe adónde. Y, luego, tenemos, a un extremo de la aldea, o bien en su centro, la iglesia, siempre en una buena posición. Pues detrás está el cementerio y, al lado, la casa parroquial o pastoral.

Pero, para que se gane algo con su descripción, que, en esta forma, no sirve para nada, nosotros la hemos de poblar con gente, porque el paisaje más hermoso sin gente es un desierto horrible, peor que el infierno, un infierno con gente; con gente, entiéndase bien, que sepa moverse en este entorno, no con esa que, si hay un rastrillo colocado al revés, enseguida lo pisa, con tal mala pata que el mango se le clava en los ojos: gente como Selmyke y Magusze, Aste, Pimme, Urte, Lyne, Anorte, Tuze, todas mujeres y muchachas, o como Lauras, Martynas, Enskys, Justinas, o bien Matteoszus, Markoszus, Lukoszus o Jonas, los cuales, aunque sean los nombres de los cuatro evangelistas, aquí son nombres de hombres del pueblo, y, entreverado, algún *jaunikas*, un jovencito, como, aquí, el novio, con su prometida del brazo, que ahora se encuentra ante la casa, después de haber caminado por la calle y doblado a la altura del portal, abierto de par en par, y accedido al patio lleno de hierbas, y haber dejado tras de sí los pocos pasos que hay hasta la puerta de la casa, con su botella de *martini*

en la mano: porque los padres de la novia salen de la casa y los invitados se aprietan detrás de él, con los vasos en la mano, para introducir a su yerno y a su hija a través de la puerta, adornada con coronas. Acompañándolos con aclamaciones y aplausos hasta la gran sala de la derecha, hasta el lugar al lado de la estufa, donde, en verano, hay un frescor agradable, y hasta el centro de la mesa, donde la novia o la dama de honor, la madre o la suegra, toman asiento y lucen sus mejores galas: la boca no en punta, pero sí lo más pequeña posible, las aletas nasales tirantes, el cabello peinado hacia atrás por la parte de las sienes y cuidadosamente recogido, a causa de las cintas y de las pomposas mangas, los velos y la mucha y colorida vestimenta; o, si se trata del novio, el padre o el suegro, o el padrino de la boda y demás: zapatos, medias negras de lana negra de oveja, chaquetas con botones transversales, pantalones bombachos de amplia caída, cinturones bordados, barbas retorcidas y, dado que el varón es el que lleva la voz cantante, al menos en estos acontecimientos y al comienzo, el habla fácil, interrumpido, de pronto, por la cerveza, y ahora por el aguardiente, que ha estado esperando en pequeñas barricas y que ya no tiene por qué esperar más: hoy se ha llegado al séptimo saludo, y ahora ya están los novios en casa.

Didwizsus, el suegro, de apellido Grosschuh, trae, ayudado por Lauras, el cuñado, los cubos con la cerveza, de donde la sacan con cucharas y potes de madera, y Aste y Magusze vienen con los alimentos, con el asado y la perola del mondongo, y los *szupinis* y el *kissehl*, los de la música, violín y cítara, comerán más tarde, ahora se encargan de tocar.

«¡Ake, ake!», dice la madre del novio, muy sorprendida, cuando, en medio de la música, las muchachas se ponen a entonar un canto:

*Lein hatt' ich gezogen,
wusch mir ab die Hände,
fiel der Ring vom Finger,
von der weissen Hand*^[58].

Intercalado, sin más, en la música que estaban tocando, la cual, aunque sean sólo dos los ejecutantes, está dentro, sin remedio: en esa explosión de un tres por cuatro evanescente, que no casa con nada y a la que, por tanto, el canto agarra rudamente por la cintura; pero ella se resiste, siguiendo su propio ritmo cada vez con más obstinación:

*Kam der Bursch geritten.
Halt mein Pferdchen, sprach er,
werd ins Wasser springen,
hol dein Ringlein dir*^[59].

Cantan hasta los hombres, si les queda tiempo para ello, pues ahora está entrando el presidente del concejo Fritz, con su bastón de mando, hoy con un lazo en la

empuñadura, una cinta de colores trenzada; alza su bastón, símbolo de su autoridad, y lo hinca una y otra vez, con énfasis, sobre el entarimado, y empieza enseguida su discurso; todo pasa, para él, con celeridad: felicidad y bendición de niños, que todo vaya bien con las sábanas, la cosecha y la lluvia, y, para acabar, ¡a brindar!

«¡Priczkus!», le grita Ensyks, y agita su cuchillo y mantiene apretada contra el suelo la fuente de madera con el lomo de cerdo, de forma que la col se escapa un poco por los bordes: «¡Priczkus, aquí está Vakarelis!».

«¡Ah, tú, *bildukas!*», dice Fritz, llamando, pues, a Enskys un *poltergeist*, y constata, para no menoscabar su dignidad: «¡Aquí tiene lugar un enlace matrimonial!».

Y esto ha de ser corroborado aún por todos ellos, hasta por ese fantasma de los ruidos que es Enskys, o Bleberis, el parlanchín, o el vago de Dotschys, que ha amontonado ante sí toda clase de viandas y las va, tranquilamente, engullendo: «¡Sí, señor, una boda, y qué boda!».

Todavía quedan por cantar un par de versos, y la música seguirá tocando, pero todo ello no será un obstáculo: Dotschys gritará igual y Enskys llevará el compás de la melodía con las dos manos sobre la mesa, ¿pero qué clase de compás será éste? Gawehn trata de adivinarlo, Potschka ignora qué notas son. Simplemente, seguir cantando, eh, muchachas, ¿no es verdad?

Priczkus, señalando a la presente, habla de otras bodas, con los de Salzburgo, es decir, en las aldeas del norte —los cuales no agrian su col en recipientes de madera de tilo, aplastándola con los pies bien limpios, sino que la meten en la tierra—, entre alemanes que se sacan la chaqueta y danzan, sin vergüenza alguna, con sólo la camisa, o de las horribles comidas de los señores: del venado que acaban de descolgar del garfio y al que las sirvientas han estado rascando, nada más, en la cocina, o de esos babosos animales acuáticos alojados en conchas de moluscos, de esas huevas de pez, sucias y negras, o de ranas, o de intestinos de becardas, uno se pone mal sólo de oírlo. «Pero yo lo he visto con mis propios ojos».

Alguien hace el relato de un lobo de agudos colmillos, pero que, con toda certeza, no era lobo. «Yo lo había matado, estaba muerto y muerto siguió, pero, lobo, no era. Es verdad que en todo este tiempo no había muerto ni desaparecido nadie de aquí, luego puede que haya venido de lejos, pues es imposible que fuera la abuela de Sturnkat». Otro alaba a su yegua. «Un animal», dice, «con un culo como una mujer». Y, mientras lo dice, muestra su mandíbula inferior, donde nace una arruga que sube hasta la zona de los ojos e incluso, si se mira con atención, se puede notar en las sienes. Y Lyne ha empezado con sus gansos, que tienen, todos ellos, un nombre, y de los cuales habla como si todo el mundo los pudiera distinguir como ella.

Y, entonces, Priczkus dice que el consejero ha bautizado a una buena vaca lechera con el nombre de Euterpe, acentuando, correctamente, la palabra en la primera sílaba: «Euterpe». Y acaso sea ésta la palabra clave para dar entrada al párroco, que es un hombre versado en cultura.

Y, efectivamente, acaba de entrar, con Anna Regina, de soltera Ohlefant, de Goldap, del brazo, del brazo izquierdo, una mujer flaca, algo malhumorada, de pelo fino, del cual sólo sobresale un poco por debajo de la negra cofia. Son conducidos a un buen puesto, y la mayor parte de la gente se levanta, mientras que Donelaitis dice: «¡Venga, hijos, sentaos!». Y: «¿Ya habéis rezado?». Y está claro que no, él lo hará, y Bleberis tendrá que callarse. En vez de cerrar los ojos como los otros, él se contentará con clavar, fugazmente, su mirada, por entre las dos comisuras de los ojos, en la figura de la novia. La pupila parece hacerse más pequeña y más oscura, allí está, bien redonda y punzante, la almendra ocular, blanca y amarillenta, como si tuviera una punta de alfiler en el medio. ¡Pero qué divina aparece la novia, con su cofia calada y blanca como la nieve y los velos que le caen por ambos lados sobre la espalda, hasta la rodilla!

«¡Oh, qué tiempos, qué tiempos!», dice Seligmann, el cochero, sin transición alguna, poniéndose a hablar de un pozo de aguas minerales acídulas en Thuren, que ha examinado Mehlhorn, de Gumbinnen, el físico del distrito, con el asesoramiento del consejero real Ehrenreich y el boticario Böttcher.

«El señor Mehlhorn me ha escrito», dice Donelaitis, «que ésta supera en acidez al agua de Selz, se aproxima, en su contenido de hierro, al pozo de Pymont, siendo, más o menos, igual al del agua de Polzin».

«Ya se están construyendo en Thuren casas para recibir a los que vengan a curarse con esas aguas», dice Seligmann, «los gumbinnianos están encantados». Lo cual significa, si interpretamos bien el suspiro de Seligmann, tanto como decir: «¡También nosotros tendríamos que ponernos a excavar en nuestro término parroquial, y podríamos encontrar algo!».

Pero, en este punto, Priczkus se ve obligado a intervenir: «¡Primero hay que preguntar al consejero de la Cámara; de lo contrario, podemos tener problemas!».

«Eso serviría, una vez más, para llenar los bolsillos del funcionario Ruhig», piensa Donelaitis, «¡en esta parroquia!». Y, en voz alta, dice: «¡Fritz, tienes razón, nuestro Seligmann es un espíritu inquieto!».

Pero esto sale de su boca de una forma triste, en consonancia con la astenia corporal y la hipocondría que él mismo se atribuye y, a causa de la cual, juega con la idea de erigir una residencia para viudas donde meter a Anna Regina: «Cuando yo muera, ¿qué va a ser de ella?». Su voz suena triste incluso cuando habla de los termómetros que él construiría si se diera el caso, así como otros aparatos que se podrían necesitar si aquí hubiera una fuente así, en lo posible termal.

Y Selmyke y Katrine, que están al otro lado de la sala, también tienen algo de que hablar: que el bebé que Pimme lleva bajo su corazoncito, ya en el sexto mes, es del novio que aquí está sentado, con el cabello ensortijado, como un toro joven, pero casarse..., eso ya veremos en qué para.

Y ahora acaso prefiramos prestar atención a la música, y, acaso, mejor, al ruido que viene de abajo, de junto a la puerta.

Se trata del condenado Slunkius, el hipócrita, que, en todos los sitios, busca cosechar lo que no ha sembrado, y su tío, al que se conoce con el nombre de *Peleda*, comedor de ratones, es decir, un búho. Se ve y no se cree; allí están los dos en la sala, sin ser invitados, y sueltan sus pareados:

*Wo ist denn hier die Köchin,
wir wollen mit ihr sprechen*^[60].

Esto no tiene mucho sentido. Pero, entretanto, la música ha empezado, son Preikschas y Kurmies, los dos viejos, violín y cítara. Sigue la cantinela:

*Wir wünschen ihr eine schöne Pfann'
das nächste Jahr einen dicken Mann*^[61].

Esto otro no tiene, en absoluto, ningún sentido.

Y, ahora, la chachara tonta de *Peleda*: «Es una suerte que nos hayamos encontrado aquí, todos juntos, es como para llorar de alegría, todo el mundo emperifollado hasta los calzoncillos, una suerte para todos nosotros».

«¡Ah, si hasta el Prizckus está aquí!», grita Slunkius, «el cerdo estará contento en la pocilga!».

«¡Cierra el pico!», dice Fritz.

«Pero ¡si el señor párroco está también aquí!», grita Slunkius de nuevo. Y esto es ya demasiado para el novio, el suegro o el padre del novio: ¡aquel devoto varón, aquel santo varón! Suerte que Donelaitis puede, por poco, detener la mano de Enskys, que anda de nuevo cimbreado aquel gran cuchillo. «¡Saca de aquí tu *didelis peilis!*».

«¡A ver si cierras el pico de una vez, tú, boca de artesa!», dice el suegro dirigiéndose a *Peleda*. Y al protestar Slunkius con estas palabras: «¡Somos como los ratoncitos!», *Peleda* se asusta, porque se siente aludido, rascándose, para tranquilizarse, detrás de la oreja, mientras el ama de la casa dice, en plan sosegado: «¡Algo habrá para vosotros!», y acoge a los dos. Esto tiene que ver con la proverbial hospitalidad lituana, y se podría decir que aquí se siguió, como si nada, con la comida y la bebida, y se continuó hablando y cantando.

Sin embargo, no se trataría más que de una aldea que había sido descrita, pero que seguía muerta y tenía que ser poblada: con gente pertinente, pues hasta ahora nos hemos quedado sólo en una sala. Vayamos ahora un ratito a la puerta de la casa.

Y dado que, afuera, ya ha oscurecido, hablemos ahora de los arbustos y matorrales que hay más allá de ese lado de la calle. Aquello está tranquilo, el jazmín se ha abierto y resplandece en este aire, en el que parece que algo murmura débilmente, de una forma inaudible: no como lluvia, sino como una luz finísima, completamente descompuesta, que acaso alguna vez fue un blanco metal. Pero de esto debe hacer ya mucho tiempo.

Y aquí, en la oscuridad, entre ese murmullo, se repiten los pasos, pies que suben,

un escalón que cruje.

Ahora, un movimiento, una ahogada expresión de maldición, o algún otro ruido, un paso en el vacío, un cuerpo choca pesadamente contra la escalera, uno podría pensar que falta un escalón. Luego, la estructura de madera tiembla un poco. Un tembleque de los postes que los recorre de abajo arriba.

¿Reconoceremos nosotros al que trepa por la escalera? Ahora, cuando ha llegado a la planta cuarta. Primero, se ve asomar la cabeza sobre los tablones del suelo, ahora salen a relucir los hombros, una espalda redonda, ésa ya la hemos visto nosotros antes.

¡Fuera todo, fuera la luz, fuera esa penumbra flotante, esa mirada hacia la lejanía, más allá del bosque y de los dos torrentes! ¡Todo desaparecido, las casas, la aldea vislumbrada, las ventanas... todo desaparecido, desaparecida la gente!

Nosotros estamos aquí. ¿Y dónde está esto?

Ya no se oye más: Donelaitis había empezado a hablar bajito. De la primavera que ahora tocaba a su fin, del retorno del verano, con su cúmulo de trabajo, del sol recio, que ha puesto su rueda de fuego sobre las cumbres más altas. Y ahora rodará hacia abajo, primero lentamente, y, cada día que pase, más rápido.

*Freunde, schaut, die erstrahlende Glut vermöchte den Kienspan zu zünden.
Mählich aber auch welken die Kränze der Erde, die Blumen
senken hinab ihre schöne Häupter zum trocknenden Grase,
ach, und wie manche hat schon die leuchtenden Kleider verloren,
traurig steht sie, gebeugt, ein Mütterchen, blass und mit Runzeln*^[62].

No, no se oye nada más. Únicamente esas manos y esos pies que se deslizan por la madera, una palabra a duras penas reprimida. Percibido el golpe, el ligero temblor del armazón de madera. Acaso vislumbrado el contorno de una espalda. ¿Dónde le hemos visto ya antes?

Y la música, violín y cítara, que, sin embargo, no se olvida: ido.

Ha empezado a tocar un viejo piano, de una forma quebrada, como sin voz. Esto lo seguimos oyendo: tonos, acordes sobre cuerdas descompuestas.

Y una voz, sola por el bosque, una llamada: «¡Potschka, Potschka!». La voz que suena en total oscuridad.

¿Soy yo ése? ¿Se me llama a mí? ¿Dónde estoy yo?

Yo tengo mis manos aquí, sobre la madera, sobre una barra, sobre una barandilla. Estoy de pie sobre tablones de madera, lo dice el crujido que hacen mis pies. El viento sopla hacia allá abajo, eso también lo oigo yo. Estoy sobre el viento, estoy arriba: por encima del susurro que no es el viento, que no es sólo el viento. Hay otro susurro, más pesado, allá abajo, en las copas de los árboles.

Y al fondo de todo, todavía un tercer murmullo: un discurrir del agua.

¿Qué significa estar, así, sobre tres clases de murmullos? Pues aquí, arriba del todo, los aires no tienen movimiento ni hacen ruido. Por encima de los movimientos, por encima de los ruidos, en la calma chicha, en el silencio total: ¿dónde está uno?

Pero yo oigo la voz, abajo, que asciende de aquel murmullo, aún no lo suficientemente alta, no llega bien hasta aquí arriba, pero ya algo más alta. Dice mi nombre. Yo soy al que esa voz llama. Soy el llamado.

¿Será que aquí se va haciendo más claridad a mis ojos? Ahora veo mis manos posadas sobre una barandilla. ¿Será verdad que yo puedo ver desde que esa voz va alcanzando altura? ¿No lleva mi nombre hacia arriba, por encima de los murmullos?

Pero ¿no veía yo también antes? Antes, ¿cuándo era ese antes?

¿Oigo las llamadas mejor si, como ahora, me inclino hacia abajo; no deberé yo atraerlas, a esas llamadas, hacia mí?

Pero ¿no oía yo ya antes? Antes, ¿cuándo fue ese antes?

¿Son tan poco claras sólo porque aquí hay este silencio, aquí, en las alturas? ¿Esta quietud? ¿Esta mudez? ¿Soy yo lo único que se mueve aquí?

Me viene una corriente de aire. Siento, en mi espalda, un calor como de vapor. Ahí, detrás de mí hay un movimiento.

«¡Quédate donde estás!», me dice una voz. No la conozco. «Voz, ¿dónde estás tú? ¡Contesta!». Ella sigue hablando: «¡Yo vengo sola, sólo nosotros, tú y yo, estamos aquí!».

¿He dejado ya de oír la otra voz? ¿No tendré que inclinarme más hacia abajo? ¿Ahora no oigo el murmullo, no oigo el viento, no oigo a los árboles, no oigo el agua, no oigo nada?

Una risa que parece un gruñido: *Wer nicht glaubt der wird nicht selig wer nicht mahlt der wird nicht mehlig wer nicht glaubt der wird nicht selig wer nicht mahlt der*

wird nicht mehlig^[63], siempre lo mismo, aquí, sobre el murmullo, que se ha ido, sobre el viento, que se ha ido, sobre el agua, que se ha ido a alguna parte, al fondo del todo.

Otra vez la llamada, en el bosque, la voz que ascendía de la oscura hondonada.

«¡Te oigo, voz!».

«¡Voz, ya no te oigo!».

La mano sobre mi espalda. Que me hace girar. El aliento que choca contra mí, que se me insufla, como un cristal, una placa de vidrio: un rostro tras el cristal, una boca abierta. Sobre el cristal se posa una neblina. Un gris que me hace retroceder. Que se acerca. Que me sigue.

La barandilla todavía a mis espaldas. Me sostiene, crujiendo, no, ya no me sostiene. Un paso en el aire.

Ahora un zumbido. Se me mete por los oídos, me hace girar: soy transportado. Pero, de nuevo, las manos se desprenden, me dejan de sostener, ya no soy transportado. El zumbido me penetra del todo.

Y una claridad. La señal de la serpiente va en el aire. Viene Giltine^[64]. Giltine pincha con la lengua.

«¡Vuela!», dice la voz extraña, «quien vuela no se enharinará, no será feliz, ¡volar, volar siempre!».

Ella está sola allá arriba. Y se vuelve. Todo hecho.

¡Anna Regina!

Un rostro, sin adornos, pelo blanco en las sienes, un blanco prematuro, una boca pálida.

Yo he ordenado lo que se podía ordenar.

Una voz que viene de un rincón del cuarto, como una corriente de aire: «¡La cosa va mejor, duerme!». Nada más que una voz, ninguna mano en la blanca sien, nada de pasarse la mano, ligeramente, por la frente..., no es así como se impone esa voz.

«¡Ah, si yo pudiera seguir haciendo barómetros...!».

La angosta boca hablando de nuevo, y ya sin abrirse. ¿De dónde viene esta voz? No más que un susurro, en un pecho que ya no desea respirar. Esto dicho con las manos: «¡Anna Regina!».

Y, ante los ojos, el último día: junio, San Juan.

«El tercer piano estaba listo. Los hermanos de ministerio de Mehlkehmen y Walterkehmen vinieron con sus mujeres de visita. El hermano Kempfer y el hermano Jordan y yo, cada uno en un piano. Los pianos concordaban muy bien entre sí; el mío, el último, tenía un tono un poco más fuerte».

«¡Los pedales!», grité yo. Los tres sin ruidos, todo el mecanismo suave, suave, como las teclas.

*In allen meinen Taten
lass ich den Höchsten raten^[65].*

El hermano Kempfer tocaba el acompañamiento de rigor con vivos movimientos. Jordan entonaba con su profunda voz de bajo.

Der alles kann und hat^[66].

Y las mujeres cantaban:

*Er muss zu allen Dingen,
soll's anders wohlgingen...*^[67]

Yo era el que primero terminaba. «¡Esto está demasiado alto, Anna Regina!».

Yo no quería decirlo: también las voces de las otras dos, de la mujer de Kempfer y de la mujer de Jordan, estaban demasiado altas, casi un tono más alto de lo debido.

Empezamos de nuevo. Otra vez demasiado alto el tono de las voces de las mujeres. Esta vez nada más comenzar. Jordan lo tomó a risa: «¿No bajáis de una vez de allá arriba?».

Esta vez fue él quien paró antes.

Y, entonces, los tres pensamos: «¡No, no lo harán, nuestras mujeres no bajarán nunca, ésa es su altura!».

Kempfer propuso: «¡Pues subamos nosotros el tono!». Y a Jordan, que se reía, se le ocurrió lo mismo: «¡Pues bien, subamos el tono!, ¿qué piensas tú?».

¿Qué podía decir yo? ¿Que, en los últimos años, sus voces habían estado siempre más altas? Un gusto nuevo, una moda.

¿No habré yo tenido un tono bastante alto ya, un tono más alto de lo que era habitual en otros tiempos?

¿No debería haber contado con esto a la hora de construir los armazones de los instrumentos? Pues con tanto tirar hacia arriba, ¿podrá ese armazón soportar la tensión?

Bien, están hechos de madera de abeto, que algo ya resiste. Pero ¿si se sube aún más? ¡Que no se me estalle el armazón del aparato!

Yo no podía decir a nadie que los pianos más hermosos son los un poco desafinados, sobre todo en Oberlagen nadie lo habría entendido. Y pienso que con razón.

¿Y si uno pudiera hacerlo despacio? Tensar sólo un poquito. Y luego esperar un par de días. Hasta que la madera se hubiera acostumbrado.

Pero tenía que ser hoy. Mañana nuestros invitados se habrán de nuevo marchado.

«¡Anna Regina, digo yo, haznos café!».

La afinación seguía estando ausente. Y, por hoy, también el canto.

Anna Regina se levantó, una áspera tirantez en torno a la boca. Pero se fue.

Así fue ese último día. Ahora, únicamente esto: «¡Duérmete!».

Pero ahora una mano que roza con suavidad.

«¡Potschka!», dice la muchacha. «¡Potschka, Potschka!».

Una mano sobre su frente. Ahora le vuelve el color del rostro. La muchacha no lo podrá ver, ¡está tan cerca! Encima de sus ojos, encima de su boca. Que quiere abrirse. Y no tiene palabra alguna que pudiera salir de ella.

El bosque ha comenzado a murmurar. El murmullo llega cada vez más abajo, como si fuese lluvia. El fresco asciende, sale del musgo. Potschka se incorpora. Agarra las hierbas, están mojadas.

Aún sin palabra alguna.

La torre, ¿dónde está la torre?

«¡Potschka!», dice la muchacha. «¡Potschka, regresa! Lo de antes ya no va».

Ninguna torre. Potschka abre los ojos. Ninguna torre. Tampoco ningún claro del bosque. Únicamente sigue el murmullo, no cesa de sonar entre los árboles.

Ya no es posible ir. Ya no es posible ir.

Ahora él habla, lentamente, con una boca que aprenderá a hablar, con una voz que encontrará su sonido, hoy o mañana.

Llamarle para que se acerque, hacia aquí. Donde nosotros estamos.

Nota del autor

Las citas de los *Idyllen* de Christian Donelaitis son nuevas versiones adaptadas libremente por el autor a partir de la recopilación de Louis Passarge (Halle, 1894).

Los rasgos de la vida del pequeño campesino Indra Budrus utilizados en el capítulo v tienen su origen en un relato escrito en 1912 por el poeta lituano Dr. Wilhelm Storost-Vydunas, el venerado mediador y conservador de la cultura popular lituana, muerto en 1953.

Las restantes personas del libro son, como la acción, pura invención.

Nota editorial

El tercer volumen de las *Obras completas*, de Johannes Bobrowski, contiene las novelas *El molino de Levin* y *Pianos lituanos*. *El molino de Levin* apareció en 1964 en la Union Verlag, de Berlín, y, simultáneamente, en la edición de la Fischer Verlag, en Frankfurt am Main. La escritura del manuscrito tuvo lugar en un periodo comprendido entre octubre de 1962 y julio de 1963. La novela *Pianos lituanos* la estuvo escribiendo Bobrowski del 6 de junio al 28 de julio de 1965; dos días después de haber terminado el manuscrito, Bobrowski ingresaba en el hospital, del que ya no saldría vivo. En 1966 apareció la novela en la Union Verlag, de Berlín Este, y en 1967 en la editorial Klaus Wagenbach, de Berlín Oeste. De *El molino de Levin* se conserva gran parte del manuscrito del último capítulo, escrito a lápiz, el manuscrito original (*typoscript*), profusamente corregido a mano, y las galeradas, también con numerosas correcciones; de *Pianos lituanos* solamente se conserva el manuscrito original con algunas correcciones y añadidos a mano, que sirvió como base para la impresión. En ambos casos se ha vuelto, en esta edición, al manuscrito original, dejando de lado la ortografía adoptada en las primeras ediciones según el diccionario *Duden*. En el volumen adicional, de comentarios a la obra en prosa de Bobrowski, se incluyen variantes esenciales y textos tachados por el autor, así como materiales y detalles que dan luz sobre la génesis de los relatos.

Notas

[1] Calicó, proveniente del francés *calicot*, «tela delgada de algodón» (todas las notas son del traductor, salvo un par de ellas, marcadas con un *). <<

[2] Se aplica a los individuos de un pueblo mongol. <<

[3] Reyes, ambos, de Israel, condenados por los profetas. <<

[4] Uno de los hombres de negocios judíos puestos por Nabucodonosor, que aparecen en el libro de Daniel. <<

[5] Antigua medida agraria, más o menos el campo roturado por una yunta durante una mañana —*morgen*—, una «yugada». <<

[6] *Corazón, corazón mío, dime cuándo estarás libre.* <<

[7] «Padre» en *yidish*. <<

[8] *Abel Babel / picos de ganso, / patitas de ganso / saben a gloria.* <<

[9] *¡No quedará nada para nosotros, para nosotros no va a quedar ya nada!* <<

[10] *Viejos camaradas.* <<

[11] En el siglo XVII reinó en Polonia la dinastía sueca de los Wasa; entre los tres reyes de esta dinastía sueca se contaba Segismundo III. <<

[12] En polaco, la confederación de nobles insurrectos. <<

[13] Caballo castrado procedente de la región de Wallach. <<

[14] *Un gran milagro se ha dado / Moses quiso vivir junto al agua.* <<

[15] *La gran riada ha llegado, / y con él se lo ha llevado.* <<

[16] *Y todas sus siete cosas, / a él no le da ninguna risa.* <<

[17] *Nadie sabe, y tampoco Moses, / de dónde el agua ha venido.* <<

[18] Expresión polaca de juramento, que, literalmente, significaría «sangre de perro».

<<

[19] *¡Ven al agua de la vida! <<*

[20] Una clase de aguardiente. <<

[21] *Nadie sabe, tampoco Moisés, / de dónde el agua ha venido.* <<

[22] *Jai jai jai jai / un griterío arma el judío.* <<

[23] *¿No ha visto alguien a alguno / andar junto al agua de noche? <<*

[24] *De noche, cuando todos los hombres duermen, / salvo devotos y honrados.* <<

[25] *¡Ya vienen, ya me rodean!* <<

[26] *¡Huye y sálvate, vas camino del averno!* <<

[27] Cuidador de sinagoga. <<

[28] Escuela en *yidish*. <<

[29] *¡Pon fin, oh, Señor, pon fin!* <<

[30] *¡Es divertida la vida del gitano!* <<

[31] ¡Alégrate, oh, alma mía! <<

[32] *¡Concédeme que en paz y gozo hoy pueda partir de aquí abajo!* <<

[33] *Última barca en que navego / sin sombrero en la cabeza / blanco en cuatro tablas de roble / con un manojo de ruda / mis amigos me rodean / uno sopla la trompeta / otro está soplando la trompa / barca, no me seas pesada / oigo a los otros hablar: / éste construyó sobre arena.*

Desde el árbol del pozo sin ramas / está el cuervo gritando: ay / del estéril sin corteza: / quitadle lo que lleve allí atado / ¡fuera el manojo de ramas! / pero suena la trompeta / pero está sonando la trompa / nadie me ha tocado un pelo / todos dicen: del tiempo / marcha y no llegará muy lejos.

Eso lo sé yo y viajo / sin sombrero en la cabeza / luz lunar en ceja y barba / gastada la vida y loco / loco loco hasta el final / escucha atento en las alturas / pues atruena la trompeta / pues la trompa está tronando / y el cuervo grita de lejos / estoy donde estoy: en arena / con una ruda en la mano. <<

[34] *Tumba del brezal y Yo no sé qué significa y Yo conozco una clara perla.* <<

[35] Músico alemán del siglo XVII, primo de Heinrich Schütz, autor de esa colección de canciones que lleva el título de *Cabaña de calabaza musical*. <<

[36] *A la choza brieseniana / uno entra por la puerta, / saca pulgas y pies fríos, / y cómo es lo que seguirá. <<*

[37] *De la choza brieseniana / uno sale por la puerta, / lleva pulgas y pies fríos / a casa hasta la otra vez. / Wum-ta wum-ta wum-ta wum-ta. <<*

[38] En jerga carcelaria, pasar cartas de una forma subrepticia; en hebreo, *kethibba*. <<

[39] *Oh, noche oscura, ¿cuándo querrás acabar? <<*

[*] Frase número diecinueve. <<

[40] *Qué amoroso suena / por matas y bosques / el dulce sonido del cuerno.* <<

[41] *¡Y resuena tanto tiempo, tanto!* <<

[42] *Si pregunto al caminante: tú, ¿de dónde vienes? <<*

[43] *¡Esos hombres de la guadaña!* <<

[44] *Vino ese tiempo, ese tiempo, / pisada estaba mi alma. / ¡Cómo llamaba yo, a lo ancho y a lo largo; / a quien vino yo no lo había llamado!*

Dice el káiser y dice el rey, se está mesando la barba: / ¡escardad a esa alma, / a esa alma polaca, vieja y dura, / en granjas, aldeas y urbes!

El siervo del zar en su caballo cabalga, / muchos siervos para nuestra muerte. / ¿Quién va a decir qué es injusto, quién va a decir qué es lo justo? / Ni starots ni curas precisamos.

Sí guadañas, guadañas, guadañas con el tallo / hinchado de sangre, y en las manos. / Sobre hermosos caballos vendrán muchos, / enemigos y enemigos, y será el fin.

A la tarde el hombre ve, y ve la luna, / jinetes, jinetes de negra sangre. / Nos marchamos. Donde antaño vivimos / ahora hay humo. ¿Qué sientes, corazón hermano? <<

[45] *¡Oh, alma mía, ven de prisa a la cruz!* <<

[46] *¡Venid todos a la cruz, / a la cruz apresuraos todos!* <<

[47] *Así el Salvador os dé hoy todavía, / todavía hoy la bendita paz.* <<

[48] *¡Dejad la luz del sol entrar! <<*

[49] *Miro con sorpresa y respeto.* <<

[50] *Vino ese tiempo, ese tiempo. / pisada estaba mi alma.* <<

[51] *¡Cómo llamaba yo, a lo largo y a lo ancho!* <<

[52] *Yo marcho, tú marchas, todos marchan, / por entre aguas y montes caminamos, / y el uno al otro dice: verás todavía / a las águilas, las águilas rojas, volar. <<*

[53] *Siempre alegre, siempre alegre, cada día luce el sol.* <<

[54] *¡Corazón, corazón mío, dime cuándo estarás libre!* <<

[55] *Siete hijos tenía Adam.* <<

[56] *Cuando los rayos sacuden y el trueno retumba / y todo lo ha empapado la lluvia.*

<<

[57] *¡Es tan grandioso en los Alpes, tan bello! <<*

[58] *Las-faldas-hinchar.* <<

[59] Miembros de la *Blaukreuzler Verein*, asociación cristiana para combatir el alcoholismo. <<

[60] *Rosas florecen en la tumba del brezal.* <<

[61] *A rastras llegó Opalinsk / y yació en cieno siete semanas.* <<

[62] *Viejos camaradas.* <<

[63] *Ha ocurrido un gran milagro.* <<

[64] En hebreo, «gentil», no judío. <<

[65] *Conozco una noble piedra infernal.* <<

[66] Como ya queda dicho, antiguo diablo de la montaña masowiana. <<

[*] Frase vigésimo séptima. <<

[67] Hermano de Rebeca y suegro de Jacob, palabra que ya apareció en el último párrafo del capítulo primero y en el capítulo tercero. <<

[68] *Hierbajo, amarillo, arcada, / a mediodía, de labios, / corriente seca de agua, / aromas, niebla y, antaño, / nieve, hablo en el viento. <<*

[1] *¡Ah, si yo pudiera seguir haciendo barómetros!* (Todas las notas son del traductor.)

<<

[2] Sociedad Lituano-Alemana. <<

[3] Asociación de Vytautas. <<

[4] Asociación de Luise y Unión de Mujeres Patriotas. <<

[5] *Donde las olas del puerto; Antaño pasaron cinco cisnes salvajes; Anita de Tharau.*

<<

[6] *Qué milagro, oh, qué gran milagro.* <<

[7] *Desde la juventud, desde la juventud.* <<

[8] Aquí palabra de insulto, que, propiamente, significa «bacalao». <<

[9] Dulces lituanos. <<

[10] *Los dones del otoño.* <<

[11] *Cerdo, ¡cómo vives! ¡Y no te avergüenzas! <<*

[12] Unión de Mujeres Patriotas. <<

[13] Perkunos, o Perkun, antiguo dios del fuego y del trueno. <<

[14] *Aquí hemos venido, / follaje de tilo, / con cantos y ruegos, / follaje de tilo.* <<

[15] *Vosotras, sombras del tiempo raudo, y Ya ha pasado tu nada, desapareció tu todo.* <<

[16] *Bajo un roble allá en la arena blanca...*

El verde roble será mi padre, / la arena blanca mi madre, / los retoños del arce mis hermanos, / mis hermanas los blancos tilos. <<

[17] *Retoños.* <<

[18] *Y sentados a ambos lados del Rin tomaban otra más.* <<

[19] *Quien no crea no será feliz; quien no muela no se enharinará.* <<

[20] *¡A llevarse el vasito a la boca!* <<

[21] *Quien no crea no será feliz, quien no muela no se enharinará.* <<

[22] *Luna buena, tú vas tan calma.* <<

[23] *El herrero de Marienburg.* <<

[24] *Las grandes maravillas de Dios en los días que ahora fenecen.* <<

[25] *Aunque el pecado tiene el rojo color de la sangre, / Dios lo mata en tu corazón.*

<<

[26] *¿Dónde estabas tú, Jonei, dónde te metiste?* <<

[27] *Estuve pidiendo en Schilleningken.* <<

[28] *Estuve pidiendo, después de Sallehnen.* <<

[29] *¿Dónde estabas tú, Jonei, dónde te metiste? / Estuve con los ricos, estuve en Lasdehnen. / ¿Para comer, para beber qué ha habido? / Bebí vino tinto y comí jamón. / ¿Quién te dio la cama, dónde dormiste? / Entre hermosos lampazos, cobija de color. <<*

[30] *Comeremos hierbas verdes, / beberemos el rocío mañanero, / con tal de estar juntos / uno al lado del otro. <<*

[31] *Quien no crea no será feliz, quien no muela no se enharinará.* <<

[32] *Quien no muela no se enharinará.* <<

[33] Como hemos dicho ya en otra nota, el dios o espíritu del fuego y del trueno. <<

[34] Voz que significa «gran porción de mar», usada para referirse a las tres grandes lagunas del Báltico, separadas de alta mar por largas y estrechas lenguas de arena. Aquí se refiere al *Kurisches Haff*, cuya entrada está cerrada por la ciudad de Klaipeda (Memel). <<

[35] *Ésta es la libertad que yo siento.* <<

[36] Todos estos nombres se refieren a espíritus de la mitología lituana. <<

[37] *Mañana todo andará / sobre tierra estrecha su andadura.* <<

[38] *Sombra de los antepasados.* <<

[39] *Incendio cósmico.* <<

[40] *Uno mío pie de cierva / fuera judíos y hundidos, / en el infierno, y todos muertos,
/ con Moses va rápida la cosa, / el palo del gallinero lo mata. <<*

[41] *En los tiempos más duros de Prusia, / en una ciudad, no lejos de aquí, / donde ya desde antiguo se han asentado / las costumbres, el honor y la fuerza alemana. <<*

[42] *¡Mi querida Vösschen!* <<

[43] *¡Mi querida reina!* <<

[44] *Qué limpio está esto, qué comfortable. / ¿Es cómodo también el banco de madera? <<*

[45] *El usurpador tiene audiencia, / trátale con indulgencia.* <<

[46] *Yo soy prusiano, ¿no conocéis mis colores?* <<

[47] *¡Mi pueblo, bravo y leal! <<*

[48] *Golpeemos a Francia victoriosos.* <<

[49] *Faroles, faroles.* <<

[50] *Ved cómo el buey, el de manchas rojas, o negras, o amarillas / brama porque tiene hambre y ve / una gavilla de paja en vuestras manos / y vosotros, de corazón, le dais un manojo, / y él, con la lengua, al hocico se lo lleva y lo tritura, / devora las crujientes pajas, y nos mira extrañamente. ¡Ah, / si lituano las bestias supieran, cómo gracias os darían / por vuestros dones, ahora, cuando, en el invierno, están en el establo! <<*

[51] *Cerdo, ¡cómo vives! ¡Y no te avergüenzas! Anteayer / pasaba yo junto a tu patio desolado. / Relincha mi caballo bayo y enseguida vuelan las vigas del tejado, / las ventanas se parten en dos. Tres cerdos pintados con sus / cochinitos al lado chillan y salen disparados por la puerta, / como si fuera la matanza. ¡Se me erizó el cabello!*

<<

[52] *No, aún yo no sé cómo, pero esto entrará en la ópera. / A ello sólo aquel renuncia a quien los dioses —¡y todos!— abandonan. <<*

[53] *Escudriñaremos los matorrales, estimado colega, / ¡y aunque sea en brazos de su amorcito, lo hallaremos! <<*

[54] En agrimensura, puntos para triangulación del terreno. <<

[55] *Ah, que Dios se apiade, vienen los señores / a sacar al campesino sus últimos groschen. <<*

[56] *¡Oh, qué insaciable es la codicia del funcionario de turno! / Si se terciá, dará al mendigo un pequeño groschen, / y por ese despilfarro tres noches no podrá dormir, / tendrá que llorar, desde temprano, sus lágrimas más amargas, / porque el pfennig donado no le parece más que pecado / hasta en sueños, para atormentar al desdichado. / Hermanos, sabéis cómo se muestra la gracia del señorío, / nuestro mérito es prestar el trabajo lealmente / mientras que el señor recaba su derecho a cazar a los labriegos / y golpearlos como a perros vagabundos. / A ti, tirano egoísta, a ti, barrigón, se te erizarán los cabellos, / tú que, como un rayo silbante, golpeas en torno tuyo y siembras el espanto, / ¿no empezaste tú igual que el más pobre de la tierra, / no te ha lavado el culo, como a todos, tu madre? / Piensa que Dios te ve, vayas donde vayas, / que, como tú a nosotros ante tu sede. Él te llevará ante la suya.*

<<

[57] *Hufe* es una medida agraria que corresponde a las necesidades de una familia. <<

[58] *Me había arrancado de casa / y me lavaba las manos, / cuando se me escapó el anillo / de mi mano blanca. <<*

[59] *Llegó cabalgando el mancebo. / Detuvo mi caballito diciendo: / para traerte el anillo / al agua ya saltaré yo. <<*

[60] *La cocinera de aquí, ¿dónde está?, / queremos con ella hablar.* <<

[61] *Una hermosa sartén le deseamos, / y el año que viene, un hombre gordo.* <<

[62] *Mirad, amigos, la brasa esplendorosa podría incendiar las astillas de pino. / Pero poco a poco también se pudren las coronas de la tierra, las flores / bajan sus bellas cabezas sobre la hierba reseca, / ah, y cuántas no han perdido ya sus vestidos brillantes, / triste está allí una madrecita, pálida y con arrugas. <<*

[63] *Quien no crea no será feliz, quien no muela no se enharinará.* <<

[64] Bruja y diosa de la muerte en la mitología lituana. <<

[65] *En todos mis actos dejo / que se entrevea al Supremo.* <<

[66] *Que puede y tiene todo.* <<

[67] *Para que salga distinto y tenga buen resultado / en todo debe estar Él... <<*